

*La conquista
de Berlín*

Joseph Goebbels



editorial Kamerad



La conquista de Berlín

Joseph Goebbels

1938

Dedico este libro a la vieja guardia berlinesa.

Índice

Prefacio, por Wilfred von Oven.....	1
Introducción.....	3
Contra la desintegración.....	4
Orden incipiente.....	14
Terrorismo y resistencia.....	23
El hombre de la SA desconocido.....	37
Ascensión sangrienta.....	48
¡Prohibido!.....	58
Hostigamiento y persecución.....	71
<i>Der Angriff</i>	82
Desesperación y decadencia.....	92
Núremberg, 1927.....	99
Superación de la crisis.....	109
¡A pesar de la prohibición no estamos muertos!.....	121
Notas de la traducción.....	136

Prefacio, por Wilfred von Oven

Los siete años de lucha por Berlín han sido el periodo decisivo en la vida del ministro de Propaganda del III *Reich* y han influido (en forma determinante) toda su obra futura.

Durante los dos años que pasé a su lado, en calidad de agregado personal de prensa, en las extensas conversaciones que sostenía conmigo, siempre recordaba aquellos tiempos. Esos siete años no solo le posibilitaron acumular un tesoro de experiencias sumamente útiles, que le sirvieron posteriormente cuando sus funciones traspasaron los límites de su posición como ministro de Propaganda, sino que *la conquista de Berlín*, jugó siempre en su vida el papel de una especie de fuente de rejuvenecimiento político. Los recuerdos de esa época le proporcionaron la fuerza necesaria para enfrentar las tareas casi sobrehumanas que le fueron encomendadas en el punto más trágico de la Segunda Guerra Mundial, cuando Adolf Hitler, después del 20 de julio de 1944, le nombro *plenipotenciario del Reich para la guerra total*, y por ende, su colaborador más íntimo e importante.

El Dr. Joseph Goebbels (nacido en 1897) no había cumplido todavía los treinta años, cuando Hitler lo designo *Gauleiter* (jefe de distrito) de Berlín y le dio la orden de conquistar la capital del *Reich* para el nacionalsocialismo. Los partidos marxistas contestaron con el grito de combate: “*¡Berlín seguirá siendo roja!*” El poderoso partido socialdemócrata y el partido comunista (en avance creciente) con sus potentes cuadros de combate (*Reichsbanner* ⁽¹⁾ y *Rotfrontkämpferbund* ⁽²⁾), así como los fuertemente organizados sindicatos bolcheviques, se enfrentaron amenazantes con los nacionalsocialistas que no eran más que un puñado desorganizado. Había un solo nacionalsocialista en Berlín por cada 10.000 habitantes. El distrito contaba con una población de casi 5 millones de personas y el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores con solo 500 afiliados.

Goebbels empezó su cometido con una limpieza a fondo, cancelando las fichas partidarias de la mitad de los afiliados. En aquel entonces, sus propios camaradas por primera vez usaron para él el apodo de *Amokläufer* (loco peligroso), “*Apodo - dicho sea de paso - que siempre he considerado título de honor*”, me decía Goebbels.

La tarea gigantesca solo pudo ser cumplida con una dureza brutal tanto con su gente como también consigo mismo y él cumplió. En innumerables enfrentamientos y combates callejeros, pese a su disminución física, siempre se encontraba en primera línea. Siete años después de que aquel muchacho débil, con su valija de paja en la mano, llegara a la metrópoli de *Reich*, ésta había sido conquistada para el nacionalsocialismo y para su conductor Adolf Hitler. “*¡Misión cumplida!*” Nunca en su vida Joseph Goebbels pudo dirigirse más orgullosamente al *Führer*. El recuerdo de aquella epopeya lejana, como hemos dicho, le puso en condiciones luego, de no perder jamás el ánimo aún en las situaciones desesperadas, de arriesgar todo confiando en la calidad de sus ideales y en la fuerza de su pueblo. ¡Cuántas veces durante los últimos dos años de la guerra, hablando conmigo acerca de las noticias desastrosas de los frentes de combate, de las ciudades alemanas destruidas por las bombas aliadas, de la cobardía y la traición, incluso en las propias filas, recordó detalles de su lucha por Berlín en las que se vio ante situaciones igualmente difíciles, que finalmente pudo superar para alcanzar el triunfo! Únicamente conociendo *la conquista de Berlín* se puede comprender la historia del nacionalsocialismo y el III *Reich*. Yo la viví desde el principio como joven militante de la SA (*Sturmabteilung* = sección de asalto) Su verdadera significación la he

comprendido en el contacto personal con el hombre que la condujo: el Dr. Joseph Goebbels, el agitador desconocido de Rhenania que, a través de la lucha por Berlín, llegó a ser uno de los líderes políticos más fascinantes de nuestro siglo.

Buenos Aires, Argentina, abril de 1975
Wilfred von Oven

Introducción

La lucha por la capital constituye siempre un capítulo especial en la historia de los movimientos revolucionarios. La capital es un concepto en sí. Representa el centro de todas las fuerzas políticas, espirituales, económicas y culturales del país. Desde ella parten sus irradiaciones a las provincias, y ninguna ciudad, ningún pueblo deja de ser tocado por ellas.



Berlín es, dentro de Alemania, algo único. La población de esta ciudad no se compone, como la de cualquier otra, de una masa homogénea, cerrada en sí. El berlinés es el resultado de una mezcla de *viejo berlinismo* y de influencias de todas las provincias, de todos los paisajes, gremios, profesiones y confesiones.

Si bien es cierto que Berlín no es, como París para Francia, decisivo y rector en todo para Alemania entera, sin embargo, el país no puede ser concebido sin Berlín.

El movimiento nacionalsocialista no ha partido de Berlín. Tiene su origen en Múnich. Pasó de ahí primero a Baviera, a Alemania del sur, y recién más tarde, cuando hubo dejado tras sí los comienzos de su desarrollo, tendió el puente a Alemania del norte y con ella a Berlín.

Recién después de su desmoronamiento en el año 1923, comienza la historia del partido al norte del Main. Pero desde entonces, el nacionalsocialismo también es asumido en Alemania del norte con toda la vehemencia, la tenacidad y la disciplina

prusianas.

Este libro tiene como objetivo describir la historia del movimiento en la ciudad capital del *Reich*. No persigue al respecto, sin embargo, ninguna clase de fines históricos. La cronología objetiva del transcurso de la revolución berlinesa quedará para futuros historiadores. A nosotros nos falta el necesario desapasionamiento para repartir al respecto, en forma justa, luces y sombras.

El que escribió estas hojas ha participado de manera decisiva y es principalmente responsable del desarrollo de los hechos. Es por ello, parte en todos los sentidos de la palabra. Solamente abriga la esperanza de desembarazar su alma con esta descripción de lo que fue puesto sobre ella como pesada responsabilidad en cinco años de lucha. Ha de ser para aquellos que participaron y con su lucha hicieron posible la luminosa ascensión del movimiento berlinés, orgullo y acicate. Para aquellos que permanecieron al margen dudando y rechazando, exhortación y coacción moral, y para aquellos que se enfrentaron a nuestra marcha triunfal, amenaza y reto.

Contra la desintegración

Alborea una mañana de noviembre sobre el *hall* amplio, desierto, de la estación ferroviaria central de Elberfeld. Ahora hay que despedirse de una ciudad que durante dos años fue punto de partida de duros y cruentos combates por la zona del Ruhr. Aquí habíamos levantado la primera central del nordeste alemana del naciente movimiento nacionalsocialista después de 1923. En Elberfeld estaba el centro espiritual del nacionalsocialismo en Alemania del oeste, y desde aquí los rayos de nuestro combate apasionado penetraban en la zona del Ruhr.

Algunos camaradas habían venido para despedirse. En verdad, esta despedida se hacía más penosa de lo que se había pensado. Es una cosa muy peculiar ser arrancado de un ambiente que a través de muchos recuerdos de lucha y éxito ha llegado a ser querido y familiar. Aquí se había comenzado. Desde aquí habían sido organizadas las primeras campañas de reunión para la zona del Ruhr y la renana. Aquí habíamos creado el primer centro para los puntos de apoyo nacionalsocialistas, que se estaban formando esporádicamente en toda la provincia.

En este momento el jefe de estación da la señal de partida. Una breve seña con la mano, un fuerte apretón de manos. Mi buen Benno, un magnífico ovejero alemán, que había compartido conmigo alegrías y penas, por última vez lanza un aullido plañidero de despedida, y luego el tren sale a largos tirones del *hall* de la estación.

Con gran prisa marchamos a través de la tierra sumida en una penumbra gris de llovizna, pasando por centros fabriles de intensa actividad, cubiertos de chimeneas erectas y humeantes. ¡Cuántas veces hemos hecho este trayecto, cuando al atardecer avanzábamos a la zona del Ruhr, para abrir una primera brecha en algún centro comunista! ¡Cuántas veces hemos iniciado aquí el ataque, fuimos rechazados cruentamente, volvimos, fuimos nuevamente enviados a casa con chichones y heridas para, a la tercera vez, lograr en combate duro la irrupción a una posición segura!

¡Essen! ¡Bochum! ¡Dusseldorf! ¡Hagen! ¡Hattingen! estos fueron los primeros lugares donde afirmamos nuestras posiciones. Ninguna reunión podía ser llevada a término entonces sin derribar sangrientamente el terror marxista. Si el adversario hubiera sabido cuán débiles éramos, seguramente nos hubiera golpeado hasta hacernos papilla. Solo a la temeridad inaudita de algunos pocos hombres de la SA se debió que pudiéramos penetrar en estas regiones.

Al respecto era nuestro afán, dándose aquí y allá premisas favorables, conquistar en forma total una ciudad y transformarla en un centro del movimiento ascendente, desde el cual luego se llevaría la lucha al territorio circundante.

Uno de esos centros era la pequeña ciudad industrial del Hattingen, situada entre Bochum y Essen; allí una serie de condiciones favorables crearon un campo extraordinariamente propicio para nosotros, al que trabajamos, pues, con penoso esfuerzo y valiente tenacidad, fructificándolo con la simiente de nuestra joven idea. Hattingen es una mediana ciudad de Ruhr, que vive exclusivamente de la industria. La fundición Henrich del consorcio Henschel fue aquí el primer objetivo de nuestro ataque propagandístico concentrado, y en una lucha de dos años con el marxismo de color rosado y rojo vivo por un lado, y por el otro lado, al menos en la época primera, con la ocupación francesa, logramos tomar total y absolutamente en nuestras manos la ciudad, sacar el frente marxista de sus firmes posiciones y clavar fuertemente en el duro suelo de Westfalia la bandera del nacionalsocialismo.

Poco antes de mi despedida experimentamos aquí el triunfo de que era imposible realizar una reunión marxista, aún con el apoyo de poderosas fuerzas exteriores. El enemigo ya no venía a nosotros, de allí que nosotros fuéramos a él. El partido socialdemócrata ya no osaba desafiar al nacionalsocialismo. A nosotros, sin embargo, nos encontraba prontos a dar cuenta y respuesta, hombre contra hombre.

Ello por cierto había costado duros combates y cruentas disputas. Nosotros no lo habíamos buscado ni provocado. Por el contrario, estábamos decididos a llevar nuestra idea en paz y sin terror a la cuenca del Ruhr. Pero, por otro lado, sabíamos por experiencia que, cuando el despliegue de un nuevo movimiento está amenazado por el terrorismo del adversario, no se puede resolver el problema ni con buenas frases ni con un llamamiento a la solidaridad y fraternidad. A todo el que quería ser nuestro amigo, le tendíamos la mano abierta. Pero si se nos golpeaba con el puño cerrado, entonces para nosotros no había contra ello más que un medio: forzar a abrirse al puño que se alzaba contra nosotros.

El movimiento junto al Ruhr tuvo desde el comienzo un fuerte carácter proletario. Esto se debía al paisaje mismo y estaba fundamentado en su población. La zona del Ruhr es, por su naturaleza toda y su construcción, el país del trabajo. Sin embargo, el proletario de la cuenca del Ruhr se diferencia profunda y decisivamente del proletario medio de cualquier otra parte. El elemento primordial de esta capa de población aún es aportado por el westfaliano aborigen, y los mineros que bajan en la temprana mañana a las minas son generalmente en la primera o por lo menos en la segunda generación, hijos de pequeños labriegos westfalianos.

En este tipo humano existe todavía un arraigo con el suelo, sano, original. La Internacional jamás hubiera podido invadir aquí si las condiciones sociales en esta provincia no hubieran de hecho clamado al cielo, y la injusticia que se había cometido con los trabajadores durante decenios, tan contraria a toda naturaleza y justicia, no hubiera posibilitado que los afectados fueran llevados forzosamente a un frente enemigo de la nación y de todas las fuerzas sustentadoras del Estado.

Aquí comenzamos con nuestro trabajo. Y sin que conscientemente pusiéramos peso en ello, la lucha por la recuperación del proletariado del Ruhr adquirió un fuerte carácter socialista. El socialismo, tal como nosotros lo entendemos es, en lo esencial, el resultado de un sano sentimiento de justicia, unido a un sentido de responsabilidad frente a la nación, sin consideración por los intereses individualistas.

Y como a causa de la aplicación del terrorismo enemigo, se nos forzó a defender con

los puños el movimiento y llevarlo adelante, desde el comienzo nuestra lucha adquirió una nota marcadamente revolucionaria. Si bien el carácter revolucionario de un movimiento es determinado menos por los métodos con los que lucha, que por los objetivos que alcanza luchando, aquí, sin embargo, objetivos y métodos estaban acordes.

Esto también se concretó en los documentos doctrinarios del movimiento en el Rin y en el Ruhr. Aquí fueron fundadas en el año 1925 las cartas nacionalsocialistas, ⁽³⁾ con el propósito de clarificar las tendencias socialistas de nuestro movimiento. Si bien no éramos teóricos, ni tampoco queríamos serlo, por otro lado también debíamos dar a nuestra lucha el necesario armamento ideológico. Y bien pronto eso llegó a ser para amplios círculos del movimiento, en Alemania occidental, un muy apetecido estímulo para un trabajo ulterior y más profundo.

En los años 1925/26 se presentó la necesidad de fusionar las formas de organización ampliamente ramificadas del movimiento en el Rin y en el Ruhr. El resultado de este proceso fue el llamado *Gau Ruhr*, ⁽⁴⁾ que tenía en Elberfeld su central política. El trabajo en las ciudades industriales del oeste fue al principio, más que nada, propagandístico. En ese entonces no teníamos aún la posibilidad de intervenir de alguna manera activa en el proceso político. La situación política en Alemania estaba tan enmohecida y encostrada que ello era sencillamente imposible. A esto se agregaba que el joven movimiento se encontraba aún en los primeros comienzos, de tal modo que pretender influir sobre la alta política era para él algo fuera de cuestión.

La propaganda en sí no tiene un método fundamental propio. Solo tiene una meta, y en verdad este objetivo se llama en política siempre: conquista de las masas. Todo medio que sirve a este objetivo es bueno. Y todo medio que deja de lado este objetivo es malo. El propagandista teórico, que ignorando la realidad elucubra un método ingenioso ante el escritorio, comprobará luego, enormemente asombrado y perplejo, que el método no es empleado por el propagandista práctico, o que habiéndolo aplicado, no da resultados. Los métodos de la propaganda se desarrollan causalmente en la lucha diaria misma. Hemos aprendido los medios y posibilidades de una propaganda de masa eficiente, de la experiencia diaria, y recién lo elevamos a un sistema en la aplicación siempre renovada.

También la propaganda moderna se basa aún, en lo esencial, en el efecto de la palabra hablada. Los movimientos revolucionarios no son hechos por grandes literatos, sino por grandes oradores. Es un error si se admite que la palabra escrita tenga mayores efectos, porque por intermedio de la prensa diaria llega a un público mayor. Si bien en la mayoría de los casos el orador, cuando mucho, solo puede alcanzar con sus palabras a algunos miles (mientras que el escritor a veces y con frecuencia a 10 o 100.000 lectores), la palabra hablada de hecho influye no solo a aquel que la oye directamente, sino que éste la lleva y trae centenares y miles de veces. Y la sugestión de un discurso impresionante se eleva inmensamente sobre la sugestión papelera de un artículo de editorial.

Por eso, en el primer curso de la lucha en el Rin y en el Ruhr fuimos primordial y casi exclusivamente agitadores. Poseíamos en la propaganda de masa nuestra única arma principal, y tanto más estábamos obligados a su empleo, cuando que por de pronto carecíamos de toda arma publicitaria.

Los primeros éxitos que luchando alcanzamos en la zona del Ruhr bien pronto encontraron también su resonancia en las disputas que el movimiento debía dirimir en todo el *Reich*. El partido se encontraba, entonces, poco después del derrumbe y la nueva

puesta en libertad de Adolf Hitler de la fortaleza de Landsberg, en un estado desesperante. En audaz impulso había tratado de asir los últimos objetivos, y luego había sido lanzado desde las mayores alturas a la más profunda hondura. En el año 1924 estaba lleno de pequeñas rencillas personales agotadoras. En todas partes faltaba la mano segura y firme del que estaba tras las rejas en Landsberg.

Esto, por supuesto, cambió cuando Adolf Hitler abandonó, alrededor de la Navidad de 1924, la fortaleza. Pero lo que los espíritus pequeños y limitados habían destruido en un año, una cabeza genial no lo podía reconstruir en tan corto tiempo. En toda la extensión solo se veían añicos y escombros, muchos de los mejores combatientes habían dado la espalda al movimiento, desalentados y sin esperanza.

El movimiento en el Rin y en el Ruhr había sido librado por el destino, en general, de estas controversias internas. Se hallaba, en lo que tenía de existencia real en esa época, bajo la presión de la ocupación enemiga. Estaba empujado a la defensiva y debía así defender su más primitiva existencia. De ahí que solo tuviera poco tiempo para debates programáticos que agitaban, sobrepasando la medida admisible, al movimiento en la Alemania no ocupada. Puntos de apoyo muy pequeños, calladamente organizados, constituían su columna vertebral, mientras el enemigo estaba en el país. Y cuando los franceses se retiraron, estos puntos de apoyo fueron ampliados, en brevísimo tiempo, en grupos locales de poderoso impulso ascendente, que procuraban conquistar aquel terreno, que en el resto del *Reich* hacía tiempo que ya había sido tomado, y donde los compañeros de lucha retozaban en controversias personales y posiblemente también objetivas, pero por lo general muy duras y agrias.

Nadie puede describir la alegre satisfacción que nos embargaba a todos cuando logramos, a costa de duros sacrificios, dar al movimiento del Rin y del Ruhr en Elberfeld, mediante la instalación de una oficina permanente, una central firme. Es cierto que era aún primitiva y no respondía en absoluto a las exigencias de una moderna organización de masas. Pero teníamos una sede, un sostén, un centro, desde el cual podíamos lanzarnos a la conquista del país. Bien pronto toda la provincia estaba recubierta con una red organizatoria de finas mallas; las divisiones de asalto empezaban a formarse; organizadores circunspectos y talentosos oradores se encargaron de la conducción de las agrupaciones locales; de repente, florecía nueva vida de entre las ruinas.

¡Cuán difícil me debía resultar abandonar estos comienzos auspiciosos y trasladar mi actividad a un terreno hasta entonces completamente desconocido para mí! Aquí había comenzado. Aquí pensaba haber encontrado para siempre mi firme lugar. Solo con enorme desagrado podía pensar en abandonar esta posición de lucha y cambiarla por una esperanza vaga e incierta de otros éxitos.

Todo esto volvió a pasar una vez más en trazo confuso y desordenado ante mi mente, mientras la locomotora disparaba, aullando y echando humo, a través de la bruma gris, pasando a lo largo de los sitios de mi pasada tarea, entrando en el país westfálico. ¿Qué me espera en Berlín? Hoy es justamente 9 de noviembre. ¡Un día cargado de destino para Alemania misma, como también muy especialmente para nuestro propio movimiento! Han pasado tres años desde que en la *Feldherrnhalle* de Múnich tableteaban las ametralladoras y las columnas de una joven Alemania que avanzaban en marcha, eran acibilladas a tiros por la reacción. ¿Sería esto el fin? O, por el contrario: ¿no reside en nuestra propia fuerza y en nuestra voluntad la esperanza y la garantía de que Alemania, nuevamente y a pesar de todo, vuelva a resurgir y conquiste, gracias a nosotros, un nuevo orden político?

Ya se abate, pesada y gris, la tarde de noviembre sobre Berlín, cuando el tren expreso entra jadeante en la estación de Potsdam. Apenas han pasado dos horas, y estoy por primera vez parado en ese estrado que tan frecuentemente en el futuro sería punto de partida de nuestro ulterior desenvolvimiento político. Hablo ante el partido berlinés.

Una gaceta judía, que en años venideros hubo de mencionarse con reproches, es el único órgano de la capital del *Reich* que toma noticia de este primer discurso: “*Un cierto señor Goebbels, que se dice que viene de la cuenca del Ruhr, apareció y despachó las consabidas frases.*”

El movimiento berlinés, del que debía ahora hacerme cargo como conductor, se encontraba en aquella época en un estado poco satisfactorio. También él hubo de pasar por los errores y confusiones del partido en su totalidad y, como toda crisis, también ésta había sucedido en Berlín con consecuencias especialmente devastadoras. Las disputas entre dirigentes habían estremecido hasta la médula el engranaje de la organización, en cuanto se podía hablar de tal. Por ahora parecía imposible imponer nuevamente autoridad y firme disciplina. Dos grupos se enfrentaban en encarnizada enemistad, y la experiencia había demostrado que era imposible hacer prevalecer el uno contra el otro. Largamente la dirección partidaria había vacilado en intervenir en la controversia. Se partía acertadamente de la consideración que, si este estado debía ser eliminado, el reordenamiento de las cosas en Berlín debía hacerse de tal manera que garantizase por lo menos durante un buen tiempo una cierta estabilidad del partido. Pero dentro de la organización berlinesa no se destacó ninguna personalidad con dotes de conductor capaz de poseer la fuerza necesaria para restablecer la disciplina perdida y construir una nueva autoridad. Se llegó finalmente a la conclusión de que era necesario trasladarme por un determinado tiempo a Berlín, con la misión de procurar al partido nuevamente, por lo menos, las más primitivas posibilidades de trabajo.

Este pensamiento apareció por primera vez en el congreso partidario del año 1926 y adquirió definitivamente forma durante un periodo de descanso común con Adolf Hitler y Gregor Strasser en Berchtesgaden. Yo estuve en distintas ocasiones en Berlín, y durante esas visitas busqué la oportunidad de estudiar las condiciones en la organización berlinesa, hasta que finalmente me decidí a hacerme cargo de la difícil e ingrata misión.

En Berlín pasaba lo que en todas partes, cuando una organización atraviesa una crisis: por todas partes aparecieron caballeros que consideraban que ahora había llegado su momento. Cada uno reunía en torno de sí un bando, con el cual trataba de ganar influencia, o bien, cuando se trataba de sujetos traidores, se procuraba promover aún más la confusión. Era, en suma, imposible investigar la situación del partido y llegar a decisiones firmes. Si se incluía a los distintos grupos y grupillos en las deliberaciones, entonces uno se veía inmediatamente rodeado y cercado por todos los partidarios y al final uno mismo ya no encontraba salida.

Vacilé mucho tiempo si debía aceptar este puesto ingrato; hasta que finalmente la meta y el deber me determinaron a acometer valientemente una tarea, de la cual sabía de antemano que me reportaría más preocupación, disgusto y desazón que lo que me podría brindar de alegría, éxito y logros.

La crisis, que amenazaba quebrantar el movimiento berlinés, era en lo esencial de naturaleza puramente personal. No se trataba al respecto ni de diferencias programáticas ni organizativas. Cada uno de los dos grupos, que lidiaban entre sí, solo quería colocar a su nombre en el vértice del movimiento. Por consiguiente, no quedaba más remedio que destinar a un tercero allí donde, según todas las apariencias, ninguno de los dos rivales

podría llegar sin grave deterioro para el partido.

¿Es de extrañar que yo, como bisoño, que no soy oriundo de Berlín y que en ese entonces solo conocía muy superficialmente el carácter de esta ciudad y de su población, estuviese desde el primer comienzo expuesto a múltiples persecuciones personales y a duras críticas? Mi autoridad, que entonces no estaba cimentada por ninguna clase de meritos, en ninguna parte podía ser empleada en decisiones importantes. Por de pronto y sobre todo se trataba de comenzar por fundamentar esta autoridad.

Por otra parte, por el momento no existía ninguna posibilidad de conducir al movimiento a éxitos políticos visibles. Pues lo que entonces se llamaba en Berlín, partido, no merecía este título de ninguna manera. Era un conjunto amorfo de algunos centenares de hombres con pensamiento nacionalsocialista, de los cuales cada cual se había formado acerca del nacionalsocialismo su opinión personal, y esta opinión personal, en la mayoría de los casos, solo tenía muy poco que ver con lo que corrientemente se entiende por nacionalsocialismo. Las grescas entre los diversos grupos estaban a la orden del día. A Dios gracias el público no tomaba nota de ello, ya que el movimiento mismo era aún tan insignificante, hasta en lo puramente numérico, que hasta la prensa irresponsable y agitadora, que por otra parte no dejaba de comentar cualquier cosa sobre nosotros, pasaba por sobre ello con un despreciativo encogimiento de hombros.

Este partido no era capaz de maniobrar. No se lo podía emplear en el decisivo combate político, aún haciendo abstracción del número, por su calidad. Previamente había que estructurarlo uniformemente, había que darle una voluntad común y animarlo con un impulso nuevo y ardiente.

Había que reforzarlo numéricamente y romper los estrechos límites de secta. Había que martillar su nombre y su objetivo en el pensamiento público y conquistar luchando, si no amor y respeto, al menos odio y apasionado rechazo.

El trabajo comenzó de tal manera que traté de reunir las partes sueltas de la organización, aunque más no fuera, para un acto común. Algunos días después de que me hiciera cargo de la conducción berlinesa, realizamos en Spandau, ⁽⁵⁾ donde entonces teníamos el punto de apoyo más firme del movimiento, nuestra primera asamblea general de afiliados. Este acto mostró entonces, por cierto, el cuadro más triste de la situación que se había ido formando en el transcurso de la crisis en el movimiento berlinés.

Los miembros, que ocupaban escasamente la sala, se desintegraban en dos partes. Una parte era pro, la otra, contra. Y, como entre sí y unos contra otros habían combatido y vociferado hasta el cansancio, el rechazo común se dirigió contra mí mismo y contra el curso nuevo propuesto por mí, acerca del cual los intrigantes parecían sentir sordamente que en breve plazo, terminara con toda la actividad indisciplinada.

Di la consigna: *“¡Debajo del pasado se traza una raya y se comienza de nuevo! Todo el que no esté dispuesto a colaborar para esta consigna será separado del movimiento sin gastar en cumplidos.”*

Perdimos con ello ya en la primera actuación alrededor de 1/5 de toda la existencia partidaria en Berlín. Pero yo tenía la firme esperanza de que la organización, una vez que estuviese fundida en sí y no presentara más componentes que hicieran peligrar su existencia prometía a la larga, precisamente por unidad interna, más éxitos, incluso en el plano numérico, que una organización mayor eternamente por la actuación desintegradora de un puñado de anárquicos profesionales.

Muchos de mis mejores camaradas partidarios entonces no querían entenderlo así. Pensaban que no se debía renunciar a este puñado de miembros que daban la espalda al partido y lo amenazaban con una enemistad a muerte. La ulterior evolución mostró que el movimiento mismo, tan pronto como es llevado frente al enemigo, exuda sin el menor peligro semejantes crisis, y que lo que entonces perdimos numéricamente fue recuperado diez, cien y mil veces por una organización combativa sana y afirmada en sí misma.

El movimiento berlinés ya poseía entonces también su sede fija. Por cierto que ésta era extremadamente primitiva. Habitaba una especie de sótano sucio en una casa trasera en la calle Postdam. Allí se domiciliaba un así llamado gerente o administrador con un cuaderno de caja, donde solía anotar, a su mejor saber, las entradas y salidas diarias. Pilas de papeles y de periódicos estaban en los rincones. En la antesala, grupos de camaradas desempleados pasaban el tiempo fumando y fabricando consignas de letrina.

Nosotros llamábamos a esta oficina *cueva del opio*. Y esta designación parecía, en efecto, ser absolutamente acertada. Solamente podía ser alumbrada con luz artificial. Al abrir la puerta, se recibía el impacto de aire viciado, humo de cigarrillos y de pipa. Por supuesto, ¡ni pensar en un trabajo sólido y sistemático aquí!

La administración de un partido jamás debe confiar la *gesinnung* ⁽⁶⁾ en el buen carácter o los buenos sentimientos de sus empleados. La *gesinnung* debe ser la concisión inexcusable en las tareas profesionales del partido, y no necesita ser destacada especialmente. Pero la buena *gesinnung* requiere algo más, y esto parecía faltar por completo en la *cueva del opio*. La voluntad seria y la capacidad de rendir. Había al respecto un desorden mayúsculo. Apenas existía una organización. Las finanzas se encontraban en un estado desconsolador. El entonces *Gau* ⁽⁷⁾ de Berlín poseía poco más que deudas.

Fue uno de los cometidos más importantes de la organización colocar por lo pronto al partido sobre una base financiera sana, y procurarle medios con los cuales pudiera comenzar un trabajo regular. Nosotros, los nacionalsocialistas, defendemos el principio de que un partido combativo, que se ha puesto como meta destruir el capitalismo internacional, jamás debe y puede aceptar precisamente de ese capitalismo, aquellos medios financieros que necesita para su organización. De ahí que desde el principio fuera para nosotros regla firme que el joven movimiento en Berlín, que ahora yo tenía el honor de dirigir, debía procurarse por sí mismo los medios para su primera organización. Si para ello no tenía la fuerza y la voluntad, entonces no tenía condiciones para vivir, pareciéndonos entonces afán inútil dedicar tiempo y trabajo a un cometido al que no podíamos tener confianza.

No requiere ser destacado especialmente que la administración de un movimiento debe trabajar lo más económicamente posible. Pero, por otro lado, existen ciertas premisas que deben darse en una organización consecuente y consciente de sus objetivos; procurar los medios financieros necesarios para asegurarlas fue el objeto y la finalidad de mi primer trabajo.

Apelé a la disposición para el sacrificio de los camaradas partidarios mismos. En el Día de la Penitencia del año 1926 se reunieron en el Viktoriagarten en Wilmersdorf, en una sala que posteriormente sería con frecuencia lugar de nuestros triunfos propagandísticos, alrededor de 600 camaradas, a quienes expuse en un discurso algo extenso la necesidad de constituir una base financiera sana para la organización berlina. El resultado de esta reunión fue que los camaradas se comprometieron poner

a disposición 1.500 marcos en contribuciones de sacrificio mensuales, con los cuales fuimos puestos en condiciones de dar al movimiento una nueva sede, contratar el más indispensable personal administrativo y comenzar con la lucha por la capital del *Reich*.

La ciudad de Berlín era para mí hasta entonces, política y demográficamente, un libro con siete sellos. La conocía solo por visitas ocasionales, y entonces siempre me había parecido un enigma oscuro, misterioso, un monstruo de piedra y asfalto, que prefería más bien abandonar que entrar en él.

Recién se llega a conocer Berlín cuando se vive algunos años en ella. Entonces, repentinamente, se llega a comprender ese algo, oscuro, misterioso, de esa ciudad-esfinge. Berlín y los berlineses tienen en el país peor fama de la que merecen. La culpa de ello la tienen por lo general esos judíos internacionales, nómadas desarraigados, que no tienen que ver con Berlín nada más que porque llevan allí su vida parasitaria a costa de la población autóctona industrial.

La ciudad de Berlín es de una vivacidad espiritual sin par. Es ágil y activa, industrial y valiente, tiene menos sentimentalismo que inteligencia y más agudeza que humor. El berlinés es diligente y vital. Ama el trabajo, y ama la diversión. Puede entregarse con toda la pasión de su alma a una causa, y en ninguna parte el fanatismo obstinado, sobre todo en asuntos políticos, está tan en casa como en Berlín.

Pero ciertamente esta ciudad también tiene sus peligros. Diariamente las rotativas vomitan en millones de ejemplares de periódicos el veneno judío dentro de la capital del *Reich*. Berlín es zarandeada de acá para allá por centenares de fuerzas misteriosas, y es difícil hallar en esta ciudad un sostén firme y mantener una posición espiritual segura.

El asfalto brinda la tierra sobre la cual crece Berlín y se agranda a un ritmo vertiginoso. La ciudad no se nutre de sus propias reservas, ni material ni espiritualmente. Vive del terruño de la provincia; pero sabe retribuir, bajo formas seductoras, lo que la provincia le da dócilmente.

Todo movimiento político tiene en Berlín un carácter fundamentalmente distinto al que muestra en la provincia. En Berlín se ha combatido durante decenios con sangre por la política alemana. Esto hace que el tipo político sea aquí más duro y cruel que en otras partes.

El carácter despiadado de esta ciudad ha encontrado su concreción también en sus hombres. En Berlín se impone el: *¡pájaro: come o muere!* Y el que no sabe usar sus codos, aquí llega a parar bajo las ruedas.



Berlín necesita su ritmo como el pez el agua. Esta ciudad vive de él, y toda propaganda política que no se haya percatado de esto errará su meta.

Todas las crisis partidarias alemanas partieron de Berlín, y esto también es comprensible. Berlín juzga la política con la razón, no con el corazón. Pero la razón está a mil tentaciones, mientras que el corazón late siempre su mismo compás.

Todo esto lo hemos comprendido recién muy tarde y después de amargas experiencias. Pero luego hemos ajustado todo nuestro trabajo a ello.

Pues bien, a duras penas habíamos puesto en orden las finanzas del movimiento berlinés, y pudimos ahora ponernos a la obra de erigir de nuevo la organización deshecha. Fue para nosotros una circunstancia favorable que, por de pronto, no teníamos que esperar ninguna resistencia desde afuera. No se nos conocía aún, y si algo se sabía de nuestra existencia, no se nos tomaba en serio. El hombre del partido dormía aún en el anonimato, y asimismo ninguno de nosotros había logrado hasta ahora hacer conocer su nombre a un público más amplio. Y esto era bueno. Pues con ello ganamos tiempo y posibilidad de colocar al movimiento sobre una base sana, de tal modo que, si la lucha se hiciera alguna vez ineludiblemente necesaria, podía hacer frente a todas las tormentas y hostilidades.

La SA berlinesa ya existía entonces en notable número. Remitía su gloriosa tradición combativa al *Frontbann*.⁽⁸⁾ El *Frontbann* era, en rigor, el portador de la historia partidaria nacionalsocialista en Berlín antes del año 1926, aunque esta tradición tenía carácter más bien sentimental que racional. El hombre de la SA, mientras formó parte del *Frontbann*, era soldado. La característica política aún le faltaba completamente. Fue uno de los cometidos más difíciles de las primeras semanas transformar al hombre de la SA en un soldado político. Esta tarea fue, sin embargo, aliviada por la dócil disciplina con que la vieja guardia del partido, en tanto pertenecía a la SA, se encuadraba y subordinaba al nuevo curso del movimiento berlinés.

El hombre de la SA quiere combatir, y tiene derecho a ser llevado a la lucha. Su existencia adquiere justificación recién en el combate. Concebir la SA sin tendencia combativa es absurdo y no tiene objeto. Cuando el hombre de la SA berlinés se hubo dado cuenta de que no conocíamos otro objetivo que el de la lucha con él para el movimiento por la capital del *Reich*, entonces se colocó incondicionalmente tras nuestras consignas, y a él se debió principalmente que tan pronto irrumpiera de la confusión caótica del movimiento un nuevo impulso y que el partido pudiera luego en avance triunfal contra sus enemigos, conquistar luchando, posición tras posición.

Más difícil era esto, entonces, con la organización política. Tenía solo escasa tradición, y la conducción en la mayoría de las secciones era débil, dada a compromisos, sin sostén interior y sin fuerza basada en la voluntad. Debimos dedicar muchas tardes a viajar de un local seccional a otro, para formar un ensamblaje firme de todas las partes de la organización. De vez en cuando, también sucedía que uno se topaba con subgrupos, cuya actividad y conducta se parecía más bien a la de un club de bochas que a la de un movimiento combativo revolucionario. En esos casos había intervención sin miramientos. En la organización política se había formado una especie de democracia parlamentaria, y se creía, pues, poder hacer de la nueva conducción el juguete sin voluntad de acuerdos mayoritarios de los distintos clanes.

Con esto se terminó en seguida. Es cierto que volvimos así a perder una serie de elementos inservibles. Pero internamente no pertenecían en absoluto a nosotros.

El hecho de que el marxismo y la prensa judía entonces no nos tomaran en serio fue nuestra suerte. Si por ejemplo el partido comunista de Alemania en Berlín, hubiera

siquiera sospechado lo que éramos y lo que queríamos, hubiera ahogado despiadada y brutalmente en sangre los primeros comienzos de nuestro trabajo. Que en la Plaza Bülow no se nos conocía, o cuando se nos conocía, solo éramos motivo de sonrisa, de eso debieron arrepentirse más tarde con frecuencia y amargamente. Pues si por el momento nos limitábamos a consolidar el partido mismo, estando así dirigido nuestro trabajo más hacia adentro que hacia afuera, esto no nos pareció de ninguna manera el fin en sí mismo, sino solamente el medio para el fin. El partido no era para nosotros ninguna joya que quisiésemos encerrar en un cofre de plata; era, por el contrario, un diamante que pulíamos para emplearlo más tarde despiadadamente para cortar el frente enemigo.

Mucha materia inflamable que había estado depositada en el movimiento berlinés ya había sido removida, cuando después de un corto tiempo de liderazgo de la totalidad de la organización llamamos a la primera asamblea del *Gau*. En ella fue liquidada definitivamente la crisis motivada por cuestiones personales, dándose para todo el partido la consigna: “*¡Comenzamos de nuevo!*”

Las crisis partidarias jamás podrán ser evitadas a la larga en Berlín. La cuestión es, solamente, si las crisis al final hacen vacilar el ensamblaje del partido, o si la organización las exuda. El movimiento berlinés ha pasado por muchas crisis personales, organizatorias y programáticas. Por lo general no lo han perjudicado, pero muchas veces le fueron útiles. En esos casos siempre se nos brindaba la posibilidad de eliminar de la organización materias y elementos anticuados o inservibles, restableciendo instantáneamente la salud amenazada del partido mediante una cura radical.

Así ya fue la primera vez. Después de haber superado la crisis, el partido estaba depurado de todas las sustancias patógenas y podía acometer con valor y energía su verdadero objetivo.

Ya comenzaba entonces el primer terrorismo que, sin embargo, se hizo notar más en la calle que en las oficinas. No pasaba tarde sin que nuestros camaradas, que regresaban, fueran atacados por la chusma callejera roja y heridos, muchas veces, gravemente. Pero la organización misma ya se había afirmado tanto que la sangre derramada, en lugar de dispersarnos, presa del miedo, antes bien nos unía aún más.

Todavía no podíamos organizar grandes reuniones combativas, porque la organización no tenía para ello la necesaria fuerza interior. Debíamos limitarnos a reunir a los afiliados con los simpatizantes y los seguidores en pequeñas salas semana tras semana, y en nuestros discursos tratar menos las cuestiones diarias de actualidad, sino más bien debatir los fundamentos programáticos de nuestra doctrina y martillarlos de tal manera en las cabezas de los afiliados que, en cierto modo, los pudieran repetir en sueños. Con ello, el primer núcleo del partido se cerró en una estructura firme.

La organización tenía un apoyo, la idea era profundizada en infatigable tarea esclarecedora. Cada cual sabía que era lo que estaba en juego, la meta fijada, y ahora toda la fuerza podía ser concentrada en ella.

También entonces ya había críticos en cantidad, que desde el tapete censuraban toda decisión, y en la teoría todo lo sabían mejor de lo que nosotros lo hacíamos en la práctica. No hemos hecho mucho caso de ello. Pensamos que el mejor rendimiento finalmente los haría callar. No podíamos hacer nada, sin que ello fuera criticado y reprobado total y completamente por los sabelotodos.

Esto era entonces como hoy. Pero los mismos que, antes de cualquier decisión, siempre los sabían mejor que aquellos que debían tomar la decisión por propia

responsabilidad, siempre eran también, cuando las decisiones tomadas habían conducido a éxitos, lo que lo habían predicho, y que al final hasta hacían de cuenta que en realidad habían sido ellos los que tomaron la decisión y también podían por eso reclamar para sí el éxito.

Sobre ello pasábamos a la orden del día. Mientras los criticastros practicaban en nosotros la pluma y el pico, nosotros trabajábamos, a veces y con frecuencia, hasta entrada la noche, como negros. No hemos soslayado ninguna fatiga ni ninguna carga. En lucha tenaz hemos levantado una firme autoridad en una organización que estaba precisamente en peligro de caer en la anarquía. Despreocupados del charloteo de muchos, habíamos enarbolado la bandera de la idea y puesto en marcha, en pos de ella, a muchos hombres que combatían fanática e incondicionalmente.

Recuerdo aún hoy con profunda emoción interna, una noche cuando yo, completamente desconocido, con algunos camaradas de la primera época de lucha, viajaba en ómnibus a través de Berlín a una reunión. Sobre las calles y plazas, el hormigueo de la gran urbe. Miles y miles de hombres en movimiento, aparentemente sin meta ni objeto. Cubriéndolo todo, el resplandor flameante de este monstruo. Entonces uno pregunto con preocupada aflicción, si jamás sería posible imponer y martillar a esta ciudad (lo quisiera o no) el nombre de nuestro partido y nuestros propios nombres. Antes aún de lo que en aquella hora lo podíamos creer y esperar, esta pregunta angustiada recibió por los hechos mismos una respuesta inequívoca.

Orden incipiente

El movimiento en Berlín estaba colocado ahora sobre sus propios pies. La organización se encontraba (aunque por lo pronto numéricamente era aún bastante insignificante) en condición satisfactoria. La situación monetaria se iba regularizando más y más, el partido poseía en las distintas estructuras de la organización un material dirigente apto y estaba así en condiciones de comenzar la lucha hacia afuera, aunque por ahora, solo bajo formas reticentes.

Desde el principio advertimos que el partido debía tener una nueva central. Las oficinas en las cuales se había alojado hasta entonces, demostraron ser insuficientes y demasiado primitivas. En ellas una tarea regular y sistemática era completamente imposible. De ahí que bien pronto nos pusiéramos a la búsqueda de nuevos ambientes adecuados. Pero hasta estos primeros pasos tímidos que daba la joven organización, encontraban entonces, también dentro del partido, frecuente y desconfiada crítica. En toda organización habrá en todos los tiempos esos pequeños espíritus que no quieren ni pueden comprender que en circunstancias distintas también tienen que introducirse otros medios y métodos, y que, cuando un partido sale creciendo de los comienzos más pequeños y modestos, la primitividad de su organización y recursos no puede ser fin en sí, sino solamente medio para el fin. Un partido siempre será juzgado por el mundo exterior solamente por la forma en que se muestra al mundo exterior. El gran público por lo general no tiene otra posibilidad de apreciar su espíritu interno, su fuerza combativa, la actividad de sus adictos y de su conducción. Por eso, necesariamente debe atenderse a lo que es visible para todo el mundo.

A esto también debía acomodarse el movimiento nacionalsocialista, sobre todo en vista de que no había entrado en la política para tener parte en las prebendas parlamentarias o en los sillones ministeriales, sino para conquistar el *Reich* y el poder en su totalidad. Si estaba poseído en esa ambición temeraria, entonces su lucha por el poder

debía realizarse bajo formas que también permitieran al de afuera tener fe en que el partido lograría al final sus objetivos.

Las últimas semanas al final del año 1926, estaban colmadas plenamente con el trabajo de reconstrucción del partido. En todas partes había mucho y suficiente que hacer. Aquí había que enderezar nuevamente a un camarada descorazonado, a quien el nuevo curso de ritmo acelerado del partido le había quitado el aliento. Allá había que tener a raya a críticos descocados. Ahí se requería destituir a una dirección seccional incapaz y sustituirla por una nueva. Además, las malas secuelas de la crisis recientemente superada hacían todavía estragos en todo el organismo partidario.

Habíamos lanzado la consigna de que debajo del pasado debía trazarse una raya y empezar desde el comienzo. Por lo tanto, no pudimos hacer nada mejor que silenciar simplemente todas las rencillas internas, que habían durado muchos meses del más reciente pasado, y ocupar a los afiliados con nuevas tareas. Por cierto que al respecto encontramos, aún dentro del cuadro dirigente político, múltiple crítica y frecuente hostilidad. Los camaradas partidarios se habían encarnizado tanto en las rencillas personales, que creían que ellas debían ser llevadas hasta el final, sin consideración por la organización misma. La conducción, por el contrario, sostenía el punto de vista que la crisis debía considerarse terminada y que había algo más importante que hacer que dirimir luchas puramente personales, que no podían sino conducir a que los camaradas mejores y más desinteresados fueran empujados poco a poco a alejarse de la organización.

Adolf Hitler me había enviado en octubre de 1926 con poderes especiales a Berlín, y yo también estaba decidido a aplicar esos poderes sin consideraciones. La organización berlinesa había carecido durante tanto tiempo de una mano firme, imperturbable en la conducción, que ya se había acostumbrado en un todo al estado de indisciplina, y ahora por supuesto, toda intervención enérgica y carente de compromisos se sentía como algo absolutamente molesto. Quizá tampoco yo hubiera tenido para ello la fuerza y la constancia, si no hubiese estado seguro de antemano de la absoluta confianza y la incondicional aprobación del partido del *Reich* y en especial de parte de Adolf Hitler mismo.

Ya en esa época y más tarde con mucha frecuencia, se ha querido dar como verdadero un contraste político y personal entre Adolf Hitler y yo. De un tal contraste no podía hablarse ni en aquella época, ni hoy, ni jamás. Nunca hice política por cuenta propia, y tampoco hoy bajo ninguna circunstancia me atrevería a ello o siquiera lo intentaría. A esto me movió y me mueve no solo la disciplina partidaria (de la cual estoy convencido de que ella solamente nos da la fuerza y la decisión de consumir cosas grandes), sino más allá de ello, me siento unido en forma tan profunda política y humanamente y, sin duda puedo decirlo, aprender a estimarlo y amarlo, que para mí está por siempre fuera de toda cuestión emprender cualquier cosa sin su aprobación, ni mucho menos contra su voluntad. Esta es la gran ventaja del movimiento nacionalsocialista, que en ella se ha ido formando una autoridad dirigente firme e inamovible, encarnada en la persona de Adolf Hitler.

Esto da al partido en todas sus decisiones políticas, a veces cargadas de alta responsabilidad, un sostén seguro y una gran firmeza. La fe en el conductor está rodeada dentro del conjunto de sus partidarios nacionalsocialistas hasta, se podría decir, de una mística misteriosa y enigmática. Sin tomar en consideración el valor puramente psicológico que representa este hecho, proporciona al partido mismo una fuerza y seguridad política tan enorme, que con ello de hecho se eleva inmensamente sobre todas

las asociaciones y organizaciones políticas.

Adolf Hitler, sin embargo, no solo es considerado en el partido como su dirigente primero y superior. El nacionalsocialismo no puede ser concebido sin él, cuanto menos contra él. Con razón él mismo ha hecho notar, que en el año 1919 cualquiera era dueño de declarar la lucha al régimen imperante y organizar un movimiento que habría de derribar el sistema tributario. ⁽⁹⁾ Que él solo se sintiera llamado a esa misión y que al fin también la fuera cumpliendo, lo cual es visible para todo el mundo, esto es la prueba irrefutable de que el destino lo eligió para ello. Solo mentecatos y amotinados profesionales pueden afirmar lo contrario, y actuar en consecuencia. Y como el destino me deparó además la suerte de ganar en Adolf Hitler no solo un conductor político, sino un amigo personal, mi camino estaba marcado de antemano. Hoy puedo hacer constar con profunda satisfacción que de este camino no me he apartado nunca y en ninguna parte.

Adolf Hitler entro en la política como cabo desconocido. Su nombre no lo recibió como regalo al nacer. Se lo conquistó en luchas duras y abnegadas contra las fuerzas del sub-mundo. En base a su experiencia tenía también, para las controversias políticas que ahora debían producirse con inevitable consecuencia en Berlín, la comprensión más amplia y más profunda. Fue uno de los pocos que en todas las crisis futuras en la lucha por la capital del *Reich*, conservaba siempre la cabeza clara y los nervios tranquilos. Cuando la chusma de la prensa aullaba contra nosotros, cuando se atacaba al movimiento con prohibiciones y persecuciones, cuando las difamaciones y las mentiras lo azotaban, cuando hasta los camaradas más duros y llenos de carácter en una u otra ocasión estaban desanimados y acobardados, él, siempre y en todas partes, estaba fielmente al lado nuestro, era nuestro conductor en la pelea, defendía nuestra causa con pasión, aún cuando hasta desde círculos del partido se la atacaba: tenía en todo peligro una palabra de aliento, y en todo éxito una de alegre aprobación para el frente combatiente que, creciendo bajo las más penosas privaciones y desde los más pequeños comienzos, se ponía en movimiento contra el enemigo marxista.

Pues bien: cuanto más nuestro avance incontenible irrumpía en el público, tanto más también yo personalmente era sacado de la sombra del anonimato a la luz de los reflectores de la observación pública. El movimiento nacionalsocialista sostiene en la forma más terminante el principio de la personalidad. No adora ciegamente la masa y el número, como lo hacen los partidos demócrata-marxista. Masa es para nosotros sustancia no formada. Recién en la mano del estadista-artista la masa se transforma en pueblo y el pueblo en nación.

¡Los hombres hacen la Historia! Esta es nuestra convicción inamovible. Al pueblo alemán le han faltado desde Bismarck, hombres, y por eso, desde su división ya no hay una política alemana grande. El pueblo también siente esto en forma sorda y oscura. Precisamente en la época posterior a 1918, el pensamiento de las masas se llenaba más y más con el ansia de fuertes personalidades conductoras. Si la democracia alimenta en las masas la ilusión de que el pueblo soberano quiere gobernarse a sí mismo, éste solo ha podido creerlo en el breve espacio de tiempo en que Alemania cayó en la creencia supersticiosa de la nivelación, porque los hombres que realmente la gobernaron no eran representantes ideales del gran arte de la política. El pueblo siempre quiere gobernarse a sí mismo, cuando el sistema de acuerdo al cual se lo gobierna, es enfermo y corrupto. El pueblo no tiene deseos por un determinado derecho electoral ni por una así llamada constitución democrática mientras está hondamente persuadido de que la capa dirigente realiza una política justa y honesta. El pueblo solamente quiere ser

gobernado decentemente; un sistema, por cierto, que no posee para ello ni la voluntad ni la capacidad, debe soplar al oído de las masas crédulas las ideologías seductoramente de la democracia, para aturdir y adormecer el creciente despecho en las ciudades y provincias.

El movimiento nacionalsocialista se ha dado a la arraigada empresa de presentar batalla a estas hipócritas ilusiones, en una época en que ello era impopular y causaba impopularidad. Nosotros hemos opuesto a la adoración ciega e irresponsable de la masa, el principio de la personalidad. Fue solo una consecuencia inevitable de esta postura de que poco a poco fueran surgiendo en el partido mismo, caracteres fuertes y voluntariosos, que absorbían cada vez más y llenaban el pensamiento de todo el movimiento.

Frecuentemente se nos ha reprochado en la prensa opositora que rendíamos culto a un bizantinismo más repugnante que el que se practicaba antes de la guerra bajo el *guillermismo*.⁽¹⁰⁾ Este reproche es enteramente injustificado.

Proviene de la incapacidad de los otros de levantar en el pantano partidista parlamentario, autoridades similares, e imbuir a las masas de una fe similar en estas autoridades.

Una popularidad que es hecha artificialmente por la prensa, por lo general solo suele durar corto tiempo y el pueblo también la tolera y sufre solo de mala gana y con oposición interior. No es lo mismo si una celebridad democrática es inflada artificialmente por la prensa judía con una popularidad ya viciada de escepticismo, o si un verdadero conductor popular, mediante la lucha y el sacrificio personal abnegado, se conquista la confianza y el seguimiento incondicional de las masas populares.

Sin embargo, significaría exagerar el principio de autoridad si siempre y en toda decisión que debe ser tomada, sería puesto en el platillo de la balanza. Cuanto menos se usa una autoridad, tanto más tiempo dura. El conductor político de masas inteligente y circunspecto la empleará solo muy raramente para sí. Por el contrario, casi siempre se dejará guiar por la aspiración de que lo que haga o deje de hacer lo fundamente lógicamente y lo justifique, recién cuando todos los argumentos prueban ser ineficaces, o ciertas circunstancias lo obligan, al menos por el momento, a silenciar los argumentos más importantes y convincentes, impone su decisión echando mano de la autoridad misma.

Una autoridad es eficiente a la larga no solo porque es respaldada y sostenida desde arriba. Sobre todo no es así, cuando más y más está obligada a tomar decisiones impopulares, y no posee el don de dar a las masas las motivaciones necesarias para ello. Siempre y constantemente debe nutrirse y mantenerse por su propia fuerza. Cuando más grande sean los resultados que la autoridad puede exhibir, tanto más grande es también siempre ella misma.

La organización partidaria en Berlín instaba entonces a acciones en una época en que el partido aún no era capaz de ello, ni bastante fuerte. A ello nos hemos opuesto con toda nuestra fuerza, aún a costa de una impopularidad temporaria. Los afiliados al partido se habían imaginado la evolución ulterior de una manera tal que con la instauración de una nueva conducción, la lucha comenzaría en toda la línea. No se era todavía capaz de comprender que antes debían cumplirse determinadas premisas, si no se quería correr el riesgo de tener que suspender bien pronto esta lucha por irrealizable.

Era imposible presentarse con una organización ante el gran público, que no pudiese salir airosa ante los ojos de la opinión pública. Primeramente la organización debía estar afirmada en el interior, después recién podíamos entablar la lucha por Berlín también

hacia afuera.

Toda organización se mantiene y cae con su dirección. Si en cualquier ciudad o en una provincia se encuentra un conductor eficiente y serio, que toma activamente en sus manos la organización del movimiento, entonces el partido bien pronto se elevará a gran altura, aún bajo las circunstancias más adversas. Pero si este no es el caso, entonces aún las circunstancias más favorables no le podrían dar un impulso especial. Nuestra atención principal debió, por lo tanto, estar dirigida a anteponer a la organización en Berlín un cuerpo de dirigentes medios bien formado, alegremente dispuesto a tomar decisiones, y allí donde no lo había aún, educarlo de entre el material humano a disposición.

A este objetivo servían en la primera época nuestras sesiones mensuales del *Gau*, que se realizaban los domingos por la tarde con un número cada vez mayor de participantes. En estas asambleas se reunía la totalidad de los dirigentes de la organización, y precisamente los políticos y los de la SA conjuntamente. En extensas exposiciones se analizaban aquí los principios filosóficos básicos de nuestro movimiento; se explicaba lo esencial de la propaganda, de la organización, de la táctica política, y en discurso y replica se examinaba desde todos los lados. Estas asambleas fueron de una importancia creciente para toda la organización. En ellas se señalaba la dirección y el camino, y el fruto de nuestro penoso trabajo de educación bien pronto habría de llegar a la sazón en la lucha política del movimiento hacia afuera. El carácter del partido en Berlín debía ser distinto al de cualquier otra gran ciudad o en la campaña. Berlín es una ciudad de 4,5 millones de habitantes. Es tremendamente difícil, despertar este monstruo de asfalto de su tranquilidad letárgica. Los medios empleados para ello deben corresponder a lo gigantesco de esta ciudad. Cuando se apela a millones de hombres, entonces ello solo puede hacerse en un lenguaje que también sea comprendido por millones de hombres.



“¡Berlín adelante!”

Hacer propaganda en el viejo estilo *Biedermeier* ⁽¹¹⁾ estaba fuera de cuestión para el movimiento en Berlín. Nos hubiéramos puesto en ridículo, y el partido jamás hubiera crecido más allá de los límites de una existencia sectaria. El público solo nos había contemplado con una cierta compasión hasta que fue reorganizado el partido. Se nos consideraba locos inocuos, a quienes lo mejor es dejarlos hacer, sin vejarlos.

Nada es más difícil de soportar que esto. Que se nos insultase y calumniase, derribase cruentamente a puñetazos y echase en las cárceles, eso nos parecía verdaderamente deseable. Pero que con una indiferencia irritante se nos pasase por alto, y en el mejor de los casos hubiese para nosotros solo una sonrisa compasiva, eso agujoneaba dentro de nosotros la última fuerza, eso nos impulsaba a idear siempre y otra vez, nuevos medios de la propaganda pública. No perder ninguna posibilidad de aumentar la actividad del partido, en tal medida, que al final quitara el aliento aunque solo temporalmente a esta ciudad gigantesca, ese era nuestro pensamiento. ¡Al enemigo se le borraría la sonrisa!

También los medios de propaganda son otros en Berlín que en el resto de *Reich*. La hoja de propaganda, que en la provincia se emplea con frecuencia y con gran resultado en la lucha política, se mostró aquí completamente fuera de lugar. Aún descontando que nos faltaba el dinero para confeccionar y distribuir octavillas en tal cantidad como para que siquiera hicieran alguna impresión en esta ciudad gigantesca. Berlín es sobrealimentada con tal demasía de papel impreso, que una hoja de propaganda es recibida en alguna esquina callejera por pura condescendencia, para terminar momentos después en la alcantarilla. La propaganda de carteles y las reuniones sin duda, prometían mejores efectos. Pero, también ellas aplicadas en el mismo estilo que solían emplear los otros partidos, apenas nos hubieran reportado éxitos en medida digna de mención. Pues los otros partidos estaban anclados firmemente en las masas. Las posiciones políticas habían cristalizado ya de tal manera, que apenas era posible lograr alterarlas. Debíamos hacer, por lo tanto, la tentativa de suplantar la escasez de medios monetarios y de adherentes por la originalidad y la agudeza acorde con la mentalidad de la población berlinesa. Se trataba de adecuarse ampliamente al fino sentido de la población berlinesa con giros agudos y consignas contundentes. Hemos comenzado tempranamente con ello, y el transcurso del tiempo demostró que no dejó de tener éxito.

Por cierto que por lo pronto debimos contentarnos con el saber teórico, ya que por ahora nos faltaban los medios de llevarlo a la realización práctica. En las reuniones que tenían lugar mensualmente, estas cuestiones eran el gran tema, que se discutía abundantemente desde todos los ángulos. Era sorprendente comprobar en la vieja guardia del partido, la comprensión para estas cosas. Solo esporádicamente había una mosca muerta y pesimista, que también en estos proyectos desahogaba su rencor político. El grueso de los partidarios, sin embargo, seguía de buena gana y tenía solo un anhelo, el de poner lo más pronto posible sobre alambre, como decíamos, ⁽¹²⁾ la organización, para poder comenzar con la tarea práctica.

Tuve la gran fortuna de encontrar, ya en los trabajos preparatorios, una serie de amigos y camaradas, que no solamente brindaban a mis planes la más amplia comprensión, sino que, por su carácter y condiciones también parecían estar capacitados, en este o aquel terreno, para complementar, ya fuera con el pincel o el lápiz, lo que yo trataba de alcanzar mediante la palabra y la escritura.

A este respecto no debo dejar de mencionar a un hombre, que desde el primer día de mi actividad berlinesa hasta la hora presente estuvo en todo a mi lado valiente y desinteresadamente, y a quien además un talento artístico bendito por Dios, daba la capacidad de señalar nuevos caminos al partido y a su estilo artístico, no clarificado aún

y formulado solo de un modo incipiente. Me refiero a nuestro dibujante Mjölfnir, quien entonces recién había terminado su primera serie de carteles combativos nacionalsocialistas, y que ahora, mediante el renaciente activismo de la organización berlinesa, fue arrastrado al centro del remolino de un movimiento en audaz avance. Es él quien, por primera vez y con carácter único, llevo a la representación grafica el tipo del hombre de la SA nacionalsocialista en carteles de masa, excitantes e irresistibles.

Así como Mjölfnir llevaba al hombre de la SA con carbón y pincel, en apasionadas inspiraciones al papel y a la tela, así entrará imperecederamente en el pensamiento de las futuras generaciones. Era, en efecto, el comienzo de un estilo artístico nuevo del joven movimiento, anhelado por nosotros confusamente, que encontraba aquí, sencillo, grande y monumental, su primera forma de expresión movida e impresionante.

El joven artista tiene el raro talento de dominar magistralmente, con genial virtuosidad, no solo la representación grafica, sino también la formulación contundente de la palabra. En él, cuadro y consigna se generan en la misma intuición única, y ambos unidos dan entonces por resultado, un efecto de masa agitador e impetuoso al cual a la larga ni amigo ni enemigo pueden sustraerse.

También en este aspecto he aprendido mucho desde el comienzo de mi trabajo en Berlín. Venía de la provincia y mi pensamiento se movía dentro de límites provinciales. La masa era para mí por ahora solo un oscuro monstruo, y yo aún no estaba poseído de la voluntad de conquistarla y dominarla. Sin esto a la larga no se arriba a nada en Berlín. Desde el punto de vista de la política demográfica, Berlín es un conglomerado masivo, y el que aquí quiera llegar a ser y significar algo, debe hablar el idioma que entiende la masa, y disponer y fundamentar su actuación de modo que la masa pueda brindarle simpatía y devoción.

Forzosamente, bajo estas súbitas impresiones, se desarrolló en mí un estilo del todo nuevo del discurso político. Cuando hoy comparo las anotaciones taquigráficas de mis discursos de la época anterior a Berlín con las de mis discursos posteriores, los primeros me parecen casi mansos y caseros. Y al igual que a mí les pasaba a todos los agitadores del movimiento berlinés. El ritmo de la ciudad de 4,5 millones de hombres temblaba como un aliento cálido a través de las declamaciones retóricas de toda la propaganda de la capital del *Reich*. Aquí se hablaba un idioma nuevo y moderno, que ya no tenía nada que ver con las llamadas formas de expresión nacionales arcaicas. La agitación nacionalsocialista fue adecuada a las masas. La moderna concepción de vida del partido buscó y encontró también aquí un estilo moderno y sugestivo.

Al lado de las jornadas del *Gau*, tenían lugar semana tras semana nuestras reuniones de masa regulares. Estas se realizaban casi siempre en la gran sala de la *Kriegerverein*,⁽¹³⁾ que para nuestra evolución ulterior adquirió casi un significado histórico. Pero en verdad, merecían la designación de reuniones en masa solo en medida restringida. Masas se movían allí solo en casos excepcionales. La audiencia, unos 1.000 a 1.500 hombres y mujeres, se reclutaba principalmente de los camaradas partidarios venidos de todo Berlín, con algunos seguidores y simpatizantes. Y por ahora estábamos muy conformes que fuera así. Teníamos con ello la posibilidad de debatir entre nosotros a gusto y gana. Sin que existiera el peligro de que ya al principio perdiéramos el hilo a causa de una discusión desconcertante y peligrosa con adversarios políticos. Aquí iniciábamos a las gruesas masas de los partidarios en las ideas fundamentales del nacionalsocialismo, que a veces se conocían solo muy vaga y confusamente. Aquí las fundíamos en un sistema único del credo político. Más tarde quedó de manifiesto de qué importancia inmensa fue este trabajo, que en aquellas

semanas realizamos con método. Si en el tiempo sucesivo el partido mismo, y en especial su vieja guardia, era inmune a todas las persecuciones, y superaba fácilmente toda crisis llevada al movimiento, ello se debió al hecho de que los camaradas estaban educados dentro de una dogmática firme y uniforme, lo que los capacitaba a enfrentar toda tentación a la que quisiera empujarlos el enemigo.

Es este el lugar para hablar de los méritos perennes que la vieja guardia del partido se conquistó en la construcción del movimiento berlinés. Fueron, por cierto, solo algunos centenares de hombres que, como secta escarnecida, se declararon por nuestra bandera. Estaban expuestos a todas las calumnias y persecuciones, y al vencerlas con su fuerza, crecieron ellos mismos sobre su propia fuerza. A los primeros nacionalsocialistas en Berlín no les fue fácil. El que entonces se declaraba por nosotros, no solamente tenía que imponerse con fuerza bruta contra el terrorismo: debía soportar día tras día, en las oficinas y talleres, el sarcasmo helado y el sonriente desprecio de una masa indolente, presuntuosamente arrogante. El pequeño hombre sufre por ello generalmente mucho más que aquel que se encuentra en la cúspide de la organización. Mantiene con el adversario siempre un contacto directo, es su vecino, en el banco de carpintero y sobre la silla de la oficina. Con él está sentado en el ómnibus, en el tranvía, en el subterráneo. En ese entonces ya era una temeraria proeza de húsares, exhibir en Berlín nuestro distintivo partidario o uno de nuestros diarios.

Pero había más. Mientras el pequeño hombre está imbuido de la convicción de que tras suyo está una organización de masas, y que, por lo tanto, su causa está en buenas manos, que victoria tras victoria y triunfo tras triunfo es conquistado luchando por su movimiento, entonces la afrenta y la burla y el sonriente desprecio pueden ser sobrellevados calladamente y con orgullo. Pero todo ello no se daba entonces de ninguna manera. ¡Al contrario! Éramos una asociación ridículamente pequeña. No se nos conocía ni siquiera el nombre. Se nos consideraba sectarios algo cortos de entendimiento: el movimiento no registraba éxitos, sino que a los duros apuros se sumaban ahora reveses y fracasos.

A esto se agregaba, que los pocos centenares de partidarios debían hacer para el joven, pujante movimiento sacrificios materiales apenas tolerables. Como se sabe, es mucho más difícil poner en marcha una cosa que mantenerla en funcionamiento. Las bases más primitivas de nuestra organización debían ser colocadas. Todo esto costaba mucho dinero, y el dinero debía recolectarse de los jornales de hambre de la gente humilde.

Quizás muchas veces hubiéramos desesperado entonces de nuestra misión, si la admirable abnegación de nuestros camaradas a la causa común, que no esquivaba ningún sacrificio, no nos hubiese llenado siempre de nuevo con renovado coraje y renovada fe. Hoy, a algunos afiliados recién incorporados al partido ya les parece demasiado si deben dar para el movimiento los aportes regulares mensuales, en la mayoría de los casos muy soportables. Entonces, cada afiliado sacrificaba voluntaria y gustosamente el 10 % y más de todos sus ingresos por el partido. Pues partíamos del convencimiento de que si bajo la coacción de la ley entregamos para el sistema actual la décima parte de las entradas, debíamos estar dispuestos a sacrificar, bajo la coacción de un deber moral, por lo menos otro tanto para un partido, del que creíamos y esperábamos que iba a restituir a la nación alemana el honor, y al pueblo alemán el pan.

La vieja guardia del partido forma aún hoy la columna vertebral de todo el movimiento. Se encuentra a los camaradas de entonces en todas partes dentro de la organización. También hoy cumplen, como entonces, callada y abnegadamente,

su deber. Uno como dirigente seccional, el otro de la SA, uno como jefe de célula callejera, otro de célula de empresa, y muchos, como en aquel entonces, como siempre afiliados u hombres de la SA desconocidos. Sus nombres no son imperecederos. A esto seguramente se han resignado. Pero como guardia del partido, que, cuando nuestra vacilante amenazaba tambalear y desplomarse, la recogieron y llevaron en alto, no serán olvidados jamás mientras se hable de nacionalsocialismo en Alemania.

Nucleamos esta guardia del partido en una pequeña organización especial, rigurosamente organizada. Esta organización llevaba el nombre de *Liga de la Libertad*. Ya el nombre expresaba que los hombres unidos en esta organización estaban dispuestos a darlo todo por la libertad alemana.

Se reunían mensualmente, y durante todo un año, con espíritu de sacrificio heroico, brindaron al partido, junto con el riesgo de su sangre y vida, también los medios financieros que necesitaba para la primera etapa de su construcción.

Spandau era entonces uno de los primeros puntos de apoyo firmes de la organización política y de la SA. Se dice que el habitante de Spandau está bautizado con otra agua que el berlinés. Y, en efecto, este punto de apoyo tiene sus peculiaridades difíciles. Pero cuando importaba, cuando el partido se disponía a dar golpes, ya sea para defenderse o para ir ampliando sus posiciones en el ataque, entonces este punto de apoyo se levantaba como un solo hombre. Desde esta sección hemos sostenido y llevado a cabo porfiadamente las primeras luchas del movimiento berlinés. En Spandau se realizaron las primeras espectaculares reuniones en masa nacionalsocialistas en la capital del *Reich*. Desde aquí el movimiento, en evolución incontenible, paso a Berlín mismo.

Es aún hoy motivo de alegría y satisfacción cuando uno de la vieja guardia del partido viene y hace su crítica de tal o cual inconveniente en el movimiento, de hombre a hombre, y a solas.

De antemano se sabe que esta crítica está dictada por la preocupación por la existencia del partido, y que el que la exterioriza, de ninguna manera quiere darse importancia, sino que solamente el interés del partido lo lleva a su proceder. El mismo hombre que a solas critica despiadadamente males reales o supuestos del partido, antes se cortaría la lengua que ocasionar en público, por un proceder imprudente, daño al partido. Y es que también adquirió el derecho a la crítica por haber estado durante años en el primer frente, siempre dispuesto a probar que, cuando es necesario, se coloca también con toda su persona delante del partido.

Cuán miserables aparecían frente a ello aquellos espadachines a sueldo y bravucones, que solo se hacen ver cuando se vislumbran éxitos, y que ven su misión, sobre todo, en deshacer críticamente lo que otros han logrado sin ellos, y a veces contra ellos. Entonces, cuando con nosotros solo se trataba de trabajar y pelear, exponerse y solo exponerse, cuando aún no había nada que se pudiese criticar, entonces los criticastros estaban lejos de la raya. Nos dejaban hacer el trabajo más burdo; y recién cuando el carro había sido sacado del lodo, aparecían en el borde del partido, ofrecían buenos consejos y no se cansaban de atacarnos con trivialidades burguesas.

Yo prefiero mil veces a alguno de esos pequeños guardias partidarios veteranos, que desde hace años cumple silenciosamente con su deber y obligación para con el partido, sin reclamar por ello gloria y honores, aunque a veces no sepa manejar tan elegantemente la palabra como los muy vivos acróbatas del estilo, a aquellos cobardes burgueses, que ahora que el movimiento ha llegado a ser el mayor partido alemán de masa y ya golpea los portones del poder, descubren repentinamente su corazón caliente por nosotros, y se afanan con sacrificado desvelo porque el movimiento también se

muestre digno de la responsabilidad que tomó sobre sí a través del mandato del pueblo.

El 1 de enero de 1927 nos despedimos de la *cueva del opio* en la calle Potsdam y ocupamos nuestra nueva oficina en la calle Lützow. Medida con criterio actual, aparece siempre como pequeña, modesta y primitiva, y también los métodos de trabajo que se aplicaron Aquí estaban por lo general de acuerdo con ello. Pero, para aquel momento era un salto arriesgado. De la cueva subterránea, subimos al primer piso. El local de debates lleno de humo se transformó en una central política firme, de organización uniforme. Aquí el movimiento podía ser administrado con circunspección. La nueva oficina por ahora ofrecía la posibilidad de admitir nuevos ingresos en el partido y fusionarlos con la organización. El personal más indispensable estaba contratado, si bien en verdad a veces después de duras y amargas luchas con los partidarios mismos, que se habían acostumbrado tanto al viejo trote y rutina que lo consideraran indispensable y creían que todo avance más allá era un signo de ostentación capitalista y de megalomanía.

Nuestras metas estaban puestas muy altas, pero la evolución al final marchó aún más rápido que nuestros planes que volaban al cielo. La marcha triunfal del movimiento fue comenzada, y muy pronto se haría incontenible. Con el éxito creciente, las masas adquirieron más y más confianza en nosotros. El partido también creció numéricamente.

En esta nueva oficina tenía, por lo pronto, una sede y apoyo firmes. Aquí se podía trabajar. Aquí se podía organizar y llevar a cabo las conferencias más indispensables. Aquí estaba asegurada una marcha tranquila y ordenada de los asuntos. Desde aquí fueron introducidos los nuevos métodos de trabajo en el movimiento. La administración dio a la organización misma ese impulso que le otorgó la fuerza de marchar inconteniblemente adelante y avanzar cada vez más.

En aquellas semanas se representaba en un teatro berlinés con gran éxito la pieza de Wolfgang Goetz, *Neidhardt von Gneisenau*,⁽¹⁴⁾ centenares de veces. Fue para mí la primera gran experiencia teatral en la capital del Reich. Una frase de este solitario general, que no comprendía el mundo y que el mundo no quería comprender, me ha sido para siempre inolvidable: “¡Dios os de metas, no importa cuales!”

Dios nos había dado metas. Ya no era indiferente, cuáles. Teníamos fe en algo. Ya no era indiferente, en que. La meta había sido reconocida, la fe en que la alcanzaríamos, inquebrantablemente afirmada en nosotros, y así nos pusimos en camino llenos de ánimo y confianza en nosotros, sin sospechar cuantas preocupaciones y penurias, cuanto terrorismo y persecución nos esperaban.

Terrorismo y resistencia

Si un movimiento político es pequeño numéricamente, y si le falta agudeza agitatoria y actividad propagandística, entonces, sin perjuicio de los fines que propugna, sus enemigos no harán caso de él. Pero cuando ha sobrepasado un determinado estado de evolución y comienza con ello a interesar a la opinión pública en amplia medida, sus enemigos se ven forzados a ocuparse de él, y como por la circunstancia de que, para su mal, hasta ahora habían desatendido demasiado el movimiento, y, por consiguiente, quedaron bastante en la retaguardia, tratan ahora por un exceso de odio, mentiras, calumnias y terrorismo sangriento de recuperar lo perdido.

En la política no deciden nunca solamente las ideas que se defienden, sino también, y

en medida decisiva, los medios de poder que se está dispuesto y se es capaz de emplear en la porfía hasta vencer. Una idea sin poder seguirá siendo siempre, aunque sea justa, teoría. Sus portadores deben concentrar, por lo tanto, toda su agudeza política en conquistar el poder, para luego, con el empleo del poder, realizar la idea.

El movimiento nacionalsocialista había pasado ahora, después de que hubimos reconstruido en dos meses la estructura interna de la organización, el primer estado de su evolución. Estaba afirmado en sí y podía ser empleado para la lucha en público. Pero en la misma medida en que su organización se perfeccionaba y la propaganda comenzaba a dar los primeros pasos tímidos hacia afuera, llamamos la atención del enemigo, y se percató muy pronto de que no era prudente dejar demasiado librado a sí mismo al movimiento, aún en su evolución al principio primitiva. El partido ya se había afianzado en determinadas posiciones de poder. Su doctrina estaba clarificada, la organización firmemente anclada; costaba ahora echarlo nuevamente de las posiciones que subrepticamente había ocupado y ampliado.

Cuando el marxismo, que, como se sabe, trata de despertar en el público la creencia de que él tiene en su poder, para ahora y siempre, el mandato sobre el capital del *Reich*, se dio cuenta de lo que queríamos y planeábamos y que llevamos en nuestro escudo ni más ni menos que poner término al eslogan, por cierto exacto para esa época: “*¡Berlín seguirá siendo roja!*”, se puso en marcha con todo el empuje masivo de su organización partidaria contra nuestro movimiento. La lucha defensiva, que con eso se encendió en toda la línea contra nosotros, no fue llevada de ninguna manera solo por el comunismo. La democracia *socialista* y el bolchevismo aquí estaban completamente de acuerdo, y así hubimos de defendernos contra un doble frente: contra el bolchevismo, que dominaba la calle, y contra la socialdemocracia, que estaba firme, y en apariencia inexpugnable, en los puestos públicos.

La lucha comenzó con mentiras y calumnias. A una voz de mando se volcó sobre el joven movimiento las aguas servidas de la demagogia partidaria. El marxismo quería impedir que sus seguidores, a quienes les había entrado dudas, concurriesen a nuestras reuniones, que comenzaban a atraer a un público cada vez más numeroso. En compensación, les daba el sucedáneo de una tergiversación infame y mentirosa de los verdaderos hechos. El movimiento era presentado como una reunión de elementos criminales y desarraigados; sus adictos como bravucones a sueldo y sus dirigentes como viles e infames dirigentes que, al servicio del capitalismo, no tenían otra misión que la de dividir el frente marxista de los trabajadores que quería llevar a la caída al Estado clasista burgués, y sembrar discordia y desunión en sus filas.

Con ello dio comienzo a una campaña política de proporciones jamás vistas. No pasaba día sin que las gacetas pudieran notificar acerca de crímenes nacionalsocialistas. Por lo general, el *Vorwärts* ⁽¹⁵⁾ o el *Die Rote Fahne* ⁽¹⁶⁾ daban el tono, y después toda la orquesta de prensa judía terminaba de tocar la sinfonía de demagogia brutal y desenfrenada.

Mano a mano con ello, la calle era escenario del más sangriento terrorismo rojo. Nuestros camaradas, cuando volvían a casa de las reuniones, eran derribados a cuchillo y a tiros, en la oscuridad de la noche. Se los asaltaba con una superioridad de diez a veinte veces en los patios traseros de las grandes casas de inquilinato. En sus propias viviendas humildes se los amenazaba de muerte, y donde requeríamos la protección de la policía, por lo general solo hablábamos al viento.

Se hizo costumbre tratarnos como ciudadanos de segunda clase, como infames provocadores y calumniadores, que no merecían sino que algún oscuro sujeto les



clavara el puñal del amor fraternal en la espalda, afuera, en los suburbios proletarios. Esta época fue para nosotros difícil y casi insoportable. Pero no obstante todos los sacrificios cruentos que se nos exigía, esta lucha tenía por otro lado también sus buenos aspectos. Se comenzó a hablar de nosotros. Ya no se nos podía silenciar o pasar al lado nuestro con helado desprecio. Se debía, aunque a regañadientes y con rabia, pronunciar nuestros nombres. El partido se hizo conocido. De repente estaba en el centro del interés público. Como un huracán tórrido se había desencadenado sobre la quietud letárgica del Berlín político, y ahora había que tomar posición frente a él por sí o por no. Aquello que al comienzo nos había parecido un anhelo seductor e inalcanzable, eso de golpe se hizo realidad. Se hablaba de nosotros. Se discutía acerca de nosotros, y la opinión pública se preguntaba quiénes éramos en realidad y qué era lo que queríamos.

La prensa demagógica y difamatoria había logrado con ello algo, que seguramente no estaba en su intención. Hubiéramos debido luchar y trabajar durante años para conseguir algo similar: el movimiento ya no era desconocido. Tenía un nombre, y donde no se lo amaba se lo enfrentaba con odio abierto y descarado. Hasta ahora solo se había sonreído. Dos meses de tarea fueron suficientes para que al enemigo se le pasara la risa. El enemigo cometió al respecto una serie de errores psicológicos. El hecho de que persiguiera por igual a dirigentes y adictos solo tuvo por efecto que ambos se unieran en un frente común de apasionada defensa. Si se hubiese respetado a los superiores y golpeado solamente a los inferiores, a la larga esto hubiese sido intolerable, y la vacilación y la disconformidad en las propias filas, la consecuencia inevitable. Pero así se formó en nuestra tropa desesperada, lógicamente una camaradería unida y fiel, que luego pudo para siempre resistir a toda persecución.

Sobre mi mesa de trabajo se amontonaron repentinamente las citaciones policiales y judiciales. Y no es que de golpe me hubiese transformado en un mal ciudadano. Pero el que busca, encuentra. Y si alguien toma la decisión de retar el régimen imperante, entonces pronto apenas puede dar un paso sin ponerse en conflicto con la ley.

Bien pronto, después de muchas invitaciones corteses, hube de emprender el camino a Moabit. Me hice presente por primera vez en este Palacio de Justicia berlinés amplio, rojo, en el que más tarde tan frecuentemente tendría que hacer mis presentaciones en escena. Para mi gran sorpresa, me enteré aquí que me había hecho culpable de alta

traición calificada. Fui exprimido como un limón y bien pronto me di cuenta de que ninguna de mis palabras escritas o habladas habían pasado inadvertidas por parte de las altas autoridades.

La verdadera lucha en público comenzó en nuestro punto de apoyo más firme, en Spandau. Allí organizamos en los últimos días de enero nuestra primera asamblea que llevó con justicia este título. Habíamos apelado al público marxista, y este llamamiento no se había extinguido sin eco. Más de 500 combatientes del Frente Rojo, hábilmente distribuidos en toda la sala, eran nuestros oyentes, y ahora debía comenzar el aquelarre. Ellos no venían, evidentemente, para recibir enseñanza de nosotros. Tenían, por el contrario, el objetivo de *golpear sobre la horma* la reunión, como se dice en su jerga.

Esta intención loable, sin embargo, fue desbaratada y anulada por la táctica consumada que emprendimos en el transcurso de la reunión. Declaramos de antemano que queríamos discutir francamente con todo honesto conciudadano, que cada partido dispondría de amplio tiempo para hablar, pero que por cierto el reglamento de la asamblea sería determinado por nosotros, que poseíamos el derecho de amo de casa. Y que todo aquel que no quería avenirse a él, sería enviado sin consideraciones al aire fresco por la SA.

Este era un lenguaje que hasta el presente solo se había hablado en asambleas marxistas. Los partidos rojos se sentían demasiado seguros en el poder. No tomaban en serio las asociaciones burguesas, que realizaban discusiones ingeniosas sobre el marxismo. Los rojos solían reírse de ello y no consideraban que valía la pena honrar reuniones con una visita masiva.

Con nosotros, esto fue distinto desde el comienzo. Nosotros hablábamos el lenguaje que comprende también el marxista, y se ponían a discusión cuestiones que interesaban ardentemente al pequeño hombre del pueblo.

El proletario tiene un marcado sentido de justicia, que reacciona en forma sutil. Y el que sabe tomarlo allí, siempre estará seguro de su simpatía. Declarábamos querer discutir, nos colocábamos honestamente con el proletario en el mismo plano, hombre a hombre, y con esto se hacía de entrada imposible que los provocadores rojos *reventaran* la reunión mediante demagogia inescrupulosa, antes de que hubiese siquiera comenzado. Y esto ya era suficiente, pues sabíamos que si alcanzábamos a poder hablar ante estos hombres extraviados y anhelantes, habíamos ya ganado.

En esta primera gran asamblea de trabajadores el informe requirió más de dos horas. Estaba a debate el tema del socialismo, y durante mi discurso tuve la gran alegría de que estos 500 hombres, que como escribía *Die Rote Fahne*, habían venido para arriarnos de a pares con duros puños proletarios, se quedaban más y más silenciosos y que si bien al principio algunos provocadores a sueldo trataban de interrumpir a intervalos el tranquilo curso de la reunión, también ellos se silenciaban cada vez más bajo la helada reprobación de sus propios secuaces, imperando al final sobre toda la reunión un silencio solemne de recogida tensión.

Comenzó la discusión. Un agitador rojo subió a la tribuna y quiso azuzar con cruentas frases a la fuerza bruta, cuando de afuera llegó la noticia alarmante de que comandos de asalto rojo habían atacado a dos de nuestros camaradas que se habían retirado antes, dejándolos ensangrentados a golpes y puñaladas; uno de ellos tuvo que ser llevado a un hospital, donde en esos momentos luchaba con la muerte. Me levanté en seguida, comuniqué a la reunión la monstruosidad de este suceso y declare que el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores consideraba incompatible con su dignidad

permitir que siguiera haciendo uso de la palabra en su propia reunión, el representante de un partido cuyos secuaces afuera, en la cobarde oscuridad de la noche, trataban de sustituir con palos y puñales lo que les faltaba en argumentos intelectuales.

Si la descripción del asalto vil e infame había puesto a toda la concurrencia en un clima de indignación, en la cual también los últimos comunistas, sin duda oprimidos por su propia mala conciencia, comenzaban a callarse, el anuncio categórico de que nuestro partido no estaba dispuesto a permitir que se lo vejase de esta manera despertó a todos los oyentes decentes, júbilo atronador y entusiasta asentimiento. Sin que nosotros tuviéramos la intención, el provocador rojo, tartamudeando aún algunas frases de protesta, voló de la tribuna y, pasando de mano en mano, fue sacado al aire fresco.

En mis palabras finales declaré una vez más con toda actitud y firmeza que siempre y en todas partes estábamos dispuestos a entablar con cualquier combatiente político sincero, sobre todo con un trabajador decente, un franco diálogo entre hombres, pero que todo intento de tratarnos con sangriento terrorismo sería respondido por los mismos medios, y que allí donde los otros tenían brazos y puños nosotros no teníamos embudidos de hígado.

La reunión terminó con una victoria en toda la línea. Los grupos de dispersión se largaron silenciosamente con la orejas gachas, y los propios camaradas tuvieron esa noche por primera vez el sentimiento gozoso de que el movimiento en Berlín había roto las ataduras estrechas, limitadas, de una secta política; que la lucha había sido anunciada y que habría de encenderse ahora en todo el frente. Ahora ya no podíamos detenernos. Habíamos desafiado al adversario, y cada cual sabía que no dejaría sin respuesta este desafío.

Tal fue también el eco al día siguiente en la prensa marxista. Sabíamos de antemano que en las sucias cocinas, en la Plaza Bülow y en la calle Linden, la verdad sería tergiversada en sentido contrario y que se nos denunciaría como cobardes provocadores y asesinos de trabajadores, que derribaban sangrientamente a inocentes proletarios solo porque habían pedido una discusión política.

En titulares de viga gritaba la prensa roja a la capital del *Reich*: “*Los nazis ocasionaron un baño de sangre en Spandau. ¡Esta es una señal de alarma para todos los trabajadores revolucionarios de la capital del Reich!*” Y, debajo, la amenaza inequívoca: “*¡Esto les va a costar caro!*”

Ahora había para nosotros solo dos posibilidades: o bien ceder, y perder con ello de una vez por todas el prestigio político del partido entre el proletariado, o bien seguir golpeando con vigor redoblado en el corto plazo y desafiar al marxismo a una disputa que, lo sabíamos, debía decidir la suerte futura del movimiento.

“El Estado burgués se aproxima a su fin. ¡Una nueva Alemania debe ser forjada! ¡Trabajadores de la frente y del puño, en vuestras manos está puesto el destino del pueblo alemán! El viernes 11 de febrero en los Salones del Pharos. Tema: el derrumbe del Estado burgués clasista.”

Esto, por cierto, era una provocación jamás vista en Berlín hasta entonces. El marxismo, como se sabe, ya considera que es un atrevimiento cuando un hombre con ideas nacionales exhibe abiertamente su credo en un barrio obrero. ¡Y nada menos que en Wedding! “*¡El Wedding rojo pertenece al proletariado!*”, así se decía desde decenios, y nadie tuvo el coraje de oponerse a ello o de probar en los hechos lo contrario.

¿Y los Salones del Pharos? Esto era el dominio incontestable del partido comunista alemán. Aquí solía realizar sus jornadas partidarias. Aquí reunía casi semana a semana a

Der Bürgerstaat geht seinem Ende entgegen!

Der Kampf! Denn er ist nicht mehr in der Lage Deutschland frei zu machen!

Ein neues Deutschland muß geschmiedet werden

aus nicht mehr Zügel- und nicht mehr Willkür!

Ein Deutschland der Arbeit und der Disziplin!

Der neue Sieg ist die Ehre! Die neue Ehre!

Arbeiter der Stirn und der Faust!

In Deine Hände ist das Schicksal des deutschen Volkes gelegt!

Denn heute! Jetzt! Mit uns!

Am Freitag, den 11. Februar, abends 8 Uhr, spricht in den

Pharus-Sälen, Berlin N, Müllerstraße 142

Dr. Dr. Goebbels aus.

Der Zusammenbruch des bürgerlichen Klassenstaates!

¡El Estado burgués se aproxima a su fin!

¡Con razón! ¡Pues ya no está en condiciones de liberar a Alemania!

Una nueva Alemania debe ser forjada y ya no será

ni Estado burgués ni Estado clasista:

¡Una Alemania de trabajo y de disciplina!

Para esta tarea la Historia te ha elegido a ti: ¡trabajador de la frente y del puño!

¡En tus manos está puesto el destino del pueblo alemán!

¡Recuérdalo! ¡Alza la vista y actúa!

El viernes 11 de febrero a las 20:00 hs. habla en los Salones Pharus,

en Berlín, en la calle Müller 142, el Dr. Goebbels sobre

¡el derrumbe del Estado clasista burgués!

Partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores, Regional Berlín

Apertura de la sala: 19:30 hs.

Contribución para gastos: 30 peniques.

Desempleados contra presentación de carnet: 10 peniques.

El periódico combativo del movimiento es el Völkische Beobachter. ⁽¹⁸⁾

¡Léelo y abónate a él!

sus partidarios más fieles y activos. Aquí se había hablado y escuchado hasta ahora solo frases de *revolución mundial* y *solidaridad internacional de clases*. Y justamente allí el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores convocaba a su próxima asamblea en masa.

Esto era un abierto desafío. Tal era nuestra intención y así lo comprendió nuestro adversario. Los camaradas estaban jubilosos. Ahora se jugaba el todo por el todo. Ahora el destino del movimiento berlinés, audaz y temerariamente, era puesto en la balanza. Ahora la alternativa era: ¡ganar o perder!

El 11 de febrero decisivo se aproximaba. La prensa comunista se desgañitaba en amenazas sangrientas: se nos haría un recibimiento cálido, ¡no tendríamos ganas de volver! En los registros de trabajo y de subsidios a desempleados se anunciaba, abiertamente, que esta noche se nos iba a hacer papilla.

Entonces no nos hicimos cargo del peligro en que nos poníamos. Yo al menos en esa época aún no conocía al marxismo en toda su medida, como para prever en detalle las posibles consecuencias. Pasaba por alto las téticas declamaciones de la prensa roja con un encogimiento de hombros y esperaba tranquilo la noche decisiva.

Alrededor de las ocho partimos en un viejo y desvencijado automóvil del centro a Wedding. Una neblina fría, gris, caía desde un firmamento sin estrellas. El corazón palpataba hasta casi estallar de impaciencia y expectativa.

Ya al viajar por la calle Müller notamos que esta noche las cosas no eran normales. En todas las esquinas holgazaneaban figuras de Bassermann. ⁽¹⁷⁾ Aparentemente se había planeado dar una lección sangrienta a nuestros camaradas ya antes de que pisaran la sala de reunión.

Delante de los Salones del Pharus estaban oscuras masas de gentes, que con amenazas descaradas preferidas en alta voz, aventaban su rabia y su odio.

El jefe de la tropa de protección se abrió camino hasta nosotros e informó en breves palabras que la sala estaba clausurada por la policía desde las siete y cuarto, y que sus 2/3 partes habían sido ocupadas por combatientes del Frente Rojo. Eso era lo que queríamos. Aquí debía caer la decisión. Así o así. Y estábamos dispuestos a dar lo último por ello.

Al entrar en la sala, recibimos el impacto de una humareda caliente, de tabaco y de emanaciones de cerveza, que quitaba el aliento. El aire estaba cálido hasta reventar. Un vocerío frenético bramaba por todo el ambiente. La gente estaba sentada apiñada, y solo con esfuerzo se podía abrir un camino a la tribuna.

Apenas fui reconocido, cuando retumbó en mis oídos un aullido de rabia y de venganza, proferido por centenares de voces. “¡Perro!” “¡Asesino de trabajadores!” Estas eran las palabras de cariño más mansas que se me gritaban. Pero llenos de pasión vibrante, respondía a ello la gritería de bienvenida de los propios camaradas y hombres de la SA.

Desde la tribuna sonaban frases combativas y entusiastas. Reconocí en seguida: “*Aquí somos una minoría, pero esta minoría está decidida a pelear, y por eso va a salir airosa de la prueba.*”

Entonces aún era costumbre entre nosotros que todas las reuniones públicas del partido fueran dirigidas por el jefe de la SA. Así también aquí. Alto como un árbol estaba plantado con toda su hercúlea figura adelante, en el proscenio; saludó brazo en alto y luego ordenó silencio. Una risotada sarcástica fue la respuesta. Desde todos los rincones se lanzaban improperios contra la tribuna. Se vociferaba, se gritaba y bramaba; entre los distintos grupos estaban *revolucionarios del mundo* medio borrachos, que

aparentemente usaron de la bebida para hacerse del necesario coraje para esta noche. Era imposible conseguir que se aquietara esta sala. El *proletariado consciente de su clase* no había venido, pues, para discutir sino para golpear, para dispersar, para poner término al fantasma fascista con sus callosas manos de trabajadores.

En ningún momento dejamos de ver claramente estas cosas. Pero también sabíamos que, si esta vez lográbamos imponernos, y si el adversario no lograba hacer de nosotros, como había amenazado, carne picada, la ulterior marcha triunfal del movimiento en Berlín sería incontenible.

Delante del escenario estaban parados alrededor de quince o veinte hombres de la SA y de la SS, ⁽¹⁹⁾ temerarios, en uniforme y con brazal. Eran para todo combatiente clasista rojo una provocación insolente y atrevida. Detrás mío en el escenario estaba parado un grupo seleccionado de gente leal, pronta en todo momento para repeler al populacho rojo atacante en defensa de la propia vida, de ser necesario, con la fuerza bruta. Los comunistas habían evidentemente cometido un error en su táctica. Habían distribuido a grupos en forma suelta en la sala, y los demás ocupaban, hacinados en un grueso montón, la parte derecha trasera de la reunión. Aquí estaba, lo reconocí enseguida, el centro del foco de agitación y aquí, por consiguiente, debíamos intervenir, de ser necesario, en primer término y sin consideraciones. Cada vez que el coordinador de la reunión se disponía a iniciarla, en ese sector un individuo sombrío se subía a una silla y gritaba con voz chillona: “*¡Al reglamento!*” Y esto se repetía después en un coro de centenares de voces que gritaban y bramaban.

Si a la masa se le quita su conductor, o también su seductor, entonces, sin dueño, puede ser vencida con facilidad. De ahí que nuestra táctica debía apuntar a silenciar de cualquier manera a este cobarde agitador, que se sentía seguro y fuera de peligro allí, a espaldas de sus compinches. Hicimos esta tentativa un par de veces a las buenas. El coordinador de la reunión grito con voz ya ronca a la creciente batahola: “*Oportunidad para la discusión la habrá después de la ponencia. ¡Pero el reglamento lo fijamos nosotros!*”

Pero todo esto era solo intento inútil en objeto inútil. El gritón solo buscaba con sus repetidas interrupciones llevar a la asamblea a un estado de intranquilidad y finalmente de ardiente sed de venganza. Y entonces, el violento intento de dispersión vino espontáneamente y sin voz de mando.

Cuando todas nuestras medidas de llamar a sosiego a la reunión por las buenas demostraron ser vanas, llamé aparte al jefe de la SS y en seguida sus hombres, en grupos separados, se internaron entre la masa de comunistas vociferantes y, antes de que los soldados del Frente Rojo, sorprendidos y perplejos al máximo, se dieran cuenta de ello, nuestros camaradas habían sacado al agitador de la silla y, pasando a través de la chusma, lo trajeron al escenario. Algo así jamás había sucedido, y lo que yo había esperado se produjo en el acto: un vaso de cerveza voló por los aires y cayó ruidosamente. Y con esto estaba dada la señal para la primera gran batalla de sala. Las sillas se rompían, de las mesas eran arrancadas las patas, baterías de vasos y botellas eran colocadas en segundos, a modo de proyectiles, sobre las mesas, y acto seguido empezó el baile. Durante unos diez minutos la batalla fluctuaba de acá para allá. Vasos, botellas, patas de mesas y de sillas volaban indiscriminadamente y sin blanco fijo por los aires. Una vocinglería aturdidora se elevó: la bestia roja estaba suelta y quería ahora sus víctimas.

Al principio parecía que estábamos todos perdidos. El ataque comunista había empezado en forma tan espontánea y explosiva que, a pesar de que estábamos preparados

para él, nos tomó completamente por sorpresa. Pero apenas las tropas de la SA y de la SS, concentradas principalmente delante del escenario, se hubieron recuperado de su asombro y perplejidad, comenzaron con audaz denuedo el contraataque, y entonces se puso en evidencia que si bien el partido comunista tiene masas detrás suyo, estas masas, en el momento en que chocan con adversarios firmemente disciplinados y unidos por juramento a una causa, se acobardaban y *toman la de Villadiego*. En corto plazo la chusma roja, que por cierto había venido para golpear *sobre la horma* nuestra reunión, había sido sacada a golpes de la sala y la calma, que con medios amigables no había podido ser establecida, había sido impuesta ahora por la fuerza bruta.

Por lo general, en el transcurso de una batalla en una sala apenas se tiene conciencia de cada una de las fases de semejante acción. Recién más tarde afloran en el recuerdo. Aún hoy veo una imagen, que para toda la vida será imborrable en el recuerdo: en el escenario estaba parado un hombre joven de la SA, hasta entonces desconocido para mí, que lanzaba sus proyectiles en defensa de los dirigentes de la asamblea, contra la chusma roja que se venía encima. Repentinamente es alcanzado en la cabeza por un vaso de cerveza tirado de lejos. La sangre corre abundantemente por las sienes. Con un grito cae al suelo. Después de algunos segundos se vuelve a incorporar, agarra una botella de agua que aún estaba sobre la mesa y la tira en amplio arco dentro de la sala, donde luego estalla resonando en la cabeza de un adversario.

La cara de este joven queda impresa en mí. En este episodio, que ha sucedido rápido como el rayo, se ha fijado de manera inolvidable en mi memoria. Este hombre de la SA, gravemente herido en los Salones del Pharus, bien pronto y entonces para siempre llegaría a ser mi camarada más leal y de mayor confianza.

Recién cuando la chusma roja había abandonado el campo gritando y vociferando injurias, se pudo establecer cuán grave y ruidosa había sido esta contienda. En el escenario estaban tendidos diez hombres sobre un charco de su propia sangre, casi todos con heridas en la cabeza y en la frente, y dos con grave conmoción cerebral. La mesa y la escalera que conducía al escenario estaban cubiertas con grandes charcos de sangre. Toda la sala semejaba un campo sembrado de escombros.

Y en este desierto de sangre y ruinas, repentinamente, nuestro jefe de la SA, alto como un árbol, ya de nuevo en su lugar, declara con tranquilidad pétrea: "*La reunión continúa. El relator tiene la palabra.*"

Nunca antes ni nunca después volví a hablar bajo circunstancias tan excitantes: detrás mío, ensangrentados y doloridos, los camaradas de la SA heridos. En derredor mío, trastos, patas de sillas rotas, vasos de cervezas hechos añicos, y sangre. Y toda la audiencia inmóvil en helado silencio.

Entonces aún no se disponía de un cuerpo de sanidad formado; por eso nos vimos precisados a recurrir, ya que nos encontrábamos en un barrio obrero, a los llamados samaritanos obreros para el transporte de nuestros heridos graves. Y entonces se produjeron escenas delante de la puerta del salón que en su repugnancia son casi indescriptibles. Estos hombres bestializados, que supuestamente luchan por la fraternidad de todo el mundo, comenzaron a proferir injurias contra nuestros pobres e indefensos heridos graves y a atacarlos con frases tales como: "*¿Todavía no estiró la pata este cerdo?*"

Bajo estas circunstancias era completamente imposible pronunciar un discurso coherente. Apenas hube comenzado, cuando nuevamente un comando de sanidad entró en la sala y, sobre la camilla oscilante, un hombre de la SA gravemente herido era bajado del escenario y llevado afuera. Uno de ellos, a quien los embrutecidos apóstoles

de la humanidad cubrían en la puerta con las frases más infames y soeces, me llamó en su desesperación con una voz que claramente se entendió en la tribuna. Interrumpí el discurso, crucé la sala, en la que aún estaban distribuidos comandos de provocación de los comunistas (por cierto que ahora, bajo la impresión de la inesperada refriega, se hicieron a un lado tímida y silenciosamente), y me despedí afuera del camarada de la SA malherido. Al término de mi discurso fue pronunciada por primera vez la expresión: “*El hombre de la SA desconocido.*”

No dejé de mencionar un episodio risueño, que en cierto modo dio a este sangriento encuentro un final reconciliatorio. Cuando después del informe se invitó a la discusión un pequeño burgués mezquino, santurrón, que dijo ser miembro de la *Jungdeutscher Orden*,⁽²⁰⁾ pidió la palabra. Con patetismo pastoral instó a la fraternidad y a la paz entre las clases, mediante cómicas lamentaciones; nos reprochó la inmoralidad de este inútil derramamiento de sangre y declaró que la unidad solamente hace la fuerza. Cuando, después de una profunda reverencia ante el auditorio, quiso todavía comenzar a declamar una poesía patriótica, para terminar con ello sus nobles desatinos huecos, un buen hombre de la SA le respondió, causando la risa turbulenta de toda la reunión con la interrupción por cierto muy acertada: “*¡Ea, pequeño poeta de cumpleaños!*”

Con este jocoso incidente la batalla de los Salones del Pharus llegó a su fin. La policía había despejado la calle. La retirada de la SA y la SS se produjo sin fricciones. Un día decisivo en el desarrollo del movimiento nacionalsocialista en Berlín quedaba detrás nuestro.

No hay palabras que alcancen para reproducir el fárrago de mentiras que podía leerse al día siguiente en la prensa judía. La canalla de la Plaza Bülow, que reduce toda su existencia política a la incitación sangrienta, al fratricidio, se sintió repentinamente llamada a representar el papel del perseguido inofensivo, y de acusar a nuestro movimiento, que solo había defendido su existencia misma, del asesinato de trabajadores.

Berliner Morgenpost,⁽²¹⁾ del 2 de febrero de 1927:

“En los Salones del Pharus, en la calle Müller 142, tuvieron lugar en la tarde de ayer alrededor de las nueve horas, graves choques entre comunistas y miembros del partido socialalemán de trabajadores, que realizaban allí una reunión. En ocasión de una pelea que se origina entre los distintos partidarios, fueron heridas considerablemente muchas personas. El servicio de auxilio trasladó a cuatro heridos al Hospital Virchow; las otras, unas diez personas, fueron curadas de emergencia en el mismo lugar.

El partido socialalemán de trabajadores había convocado en la tarde de ayer a una asamblea política en los Salones del Pharus en el norte de Berlín. Delante del local se habían reunido al comienzo del discurso varios centenares de comunistas, de los cuales una gran parte pudo entrar en la sala. De entre las filas de los espectadores se oyeron repetidas voces de protesta. De repente se produjo un gran tumulto, que bien pronto degeneró en una gresca. Con sillas, vasos de cerveza y otros objetos los miembros de ambos partidos se acometieron. Las instalaciones de la sala fueron demolidas. Numerosas fuerzas de la policía separaron finalmente a los combatientes y realizaron una serie de detenciones.”

Die Welt am Abend, ⁽²²⁾ del 12 de febrero de 1927:

“Ayer por la tarde se produjeron en Wedding sangrientos encuentros entre nacionalsocialistas provocadores y la policía, por un lado, y trabajadores de Wedding por el otro. El partido nacionalsocialista de los trabajadores había convocado a una reunión en los Salones del Pharus, en la cual el Dr. Goebbels debía hacer una relación sobre el derrumbe del Estado clasista burgués. La asamblea, a la que asistieron alrededor de 2.000 personas, entre ellas numerosos comunistas y socialdemócratas, tuvo desde el comienzo un transcurso tormentoso.

Los nacionalsocialistas tenían desde el principio la intención de provocar. El coordinador de la asamblea, Daluege, declaró, cuando los comunistas pidieron la palabra que: Entre nosotros no hay discusión.

A raíz de ello hubo fuertes manifestaciones de protesta, durante las cuales los aproximadamente trescientos hombres de cruz gamada del servicio de protección de reuniones, procedieron en la forma más brutal contra los trabajadores. Se llegó a graves riñas. Los fascistas golpearon a los trabajadores con patas de sillas y cuartillos de cerveza. En el curso de estos encuentros fueron heridos gravemente varios trabajadores. Los obreros comunistas y socialdemócratas finalmente fueron expulsados por los cruzgamados a la calle, donde se había congregado una inmensa muchedumbre.

Vimos a la policía, que trató de despejar la calle Müller desde ambas direcciones y para eso golpeó salvajemente a los trabajadores. Se produjeron graves encuentros, especialmente junto a la calle Amrumer, donde fueron efectuadas en total diecisiete detenciones. Los sucesos dentro y alrededor de los Salones del Pharus se difundieron en todo el distrito como un reguero de pólvora. Nuevas masas de trabajadores llegaron y la indignación se dirigió sobre todo contra el Saalschutz Abteilung ⁽²³⁾ hitleriano, que continuaba provocando. La policía trató de alejar a la multitud y los refuerzos que concurrieron acompañaron a los jóvenes cruzgamados a la estación de la calle Putlitz. En la esquina de las calles Torf y Trift se produjeron nuevos choques. La policía asegura que fueron lanzadas piedras contra ella. De cualquier modo, los agentes hicieron muchos disparos y se volvieron a efectuar otras veinte detenciones, siendo llevados los detenidos a la central de la policía. Pero los disturbios no terminaron con esto. En la esquina de las calles Nordufer y Lynar se produjeron más escenas violentas, y también aquí los cruzgamados que se retiraban atacaron a los trabajadores. Fueron heridas gravemente otras seis personas. En total se han constatado hasta ahora seis heridos graves y treinta heridos leves.”

Die Rote Fahne, del 12 de febrero de 1927:

“Nacionalsocialistas asaltan a trabajadores. Asalto premeditado en los Salones del Pharus.”

“En la tarde de ayer tuvo lugar una asamblea de los nacionalsocialistas en los Salones del Pharus, a la cual se había invitado por medio de carteles públicos. Por eso también se habían hecho presentes numerosos trabajadores, de modo que la reunión estaba llena. La orden del día debía tratar la decadencia del capitalismo, por lo que naturalmente al comienzo de la asamblea un trabajador pidió la palabra y se dirigió al coordinador para solicitar una discusión. El coordinador de la asamblea declaró

que: *En esta asamblea no hay discusión.*

Esta fue la voz convenida para un asalto monstruoso y vil de los nacionalsocialistas.

Guardias de garrotes especialmente formadas de Schöneberg juntaron, antes de la reunión, una cantidad de sillas y jarras de cervezas en la galería. Se trata, por consiguiente, de un ataque bien preparado. En el momento, pues, en que el presidente negó la palabra, los nacionalsocialistas comenzaron a bombardear desde la galería a los trabajadores presentes con sillas y jarras de cerveza. Se produjeron graves choques. Numerosos trabajadores fueron heridos, entre ellos algunos muy gravemente. Parece que hasta hubo muertos, debiendo, sin embargo, esperarse, en cuanto a esto, la confirmación.

La noticia del asalto nacionalsocialista cundió con la rapidez del rayo en Wedding, donde los trabajadores salieron a la calle para protestar en grandes columnas contra los asesinos nacionalsocialistas. A pesar de que la policía procedió rigurosamente contra los trabajadores, se formaron siempre nuevos grupos.

Elevamos nuestra más severa protesta contra estos cobardes y asesinos ataques. ¡Trabajadores, uníos contra los asesinos fascistas!”

Esta fue la respuesta de la prensa judeo-comunista a la derrota, que le vino tan inesperadamente que por el momento parecía perder por completo la cabeza al respecto.

En el futuro les lanzaríamos de vuelta, con mucha frecuencia, las palabras *asesinos de trabajadores* a su propio gaznate. No nos hemos quedado callados. Hemos tratado de mostrar a la opinión pública, en tarea esclarecedora de muchos años, dónde se deben buscar y se encuentran los verdaderos asesinos de los trabajadores.

Que se nos llamara *bandidos*, eso solo era un título de honor para nosotros de boca de los judíos de la Casa de Karl Liebknecht. Y me llamarán a mí *súper-bandido*, esto fue aprovechado por nosotros antes de que ellos lo esperaran, y bien pronto la palabra se hizo célebre en nuestras filas, no solamente en Berlín, sino en todo el *Reich*.

En forma completamente repentina, la autoridad conductora y resistente que hasta ahora aún no poseíamos en nuestra organización berlinesa, había sido levantada y afirmada mediante éxitos. Un movimiento combatiente debe ser llevado a la lucha; y si el partidario ve que la conducción marcha adelante combatiendo no solo en la teoría, sino también en la práctica, entonces bien pronto le tendrá confianza y se subordinará sin protesta. La conducción, por otro lado, llega con ello a la feliz situación de poder echar en la balanza en todas las decisiones críticas el fondo de autoridad que ahora se está acumulando. Así fue en este caso. El movimiento berlinés tenía ahora un núcleo central. Ya no podía ser deshecho artificialmente con palabras. Conducción y seguidores se habían entrenado en conjunto y unido por juramento, lo que los hacía aptos para encarar acciones políticas de magnitud. Esta ganancia no la pudimos apreciar entonces todavía en todo su peso. En el futuro nos prestaría servicio muchas, muchas veces, cuando el movimiento estuvo expuesto a las más duras pruebas de resistencia, y se trataba en los momentos decisivos de darle un apoyo firme y un curso seguro, imperturbable.

Tomé también entonces contacto con los llamados voceros doctrinarios del nacionalsocialismo.

Pero debo confesar que este conocimiento me satisfizo muy poco interiormente. Entre estos escritores que debían defender nuestra causa apenas encontré a uno que tuviera

siquiera un ápice de comprensión por la lucha del nacionalsocialismo tal como se machacaba en los barrios proletarios.

Allí se hacían reuniones de círculos espirituales, se desintegraba la doctrina nacionalsocialista en cien mil átomos, para luego volver a juntarlos penosa y artificialmente. Se abundaba en acrobacias de palabras, que si bien parecían aptas para reflejar brillantemente a sus inventores en su propio espejo, no podían, sin embargo, dar al frente nacionalista revolucionario combatiente, que estaba afuera sangrante y sacrificado en locales de reunión llenos de humo, ningún consuelo ni ningún aliento.

El nacionalsocialismo es un asunto de hechos, no de palabras. Los defensores espirituales de esta causa deben cuidarse de no echarse a perder en el debate. No estamos para emular a los literatos de civilización judíos en cuanto a estilo refulgente y fuego de artificio intelectual. El nacionalsocialismo podrá hacer uso de estos medios en caso de apremio y necesidad, pero nunca y jamás esto ha de ser para él objetivo en sí.

El movimiento nacionalsocialista se ha hecho grande por sus oradores, no por sus periodistas. Si algunos de ellos usó la pluma, lo hizo para ponerla al servicio de la organización. Tratándose de los escritores nacionalsocialistas, casi siempre tuve la impresión de que, en oposición a ello, querían poner a nuestra organización al servicio de sus plumas. Y con esto estaba pronunciado para mí de antemano el fallo sobre ellos. Sobre todo parecían carecer frecuentemente del necesario coraje civil.

Se tenía temor de desacreditarse entre los literatos de la *civilización*. Es el miedo del filisteo intelectual, que no osa protestar contra ningún desvarío judío por temor a aparecer como anticuado y a ser objeto de burla por anacrónico.

El nacionalsocialismo será mal reputado siempre por los *literatos de civilización* como reaccionario. Entonces, pues, hay que hacerse del coraje civil de gritárselo a la cara a los fabricantes de líneas en las salas de redacción: “*¡Si el nacionalsocialismo es, en su opinión, reacción, pues bien, en nombre de Dios, somos reaccionarios!*” Pero no estamos dispuestos de ninguna manera a dejarnos prescribir nuestra doctrina por un ave de corral megalómano, presuntuosamente arrogante.

Tampoco debe creerse que a los hombres de la pluma judía les infunde respeto si se intenta emularlos en el brillo de la palabra y en la delicadeza del estilo. A ellos al final solo les infunde respeto el poder, y recién bajarán el tono cuando se les ponga el puño debajo de la nariz.

Para gran alegría nuestra, la lucha por la capital del *Reich*, con su tributo de sangre, comenzó ahora a suscitar en medida creciente el interés de todo el movimiento. Fue como si un nuevo aliento cundiese por todo el *Reich*. Lo que hasta entonces se había considerado imposible y de locura, o sea ir a buscar al enemigo en su propio campamento y retarlo a combate, esto se hizo realidad. En esto, el movimiento de todo el *Reich* estaba detrás nuestro. De todos los rincones y confines del país llegaron donativos en dinero para los hombres de la SA berlinesa heridos. Con ello fuimos puestos en condiciones de poder brindarles al menos la protección más primitiva y los necesarios cuidados. El frente, en dura lucha, tenía la satisfacción de saber que tras él estaba el movimiento grande, que seguía de cerca su causa con un corazón ardiente y palpitante.

Y ahora se produjo golpe tras golpe. En largas columnas de camiones la SA berlinesa salía a la provincia. Un desfile seguía al otro. En Cottbus fue organizado el Día de la Libertad Nacionalsocialista, que terminó con una sangrienta masacre de la policía. En Berlín las asambleas se sucedían una tras otra sin pausa. Una vez más retamos al partido comunista alemán al combate. Cuatro días después de la batalla de

los Salones del Pharus convocamos a una nueva demostración masiva en Spandau. Otra vez *Die Rote Fahne* deliraba de temblorosa indignación y declaró nuevamente que ahora se acabaría definitivamente.

¡Pero ahora ya era tarde! El dique estaba roto. Hasta el último hombre de la SA berlinesa ocupaba la sala. No le sirvió de nada a la *Rotfrontkämpferbund* el haber distribuido sus tropas de dispersión en zigzag por las calles. Es verdad que algunos corazones blandos dentro del mismo partido trataron de convencerme de desistir por ahora a seguir provocando al partido comunista alemán, que ya estaba irritado al grado máximo. Pero fueron palabras al viento.

Con seis automóviles fuimos desde Berlín por la calle Heer, pues había llegado a nuestros oídos que grupos aislados de la *Rotfrontkämpferbund* querían impedir de entrada el viaje. En un restaurante apartado, en medio del bosque detrás de Spandau, habíamos instalado nuestro cuartel general, y desde allí nos acercamos furtivamente a la ciudad. La dispersión planeada de la asamblea no pudo ser realizada. El partido comunista alemán solo consiguió poner en escena, después de la misma, un sangriento tiroteo en la calle Pulitzer. Tuvimos nuevamente, es cierto, una serie de heridos graves, pero la victoria era nuestra.

El intento de ahogar en sangre el joven y pujante movimiento nacionalsocialista en la central del marxismo, había fracasado en toda la línea. En esta lucha habíamos aprendido varias cosas. Una vez más se había puesto en evidencia el frente único, reconocido de tiempo atrás por nosotros, de todo el judaísmo internacional. El que comparaba en aquellos días el *Berliner Tageblatt* ⁽²⁴⁾ con el *Die Rote Fahne*, apenas podía constatar una diferencia. Ambos veían en nosotros a los perturbadores de la paz. Ambos se sentían amenazados por nosotros. Ambos gritaban, según el método “¡*Detengan al ladrón!*” En coro uniforme, reclamando la autoridad estatal, que ahora, como los medios de terror y persecución sangrienta parecían fracasar, debían intervenir ayudando y salvando.

Pero el movimiento había salido airoso de la prueba de fuego. Había ido a buscar al enemigo en su propia fortaleza, lo había forzado a la lucha y, cuando la lucha se había hecho inevitable, no la había eludido, sino que la había llevado a término con valiente desesperación.

¡*Hombre de la SA!* Estas palabras, hasta entonces del todo desconocidas y pronunciadas, estaban ahora rodeadas repentinamente de un hechizo místico. Los amigos las pronunciaban con admiración, y los enemigos con odio y miedo. El temerario espíritu de ataque de esta pequeña tropa le conquistó, en cortísimo plazo, rango y prestigio. Había probado mediante la acción que una causa se puede defender combatiendo también bajo las condiciones más adversas, cuando detrás está la pasión política, el coraje temerario y el sonriente desprecio. El terror, en cuanto se había atrevido a nuestras reuniones, estaba quebrado por ahora. Al bolchevismo le había sido quitada la fama de invencible, la consigna “¡*Berlín permanecerá roja!*” se había conmovido y tambaleado.

Habíamos ganado un punto de partida. Dentro del terror más sangriento que se aplicó contra nosotros, nos declaramos por la resistencia.

¡No habría de pasar mucho tiempo antes de que este frente de resistencia, que defendía sus primeras posiciones, se lanzase al ataque político en toda la línea!

El hombre de la SA desconocido

“*¡El hombre de la SA desconocido!*” Estas palabras, lanzadas a las masas por primera vez en los Salones del Pharus después de una cruenta lucha en la asamblea, corrieron como reguero de pólvora, con la rapidez del viento, por todo el movimiento. Era la expresión plástica para aquel soldado político combatiente, que había surgido en el nacionalsocialismo y se alzaba contra la amenaza del pueblo alemán.

Solo pocos miles en todo el *Reich*, y especialmente en Berlín, eran los que acometieron la temeraria empresa de ponerse la camisa parda, imprimiéndose así el sello del paria de la vida política. Pero estos pocos miles abrieron el camino en forma decisiva al movimiento. A ellos se debe que sus primeros comienzos no pudieron ser ahogados en sangre.

Más tarde surgió la discusión si SA es la abreviatura de *Sportabteilung* ⁽²⁵⁾ o *Sturmabteilung*. Esto es completamente indiferente, pues ya la abreviatura ha llegado a ser un concepto en sí. Se designa con ello siempre a aquel tipo de soldado político, a través del cual fue representada por primera vez la nueva Alemania en el movimiento nacionalsocialista.

El hombre de la SA no tolera de ninguna manera una comparación con el miembro de cualquier asociación militar. Las asociaciones militares son apolíticas por su índole, en el mejor de los casos, patrióticas de un modo general, sin objetivos políticos claros.

El patriotismo sentimental, carente de metas políticas reales es un asunto que debemos superar. El hombre de la SA no tiene precursores en la vieja Alemania. Se ha generado de las fuerzas políticas explosivas del tiempo de posguerra. No fue ni es su misión hacer de sirviente de las potencias del dinero o custodiar las cajas de caudales burguesas como policía de vigilancia. El hombre de la SA ha salido de la acción política y está destinado exclusivamente a la acción política.

Se diferencia del asociado común en que toma sobre sí mayores responsabilidades para con el movimiento, sobre todo la de protegerlo cuando se encuentra amenazado por la fuerza bruta, y quebrar el terror que se pone en acción contra él.

El marxismo, como se sabe, ha crecido con el terror. Conquistó con terrorismo la calle, y como de entre los partidos burgueses nadie se le enfrentó, también pudo mantenerse en ella hasta la entrada del movimiento nacionalsocialista. En círculos burgueses se considera inculto y poco distinguido ir a la calle para hacer demostraciones y propugnar ideales políticos.

Pero la calle, no hay nada que hacer, es la característica de la política moderna. El que puede conquistar la calle, también puede conquistar a las masas, y el que conquista a las masas, conquista con ello al Estado. A la larga, al hombre del pueblo solo le infunde respeto el despliegue de fuerza y disciplina. Una idea justa, defendida con medios adecuados e impuesta con la necesaria energía, a la larga siempre ganará a las grandes masas.

El hombre de la SA está llamado a mostrar ante todo el mundo la fuerza plástica y el vigor enraizado en el pueblo del movimiento nacionalsocialista, y allí donde se lo ataca ha de defenderlo con todos los medios. Esto, en aquella época, era más fácil decirlo que hacerlo, pues el marxismo tomaba para sí el derecho exclusivo a la calle, y ya consideraba una audaz provocación cuando otra doctrina se atrevía siquiera a profesarse abiertamente. Los partidos burgueses en el curso del tiempo se habían doblegado cobardemente y sin protesta a esta insolente pretensión. Dejaban el campo libre al

marxismo y se limitaban por su parte a defender en el parlamento y en las federaciones económicas, las posiciones tambaleantes de la democracia liberal. Con ello perdían todo carácter agresivo y no fue difícil para el marxismo, arrollarlos en un ímpetu masivo, audaz y violento, poniéndolos de una vez por todas a la defensiva.

El atacante, como se sabe, es siempre más fuerte que el defensor. Y cuando, para más, la defensa se realiza con recursos insuficientes y a medias, como es el caso de los burgueses, entonces el adversario que lleva la ofensiva bien pronto conquistará en el ataque posición tras posición, sacando violentamente al defensor de sus últimos reductos.

Esta era la situación en el *Reich* desde la vuelta de 1918. Sobre todo el Berlín, este estado de cosas se había formado como una realidad indiscutible, natural, aceptada sin protesta. Parecía que los partidos marxistas solamente tenían el derecho de reclamar para sí la calle. En toda oportunidad que se presentara convocaban a las masas, y de a 10 y 100.000 marchaban entonces al Lustgarten, para testimoniar ante los ojos del gran público una imagen plástica de su fuerza numérica y de su popularidad.



“¡Horst Wessel! ¡Un muerto llama a la acción!”

La agitación nacionalsocialista tenía clara visión de que nunca podría conquistar a las masas si no proclamaba para sí el derecho a la calle, y también quitara al marxismo este derecho con osada temeridad. Esto, lo sabíamos, costaría cruentos combates, pues los cargos públicos en su mayoría estaban cubiertos por la socialdemocracia y ella no estaba dispuesta, de ninguna manera, a otorgar igual derecho para todos, en la calle, tal como garantiza la constitución.

Por lo tanto, nos vimos forzados a procurarnos por nosotros mismos aquella protección que los órganos del Estado nos negaban. Además nos vimos ante la necesidad de garantizar la realización de nuestra agitación pública mediante una formación de defensa especial. Pues el marxismo muy pronto había reconocido en el nacionalsocialismo a su único adversario serio y digno de ser tomado en cuenta y también sabía que a la larga, este lograría arrancarle las masas proletarias que aún marchaban detrás de la ideología clasista internacional, para incorporarlas en un nuevo frente, nacionalista y socialista.



De todas estas consideraciones surgió el pensamiento de la SA. Nació de la natural necesidad de protección del movimiento nacionalsocialista. El hombre de la SA era un soldado político. Se declaró dispuesto a defender su credo con todos los medios, y si se aplicaba la violencia contra él, también lo defendería oponiendo a su vez la violencia.

La clave está aquí en lo político. El hombre de la SA era y es un soldado político. Sirve a la política. No es ni mercenario ni asesino a sueldo. Cree en lo que defiende y por lo que se expone.

La organización de la SA pertenece a la estructura de la organización global del movimiento nacionalsocialista. La SA es la columna vertebral del partido. Con ella se mantendrá o caerá el movimiento. Los elementos que entraron recién más tarde en el movimiento, trataron de falsear el pensamiento de la SA. Apuntaban a sacar la organización de la SA de la organización del partido. Es afrentar a la SA considerarla una unidad independiente que solo se pone a disposición del partido en caso de necesidad, a pedido y aún a discreción de sus dirigentes. Esto significa invertir el pensamiento de la SA en su sentido contrario. No es el partido quien nació de la SA sino, al contrario, la SA del partido. No es la SA quien determina la política del partido, el partido determina la política de la SA. No se puede ni se debe tolerar que la SA haga política privada, o hasta haga la tentativa de dictar el curso de la política a la conducción política. La política la hacen los políticos.

La SA, en cambio, tiene la misión de movilizarse para la realización de esta política.

Por eso es necesario que el hombre de la SA, ya desde temprano, sea formado y adoctrinado en el credo al cual sirve. No debe jugarse sin voluntad y sin conciencia por algo que no conoce y no comprende. Debe saber por lo que combate, pues recién de este conocimiento recibe la fuerza de darse íntegro a su causa.

Las gacetas judías persiguieron en especial a la organización de la SA con un odio sin parangón: y como no se podía poner en duda que la SA se jugaba con cierto fanatismo y heroico espíritu de sacrificio por la doctrina nacionalsocialista, la prensa infame buscaba

siempre de nuevo de imputar motivos falsos y mendaces a este proceder heroico. Se pretendía hacer creer al público que en el caso del hombre de la SA se trataba de un matón contratado y mercenario a sueldo, que a cambio de dinero y buenas palabras estaba dispuesto a jugarse la vida. La idea medieval del comerciante, así se decía, había revivido en la SA. El hombre de la SA solo sigue a aquel que le promete y da el mejor forraje.

Elementos desleales, que se habían introducido subrepticamente en el movimiento nacionalsocialista y que durante un tiempo ocuparon puestos de comando altos y superiores, verdaderamente fomentaron estas mentiras inescrupulosas. Desde la SA pretendían desencadenar una lucha ambiciosa contra el partido, y fundamentaban siempre sus fines y objetivos arteros e indignos con exigencias y pretensiones materiales de la SA. De esta manera se ha producido muchas veces la impresión en el gran público de que el hombre de la SA era pagado por el partido por su duro servicio, y que el movimiento nacionalsocialista poseía en el instrumento de combate de la SA, una tropa mercenaria contratada y temeraria, que estaba pronta y dispuesta a cualquier cosa.



No exista juicio más falso y erróneo. El hombre de la SA no solo no es pagado por su peligroso servicio, muchas veces sangriento, sino que por ello debe además hacer inauditos sacrificios materiales; sobre todo, en épocas de alta tensión política está en camino tarde tras tarde y a veces noches enteras por el movimiento. Aquí se trata de proteger una asamblea, allá de pegar carteles. Aquí repartir volantes, allá ganar adeptos. Aquí reunir abonados para su diario, allá llevar a un orador a determinado lugar o de vuelta a su casa, brindándole seguridad. No es excepcional que grupos de la SA, en épocas comiciales de alta tensión, durante semanas no se quiten las ropas. A las seis de la tarde entran a tomar servicio, que dura toda la noche. Una o dos horas después de terminar este servicio, están de nuevo parados junto a la máquina o sentados en un banquillo de oficina.

Este heroísmo político por cierto no merece ser enlodado públicamente con la tacha de

la venalidad. Y también sería absolutamente imposible que hubiese hombres que puedan brindar tal desmedido espíritu de sacrificio por dinero. Por dinero se está, sí, dispuesto a vivir, pero raramente a morir.

La dirección partidaria nacionalsocialista procedió más tarde con todo acierto cuando eliminó sin miramientos de la organización a aquellos que públicamente hicieron sospechosa a la SA de venalidad contratada, pues hicieron al movimiento en su totalidad el peor agravio que se le puede hacer. ⁽²⁶⁾ Ellos en realidad tienen la culpa de que hoy en día cualquier individuo que escribe se cree con derecho a injuriar de asesino contratado al valiente soldado político de nuestro movimiento.

Muy poco sabíamos entonces de todo esto, cuando la idea de la SA recién comenzaba a afirmarse en la capital del *Reich*. La conducción política había llamado a la lucha, y la SA se puso a disposición, incondicionalmente, para esta lucha. Es más, la SA se convirtió en verdadera portadora de las controversias decisivas que ahora, sobrepasando la prohibición y la persecución, habrían de conducir al brillante ascenso del movimiento en la capital del *Reich*.

La SA lleva uniforme: pantalón, camisa y gorra pardos. De este hecho se ha creído poder deducir que la SA es una formación militar. Esta opinión es errónea. La SA ni lleva armas ni es adiestrada en el oficio castrense. Sirve a la política con los medios de la política. No tiene nada que ver con las numerosas asociaciones militares, originadas sobre todo de los cuerpos voluntarios. ⁽²⁷⁾

Las asociaciones militares por lo general están enraizadas todavía en la vieja Alemania. La SA es la representante de la joven Alemania. Es conscientemente política. La política es, reiteramos, su política de meta.

Con la SA el movimiento nacionalsocialista se creó también su tropa de propaganda más activa. A ella podía recurrir en todas las acciones propagandísticas; y con ello poseía con respecto a los otros partidos, que deben pagar con enormes medios toda campaña propagandística, una inmensa ventaja.

También en base a esta circunstancia, se han levantado más tarde contra la dirección partidaria frecuentes reproches. Se decía que la tropa revolucionaria del movimiento era degradada en el servicio de propaganda, en una columna de engrudadores burguesa. Estos reproches ignoran la esencia de la propaganda. Una lucha política moderna también se lleva con medios políticos modernos, y el medio político más moderno, se diga lo que se diga, es la propaganda. En el fondo también es el arma más peligrosa que un movimiento político puede utilizar. Contra todos los otros medios hay antídotos, solo la propaganda es incontenible en su acción. Si, por ejemplo, un grupo de marxistas llega a ser conmovido en su capacidad de creer, si pierde la confianza en el marxismo, entonces ya está vencido, pues instantáneamente abandona su resistencia activa. Lo que ya no se cree, ya no se defiende, y mucho menos se está dispuesto a atacar por ello.

Cuando la SA realiza acciones propagandísticas, entonces no hace sino emplear un moderno medio de combate político. Esto tampoco, de ninguna manera, está en contradicción con su verdadero sentido, y en especial, tampoco con el objetivo que defiende.

También se ha declarado frecuentemente que la tarea propagandística moderna contradice el espíritu militar prusiano, cuya última portadora es la SA nacionalsocialista. Para la vieja Prusia a veces hubiera sido sumamente ventajoso si hubiese empleado más frecuente y más consecuentemente el arma de la propaganda política, de lo que lo ha hecho. La vieja Prusia intentó convencer al mundo solamente

con realizaciones. Pero de qué le sirve la mejor realización, si en el extranjero es denigrada y vituperada, y la mentira echa a perder lo que la laboriosidad y la capacidad hay hecho de bueno. Esto lo hemos debido sentir sobre todo durante la guerra, muy en perjuicio de la nación alemana. Contra todas las armas que inventó y utilizó el enemigo contra nosotros, nuestros ingenieros inventaron contra-armas. Teníamos máscaras para gas y cañones antiaéreos. Pero no teníamos una propaganda mundial hábilmente organizada por la conducción del Estado, que pudiera ofrecer resistencia a la desvergonzada campaña de mentiras de la Entente.

Estábamos en esto librados indefensos a la propaganda difamatoria de los países aliados enemigos. Durante años se mostraron en el extranjero aquellos niños belgas, a quienes *soldados alemanes les habían cortado a hachazos las manos*, o se ponían reiteradamente delante a un público lacrimoso los *hechos monstruosos* de oficiales alemanes, en cine, teatro y prensa. En esta psicosis de masa la alta finanza americana pudo empujar a la guerra a los Estados Unidos; el enemigo aliado pudo inculcar a sus



soldados combatientes la convicción de que entraban en campaña por la civilización y la humanidad, y contra la barbarie y el derrumbe cultural amenazante.

Si el movimiento nacionalsocialista ha aprendido de las amargas consecuencias de desdichadas omisiones por parte alemana, prueba con ello que dista mucho de ser reaccionario, y que de ninguna manera en ciega insensatez lo pasado, por el mero hecho de ser pasado. Si a la SA desde temprano se le enseña a utilizar y aplicar sin consideraciones el arma de la propaganda, esto no contradice de manera alguna el carácter combativo de la formación. La propaganda es solo una nueva forma de expresión de la lucha política moderna, tal como se ha hecho necesaria desde el advenimiento del marxismo y desde la organización de las masas proletarias.

Pero mejor que todas las exposiciones teóricas, es el éxito lo que demuestra cuán acertados estuvimos en emplear este medio. En el aullido furioso del marxismo bien

pronto pudimos percatarnos que con nuestra propaganda masiva lo embestíamos y producíamos heridas profundas a su organización.

Por supuesto que los partidos marxistas no aceptaban esto sin protesta y lucha. En contra de ello se pusieron a la defensiva, y como no tenían argumentos doctrinarios que oponer a nuestro razonamiento político lógico, agudo y exhaustivamente examinado, debieron apelar a la fuerza bruta. El movimiento fue amenazado por un terrorismo sangriento, que hasta la actualidad no solo no ha disminuido, sino que de mes a mes y de semana a semana se refuerza. Sobre todo entonces, cuando el partido en Berlín aún era pequeño e insignificante, la SA como portadora de la lucha activa de nuestro movimiento, debió soportar lo insufrible. Ya por el hecho de ponerse la camisa parda, el hombre de la SA estaba marcado para el gran público como presa libre. Se le golpeaba hasta sangrar en las calles y se le perseguía dondequiera osase mostrarse. Ya el camino hasta una reunión equivalía a exponer la vida y la salud. Noche tras noche los apóstoles de la humanidad rojos asaltaban a nuestros camaradas, y pronto los hospitales se llenaron de hombres de la SA gravemente heridos. A uno se le había vaciado un ojo, a otro, fracturado el cráneo, un tercero yacía con una grave herida abdominal producida por una bala. Un desangrarse callado, heroico, había hecho entrada en las filas de la SA berlinesa. Y cuando más firme e inquebrantablemente clavábamos nuestra bandera revolucionaria en el asfalto de la capital del *Reich*, tanto más grandes e insoportables se volvían los sacrificios que toda la organización, y en especial la SA, debía hacer por ello.

No se nos debe censurar que hayamos glorificado mediante nuestra propaganda esta lucha heroica, y que rodeáramos al hombre de la SA con la aureola del soldado político valiente. De esta manera podíamos darle coraje para continuar en su tenaz perseverancia. Y por cierto que no nos cansamos de mostrar a nuestros partidarios que era algo grande por lo que ellos se arriesgaban, y que esa causa en verdad valía los enormes sacrificios que por ella se hacían.

Una y muchas veces la SA berlinesa salía de Berlín en los domingos de invierno, intensamente fríos. Entonces marchaba en columnas firmemente desplegadas bajo la nieve, la lluvia y el frío, pasando por villorrios y aislados pueblos fronterizos, para hacer propaganda y agitación por el movimiento nacionalsocialista. Si en un pueblo se nos negaba posibilidad de albergue, rápidamente despejábamos un establo perteneciente a un amigo de la causa y allí hablaban nuestros oradores ente los sorprendidos aldeanos. Y nunca nos despedíamos sin dejar un primer punto de apoyo firme del partido.

En aquellas semanas, nuestro dibujante Mjölfnir dibujaba su arrebatadora serie combativa de la SA: seis postales de representación apasionadamente vivaces. Concreciones artísticas del sangriento combate que librábamos por la capital del *Reich*. Entonces se creó el dibujo al carbón, que se hizo célebre, de un hombre de la SA herido con la leyenda: “*¡Pensad en nosotros! ¡SA Berlín!*” Esto cayó como un rayo en todo el movimiento. Todos los ojos se dirigieron a la lucha heroica de la SA berlinesa. La batalla por la capital del *Reich* se hizo de golpe popular en todo el país. El movimiento de todo el *Reich* tomaba parte entrañable en la misma y seguía con el corazón tembloroso el avance vertiginoso del partido en Berlín.

“*¡El estandarte está de pie!*” Esta divisa irresistible de una de las tarjetas de combate tenía ahora su justificación. Habíamos llevado adelante la bandera de la idea nacionalsocialista contra el terrorismo y la persecución. Ahora estaba planteada firme e inamovible entre nosotros, y nunca más, esta era nuestra decisión irrevocable, se

lograría arriarla.

Era muy difícil alojar a nuestros camaradas heridos y garantizarles los cuidados y la asistencia que requerían por sus generalmente graves lesiones. Los hospitales públicos en Berlín son en su mayoría municipales, y, por lo menos en lo que atañe el personal subalterno, con fuerte infiltración marxista. En esos hospitales habíamos hecho experiencias poco agradables con nuestros heridos. La asistencia era muy mala, y muchos camaradas se sentían, bajo las manos de un enfermero socialdemócrata o de un médico judío, abandonados por Dios y el mundo. No debe olvidarse al respecto que algunos de los más valientes y audaces no se sacaban nunca, por así decir, la venda blanca de la cabeza. No era raro que un solo hombre de la SA fuera herido tres, cuatro o cinco veces en el curso de dos o tres meses, debiendo permanecer casi todo el tiempo en el hospital.



Tratamos de hacer frente a la situación, por de pronto, alojando a nuestros heridos en peligro en una sala propia de enfermos, instalada apresuradamente, donde con nuestros propios medios, que en gran parte provenían de donaciones de todo el *Reich*, les proporcionábamos lo indispensable en cuidados y atención médica.

Ya muy pronto se formo en la SA una firme tradición combativa. El que pertenecía a la SA era por ello parte de la elite partidaria. El hombre de la SA tenía que librar una lucha difícil, pero, y con todo derecho, estaba orgulloso de poder y tener que dedicarse con toda su persona a ella. La SA llegó a ser así una selección de todo el movimiento.

Se componía entonces y también ahora, en su mayoría, de elementos proletarios; y entre ellos, los desempleados daban el contingente mayor. Está dentro de la idiosincrasia del obrero no solo de creer en una idea política, sino de luchar por ella. El obrero no tiene bienes, y el desposeído siempre estará más rápidamente dispuesto a jugarse, hasta con riesgo de su vida, por una causa. En verdad no tiene nada que perder sino sus cadenas; y por eso su lucha por una convicción política esta imbuida de una abnegación y entusiasmo que no posee el hombre de sentimientos burgueses. Este experimenta inhibiciones mucho mayores. Su educación y formación no le permiten

exponerse con la misma consecuencia sin vacilaciones por un ideal político.

El hombre de la SA lo debe hacer. Diariamente está forzado a responder por su causa y, cuando es necesario, a pagar también hasta el último tributo de sangre.

Debe estar a la espera de ser derribado a golpes por el adversario de noche y a oscuras, y de ir a parar, a la mañana siguiente, en la mesa de operaciones en lugar de encontrarse en el trabajo. Solo hombres temerarios y convencidos hasta en lo más íntimo, hallan la fuerza necesaria para ello.

La verdadera fuerza de la SA reside, pues, en que se compone en lo esencial de elementos proletarios. Pero este hecho también constituye una garantía de que la SA, y con ella todo el movimiento, no se deslizará nunca en una corriente burguesa, de compromisos. El elemento proletario, en especial de la SA, da siempre de nuevo al movimiento aquel ímpetu revolucionario no abatido, que gracias a Dios ha conservado hasta el día hoy y conservará en el mañana. Muchos partidos y organizaciones que se formaron al final de la guerra, se sumergieron nuevamente, tras un corto ascenso, en las tierras bajas burguesas. El compromiso los ha echado a perder a todos. El movimiento nacionalsocialista poseyó en la actividad revolucionaria de sus hombres de la SA, la garantía de que su espíritu combativo se mantendría incólume y que la gran pasión política de sus primeros comienzos sería preservada intacta siempre, tal como ha sucedido.

Basado en el espíritu y carácter de la SA, se formó con el correr de los años también un estilo de vida y de trato determinado. El hombre de la SA es un tipo político nuevo, y como tal también se creó en su lenguaje y postura, aquella forma exterior que corresponde a su esencia interior.

Admirable y ejemplar es para todo el partido el espíritu de camaradería que alcanza hasta el último miembro de la SA. En la SA marchan en la misma fila, obreros y profesionales, campesinos y gente de la ciudad, jóvenes y viejos, encumbrados y humildes. No existen allí diferencias de clase o posición. Todos sirven a un mismo ideal, y el mismo uniforme es expresión del mismo credo.

El estudiante tiende aquí la mano al joven trabajador, y el príncipe marcha al lado del hijo del campesino más pobre. Peligros y privaciones son soportados en común, y el que se excluye del espíritu de esta valiente camaradería, no tiene lugar en la SA. Los puestos dirigentes son ganados por méritos, y deben ser ganados todos los días de nuevo con valor ejemplar.

El lenguaje de la SA es duro y popular. El trato es el de "Tú". Aquí se va formando el nuevo frente de la comunidad popular que señala el camino y constituye el ejemplo para una nación alemana nueva, organizada comunitariamente que se alzarán, a no dudarlo, en un futuro cercano.

En el curso del mes de marzo, nos proponíamos arriesgar la primera marcha en la capital del *Reich*. La SA fue concentrada un sábado por la tarde en Trebbin para su primer gran Día de la Marca.⁽²⁸⁾

En las proximidades de un molino fue encendida una gigantesca pila de leña, y bajo el cielo nocturno sembrado de estrellas, la SA berlinesa prestó el juramento de no desistir de la causa común, de continuar luchando por ella, por graves y amenazadores que fueran los peligros. El domingo estuvo colmado por grandes manifestaciones de la SA en Trebbin mismo, y después de las formaciones viajaron en vagones ferroviarios especiales hasta la estación Lichterfelde-Este, desde donde debía ser iniciada la marcha en las últimas horas de la tarde al oeste de Berlín.

Nadie de nosotros presentaría siquiera que en el curso de esta manifestación se produciría

un derramamiento de sangre tan grave y fatal.

Un azar ciego quiso que en el mismo tren que debía transportar a la SA de Trebbin a la estación Lichterfelde-Este, estuvieran sentados comandos mayores de la *Rotfrontkämpferbund*, que volvían de una manifestación política en Leuna. La policía, que siempre está tan a mano y dispuesta cuando se trata de vigilar a los nacionalsocialistas o de examinar uno de nuestros discursos políticos en cuanto a transgresiones a la ley, se había hecho posible de la culposa negligencia de hacinar para un viaje de casi una hora en un mismo tren, a los adversarios políticos más encontrados. Con ello, se habían hecho inevitables, dada la alta tensión de la atmósfera política en Berlín, encuentros sangrientos. Ya al subir al tren en Trebbin la SA había sido atacada a tiros cobardemente y a mansalva, y durante el viaje se produjeron, ahora de compartimiento a compartimiento, acciones armadas fatales que en la estación Lichterfelde-Este, se transformaron en un franco tiroteo.

Yo había partido anticipadamente de Trebbin en automóvil con algunos camaradas, sin la menor sospecha de estos sucesos o siquiera de su posibilidad, para colaborar en la preparación del transporte sin dificultades de la SA desde la estación Lichterfelde-Este. Delante de la misma ya había compactas masas de gente que esperaba a la SA que estaba por llegar, a fin de flanquearla a lo largo de las aceras y acompañarla en su marcha al oeste de Berlín.

Poco antes del arribo del tren, la SA de Spandau, que había participado del desfile de Trebbin en camiones, llegó a la plazoleta delante de la estación y tomó ubicación en las proximidades, dispuesta para la marcha. El tren entró en el *hall* de la estación, y mientras que nuestros partidarios esperaban afuera a la SA en marcha, se originó en el andén mismo un intenso fuego de pistolas, que oímos desde el exterior sin imaginar cual podía ser su verdadera causa. Al momento, un camarada de la SA gravemente herido es sacado de la estación, y las aterrorizadas masas se enteran de que, en el instante en que el tren se puso nuevamente en movimiento, los combatientes del Frente Rojo, que continuaban el viaje hasta la estación Anhalt y se sentían por supuesto completamente seguros en sus comportamientos, habían disparado sobre la SA. En el mismo instante, un arrojado hombre de la SA salta en un compartimiento del tren en marcha, tira del freno de emergencia y hace parar el tren. Un jefe de la SA yace con una grave herida abdominal de bala sobre el empedrado del andén, otros tienen balazos en la pelvis y en las piernas. Las agrupaciones de la SA están en el paroxismo de la indignación y toman con los cobardes autores del atentado una venganza corta, pero tanto más eficaz. El destino quiso que entre los comunistas estuviera sentado uno de sus diputados de la dieta. De esta manera, en este caso no solo los seducidos, sino también uno de los cobardes seductores, sufre el castigo por parte de los perseguidos. Con gran esfuerzo se consigue hacer desistir a la masa frenética de dejarse arrastrar a acciones violentas.

Acompañados de gritos de rabia e indignación, los comunistas abandonan bajo protección policial la estación. En pocos momentos vuelve a reinar el orden en las filas de la SA, la columna se forma para la marcha, y algunos minutos más tarde avanza, silenciosa y adusta, por el oscuro sector de la ciudad, rumbo al oeste de Berlín.

Era la primera vez que el empedrado de la capital del *Reich* resonaba bajo la marcha acompasada de los batallones de la SA. La SA tenía plena conciencia de la magnitud de este instante. Atravesando Lichterfelde, Steglitz, Wilmersdorf, la columna alcanza el centro del oeste y desemboca, a la hora del tráfico más intenso, en la Plaza Wittenberg, la metrópoli judía.

En avanzadas horas de la noche, a algunos hebreos descarados, que aparentemente no

podían refrenar su hocico sucio, se les propinó fuertes bofetadas. Y esto fue, al día siguiente, motivo propicio para la prensa judía de lanzar una campaña acuciadora, desenfrenada y repugnante. La *Journaille* ⁽²⁹⁾ se prodigaba en excesos de rabia y loca difamación. El *Berliner Tageblatt* hablaba ya de un pogromo. En ese entonces apareció por primera vez en las columnas de la prensa bursátil, el *transeúnte inofensivo de apariencia judía*. Se quería hacer creer que ese transeúnte inofensivo, solo por tener aspecto judío, era sangrientamente derribado a golpes por brutos atorrantes.

Lastimeras versiones de testigos oculares llenaban las columnas de la excitada prensa judía. Se llamaba a la autodefensa, se gritaba, amenazaba y vociferaba, se apelaba a la policía y al Estado, y se exigía tempestuosamente que se pusiera término a la desvergonzada actuación de los cruzgamados. Se declaraba que la capital del *Reich* no era Múnich, que había que ofrecer resistencia a los comienzos; lo que aquí se explayaba ahora en las calles, ya no era política, eso era delincuencia organizada, y los delincuentes debían llegar a sentir el rigor de la ley. *Die Rote Fahne* era un corazón y un alma con Mosse y Ullstein. Los intereses judíos estaban amenazados, y entonces se desvanecen siempre las diferencias políticas partidarias, que de cualquier modo solo están levantadas artificialmente. Todo Israel levanto en trémula indignación la demanda: “¡Hasta aquí y no más lejos! ¡Prohibición! ¡Prohibición!”

Días difíciles vinieron para nosotros. El destino del movimiento pendía de un hilo de seda. Se trataba de ser o no ser. Esta vez, sin embargo, pudo ser evitada una prohibición abierta. Pero sabíamos que estábamos a punto de ser prohibidos, y convencidos de que en la primera oportunidad la prohibición sería efectivizada.

Pero, por otra parte, también creíamos que el movimiento se había afirmado en sí de tal manera, que sobreviviría finalmente a toda resistencia, también al terror y la prohibición. Imperturbable y consecuentemente seguimos nuestra lucha por la capital del *Reich*, sin dejarnos inhibir o detener en manera alguna por el miedo y el temor de una prohibición inminente.

La SA había salido airoso de su primera gran prueba. Mucho antes que el partido mismo, había superado la crisis y comenzó la lucha. Ya en pocas semanas estaban rotos los estrechos límites de la otrora pequeña secta: el movimiento poseía ahora nombre y rango. Esto se había obtenido con sangre e indiscutibles sacrificios: los heridos llenaban los hospitales, y gran número de ellos en grave estado se hallaban alojados en nuestra enfermería. Algunos luchaban con la muerte. Por docenas, hombres de la SA eran detenidos sin motivo y arrojados en las prisiones. Después de una investigación larga, agotadora, se llegaba al juicio, y siempre el hombre de la SA, que solo había defendido su vida, era el acusado, y el agitador comunista cobarde, testigo y acusador. Ni en la policía ni en el gobierno encontramos la protección que nos correspondía, y que garantiza la constitución. ¡Qué otra cosa podíamos hacer que ayudarnos a nosotros mismos! Aún no éramos un partido de masa, que infunde respeto con el número. El movimiento era una tropa pequeña que se lanzaba al asalto con inquebrantable desesperación contra el maligno espíritu judío de la capital del *Reich*.

Despreciados, escarnecidos y afrentados, manchados por las aguas servidas de una cobarde difamación, degradados a parias y marcados como libre presa política, así los hombres de la SA berlínesa marchaban detrás de la luminosa bandera roja cruzgamada hacia un futuro mejor.

Es imposible mencionar por su nombre a todos los que conquistaron méritos imperecederos por el avance del movimiento berlínés. No figurarán uno por uno en un libro de nuestra historia partidaria todos los que por ello expusieron su sangre y la

vida. Pero la SA, como un todo, como formación política combativa, como movimiento de voluntad activista, su conducta y su proceder valientes y erguidos, su heroísmo callado, su heroicidad disciplinada, todo ello será imperecedero en la historia del movimiento nacionalsocialista.

El portador de este espíritu orgulloso no es uno en particular. Es la organización como un todo, la SA como tropa, el ejército pardo como movimiento. Pero, sobre todo ello, el prototipo combativo de este espíritu, el hombre de la SA desconocido, levanta silenciosamente, exhortado, exigiendo, su semblante eterno. Es aquel soldado eterno que surgió silenciosamente en el movimiento nacionalsocialista, cumpliendo con su deber al servicio de una idea, calladamente y sin gestos grandilocuentes, obedeciendo a una ley que a veces ni siquiera conocía y que solo abarcó con su corazón sensible. Ante él, nos ponemos de pie con profundo respeto.

Ascensión sangrienta

El terrorismo como arma política era completamente desconocido antes de la llegada del marxismo.

Recién a la socialdemocracia le estuvo reservado ponerlo en aplicación para imponer sus ideas políticas. La socialdemocracia es la primera organización de ideología marxista de la lucha de clases. Está parada en el terreno del pacifismo. Pero esto no le impide propagar en el propio país el pensamiento de guerra civil más cruento. Cuando la socialdemocracia se presentó por primera vez políticamente, el Estado burgués clasista se le oponía firmemente ensamblado. Los partidos parlamentarios ya se habían solidificado y parecía imposible llegar a las masas por un camino parlamentario-democrático. Si la burguesía hubiese reconocido de entrada el peligro marxista y lo hubiese combatido no solo en los síntomas, sino también en las causas, entonces hubiese sido imposible que el marxismo ganara adeptos en números dignos de mención en Alemania. El obrero alemán, de acuerdo con su naturaleza y disposición, no es ni internacionalista ni pacifista. Es que él también es un hijo del pueblo alemán capaz de llevar armas. Solamente porque el marxismo le enseñó que exclusivamente por vía del internacionalismo pacifista sería alcanzada la dictadura del proletariado, el obrero alemán aceptó esta ideología que en realidad era extraña a su modo de ser. La socialdemocracia en sus comienzos de ninguna manera ha sido, como su nombre lo indica, democrática. En su época de oposición aspiraba a los mismo objetivos con exactamente los mismos que hoy utiliza el comunismo, y recién después de la subversión bursátil de 1918, cuando tuvo firmemente en sus manos el poder y pudo afianzarse en él por medios parlamentarios, se volvió repentinamente democrática.

Su pasado, sin embargo, probaba justamente lo contrario. En él se hablaba de sangre y guerra civil, de terror y luchas de clases, queriéndose arriar de a pares a los partidos capitalistas. Entonces no se cansaba de enlodar los ideales de la nación y de escarnecer descaradamente el gran pasado del pueblo alemán. Sin consideraciones se combatía al Estado burgués, con la finalidad de erigir sobre sus escombros la dictadura del proletariado.

En esta lucha, el terror político jugó un rol decisivo. Fue empleado con tal falta de escrúpulos que los partidos burgueses no tenían la menos posibilidad de defenderse contra él con sus propios recursos.

No les quedó otra alternativa que la de hacer frente a esta anarquía amenazante con los medios del Estado, la policía y el ejército, que fueron, por cierto, objeto de una vil e

infame difamación por la socialdemocracia, antes de la guerra. El teniente de la guardia, el casco de punta, el policía brutal y necio, el ejército al servicio del capitalismo, reprimían un movimiento espiritual.

Dentro de estos límites se movían las siempre renovadas villanías descaradas de la prensa marxista, que la Alemania imperial toleraba sin protesta.

Ha sido culpa de la burguesía que el marxismo pudiera de esta manera roer y socavar los fundamentos del Estado, sin que el Estado mismo le detuviera el brazo por su criminal proceder. Las autoridades partían del punto de vista de que al marxismo había que dejarle hacer; en caso serio, la socialdemocracia no podría sustraerse a las necesidades de la nación. Simultáneamente la burguesía política fue mantenida en esa ilusión. Y solo así es comprensible que el último representante de la Alemania imperial, en la hora decisiva para el destino, tendiera la mano para la unión a traidores profesionales con las palabras: “*¡Ya no conozco partidos, sino solamente alemanes!*” Abriendo así fatalmente la puerta ancha a la anarquía marxista hasta durante la guerra. Aquel día aciago en que Scheidemann fue nombrado secretario de Estado imperial, en realidad la historia de la Alemania monárquica ya había llegado a su fin. Una agitación partidaria infame e irresponsable, de sesenta años de duración, había con ello acarreado el resultado de que la vieja Alemania se desmoronó y la socialdemocracia bajó de las barricadas a ocupar los puestos de gobierno.

Desde ese momento el marxismo cambió su táctica. Los revolucionarios chorreando sangre, que hasta la caída del viejo *Reich* habían organizado la subversión bajo el gorro frigio, repentinamente se transformaron en burgueses políticos, con frac y sombrero de copa. Los que antes cantaban *L'Internationale*,⁽³⁰⁾ declaraban ahora la canción de Alemania, himno nacional. Aprendieron muy pronto a moverse con soltura en los viejos salones parlamentario-diplomáticos, pero no tenían ni la más remota intención de abandonar sus verdaderos objetivos.

La socialdemocracia sería eternamente lo que desde siempre fue. A lo sumo se aviene a modificar temporariamente su táctica político-partidaria y a cambiar los métodos que emplea en la lucha diaria. Mientras se encuentra sentada en el poder, se pronunciará por la tranquilidad y el orden, y exhortará a la estrecha razón del ciudadano a respetar la autoridad estatal. Pero en el momento en que es alejada del poder, vuelve a la oposición, y los medios con que combate al gobierno se asemejan exactamente a aquellos de los que se sirvió antes de la guerra.

El pensamiento estatal, tras el cual hoy en día se oculta hipócritamente, es en ella solo pretexto. El Estado es siempre para un funcionario marxista, solo el partido socialdemócrata. Este identifica sus intereses partidarios egoístas con los intereses del Estado y cuando un estratega de *noche de pago* habla de *defensa de la república*, entonces solo piensa en su redil partidario, al que quiere sustraer a la crítica del público, simulando un inexistente sentido comunitario. El marxismo nunca ha cambiado y tampoco cambiara jamás. Su verdadero carácter se manifestará siempre cuando un joven movimiento político se alza y lo reta al combate. Entonces despierta también en la socialdemocracia, de repente, su viejo pasado, y las mismas armas que aparentemente hoy rechaza en el adversario político y considera despreciables, le resultan buenas para emplearlas desconsideradamente contra ese mismo adversario.

El terrorismo ha nacido con la socialdemocracia y mientras exista en Alemania una organización marxista no desaparecerá nunca del campo de la lucha política. Y si el marxismo se sirve sin consideraciones del terror político, su adversario jamás debe declarar de antemano que rechaza la fuerza bruta en defensa propia, pues de esa manera

está librado completamente a la arbitrariedad del terrorismo marxista. Esto a la larga se hace tanto más insoportable cuando el marxismo está firmemente ubicado en los cargos y organismos estatales, y tiene con ello la posibilidad de dar al terrorismo político partidario un carácter mucho más peligroso, pues así no solo las bandas con garrotes del comunismo derribarán a golpes, en plena calle, todo sentir nacional y toda opinión contraria, sino que además los organismos públicos dócilmente les prestarán servicios auxiliares. El resultado es que el credo alemán está indefenso a merced del terror de la calle y de la administración.

¡Cuántas veces hubimos de tener la experiencia de que nuestros hombres de la SA, que solo habían hecho uso del más primitivo derecho de legítima defensa que a todo ser humano le corresponde, eran sometidos a juicio y condenados como perturbadores del orden público a severas penas de cárcel y presidio! Es comprensible que bajo estas condiciones, a la larga, la indignación en la oposición nacional llegara al punto de ebullición. Se le quita a la Alemania nacional las armas con que podría defenderse contra el terrorismo. La policía niega la protección de la vida y la salud a que todo ciudadano es acreedor, y si el hombre amante de la paz defiende finalmente, en la última desesperación, su vida con sus puños limpios, entonces para mayor escarnio es arrastrado delante del juez.

Ninguna persona que analice objetivamente los hechos puede poner en duda que la prensa marxista no posee argumentos valederos para esgrimir, frente al nacionalsocialismo, los principios de paz y orden. El marxismo procede ante toda opinión contraria contra el terror; solo cuando alguien se defiende, la *Journaille* grita, conforme al método archiconocido: “¡*Detengan al ladrón!*”, llamando al juez. Se trata de hacer creer a la opinión pública que el nacionalsocialismo amenaza la tranquilidad y la seguridad, que lleva discordia y odio a las clases y profesiones, y que por eso no es posible juzgarlo desde un punto de vista político y que su actuación es un asunto que compete a la Justicia.

Será derecho esencial de un futuro gobierno auténticamente nacional proclamar de nuevo para la Alemania alemana el más primitivo derecho a su legítima defensa. Hoy, todo el que se atreve a declararse por el germanismo, con ello ya queda marcado como libre presa política; el individuo marxista ya deriva de ello el derecho y el deber de atacar al portador de este credo con el puñal y el revólver.

Los objetivos que el marxismo persigue con esta táctica son obvios. Sabe que su poder se basa primordialmente en el dominio de la calle. Mientras pudo reclamar para sí exclusivamente el mandato de conducir a las masas y, bajo la presión de la calle, imponer por la fuerza decisiones políticas a su arbitrio, no tenía motivo para proceder contra los partidos burgueses que todo lo toleraban calladamente. Pero cuando se presentó el movimiento nacionalsocialista y reclamó para sí el mismo derecho que el marxismo pretendía como reserva suya, la socialdemocracia y el partido comunista alemán se vieron forzados a combatirlo mediante el terror. Frente a una ideología nacionalista fundamentada lógicamente, carecían de argumentos ideológicos, y así el puñal, el revólver y la cachiporra de goma tuvieron que suplir finalmente esta falencia.

Los partidos burgueses siguen viviendo en la ilusión de que existe una diferencia esencial entre socialdemocracia y comunismo. Están guiados por el afán de desradicalizar la socialdemocracia y comprometerla en la responsabilidad política estatal. Esto no tiene sentido ni objeto: es tentativa inútil en objeto inútil. La socialdemocracia asumirá su responsabilidad hacia el Estado mientras ella domine el Estado. Pero cuando pierde su posición preponderante en el gobierno, entonces se ríe de

la autoridad estatal y trata de alterar la tranquilidad y el orden, y llevar así a la caída el gobierno enemigo.

La cobardía de los partidos burgueses frente al marxismo no tiene parangón en la Historia. Los partidos burgueses ya no tienen fuerza para movilizar al pueblo y poner en movimiento a las masas. El burgués estará, cuanto más, dispuesto a votar su partido, pero nada lo puede mover a ir a la calle por su partido y sus fines políticos.

Distinta es la cosa con el nacionalsocialismo. Desde el principio no ha luchado en los parlamentos. Se sirvió desde temprano de medios de propaganda modernos: del volante, del cartel, de la asamblea en masa, de la demostración callejera. Con esto, bien pronto debió encontrarse con el marxismo. Inevitablemente se produjo la necesidad de retarlo a combate; y al final no quedó otra alternativa que la de hacer uso de los mismos medios que el marxismo aplicaba, si queríamos llevar exitosamente a término la lucha.

El movimiento nacionalsocialista no tenía ningún motivo para comenzar por su cuenta con el terrorismo político. Su objetivo era conquistar las masas, y se sentía tan seguro en su propio derecho, que podía abstenerse de toda violencia. El uso de la violencia recién se hizo necesario cuando se aplicó la violencia contra él.

Y éste era el caso. Sobre todo en aquellos años cuando el movimiento nacionalsocialista aún era pequeño y el adversario podía tener la esperanza de ahogar en sangre sus comienzos, cuando se derribaba a golpes a sus partidarios en las calles, en la creencia de poder así desintegrar desde afuera el movimiento. El marxismo tenía la intención, empleando los mismos métodos que hasta entonces había aplicado con tan gran éxito con respecto a los partidos burgueses, de poner de rodillas ahora también al nacionalsocialismo.

Pero en esto se había equivocado totalmente. El nacionalsocialismo reconoció desde el comienzo al marxismo justamente como lo que era. También se hizo plenamente cargo de que el marxismo, ante el primer peligro que lo amenazara, volvería a aplicar el viejo método, muy apreciado por él: la fuerza bruta. El nacionalsocialismo debió decidirse finalmente por el mismo método.

El camino del movimiento nacionalsocialista está señalado con huellas de sangre. Pero la sangre derramada no recae en la cuenta del debe del partido mismo, sino de aquellas organizaciones que hicieron del terrorismo un principio político y actuaron durante decenios conforme a este principio.

El marxismo ya siente como un atrevimiento descarado que un partido no-marxista apele a las masas, organice mítines, vaya a la calle. La masa, el pueblo, la calle, estos son (así lo quiere hacer creer el marxismo) privilegios indiscutidos de la socialdemocracia y del comunismo. A los demás partidos se les deja el parlamento y las federaciones económicas. La masa, empero, debe pertenecer al marxismo.

Ahora, el nacionalsocialismo se dirige precisamente a este pueblo. Apela al hombre de la calle, habla su lenguaje, vive las penurias y los apremios que lo agobian. Hace de la causa del pueblo su causa, con la convicción de que el pueblo hará de su causa una causa nacional y popular. Y ello significa, obviamente, un peligro amenazante para el marxismo. Con ello, el nacionalsocialismo ha tomado la parte sensible de la socialdemocracia y del comunismo y los atacó en la posición donde pueden ser derrotados. La socialdemocracia ha experimentado con nosotros que, a la larga, no se puede reprimir con medios mecánicos un movimiento espiritual. Al contrario, que la violencia siempre genera la violencia y que, cuanto más fuerte es la presión, tanto más fuerte será también la contra-presión.

No es signo de inteligencia, sin hablar siquiera de postura revolucionaria, que la

socialdemocracia intente permanentemente responder al nacionalsocialismo con los medios de la represión oficial. Su mendacidad hipócrita se ve ampliamente caracterizada cuando, además, trata de hacer aparecer al nacionalsocialismo como perturbador de la paz. Esta tentativa también hubiera fracasado lastimosamente si la prensa burguesa desde el comienzo hubiera hecho honor a la verdad, negándose a cumplir servicios auxiliares en este proceder vil y criminal.

La prensa burguesa, sin embargo, corresponde acabadamente al carácter o, mejor dicho, a la falta de carácter de los grupos de intereses parlamentarios que están detrás de ella. Allí se desea la paz por la paz misma. Durante decenios se ha admitido con docilidad al marxismo y sus exigencias terroristas, sin protestas. Ahora se está habituando a esta postura encorvada.

Los partidos burgueses tienen el propósito de vivir con el marxismo en buenos términos, sin considerar que el marxismo solo está dispuesto a mantener la tregua concertada con la burguesía si siempre, y en toda ocasión, se le da razón y se le permite juego libre.



El movimiento nacionalsocialista rechaza este sucio compromiso. Ha anunciado al marxismo, abierta y bruscamente, un combate de vida o muerte. Pronto el campo donde se libró esta contienda estuvo sembrado de víctimas; y al respecto corresponde consignar que la opinión pública burguesa en todas partes careció del necesario coraje civil para colocarse sin reservas del lado del derecho objetivo.

La opinión burguesa calla cuando hombres de la SA nacionalsocialista son abatidos a balazos en las calles. Esto solo se menciona con algunas líneas en cualquier rincón apartado del diario. Tal noticia jamás merece comentarios. Se hace de cuenta que esto tiene que ser así. Las gacetas marxistas generalmente no traen nada el respecto. Callan sistemáticamente todo lo que perjudica a sus propias organizaciones y, si por circunstancias desagradables se ven obligadas a hablar, entonces invierten los verdaderos hechos, haciendo del agresor el agredido y del agredido el agresor. Dan voces de socorro, gritan en demanda del poder estatal, movilizan a la opinión pública

contra el nacionalsocialismo y echan pestes contra un terror político que ellos mismos inventaron e introdujeron en la política. Y si llega a pasar que a un asesino marxista se le tuerce un pelo, entonces toda la prensa aúlla de rabia e indignación. Los nacionalsocialistas son presentados como viles y sanguinarios provocadores y asesinos de trabajadores, y hasta se los calumnia de que por puro placer de verter sangre abaten a palos y a tiros a inofensivos transeúntes.

Los diarios burgueses solo disponen de un digno silencio para semejantes enormidades. Son pródigos en artículos de fondo y comentarios cuando un delincuente marxista sufre daños al ser resistido su terrorismo sangriento. Pero de los nacionalsocialistas no se habla nunca y en ninguna parte favorablemente.

Esto produce consecuencias especialmente destructoras en las masas proletarias mismas; pues por el hecho de que al nacionalsocialismo se lo trata de antemano como de segunda clase, y se le imprime el sello de escoria y de desecho de la humanidad, se afirma en muchos la idea de que a este movimiento en manera alguna se le debe medir con normas legales. Toda injusticia que en otra parte se siente como indignante y provocadora, aquí pasa a ser derecho y justicia. Un camorrista comunista, cuyo oficio consiste en realidad en el asesinato político, ¿no se sentirá de esta manera sencillamente invitado a dejarse llevar por sus instintos sanguinarios desenfrenados? Pues sabe de antemano que la prensa calla y la opinión pública le da la razón. Si es citado ante los tribunales, es a lo sumo en calidad de testigo, y si termina mal, puede que reciba por tenencia prohibida de armas algunos meses de cárcel, que mediante concesión de circunstancias atenuantes le son condonados por vía de indulto.

La palabra de los *niños políticos* continúa engañando a la opinión pública. Se ha hecho costumbre no tomar en serio al comunismo. En sus excesos sangrientos solo se ven ocasionales descarrilamientos, a los que se brinda una amplia tolerancia y comprensión. Se cierran ambos ojos cuando la prensa comunista azuza a la guerra civil cruenta, y para el *chequista* ⁽³¹⁾ a sueldo, que de noche y a oscuras cobardemente mata a tiros a un hombre de la SA nacionalsocialista, se posee un corazón abierto. Se vela por él con la misma bondadosa preocupación con que se suele tratar en la prensa sensacionalista a un criminal sexual o a un asesino.

El hombre de la SA es el que soporta las consecuencias de este proceder irresponsable. En el cobarde y sangriento acosamiento que se lleva a cabo contra él impunemente, se siente como presa libre de la vida política. A él se le puede escarnecer y difamar, escupir y amenazar, golpear hasta sangrarle y matar a balazos. Nadie hará caso de ello. El propio partido no tiene posibilidad de brindarle protección. Los órganos del Estado se le rehúsan, la prensa no toma partido por él, sino contra él, y la opinión pública considera que es perfectamente justificado que se le eche de la calle. Si el nacionalsocialismo hubiera sido culpable en una ínfima proporción de los crímenes que el comunismo tiene cargado sobre su conciencia, los órganos oficiales lo hubieran hecho mucho extirpado de raíz.

Pero al comunismo se lo deja hacer. Se lo observa con un ojo riente y un ojo llorón. Al final de cuentas, combate contra un movimiento que es odiado por todos y que es enemigo de todos, que en todas partes es sentido como competencia molesta e incómoda. Desde el gobierno, así lo creen los responsables, no sería posible combatirlo con el mismo éxito como en la calle.

Esta irresponsabilidad inaudita debió repercutir, sobre todo en Berlín, tremendamente y con gravísimas consecuencias. Esta urbe de 4 millones ofrece a los elementos del hampa política el refugio más cómodo. Aquí el marxismo está anclado firmemente desde

decenios en posiciones seguras. Aquí tiene su central espiritual y organizatoria. Desde aquí el veneno ha penetrado en el país. Aquí tiene en sus manos a las masas y dispone de una prensa política ampliamente ramificada.

Aquí la policía está a su servicio. Aquí se puede reprimir el nacionalsocialismo con todos los medios, y al final de cuentas también se está obligado a ello, pues si el nacionalsocialismo conquista Berlín, entonces esta perdido el predominio marxista en toda Alemania.

Berlín es una ciudad en la que se piensa más dura y despiadadamente que en cualquier otra del *Reich*. El ritmo vertiginoso de este monstruo de asfalto ha quitado al hombre el corazón y el alma.

La caza de la fortuna y la lucha por el pan diario adquieren en Berlín formas más crueles que en las provincias. Todo nexo comunitario esta aquí destruido. La capital del *Reich* está poblada por masas en fermentación, y hasta ahora nadie ha sabido dar a estas masas una disciplina interna y un gran impulso espiritual.

También la miseria social muestra en esta ciudad aberraciones no comparables a las del resto del *Reich*. Año tras año, miles y miles llegan de las provincias a Berlín, para buscar la fortuna, que generalmente no encuentran. Llenos de un ímpetu que sería capaz de arremeter hasta el mismo cielo, desafían al destino, para recaer pronto, desanimados y enervados, en la masa informe del proletariado anónimo de la urbe cosmopolita.

El proletario berlinés es, de hecho, *un pedazo de ausencia de patria*. Le parece ya una suerte poder ir tirando de su vida, pobre, sin alegría ni consuelo, en cualquier patio trasero de un conventillo. Muchos están condenados a vegetar, sin alojamiento y sin pan, en las salas de espera y bajo los puentes de ferrocarril, una existencia de desesperación que más bien se asemeja a un infierno.

En esta ciudad, el marxismo encontró preparado el terreno para sus tendencias destructoras de la nación. Aquí estaban abiertos ojos y oídos a su ideología extraña a la realidad. Aquí se lo recibió dócilmente y se creyó en él como en un mensaje eterno de salvación de la penuria y de la miseria. El marxismo asentó y defendió sus posiciones en Berlín firmemente, y cuando el nacionalsocialismo se puso en movimiento contra ello, se defendió propalando la mentira de que el movimiento nacionalsocialista tenía la intención de dividir y desintegrar al proletariado internacional y sus organizaciones marxistas de lucha de clases, para librarlo así de una vez por todas a los poderes del capitalismo. En esta defensa, socialdemocracia y comunismo estaban de acuerdo, y a la sombra de esta mentira, las grandes masas trabajadoras solo veían en el nacionalsocialismo al perverso perturbador de la paz y al desvergonzado enemigo de los intereses del elemento obrero internacional.

No pasó mucho tiempo en Berlín hasta que el marxismo reconoció el peligro del movimiento nacionalsocialista. En otras partes durante años solo nos ha tratado con desprecio burlón, escarneciéndonos o, en el mejor de los casos, difamándonos. En Berlín se percató apenas dos meses después de iniciada nuestra lucha del destino que lo amenazaba, y de ahí que comenzó de inmediato con la aplicación de aquel terror sangriento que en el resto del *Reich*, muy en perjuicio suyo frecuentemente, ensayó demasiado tarde.

Es una vieja experiencia que las persecuciones solo abaten a los débiles, que el fuerte, en cambio, crece con las persecuciones, que en las vicisitudes gana en poderío, y que todo medio de violencia que se emplea contra él solo hace más dura y amarga su vida. Así también sucedió con nosotros. El movimiento tuvo que sufrir lo indecible bajo el terror de la sangrienta persecución marxista. A veces, muchas veces, estábamos

próximos a la desesperación. Pero al final, el odio y la rabia siempre terminaban por levantarnos el ánimo nuevamente. No hemos aflojado para no dar a nuestros enemigos el espectáculo de que nos desplomáramos bajo la brutalidad de sus medios combativos.

La sangre une al uno con el otro. Cada hombre de la SA que caía o abandonaba ensangrentado a golpes las filas de sus camaradas, les dejaba como herencia indignación y terquedad. Lo que a él le había sucedido, bien podía sucederle al otro día a su compañero de fila, y si se le pegaba, era entonces deber de sus camaradas encargarse de que el movimiento se hiciera más potente y no se pudiera ya osar pegarle. Por cada camarada asesinado se levantaban cien vivos. La bandera cubierta de sangre no llegó a vacilar. Por el contrario, fue aún más obstinada y porfiadamente aferrada por los puños nervudos de su portador.

No fuimos nosotros quienes quisimos derramar sangre. Para nosotros, el terror jamás ha sido ni objetivo en sí ni medio para objetivo. Con el corazón apesadumbrado debimos oponernos con violencia a la violencia, para asegurar el avance del movimiento. Pero de ninguna manera estábamos dispuestos a renunciar sin protesta a aquellos derechos ciudadanos que el marxismo pretendía reclamar descarada y pretenciosamente solo para sí.

Declaramos francamente: *“Nuestro objetivo es la conquista de la calle.”* Con la calle queríamos ganar para nosotros a las masas populares. Y al término de este camino estaba el poder político. A ello tenemos derecho, pues con el poder no queremos imponer nuestros intereses propios, sino los de la nación.

No fuimos nosotros quienes perturbamos la paz. La paz fue quebrada cuando el marxismo no quiso reconocer igual derecho para nosotros, y trató de derribar con violencia sangrienta a todo el que osara pretender para sí solo lo que él tenía en sus manos.

Quizás alguna vez la burguesía nos agradezca de rodillas que hemos vuelto a implantar en Alemania, con cruento riesgo, el derecho de la libre emisión de opinión también en la calle. Quizás alguna vez las gacetas burguesas reconozcan en nosotros a los verdaderos salvadores de la servidumbre espiritual marxista y del terrorismo doctrinario bolchevique. No apetecemos simpatías burguesas; pero pensábamos poder contar con la apreciación objetiva y justa de la prensa burguesa, por lo menos en la lucha por la restauración de la moral y el verdadero orden, de la paz popular y de la disciplina nacional.

Esta esperanza nuestra se vio defraudada. Y si el movimiento nacionalsocialista desprecia la cobardía burguesa, ello no es consecuencia de demagogia difamatoria, sino una reacción sana y natural por esa falta de coraje civil que la burguesía ha mostrado siempre frente a nuestro movimiento. Nosotros no ignoramos los motivos que el filisteo de la cultura esgrime constantemente como justificación de su infame actitud. Se dice que el combate tal como nosotros lo llevamos es poco distinguido y no corresponde a los modales usuales de los círculos educados.

Se nos considera ordinarios cuando hablamos la lengua del pueblo que, es cierto, un pequeño burgués corto de entendimiento y arrogante, no es capaz ni de hablar ni de entender. El burgués quiere la paz por la paz misma, como ya señalábamos, aunque sea el perjudicado en una paz espuria.

Cuando el marxismo conquistó la calle, se retiró cobardemente dentro de sus cuatro paredes, y amedrentado y temeroso estaba sentado tras las cortinas cuando el partido socialdemócrata alemán barrió la doctrina burguesa del ámbito público y llevó al

derrumbe, en ataque masivo, la estructura estatal monárquica. La opinión pública burguesa está en un frente común con la prensa difamatoria judía, contra el nacionalsocialismo. Con ello se cava su propia fosa, y por miedo a la muerte se suicida.

Pero sencillamente provocativa es la mancomunidad oculta e hipócrita que une, en la lucha contra el nacionalsocialismo, a la prensa democrática con la comunista internacional. Cuando *Die Rote Fahne* en su lucha contra nosotros se remite, a veces, a los periódicos del consorcio Ullstein o Mosse, por ejemplo, con la frase de que hasta un diario burgués como el *Vossische Zeitung* ⁽³²⁾ en este caso comparte su opinión, entonces esto solo nos causa una sonrisa compasiva y comprensiva. Por supuesto, el emparentamiento no se lleva a tal punto como para saludarse abiertamente *bajo los tilos*, ⁽³³⁾ pero en la trastienda la componenda es total; y cuando los intereses judíos en su conjunto se vieron amenazados por nosotros, allí, por miedo, no se hacía cuestión de decoro al exhibir abiertamente el parentesco racial.

En contra de nosotros siempre están de acuerdo. Cuando se trata de llevar a uno de nuestros dirigentes ante la Justicia, de ocultar ante el público el asesinato cometido en un hombre de la SA o de proteger con mentiras hipócritas a los rojos perturbadores del orden público, entonces se evidencia siempre de nuevo ese frente único indigno, criminal, desde el órgano del combate ultrarrojo hasta el periódico mundial judío *serio*. Entonces pegan ruidosamente en la misma dirección, abren fraternalmente sus corazones y dicen a todo el mundo que eran y son hermanos de una misma sangre y un mismo credo.

Recuerdo aún hoy vivamente un episodio que tuvo lugar en aquellos meses sangrientos y aciagos, después de una de nuestras asambleas de masas en Berlín. Las hordas comunistas asediaban el edificio de la asamblea, listas para asaltar y derribar a golpes sangrientos a nuestros hombres de la SA al regresar a sus hogares. Durante varios días antes, la *Journaille* había azuzado y soliviantado a todos contra nosotros. Los órganos del Estado nos negaron custodia, y las gacetas burguesas callaron cobardemente.

Poco antes de finalizar la asamblea, la policía ocupó las salidas de la sala; y ella, que no podía tener otra misión que no fuera la de echar o detener a las tropas de choque rojas que merodeaban en las inmediaciones, se dedicó, por el contrario, a palpar de armas a los hombres de la SA que abandonaban la reunión.

Fueron encontrados algunos cortaplumas, llaves inglesas y también, ¡por Dios!, alguna llave americana. Sus poseedores fueron introducidos en camiones y transportados a la Plaza Alexander. Una indignación sin límites, desesperada, se adueñó de toda la reunión. En ese momento, un sencillo hombre de la SA se paró delante del oficial de policía de turno, se sacó la gorra y dijo con devota modestia, que traslucía un leve dejo de rabia: “¿Y dónde, señor capitán, podemos recibir ahora los ataúdes?” En esta frase estaba dicho todo. El movimiento nacionalsocialista estaba desarmado e indefenso. Estaba abandonado por todos, librado a la proscripción pública, y cuando, con los más modestos medios de autodefensa respondía a la amenaza sobre su propia vida, era llevado ante el juez como perturbador del orden público.

Rara vez en la Historia un movimiento espiritual habrá sido combatido en forma tan baja y vil como el nuestro. No ha sido frecuente que adherentes de una nueva doctrina brindaran en la lucha por sus ideales mayores sacrificios en bienes y sangre que nosotros. Pero tampoco jamás la marcha victoriosa de un movimiento reprimido y perseguido fue tan triunfal y arrebatadora como la del nuestro. Se nos impuso la sangre,

pero en la sangre nos elevamos. La sangre nos unía los unos a los otros. Los mártires del movimiento iban, en espíritu, al frente de los batallones en marcha, y su ejemplo heroico daba a los sobrevivientes fortaleza y valor para perseverar tenazmente.

No hemos capitulado ante los obstáculos. Hemos quebrado los obstáculos, y ello siempre con los medios que se nos imponían. El movimiento se tornó inexorable y duro en esta lucha. El destino mismo lo forjó férreamente con pesado martillo. Ya desde sus comienzos estuvo sometido a una persecución bajo la cual cualquier otro partido en Alemania hubiera sucumbido.

El hecho de haberla superado victoriosamente es la prueba infalible de que no solo ha sido convocado, sino elegido. Si el destino hubiera tenido otra intención, el movimiento se hubiera ahogado en sangre y terror en aquellos años. Pero evidentemente nos tenía reservado para algo mayor. Nuestra misión era la voluntad de la Historia, y por eso, aunque fuimos puestos a prueba, habiéndola superado, fuimos bendecidos.



“¡Hacia Hitler!”

El movimiento fue sencillamente colmado en los años siguientes con éxitos y victorias. Muchos de los que recién tardíamente encontraron el camino hacia nosotros, no pudieron comprender cabalmente estas cosas. Tenían la impresión de que todo se nos hacía demasiado fácil y temieron que el movimiento pudiera alguna vez ahogarse en sus propios triunfos.

Se olvidó entonces, o no se sabía, de qué modo había luchado el movimiento para levantarse. Los éxitos posteriores solo fueron el justo premio por la anterior constancia; el destino no nos ha mimado o preferido, sino solamente otorgado a manos llenas, recién después de años, lo que hace años nos habíamos ganado por nuestro coraje y perseverante resistencia.

Mientras en Alemania todo se hundía, mientras un sistema político absurdo liquidaba los últimos restos del patrimonio comunitario alemán a la alta finanza internacional, para mantener de esa manera una política irrealizable y demente, hemos anunciado la lucha a la decadencia en todos los terrenos de la vida nacional. En Berlín, como en todo el resto del *Reich*, esta lucha fue iniciada por algunos hombres fanáticamente resueltos,

y la forma como los realizaron les conquistó a lo largo del tiempo, amigos, adictos y seguidores entusiastas. De los cien se hicieron mil, de los mil se hicieron cien mil. Y en la actualidad, en medio del derrumbe caótico de las cosas alemanas, existe un ejército de millones de combatientes tenaces y plenos de voluntad.

También en Berlín tuvimos que soportar en exceso los sufrimientos y las persecuciones a que todo el movimiento estuvo siempre expuesto. El movimiento berlinés se ha mostrado a la altura de ellos. Los primeros nacionalsocialistas en la capital del *Reich*, tuvieron el coraje de vivir peligrosamente y mediante una vida peligrosa terminaron finalmente por vencer al destino, derribaron todos los obstáculos y llevaron victoriosamente su bandera a la cabeza de la capital del *Reich* que despertaba.

El camino que siguió nuestro partido estaba señalado con sangre. Pero la simiente que sembramos brotó en abundancia.

¡Caminamos por sobre sepulcros, pero marchamos adelante!

¡Prohibido!

El presidente de policía de Berlín es el dueño del poder ejecutivo en Prusia. Como Berlín es, al mismo tiempo, sede del gobierno del *Reich*, con ello la política en Prusia y en el *Reich*, en lo referente a su realización práctica, está puesta en manos del presidente de policía berlinés. La presidencia policial en Berlín tiene, en este aspecto, como ninguna otra en todo el *Reich*, un carácter marcadamente político. De ahí que el sillón del presidente de policía de Berlín sea ocupado casi sin excepciones por representantes políticos.

Mientras la socialdemocracia estaba en la oposición, el presidente de policía de Berlín era el blanco preferido de su odio, de sus críticas, de sus chistes corrosivos y de su mendaz demagogia. Al presidente de policía de Berlín le está confiada la tranquilidad y el orden en la capital del *Reich*. Se produjeron así siempre renovados conflictos entre el poder policial y la subversión socialdemócrata.

Es sabido como el presidente de policía imperial-prusiano, von Jagow, trató de imponerse a las insolencias marxistas con la célebre frase: "*La calle pertenece al tránsito. Advertido a curiosos.*" Esto era en una época en que la socialdemocracia aún no se había introducido en el Estado, al contrario, trataba de minar y socavar la estructura estatal con todos los medios de la más repugnante agitación.

La Alemania imperial no podía oponer ninguna idea al marxismo ascendente. Le faltaba, por consiguiente, en la oposición a sus tendencias destructivas, la necesaria dureza y el rigor implacable. Las consecuencias de esta laxitud imperdonable se mostraron después el 9 de noviembre de 1918, cuando las turbas en rebelión arrollaron el poder estatal y llevaron a la socialdemocracia *revolucionaria* a los sillones de los cargos públicos.

Desde ese momento, la socialdemocracia ve en el cargo de presidente de policía berlinés una de sus reservas partidarias. El hombre de mando en la Plaza Alexander fue proporcionado desde entonces, sin excepción, por este partido. Ni siquiera la peor corrupción que más tarde surgió y floreció en este cargo, pudo inducir a los partidos coligados de la socialdemocracia a retirar el poder ejecutivo a esta organización de guerra clasista, por lo menos en la capital del *Reich*. Hombres como Richter, Friedensburg, Grzesinski y Zörgiebel se sucedieron en la Plaza Alexander en variado desfile y proporcionaron en su totalidad, de hecho, una galería de cabezas de hombres republicanos que no necesita ulterior comentario.

Con la toma de posesión de la presidencia de la policía de Berlín, la socialdemocracia tenía la sartén por el mango. Ahora le resultaba fácil procurar a su propia organización posibilidades de libre desarrollo, y reprimir y aplastar a cualquier incómoda opinión adversaria con los medios del Estado.

La presidencia de la policía socialdemócrata no había vacilado en los años 1918, 1919 y 1920 en defenderse del peligro bolchevique mediante la ayuda de los cuerpos voluntarios y las federaciones de voluntarios.⁽³⁴⁾ Recién cuando el terror de color rojo rabioso había sido vencido en las calles, la socialdemocracia también pudo darse a la tarea de combatir con todas las artimañas al movimiento nacional. La misión principal de esta campaña de exterminio estaba en manos del presidente de policía de Berlín.

“*Quien tiene la presidencia de policía de Berlín, tiene a Prusia, y quien tiene a Prusia, ese tiene al Reich.*” Esta sentencia, que ya tenía validez en la Alemania imperial, fue ahora efectivizada sin reparos por las fuerzas marxistas que se adueñaron violentamente del poder en 1918. La socialdemocracia conquistó la presidencia de policía de Berlín, para defenderla a partir de entonces con uñas y dientes. Se afirmó mediante la incautación de los cargos ministeriales más importantes de Prusia en este país de mayor tamaño, y ganó así influencia mediata, pero decisiva sobre los negocios del *Reich*, aunque estuvieran atendidos por un gabinete que no estaba bajo su presión directa. Era inevitable que el ascendente movimiento nacionalsocialista en Berlín, bien pronto se viese en conflicto con la presidencia de policía socialdemócrata. Este conflicto no necesitaba ser provocado por nosotros. Estaba en la naturaleza del asunto, y así se declaró en el momento en que el movimiento nacionalsocialista salió de su existencia anónima.

Entonces mandaba en la Plaza Alexander el socialdemócrata Zörgiebel. Aportó a cargo de tan alta responsabilidad el solo título de la posesión de una libreta partidaria socialdemócrata y la fama de que disponía a la necesaria inescrupulosidad *proletaria* para la realización de su misión.



“*Preludio de carnaval: esta máscara (patente del Reich registrada) garantiza al portador protección contra la cachiporra de goma y tiene aspecto muy democrático.*”

A su lado actuaba como vicepresidente del policía el judío Dr. Bernhard Weiß. Este se había encumbrado poco a poco en la carrera administrativa, pasando luego al servicio policial. En su juventud fue jefe de la sección principal de la Plaza Alexander, e íntimo colaborador de Severing durante su primera gestión en el ministerio del Interior prusiano y ascendió después, tras la caída de Friedensburg, a vicepresidente de policía. Lejos estamos de afirmar que este hombre estaría en condiciones de aportar la necesaria imparcialidad para el desempeño de su importantísimo cargo con respecto al nacionalsocialismo. El Dr. Weiß es un judío. También se confiesa abiertamente por el judaísmo y actúa en puestos directivos de grandes organizaciones y asociaciones judías. Es cierto que suele recurrir al juez en lo criminal cuando los nacionalsocialistas lo señalan como judío. Pero esto último, por supuesto, no cambia en nada el hecho de que externa e interiormente es un judío. El movimiento nacionalsocialista es antisemita, y precisamente aboga por un antisemitismo que ya poco tiene que ver con el del cuño de Stöcker o Kunze. La actitud anti-judía de nuestro movimiento resulta de consideraciones de principio. De ninguna manera hacemos responsable solamente al judío de toda la desgracia que desde 1918 ha sobrevenido en Alemania. Solo vemos en él al típico representante de la decadencia. Es un ser parasitario, que prospera sobre todo en las tierras pantanosas de culturas moribundas, sacando de ellas provecho y aliento.

En el momento en que cayeron las últimas barreras que mantenían alejado al judaísmo internacional de la administración y el gobierno en la Alemania prusiana, en realidad ya estaba perdido el destino de la nación. A partir de entonces comenzó la irrupción del nomadismo espiritual en los recintos de la disciplina estatal y ya no podía detenerse el derrumbe catastrófico del Estado alemán.

El hecho de que los judíos pudieran ocupar altos cargos estatales ya constituye de por sí un signo clásico de cuán bajo había caído Alemania desde 1918 y en qué forma desenfundada la degradación política ha cundido entre nosotros. Cuando el movimiento nacionalsocialista hubo superado su etapa inicial, la presidencia de policía se dispuso en seguida a tomar las correspondientes contramedidas. La fría reserva que se había mantenido hasta entonces con respecto a nosotros, se transformó repentinamente en abierta enemistad. Súbitamente empezaron a pulular en nuestras reuniones espías de la Plaza Alexander. Todo acto, toda demostración, toda reunión de militantes fue vigilada de la manera más escrupulosa por la policía. Se infiltraron en la organización espías oficiales, denominados en la jerga berlinesa *muchachos de ocho peniques*,⁽³⁵⁾ en la esperanza de procurar de esta manera el material necesario para poder proceder contra el movimiento con una prohibición oficial.

El alma de toda esta empresa era en nuestra opinión el vicepresidente de policía, el Dr. Bernhard Weiß. Y así como la socialdemocracia antes de la guerra no solo combatió a un sistema que le era enemigo, sino también a sus representantes visibles, así también nosotros, lo quisiéramos o no, debimos incluir en nuestros ataques políticos no solo a la Plaza Alexander como institución, sino también a la persona del vicepresidente de policía.

Así se explica que nuestra lucha contra los métodos aplicados por la vicepresidencia de policía contra nosotros, y que sentiríamos muy pronto de la manera más desagradable en nuestro cuerpo, se agudizara más y más sobre la persona del vicepresidente de policía Dr. Weiß. En él habíamos hallado un blanco para nuestra crítica como mejor no lo podíamos desear.

El Dr. Weiß trae a su cargo mucho de lo que no se requiere para él y poco de lo que, según criterios normales, debería exigirse para tal función. No es ni hombre de policía

activo ni político neto. Es miembro de la raza judía, y esto de entrada hubo de hacerlo sospechoso a nuestros ojos. El cielo sabrá cómo le advino el nombre propio de Isidoro. Más tarde hubimos de convencernos de que este nombre era un apodo, y que en realidad lleva el menos capcioso de Bernhard. Aunque, por cierto, debo confesar que, si el nombre de Isidoro no era cierto, al menos estaba bien inventado. Aquí se puso en evidencia una vez más la clásica agudeza popular berlinesa, franca y certera, que impuso a un hombre un nombre propio que no le correspondía, pero que parecía cuadrarle extraordinariamente bien.

Más tarde fuimos condenados con frecuencia a elevadas penas de cárcel o dinero por ponerle a este hombre un nombre de pila que, si bien por naturaleza no posee ningún carácter ofensivo, consideraba aquel una injuria verbal, que hacía castigar por la Justicia. Pero de cualquier modo, llegó a ser conocido por este nombre. Entró con él en la Historia contemporánea, y nuestros ataques masivos contra él al final tuvieron por resultado que pronto figurara entre los personajes más populares de la lucha antisemita del movimiento nacionalsocialista. “¡Dr. Weiß!” Esto pronto fue un vibrante grito de



combate. Todo nacionalsocialista lo conocía, todo adicto se había grabado en la forma más nítida y viva su fisonomía en miles de notas cómicas, fotografías y caricaturas. En él se veía el alma de la lucha contra nuestro movimiento, en lo que se refiere a la presidencia de policía.

Se lo hacía responsable de todo lo que en la Plaza Alexander se cometía en cuanto a injusticia con nosotros, y como el señor Dr. Weiß, en oposición a muchas otras celebridades del sistema, es de una sensibilidad sencillamente especial, la agitación nacionalsocialista se empeñó más y más en hacer de él una figura cómica, sin tomarlo en serio como adversario político. Se lo presentó principalmente en forma caricaturesca, y ello en situaciones poco halagadoras para él, que complacían ampliamente la necesidad natural del público berlines de agudeza, humor, burla y sonriente superioridad.

No pasaba casi semana en que no nos viéramos empañados en una lucha con el Dr. Weiß. Era el objeto predilecto de nuestros despiadados ataques. Lo sacamos del anonimato de una existencia de perfiles vagos, pero tanto más influyente, lo colocamos a plena luz de la publicidad y dimos nuestros golpes contra él con un sarcasmo agitatorio

tan amargo que era del agrado de amigos y enemigos.

Pero tanto peor fue la nota que se tomó de ello en la Plaza Alexander; y cómo poco se podía conseguir contra nosotros, porque todos nos aplaudían riendo, en lugar de defenderse objetivamente y retirarse a la seguridad del cargo, procuró suplantar con medidas oficiales lo que faltaba allí en medidas espirituales.

Ya después del choque sangriento y de graves consecuencias en la estación de Lichterfelde-Este, fui citado a la presidencia de policía y allí se me notificó en forma bastante directa que a partir de ahora, el movimiento berlinés estaba a punto de ser prohibido, y que el menor motivo podría ser suficiente para acarrearle efectivamente una prohibición real. Con ello, la lucha entre el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores y la presidencia de policía había alcanzado por ahora su punto máximo, y lo que siguió fue inevitable.



El 1 de mayo Adolf Hitler habló por primera vez en una gran asamblea en Berlín. Entonces existía en todo el *Reich* para él una prohibición de hablar en público, y por eso tuvimos que hacer aparecer el acto en el cual hablaría, como asamblea de socios. Tuvo lugar en el *Clou*, un viejo local de esparcimiento en el centro de Berlín. Habíamos elegido esta sala justamente el 1 de mayo, para evitar los intentos de provocación de los comunistas, pues no era nuestra intención organizar esta reunión como reunión de combate sino, mediante esta primera presentación del conductor del movimiento nacionalsocialista, dar al partido en la propia capital del *Reich* un nuevo y potente impulso, y al gran público una idea aproximada de su fuerza actual.

La reunión se desarrolló con mayor éxito del esperado. Los amplios recintos del *Clou* estaban ocupados hasta el último lugar por partidarios inscriptos, y el discurso de Adolf Hitler, con su agudeza agitatoria y hondura programática, cayó como una bomba en todos los oyentes, de los cuales la mayoría no lo habían visto ni aún oído.

Esto no podía ser pasado en silencio por la prensa capitalina. Debía tomar alguna posición al respecto. Y lo hizo, efectivamente, en una forma adecuada a su carácter. Ya

antes del comienzo de la asamblea apareció en un periódico judío de los lunes, un informe acerca de la misma. Este informe rebasaba a más no poder de ofensas, calumnias y mentiras infames. Se colocaba a Adolf Hitler al mismo nivel de los criminales comunes y se denigraba su movimiento de una manera sencillamente provocadora.

Especialmente el hecho de que el informe en cuestión ya era vendido impreso antes de la asamblea, suministró una prueba elocuente para todo el mundo de la mendacidad de la vil prensa *popular* judía e indignó y exasperó enormemente a los camaradas berlineses.

Los artículos que aparecieron al día siguiente en toda la prensa judía no tenían nada que envidiarle a esta infamia periodística. Los ánimos de nuestros partidarios se caldearon entonces al máximo, sobre todo cuando se comprobó que la llamada prensa nacional-burguesa no solo no protestaba contra este embrutecimiento periodístico, sino además que adoptaba, ante esta primera actuación de Adolf Hitler en Berlín, un silencio ofensivo o efectuaba algunas observaciones irónicas e insulsas.

Ante esto tuvimos que tomar posición. Ello era un imperativo de auto-respeto. El movimiento nacionalsocialista se hubiera abandonado a sí mismo moralmente si lo hubiera aceptado sin protesta; y como entonces aún carecíamos de un órgano periodístico en Berlín, convocamos a una asamblea en masa para el 4 de mayo en la casa del círculo de combatientes. Era concebida como reunión de protesta contra las maniobras bursátiles puestas en escena entonces por el banco de Darmstadt, en especial por su propietario, Jacob Goldschmidt. Ya algunas semanas antes habíamos organizado contra este típico representante del capitalismo financiero internacional una sensacional demostración en masa, presentándolo de esta manera por primera vez a un público más amplio. Esta segunda asamblea debía ser una continuación de la primera, y ahora me decidí a tratar con agudeza y rigor el ataque periodístico a la presentación de Adolf Hitler en Berlín, antes de ocuparme como orador del tema propiamente.

Al respecto no debe dejar de mencionarse que después de la asamblea hitlerista apareció una entrevista con Adolf Hitler en un diario judío berlinés, entrevista que en realidad jamás había tenido lugar. Un periodista se había puesto telefónicamente en comunicación conmigo, para solicitar esta supuesta entrevista. Yo decliné enérgicamente la proposición, y para inmensa sorpresa mía comprobé que a pesar de ello y evidentemente falsificada e inventada de la *a* a la *z* apareció al día siguiente en la prensa. Esta entrevista hizo la ronda por todos los diarios provinciales controlados por judíos. Desbordaba de maliciosa infamia y vil bajeza. Adolf Hitler, quien como se sabe es abstemio, era descrito allí como notorio bebedor, y lo más infame de este escándalo periodístico era que el autor de la entrevista trataba de dar la impresión de que como representante de un diario judío había estado sacrificando a Baco juntamente con Adolf Hitler, y había tenido así la mejor oportunidad de observarlo de cerca.

La reunión en la casa del círculo de combatientes estaba colmada y por primera vez hubo de ser cerrada por la policía. Comencé mi discurso con una severa controversia con la *Journaille* de la capital del *Reich* y no dejé de poner sin consideraciones en la picota, en base a pruebas inobjtables, a la canalla periodística judía. Di lectura a cada uno de los comentarios periodísticos ante las masas que escuchaban conteniendo el aliento, contraponiendo después de cada lectura los verdaderos hechos. Esto era sorprendente en su efecto, y lo oyentes fueron presa de creciente rabia e indignación, que trataba de desahogarse en fuertes exclamaciones de enojo.

Cuando acababa de terminar con la liquidación de la *Journaille* y me disponía a pasar

al tema principal, se levantó en el centro de la sala del lado derecho un individuo aparentemente algo bebido. Vi por entre la niebla de humo de cigarrillos y tabaco una cabeza enrojecida por el vino, que entre la gente hacinada se erguía en alto, y para gran asombro de mi parte oí como este descarado provocador trataba de perturbar con exclamaciones arrogantes e injuriosas la reunión, que hasta entonces se había desarrollado con absoluta disciplina. Primero quise pasarlo por alto. La reunión misma estaba tan perpleja que este insolente proceder, que por un momento se sumió en un silencio estupefacto; y en este silencio, el sujeto repitió ostentativamente, para provocar y excitar a los oyentes a cometer imprudencias, sus exclamaciones altamente injuriosas para mí, que la primera vez no había podido comprender en detalle. Y esto produjo un efecto tanto más indignante cuanto que yo no había dado motivo a nadie y por nada a una conducta tan impertinente.

De inmediato me di cuenta de que se trataba evidentemente de un agente provocador, y por eso con un leve ademán de la mano quise pasar por alto el incidente. Interrumpí por dos o tres segundos mi discurso, me volví hacia el causante del desorden y dije en tono desdeñoso: *“¡Parece que quiere perturbar la reunión! ¿Tiene deseos de que hagamos uso de nuestro derecho de dueños de casa para hacerlo salir al aire fresco?”* Como el sujeto ni pensó en sentarse, sino que trató de continuar en alta voz con sus provocaciones, algunos animosos hombres de la SA se le acercaron, le dieron algunas bofetadas, lo tomaron del cuello y de las asentaderas y lo sacaron así de la sala.

Todo esto sucedió en fracciones de minuto. La reunión no se perturbó en momento alguno. Solamente se condenó con fuertes exclamaciones esta alteración totalmente inmotivada e injustificada, y hubo general satisfacción de que el alborotador hubiese sido alejado y que el discurso pudiese continuar sin incidentes.

Yo personalmente no había dado ninguna importancia a todo este suceso. Desde mi lugar elevado solo vi como el provocador abandonaba la sala con ayuda algo ruda. Continué luego tranquilamente con mi discurso, comenzando con el tema propiamente dicho. El discurso duró aún una hora y media, y como nadie pidió la palabra para la discusión, la reunión se dio entonces por finalizada.



Justamente cuando la audiencia quería abandonar la sala con alegre entusiasmo, entró la policía, que naturalmente fue recibida por los pacíficos asistentes con gritos y silbatinas. El oficial de policía se subió a una silla y a voz en cuello lanzó su opinión oficial a la ya revuelta multitud. Era imposible entender siquiera una palabra. Yo intervine y ordené silencio, que también se produjo inmediatamente. El oficial de policía tuvo así la posibilidad de comunicar a la reunión que tenía orden de palpar de armas a cada uno de los participantes; y cuando declaré que nos someteríamos calladamente y sin protesta a esta medida, la reunión volvió a tornarse absolutamente pacífica y tranquila; y, en efecto, durante las dos horas en que se llevó a cabo la revisión de las 2.000 o 3.000 personas no se produjeron fricciones ni choques de ninguna índole.

Con esto, el asunto estaba en realidad terminado. Yo tenía absolutamente esta opinión, pero habían hecho *la cuenta sin el hotelero*. Con sorpresa me enteré, al leer a la mañana siguiente la prensa, que al término de la reunión en la Plaza Alexander se habían producido cosas extraordinarias. Para mala suerte nuestra, el provocador que habíamos sacado de nuestra reunión, ciertamente un borracho y sujeto depravado, esgrimía el título de ex-cura, del cual evidentemente no se mostraba ser digno de ninguna manera. Pero esto era suficiente para la *Journaille*. Esto era el material que había estado buscando desde hace tiempo. Los mismos periodistas canallas que durante decenios habían vertido sus aguas servidas de mentiras y calumnias sobre todo lo que pertenecía al clero o llevara vestidura clerical, se erigieron ahora repentinamente en guardianes elegidos de la moral y de las costumbres cristianas. El sujeto borrachín se transformó en un digno cura de cabellos blancos.

De la provocación insolente e inmotivada de nuestra reunión se hizo una inofensiva y modesta interrupción. Los partidarios que habían sacado, ciertamente de un modo no muy suave, al individuo fuera de la sala fueron degradados a asesinos nacionalsocialistas, y las pocas cachetadas que el cura desmantelado había recibido en la ocasión se transformaron en fuertes y fatales golpes de cachiporra, que habían destrozado el cráneo de la pobre víctima digna de lastima, que ahora luchaba heroicamente con la muerte en algún hospital.

Esta fue la señal. La prensa se arrojó con verdadero deleite sobre este incidente en sí inofensivo.

Fue magnífico de acuerdo con todas las reglas del arte de tergiversación periodística. “*¡La medida esta colmada!*” “*¡Terminen de una vez!*” “*¡Fuera con este terror criminal!*” “*¿Tiene que ser asesinado un cura para que los poderes públicos entren en razón?*” Así se gritaba y vociferaba en los órganos judíos. Aparentemente, la campaña periodística estaba preparada de larga data y era inspirada y alimentada desde las esferas oficiales. En la noche siguiente a la reunión había tenido lugar una conferencia entre los funcionarios de la presidencia de policía y el ministerio del Interior prusiano. Ya al mediodía siguiente un órgano del Ullstein anunció la inmediata prohibición. Los diarios nacional-burgueses se doblegaron como siempre, cobardemente y sin protesta, a la psicosis de masa preparada por la judería contra nosotros. No se gastaron ni el tiempo ni el esfuerzo mínimos para establecer el verdadero estado de cosas. Golpearon en el mismo sentido y declararon con complacencia farisaica que si la lucha política adquiría tales formas, realmente no se podía criticar a las autoridades cuando procedían con la severidad de la ley.

Con ello estaba establecido el frente único contra nosotros: desde el *patriotismo* burgués hasta el comunismo *proletario*. Todos pedían a gritos la prohibición de la

competencia molesta y odiada, y fue cosa fácil para la presidencia de policía, al amparo de esta tormenta periodística artificialmente fabricada, declarar y llevar a cabo, ahora, la prohibición. Nosotros carecíamos de posibilidades publicitarias para esclarecer a la opinión pública sobre los verdaderos hechos. Un volante publicado en el curso del día siguiente fue confiscado por la policía. Como la prensa burguesa se había rehusado a la causa de la Justicia, el destino del movimiento estaba decidido.

Un solo periódico de Berlín había entonces mantenido los nervios y defendido valiente y desinteresadamente nuestro movimiento contra las mentiras y calumnias de la *Journalle* judía: el *Deustsche Zeitung*.⁽³⁶⁾ No olvidaremos la conducta de este recto diario. Más tarde, cuando habíamos llegado a ser un gran partido de masas, tuvimos en las salas de redacción nacional-burguesas cantidad de amigos. Siempre hemos desdeñado estas amistades, pues las conocíamos demasiado bien de la época en que éramos pequeños y pasábamos inadvertidos, y cuando para un tinterillo burgués era una diversión barata golpearlos sin peligro, porque todos nos golpeaban, el *Deustsche Zeitung* afirmó entonces con palabras claras el derecho y la justicia, y probó con ello de que cuando se trata de la causa nacional, también tiene suficiente valor como para decir algo, aunque choque contra toda la *opinión pública*.

Vino luego lo que tenía que venir. Un golpe tras de otro golpe. Ya al mediodía los diarios judíos escribían que la prohibición era ineludible. Logramos a último momento salvar la cuenta de cheques postales del partido, las actas importantes fueron puestas en lugar seguro, y luego aguardamos las cosas que vendrían. Alrededor de las siete de la tarde apareció en nuestra sede un enviado de la presidencia de policía, para entregar una carta contra recibo. No era difícil adivinar que esta carta contenía la prohibición del partido, y por eso me pareció conveniente rehusar su recepción. El empleado, sin haber podido cumplir su objetivo, tuvo que retirarse y fijó la carta en la puerta del local. De cualquier modo estaba todo perdido, y así tratamos de salvar, por lo menos propagandísticamente, lo que aún se podía salvar. La carta fue puesta en las manos de un hombre de la SA, que, vestido por última vez de uniforme completo, se trasladó a la presidencia de policía y consiguió efectivamente llegar hasta el despacho del presidente de policía. Allí abrió intempestiva y descaradamente la puerta, tiró la carta dentro de la oficina y grito: “¡Nosotros los nacionalsocialistas rehusamos reconocer la prohibición!” La prensa extrajo como conclusión de ello al día siguiente nuestra terca obstinación y nuestro malvado desprecio de las leyes. Apareció después a la mañana bien temprano un gran contingente de policías en la central del partido y ocupó la casa hasta el techo. Todos los armarios, escritorios y estantes fueron sellados, y con ello la prohibición estaba prácticamente realizada.

El movimiento nacionalsocialista en Berlín había terminado de existir legalmente. Fue un golpe que nos fue difícil superar. Nos habíamos impuesto contra el anonimato y contra el terrorismo de la calle, habíamos llevado adelante idea y bandera, sin reparar en los peligros que con ello nos esperaban. No habíamos escatimado esfuerzos y preocupaciones para mostrar a los habitantes de la capital del *Reich* nuestra buena voluntad y la honestidad de nuestros fines. Esto ya lo habíamos logrado hasta cierta medida. El movimiento se estaba transformando en una gran organización de masas, y entonces se lo derribó con una prohibición mecánica. Por cierto que entonces no se creía que esta prohibición aniquilaría definitivamente al movimiento sino que, por el contrario, le otorgaría fuerzas nuevas, insospechadas y que, si se sobreponía a esta prueba de resistencia, podría hacer frente a todas las persecuciones.

A la noche tuve una corta conversación con Adolf Hitler, quien precisamente se

encontraba en Berlín. Abarcó inmediatamente todos los hechos que habían conducido a la prohibición; estuvimos concordes en que el movimiento debía probar ahora que también dominaría esta difícil prueba. Tratamos de salvar lo que podía ser salvado. En cuanto era viable y se presentaba para ello una oportunidad, actuamos a través de la prensa decente en modesta medida contra la difamación pública del movimiento por parte de la *Journaille* judía. Si bien no conseguimos mucho, al menos pudimos mantener por ahora incólume el núcleo del partido.

Por supuesto que tampoco aquí faltaron los sabelotodos, que ahora repentinamente, habiendo sido afectado por la prohibición del movimiento, surgieron de su oscuridad anónima para poner a disposición sus buenos consejos. Cuando combatimos, no se los veía a diez leguas a la redonda. Ahora, habiéndose dado la señal de suspender la lucha, aparecieron súbitamente de nuevo, no para cubrir la retirada, sino para desanimar aún más a las tropas en retroceso mediante cobardes disquisiciones.

Sobre todo yo mismo era objeto en público de una difamación desenfrenada. Estos infelices burgueses afirmaban ahora que el movimiento pudo haber sido mantenido si hubiera aplicado un tono menos radical, moderado. Repentinamente lo habían previsto y predicho todo. Pero no es que nos ayudaran a encolar los pedazos de una organización destrozada, ensamblándola de nuevo, sino que, por el contrario, se afanaban solo en causar más discordia y aumentar la confusión.

La prensa informaba que mi detención era inmediata. Esto era una evidente mentira, ya que yo no había transgredido la ley de ninguna manera. El deseo era el padre de este pensamiento. Y sobre todo se buscaba crear atmósfera y prevenir a la opinión pública contra nosotros.

Por primera vez apareció entonces el rumor en la prensa judía de una desavenencia entre Adolf Hitler y yo, de acuerdo al cual se me obligaría a dejar mi cargo como *Gauleiter* berlinés, para trasladarme en tal carácter a Silesia. El rumor fue utilizado en los años subsiguientes en las formas más diversas y no se ha silenciado hasta la actualidad. Cada vez que el movimiento prepara golpes fuertes o tiene que pasar por una crisis temporaria, vuelve a aparecer en las columnas de las hojas judías y constituye para nosotros un motivo de constante regocijo y alegría. También en él, el deseo es el padre del pensamiento. Se trata de alejarme de Berlín, evidentemente porque soy incómodo y molesto y porque se espera, con mi alejamiento, encontrar más fácilmente posibilidades de romper desde adentro el partido.

Para mí semejante alejamiento es ya casi imposible. Aunque en las primeras semanas de mi actividad berlinesa creí que mi tarea sería solo temporaria y que, una vez que hubiera derribado los peores obstáculos que se oponían a la ascensión del movimiento en la capital del *Reich*, podría poner mi cargo a disposición de otro. Si hasta el día de hoy he aguantado en este puesto difícil, de gran responsabilidad, ello no solo se debe a la creciente satisfacción y alegría que da esta tarea, sino también (y en medida considerable) a la circunstancia de que comprobé que la prensa judía prefería verme en la retaguardia y no adelante. Ahora bien: jamás suelo hacer lo que le gusta al judío. De modo que éste tendría que formular muy insistentemente la demanda de que debo quedarme en Berlín para inducirme a ceder a una eventual tentación de abandonarla. Mientras no se me quiere, me quedo, sobre todo también porque tengo la intención de hacer aún algún trabajo en Berlín y luchar por tal o cual éxito.

Recién en el curso de la controversia por la capital del *Reich* tuve una clara noción de la magnitud de la tarea de la cual me hice allí cargo. Si logramos conquistar Berlín para el nacionalsocialismo, entonces hemos en realidad ganado todo. Como quiera que sea,

la capital del *Reich* es el centro del país; desde aquí las corrientes ideológicas fluyen inconteniblemente hacia las masas. Recuperar Berlín para el germanismo es, en verdad, una misión histórica digna del sudor de los mejores.

En medio de la furiosa tormenta periódica hube de trasladarme por dos días a Stuttgart, cumpliendo una vieja promesa. Y esto fue nuevamente motivo de una increíble difamación en las columnas de la *Journaille*. Se declaró que me había escabullido cobardemente, se divagaba que me había sustraído a una detención mediante la fuga. Se aprovechó la oportunidad de que estaba ausente de Berlín para movilizar la opinión pública contra el partido y contra mí, en la vaga esperanza de introducir una cuña entre el dirigente y sus adictos y quebrar desde adentro al movimiento.

En Stuttgart mismo me enteré de que una fuente irresponsable había difundido desde Berlín por la radiodifusión el rumor de que estaba pendiente contra mí una orden de arresto. No obstante ello, emprendí el regreso por la tarde y, a pesar de que algunos camaradas leales salieron a mi encuentro hasta el *hall*, para disuadirme de volver a Berlín, continué el viaje y al llegar luego a altas horas de la noche a la estación Anhalter fui honrado por un recibimiento que, en verdad, ni en mis sueños más ambiciosos hubiera esperado.

Todo el andén estaba negro de gente. El *hall* de entrada de la estación estaba colmado, y afuera, delante de la estación, masas de partidarios y adherentes entusiasmados, esperándome. Centenares, millones de personas corrían, sin respetar las ordenanzas comunales, por la calle Königgratz y Potsdam detrás del automóvil en que yo viajaba, el cual solo con dificultad pudo abrirse camino a través de este alboroto. A hora avanzada resonó por primera vez en esta hermosa noche de mayo el grito de batalla que habría de ser durante todo un año la consigna masiva arrebatadora del movimiento sojuzgado en Berlín: “¡A pesar de la prohibición no estamos muertos!”



“Y, a pesar de todo, las alas volverán a crecer...”

Sí, el movimiento no podía ser aniquilado. Ni con terror ni con prohibiciones. Se lo golpeaba donde osaba presentarse. No tenía ni derechos ni defensas. Las autoridades lo tomaron en la tenaza y la *Checa* sangrienta lo perseguía con el puñal y el revólver, pero por sobre dificultades y prisiones subían las orgullosas águilas de nuestros estandartes. La idea estaba firmemente anclada en los corazones de creyentes partidarios, y la bandera flameaba victoriosa al frente de los batallones en marcha. La prohibición y la persecución habrían de dar finalmente al movimiento aquella dureza inquebrantable que necesitaba para afrontar victoriosamente la difícil lucha por el destino del pueblo alemán.

Comenzó ahora un nuevo capítulo de nuestra tarea. La organización estaba deshecha, la estructura legal del partido, disuelta. Por lo pronto era imposible unir a los partidarios mediante un nuevo y firme sostén porque, naturalmente, lo destruyó la prohibición. A ella se agregaron vejaciones y chicanas de toda índole, con la que se nos amargaba la vida. Con todos los medios el partido era vigilado, seguidos sus pasos, espiado. Los *muchachos de ocho peniques* nos perseguían sin tregua, y ninguna provocación era tan mala como para no emplearla contra el movimiento.

La prohibición había sido pronunciada por la presidencia de policía, y ello no en base a la ley de protección de la república, sino del derecho común. Los así llamados *fundamentos*, que nos fueron remitidos pocos días después, escapaban sencillamente a toda descripción. Como no podíamos defendernos, no se habían preocupado mucho en la Plaza Alexander. Se daban por probados supuestos excesos sobre los cuales ni existía fallo judicial. No se mencionó siquiera el incidente en la reunión de la casa del círculo de combatientes. Se hacía solo referencia a cosas acaecidas en el amplio pasado, y como las rigurosas medidas de la presidencia de policía contra nosotros en el curso de la prohibición naturalmente acrecentaban la indignación entre los propios partidarios hasta el punto de ebullición, y en razón de que noche tras noche se producían desmanes en la calle, se tomó esto como oportuno pretexto para basar una prohibición que, en verdad, recién de ese modo podría ser motivo para ello.

Se guardaron muy bien de llevar a cabo el proceso tan vehementemente exigido contra mí durante la campaña de prensa. No se tenía nada de que acusarme. Toda la acción de la prensa era una comedia impuesta y solo realizable con tan insolente descaro porque no podíamos defendernos y una opinión pública digitada nos negaba la protección a que tiene derecho un decente modo de pensar.

Ya algún día después, todo el que analizaba con objetividad y rectitud, tuvo oportunidad de comprobar hasta qué punto el derecho estaba de parte nuestra. Se presentó el anciano y *digno* cura fuera de servicio, de nombre Stucke, con un pintoresco adorno en forma de venda blanca en la cabeza, en una reunión del *Reichsbanner*, para relatar a los guardias de cachiporras del partido socialdemócrata sus heroicas vivencias en el campo de batalla del nacionalsocialismo. ¡El cura como camarada del *Reichsbanner*! Este fue el final de una campaña de prensa cobarde, vil y calumniosa. Las autoridades eclesiásticas declararon públicamente que “*el anterior pastor Stucke de la Iglesia de Nazaret fue castigado legítimamente por decisión disciplinaria del consistorio evangélico de la Marca de Brandeburgo, por conducta indigna, con separación del servicio*”, y que “*conforme a la decisión del Tribunal Supremo de Prusia del 21 de julio de 1923, había perdido con ello el derecho a llevar el título de pastor y a usar el traje de servicio de un sacerdote de la Iglesia evangélica de Prusia.*” Se puso además que este individuo ejercía, a pesar de su exclusión de la Iglesia prusiana, un tráfico floreciente con oraciones fúnebres, que su estado normal era

la borrachera insensata y que su intento de provocación en nuestra reunión solo admitía el interrogante de si se trataba aquí de un acto de ebriedad o si se trataba de un agente provocador a sueldo. Pero ¿de qué servía esto cuando el partido estaba prohibido y la campaña periodística con él había recrudecido? La *Journaille* había alcanzado su objetivo, el cañoneo sobre la opinión pública había obligado a ésta a la capitulación; se había sacado del camino a un molesto adversario político con los medios de la autoridad gubernamental y apaciguado la conciencia pública mediante una psicosis de masa artificialmente creada.

Algunos días más tarde, el partido comunista alemán organizó una demostración gigantesca en el Palacio de los Deportes, en cuyo transcurso un sargento de la policía se atrevió, por supuesto sin haber hecho la menor provocación, a entrar en la sala de reunión. Se le tiró desde la tribuna un vaso de cerveza a la cabeza, que le fracturó el cráneo, debiendo ser llevado al hospital en grave estado.

¡Cuán pequeño y modesto aparecía en cambio nuestro delito! Pero al partido comunista alemán no le fue torcido ni un pelo, pues los comunistas son los *niños políticos* de la socialdemocracia. Se los deja hacer, porque de vez en cuando se lo precisa, y en resumidas cuentas ambos son hermanos de la misma carne y de la misma sangre.

Pero al nacionalsocialismo se lo atacaba con prohibiciones, a pesar de que con suficiente frecuencia había probado su pacifismo y había respondido, aún a los más insolentes e irritantes intentos de provocación, solo con férrea tranquilidad y disciplina. Porque el nacionalsocialismo es adversario por principio del bolchevismo. Retó al marxismo en todas las tonalidades de la lucha. Entre él y el marxismo no hay reconciliación, sino solamente lucha hasta el aniquilamiento. Esto se sabía en la calle Linden, esto se sabía en la Plaza Alexander y esto se sabía también en la Plaza Bülow. Por eso se dio el golpe en el momento oportuno. Por eso la *Journaille* contaminaba la opinión pública con el aliento pestífero de su calumnia mendaz y vil. Por eso se apelaba a la autoridad estatal y se ponían en movimiento artículos del código que habitualmente y sin escrúpulos se despreciaban y cubrían de escarnio.

Que la socialdemocracia actuara así no nos podía asombrar. La socialdemocracia defiende su pellejo y, al fin y al cabo, lucha por su misma existencia. Pero que los partidos burgueses y sus columnistas amanuenses se dejaran denigrar a cumplir servicios pagos para el marxismo y a colaborar en abatir un movimiento que no podía defenderse, esto será para siempre y eternamente oprobio y vergüenza para la prensa burguesa y los partidos que están detrás de ella.

No consiguieron su finalidad. Aunque al día siguiente de la prohibición se movilizó a través de una hoja del consorcio súper-capitalista Ullstein a los más altos dignatarios prusianos, que se dedicaron a lanzar frases grandilocuentes para demostrar que el Berlín no había lugar para el nacionalsocialismo.

“¡Una vez y nunca más! Si no se hubiera sabido ya por la actividad desarrollada en otras partes, los sucesos escandalosos que se desarrollaron el miércoles en la asamblea de la casa del círculo de combatientes demostraron nuevamente que en el caso del así llamado partido nacionalsocialista de los trabajadores no se trata de un movimiento que pueda ser clasificado y tratado como movimiento político, sino que constituye una banda de elementos camorristas y brutales, que bajo la dirección de políticos delirantes se ha transformado en una amenaza para el orden y la seguridad públicos. Las incitaciones no disimuladas a la violencia en la reunión y el resultado del registro de armas, así como los malos tratos otorgados a los asistentes de la misma, muestran con

toda evidencia de que clase es el movimiento que, crecido y desarrollado sobre el suelo de Múnich, ha trasladado su actividad ahora también a Berlín. Pero Berlín no es Múnich. De la misma manera que hemos preservado a Berlín del dominio soviético-comunista, preservaremos a la población berlinesa del terrorismo de este partido camorrista-socialista de los trabajadores. Sofocaremos en el germen, en Berlín y en toda Prusia, a este movimiento que utiliza la violencia contra los que piensan de distinta manera y que tiene como tarea exclusiva la realización de actos ilegales.”

Así escribió en el *Berliner Morgenpost* del viernes 6 de mayo de 1927, el presidente de ministros prusiano, Otto Braun. Se ha equivocado en grande. El movimiento no fue sofocado en su germen ni en Berlín ni en Prusia. Alto y más alto ascendió su idea, a pesar del odio y de la prohibición. La persecución no hizo sino más fuerte y más dura a la organización. Es cierto que muchos nos dejaron. Pero se trataba solo de aquellos que no estaban a la altura de las pruebas de resistencia más severas. El núcleo se mantuvo firme e inamovible. El partido mismo siguió viviendo, aún prohibido. La idea estaba anclada demasiado firmemente en los corazones de sus adictos como para que pudiera ser arrancada por medios administrativos.

El movimiento nacionalsocialista en Berlín fue, de ese modo, puesto a prueba; debió demostrar que su fuerza vital era inquebrantable. Ha superado esta crítica circunstancia por medio de una lucha heroica, plena de renunciamentos, y ha cumplido (en marcha victoriosa hacia adelante) la consigna bajo la cual ésta fue iniciada: “*¡A pesar de la prohibición no estamos muertos! ¡Aún prohibidos, vivimos!*”

Hostigamiento y persecución

La trayectoria triunfal del joven movimiento nacionalsocialista en la capital del *Reich* había tenido, por lo pronto, un final corto y abrupto a causa de la prohibición del partido enunciada por la presidencia de la policía. La actividad oficial del partido estaba impedida; la organización, deshecha; la propaganda, paralizada; las masas de seguidores, desparramadas a todos los vientos; el contacto directo de los dirigentes con los partidarios, interrumpido. La prohibición del partido fue llevada a cabo por las autoridades con severidad absoluta. Sin embargo, no había sido pronunciada en base a la ley de amparo de la república y, por lo tanto, era imposible castigar infracciones aisladas con fuertes penas monetarias o carcelarias. Se fundamentaba en el derecho común, proveniente de los tiempos de Federico II el Grande y, por razones bien ponderadas, estaba motivada en argumentos no políticos, sino de derecho penal. Fue decretada por la policía y no por el ministerio, y quizás fuera por eso más fácil de soslayar y menos peligrosa que una prohibición política, que por lo general es decretada bajo la amenaza de severísimas penas.

Ya con la prohibición misma la presidencia de policía había transgredido de un modo flagrante sus atribuciones. Había dictaminado la prohibición para Berlín y la Marca de Brandeburgo, a pesar de que para ello, al menos en lo que respecta a Brandeburgo, le faltaba toda competencia. El presidente de la policía, en el mejor de los casos, podía prohibir el partido en Berlín; y si en los fundamentos se hablaba de que el partido se había hecho posible de delitos penales, entonces, en este caso, aún admitiendo que ello estaba conforme con los hechos, solo se podía hablar jurídicamente de una prohibición del partido cuando su existencia amenazara directamente la tranquilidad y la seguridad públicas.

Esto, en rigor, no estaba en discusión. Nuestros partidarios habían sido atacados por

sus adversarios y se habían defendido. Con ello habían hecho uso del derecho más primitivo, del que goza todo ciudadano, el derecho de legítima defensa. Jamás nuestra gente había sido la agresora, sino siempre solamente la agredida. En ninguna parte podía hablarse de excesos de parte nuestra. Hicimos uso de la fuerza bruta solo si con ella defendíamos nuestra vida y nuestra integridad física.

Para más, no podía ser aportada la prueba en ninguna parte de que el partido hubiera exhortado a semejante proceder o se hubiese hecho responsable de ello; que cada partidario defendiera su pellejo cuando fuere necesario, esto era perfectamente lógico y no tenía absolutamente nada que ver con el partido mismo. Seguramente, la presidencia de policía era plenamente consciente de la fragilidad de su posición jurídica en la fundamentación de la prohibición. Inmediatamente interpusimos recurso contra la prohibición en la Presidencia Superior y más tarde en el Tribunal Superior en lo Contencioso-Administrativo. Pero el proceso sobre la prohibición, debido a que la presidencia de policía pedía constantemente ampliación de los plazos para aportar las pruebas necesarias, se prolongó durante años, y recién llegó a resolverse cuando hacía mucho tiempo que la prohibición había sido levantada.

El tribunal de referencia trató de esquivar luego un fallo jurídico claro, que probablemente hubiera sido aniquilador para la presidencia de policía, declarando que los plazos no habían sido mantenidos y que al reclamante le había faltado tiempo para la protesta. Pero ya el hecho de que la presidencia de policía no estuviera en condiciones de aportar al proceso el material necesario era prueba suficiente de que la prohibición constituía un acto partidista y tenía poco que ver con un objetivo ejercicio de sus funciones.

Pero, por ahora, la prohibición se cumplió con todas las chicanas imaginables. Se tenía el propósito de impedir completamente la actividad pública del partido y, desbaratando su organización, robarle incluso los últimos medios financieros. En ese entonces no poseíamos en Berlín ninguna prensa partidaria. La tarea propagandística del movimiento consistía casi exclusivamente en la realización de asambleas en masa. Empero, ni con la más arbitraria interpretación del articulado legal utilizado para marginar al partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores, se podía prohibir que en la capital del *Reich* una organización tratara de ganar adeptos. Así se ofrecía, con todo, la posibilidad de convocar bajo nombres fingidos a reuniones en las cuales se hablaba de nacionalsocialismo. Al principio también lo intentamos, pero la presidencia de policía pronto pasó al contragolpe, y prohibió una tras otra nuestras reuniones, con el pretexto de que afectaban el orden y la tranquilidad públicos y debían ser consideradas como continuación de una organización prohibida.

Esto era arbitrariedad neta, pero dio resultado. Con ello se hizo imposible llevar a discusión pública ni siquiera el concepto de nacionalsocialismo; las autoridades policiales intervenían en seguida cuando se hacía la más leve referencia al tema.

Nuestra siguiente tentativa fue dirigida a hacer hablar, por lo menos, ante el electorado berlinés, a nuestros representantes en el parlamento. Contra mí personalmente fue decretada una prohibición general de hablar. En lugar mío lo hicieron una serie de representantes parlamentarios del partido. Fueron convocadas asambleas masivas en las que hacían uso de la palabra nuestros delegados. Allí se encaraban problemas de actualidad política, y naturalmente no se omitía fustigar debidamente los métodos de persecución de las autoridades policiales berlinesas contra el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores.

La prohibición de hablar me afectó a mí personalmente con extraordinaria

gravedad. Es que no tenía otra posibilidad de mantener el necesario contacto con mis partidarios. Aún nos faltaba la prensa, a través de la cual podía agitar con la pluma. Todas las reuniones donde yo quería hablar eran prohibidas. En cuanto se anunciaba la presentación de nuestros hombres en reuniones públicas, éstas eran generalmente prohibidas a último momento, y los cuadros de partidarios que habían permanecido fieles eran llevados así a un estado creciente de furia e indignación.

No por el hecho de que se nos persiguiera, sino cómo y con qué métodos el movimiento era reprimido y atacado, originó en nuestras filas una atmósfera de odio y cólera que daba motivo a las más graves preocupaciones. La presidencia de policía aparentemente se divertía en prohibir nuestras reuniones siempre recién al último momento, evidentemente con la clara intención de quitar al partido la posibilidad de informar a tiempo a los asistentes a la asamblea de la prohibición.



“¡Solo pocas palabras, pero son suficientes!”

Generalmente, centenares y miles se ponían en camino y encontraban en el local de reunión solo puertas cerradas y un firme cordón policial.

Con ello les resultaba fácil a fisgones y provocadores soliviantar a las masas atolondradas y sin dirigentes y hostigarlas a cometer actos de violencia contra la policía y los opositores políticos. Generalmente se separaban pequeños grupos radicalizados de entre las masas enardecidas, que como forma de desahogo se dirigían al Kurfürstendamm y descargaban su furia en los transeúntes judíos mediante bofetadas y eventuales palizas.

Esto, naturalmente, era reprobado por la prensa al partido, en la forma más demagógica, a pesar de que éste, estando prohibido, no tenía ninguna posibilidad de ejercer su autoridad sobre toda la masa de adeptos. En el público repercutía el alboroto y la gritería del judaísmo amenazado. En todo el país se trataba de producir la impresión de que en Berlín reinaba la más absoluta paz, pero que era quebrada por los nuestros, quienes, noche tras noche, realizaban pogromos contra la población judía, como si el

partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores hubiera instalado una central secreta desde donde se organizaban sistemáticamente estos excesos.

“¡Pongan fin a los tumultos del Kurfürstendamm! De ninguna manera ha de admitirse que los actos de brutalidad de los nacionalsocialistas en el Kurfürstendamm lleguen a convertirse en un entretenimiento usual de estos jóvenes. El oeste de Berlín pertenece a los parajes representativos de Berlín; su descrédito a causa de escenas tan vulgares, repugnantes, lleva a Berlín a tener la peor fama. Como la policía conoce ahora sobradamente la preferencia de los cruzgamados por el Kurfürstendamm, no solo debe intervenir allí después de haberse producido desmanes, sino ya antes, en todo día de reunión de los camorristas nacionalsocialistas, y tomar las debidas providencias.”

Así escribió el *Berliner Zeitung Am Mittag*, ⁽³⁷⁾ el 13 de mayo de 1927.

La culpa de estos sucesos, en cuanto efectivamente tenían lugar, la tenía única y exclusivamente la presidencia de policía. Estaba en sus manos darnos la posibilidad de entrar en contacto con nuestras masas de adeptos y actuar tranquilizadamente sobre ellos. Pero al ser ello impedido, provocaba estos abusos de la lucha política, que habían de ser la consecuencia necesaria de semejante proceder.



CARTEL PARA UNA REUNIÓN CAMUFLADA

¡Conciudadanos alemanes!

*Concurrid a la gran asamblea electoral pública el jueves 1 de septiembre de 1927,
a las 20:30 hs. en el Victoria-Garten, Berlín-Wilmersdorf, Wilhelmsaue 114.*

*Habla el representante nacionalsocialista del parlamento, el conde Reventlow
sobre el tema política exterior, interior y más interior.*

Discusión libre.

Hora de entrada: 19:30 hs.

Aporte por gastos: 30 peniques.

Desempleados: 10 peniques.

Quizás no se viera con desagrado que las cosas evolucionaran así. No se poseían razones suficientes para continuar justificando la prohibición del partido ante el público. Por lo tanto se trataba de buscar una hábil coartada. El público debía señalarnos con el dedo. Debía asentarse la opinión de que este partido realmente no era sino una tropa de elementos criminales y que las autoridades solo cumplían con su deber si le cortaban toda ulterior posibilidad de existencia.

El movimiento nacionalsocialista, como ningún otro partido, está orientado hacia la idea del conductor. En él, el conductor y su autoridad son todo. Está en manos del conductor mantener el partido en la disciplina o dejarlo hundirse en la anarquía. Quitando al partido sus dirigentes y destruyendo con ello la autoridad que mantiene su organización, se desconcierta a las masas y las consecuencias invariables son entonces actos de imprudencia. Ya no pudimos ejercer influencia sobre las masas. Estas se rebelaron y en última instancia no se podían emitir quejas de que cometieran excesos sangrientos.

El sistema gobernante en Alemania puede, por absurdo que ello pueda parecer, estar agradecido al movimiento nacionalsocialista en sí, y en general, de que exista. El furor y la indignación sobre las consecuencias de una política tributaria insensata seguida desde 1918 es tan grande en el pueblo que, si no fuera refrenada y disciplinada por nuestro movimiento, a corto plazo precipitaría a Alemania en un mar de sangre. No es que la agitación nacionalsocialista haya conducido a nuestro pueblo a la catástrofe, como precisamente los políticos profesionales de las catástrofes quieren siempre hacer creer. Solo hemos reconocido la catástrofe a tiempo y en sus justos términos y jamás ocultamos nuestras apreciaciones sobre el estado caótico de Alemania. Político de catástrofes no es aquel que llama a la catástrofe catástrofe, sino aquel que la causa. Y eso, por cierto, no podía sostenerse con respecto a nosotros. Nunca habíamos participado de una coalición de gobierno. Desde que el movimiento existía habíamos estado en la oposición y combatido el curso de la política alemana en la forma más severa y radical. Habíamos predicho desde el comienzo las consecuencias que ahora comenzaban a destacarse con contornos cada vez más nítidos en el horizonte político.

Nuestros razonamientos eran tan lógicos e innegables que las masas les brindaron sus simpatías en grado cada vez mayor. Mientras se hallaba en nuestras manos el control de la oposición del pueblo contra la política tributaria y de esta manera ella se exponía en forma estrictamente disciplinada, por lo menos no existía el peligro de que las olas de la indignación se volcaran de manera anárquica. Sin duda, la agitación nacionalsocialista era y es el vocero del apremio del pueblo. Pero mientras se la deja hacer, se puede encauzar el furor del pueblo con la seguridad de que se exterioriza en métodos orgánicos.

Si se quita al pueblo a los representantes e intérpretes de sus sufrimientos, entonces se abren de par en par las puertas del caos; pero no somos nosotros los que emitimos el juicio más radical e implacable sobre el régimen imperante. Más radical e implacable es el pensamiento de las masas mismas, el del hombre del pueblo, que no aprendió a usar la palabra con acierto y que no oculta sus pasiones sino que expresa su creciente ira en forma cruda.

La crítica política siempre partirá de los errores del sistema a criticar. Si los errores son de naturaleza leve y no se puede negar la buena intención al que los comete, entonces la crítica no pasará de un mero llamado de atención. Pero si los errores son de índole fundamental, si amenazan las propias bases de la estructura estatal, y si para peor existen motivos para sospechar de que aquellos que los cometen carecen en absoluto de

buena intención, sino que por el contrario, siempre colocan a su propia cara persona delante del Estado y del interés del conjunto, entonces también la crítica se hará más intensa y desenfrenada. En tal caso, el radicalismo de la agitación siempre estará en relación directa con el radicalismo con que se peca por parte del sistema gobernante. Si los errores cometidos son tan fatales que en último término amenazan con lanzar al abismo al pueblo y a su economía, o aún más, a toda la comunidad nacional, entonces la oposición ya no puede limitarse a poner en la picota los síntomas del estado patológico y exigir su supresión, sino que debe pasar al ataque contra el sistema mismo. Recién entonces es, en verdad, radical en cuanto persigue los errores hasta la raíz y se empeña en eliminarlos desde la raíz.



CARTEL DE REUNIÓN DURANTE LA PROHIBICIÓN

Der Nationalsozialist ⁽³⁸⁾

Reichtagsabg. Hans Dietrich (diputado por Franconia) habla en una gran asamblea pública el viernes 30 de septiembre, a las 20:00 hs., en los Salones de Fiesta Schwarz, Lichtenberg, Möllendorfstr, 25-26 sobre el tema ¡Wels, Thälmann o Hitler!

¡Discusión libre!

Entrada: 19:30 hs.

Contribución a los gastos: 30 peniques.

Desempleados: 10 peniques.

Lea y abónese al Völkischer Beobachter y a la hoja del lunes Der Angriff, ⁽³⁹⁾ editada por el Dr. Goebbels.

Antes de la prohibición del partido teníamos firmemente en la mano a las masas de nuestros partidarios. La presidencia de policía poseía la posibilidad de vigilar en la forma más severa al partido, en su organización y su propaganda. Todo exceso partidario podía ser sancionado inmediata y directamente. Esto fue distinto de la prohibición. El partido ya no existía, su organización estaba deshecha, en justicia ya no se podía hacer responsables a los dirigentes del partido de lo que se hacía en su nombre, ya que les había sido negada toda posibilidad de influir sobre sus partidarios. Yo estaba impedido ahora de actuar legalmente y no tenía la menor intención de tomar a mi cargo la responsabilidad de todas las reacciones que provocaba con sus malas artes la presidencia de policía a través de sus clásicas y reiteradas artimañas. A ello se agregaba que la *Journaille* judía parecía regodearse especialmente en esos momentos, cuando yo no tenía ninguna posibilidad de defenderme contra los ataques tanto de índole política como los referidos a mi vida privada, insultándome y calumniándome soezmente, con la esperanza de hacer perder al movimiento y a mí, el favor de las masas, con las cuales había perdido todo contacto, y lograr así un terreno apropiado a la demagogia comunista.

Entonces experimenté por primera vez lo que significa ser el favorito escogido de la prensa judía. No había propiamente nada que no se me imputara y, naturalmente, todo era pura invención. Como es de suponer, me faltaban ganas y tiempo para hacer algo en contra. El no iniciado se pregunta a veces por qué los dirigentes nacionalsocialistas tan raras veces actúan contra la difamación judía por los medios legales. ¿Se pueden remitir rectificaciones a los pasquines? ¿Se los puede demandar por ofensas? ¿Se los puede hacer comparecer ante la Justicia? Esto es, por cierto, más fácil de decir que de hacer. En cualquier hoja berlinesa aparece una de estas mentiras y luego hace la ronda a través de centenares y centenares de diarios provinciales que dependen de ella. Cada hoja provincial agrega un comentario propio, y si se pretende accionar contra todo esto, se pretende lo imposible. Y es esto, precisamente lo que la prensa judía quiere conseguir. Pues, en la invención de difamaciones, el judío, a quien ya Schopenhauer llamo *maestro de la mentira*, es inagotable.

Apenas se ha rectificado hoy una información falsa, mañana aparecerá otra peor, y si se procede contra la segunda mentira, ¿quién impide a semejante reptil periodístico inventar pasado mañana una tercera? ¿Y acaso ir ante los tribunales? ¿Es que los dirigentes nacionalsocialistas solo están para pelearse con calumniadores judíos ante el juez? La fiscalía deniega en todos los casos una intercesión a nuestro favor por falta de interés público. Hay que recurrir a la querrela privada. Eso cuesta mucho tiempo y aún más dinero. Habría que dedicar toda una vida y una fortuna enorme a rehacer la reputación contra los garabateadores judíos ante los tribunales de la república.

Un proceso de esta índole por lo general dura medio año y, frecuentemente, más. Entretanto el público se ha olvidado del asunto del proceso; el garabateador judío declara entonces simplemente ante la Justicia de que fue víctima de un error y, generalmente, se zafa con una multa de 50 a 70 marcos; ésta, por supuesto, se la restituye gustosamente el editor. El diario mismo, empero, trae al día siguiente un informe sobre el juicio, del cual el lector ingenuo debe extraer que el mentiroso judío había estado absolutamente en su derecho, que por cierto debió haber algo de verdad en la calumnia, lo que ya se puede inferir sin más del hecho que la Justicia había aplicado al acusado, una pena tan leve. Y con ello la prensa judía consiguió en realidad todo lo que quería conseguir. Primeramente ha desacreditado y manchado el honor del

adversario político ante el público; le ha robado tiempo y dinero. Hace de la derrota en el juicio una victoria, y a veces un juez sin decoro ayuda al calumniador a quedar impune por concesión de salvaguardia de intereses legítimos.

Estos no son medios adecuados para contrarrestar la calumnia de la prensa judía. Un político ha de hacerse cargo de que si ataca una política criminal, ésta bien pronto se ha de defender conforme a la receta “*¡Detened al ladrón!*” y tratará de obviar la carencia de pruebas objetivas contundentes, mediante calumnias personales. Por eso ha de rodearse de un pellejo duro, ha de ser del todo insensible a las mentiras judías, y sobre todo, en tiempos en que se prepara para empresas de gran envergadura, ha de conservar la sangre fría y los nervios tranquilos. Debe saber que si constituye un peligro para el enemigo, el enemigo lo atacará en el plano personal. Entonces nunca tendrá sorpresas desagradables. ¡Al contrario! En último término hasta se ha de alegrar de que sea denostado y enlodado por los pasquines, pues ello constituirá para él, al fin y al cabo, la prueba más infalible de que se encuentra en el camino justo y que ha pegado al enemigo en el punto vulnerable.

Solo difícilmente he podido arribar a esta concepción estoica. Durante la primera época de mi labor berlinesa he tenido que sufrir inmensamente bajo los ataques de la prensa. Tomaba todo esto demasiado en serio y frecuentemente era presa de la desesperación de que evidentemente no había posibilidad de mantener el honor personal puro y limpio en la lucha política. El tiempo me ha hecho modificar mi posición al respecto. El exceso de los ataques periodísticos aniquiló en mí toda susceptibilidad al respecto. Cuando sabía o presentía que la prensa me denigraba personalmente, durante semanas no he tomado en la mano ningún diario judío, guardando así mi reflexión calma y mi fría decisión. Si se lee todo ese montón de mentiras algunas semanas más tarde de cuando fue impreso, pierde de golpe todo significado. Entonces se ve cuán vana e inútil es toda esta alharaca, y de ese modo, además, se adquiere paulatinamente la capacidad de adivinar los verdaderos trasfondos de tales campañas periodísticas.

Al presente existen en Alemania solo dos posibilidades de adquirir renombre: o bien hay que llevar a extremos repugnantes la zalamería al judío o, por el contrario, combatirlo desconsideradamente y con toda acritud. Mientras lo primero solo entra en cuenta para literatos de la civilización democrática y acróbatas de convicción, ávidos de hacer carrera, nosotros los nacionalsocialistas nos hemos decidido por lo segundo. Y esta decisión ha sido realizada con toda consecuencia. Hasta el día de hoy no nos hemos podido quejar del éxito. El judío, en su insensato miedo de nuestros ataques masivos, finalmente siempre perdió toda reflexión tranquila. Cuando se encuentra con una voluntad potente, no es más que un pobre diablo. A veces se sobreestima, principalmente en los círculos de la *inteligencia* alemana, la llamada amplitud de miras, inteligencia y agudeza del judío. El judío solo juzga con claridad cuando está en posesión de todos los medios del poder. Si un adversario se le enfrenta dura y despiadadamente, y no deja lugar a dudas de que ahora se trata de una lucha de vida o muerte, entonces el judío pierde de inmediato toda reflexión fría y desapasionada. Está compenetrado (y ello posiblemente representa la característica principal de su carácter) hasta lo más profundo, de su propio sentimiento de inferioridad. Se podría designar al judío mismo como la encarnación del complejo de inferioridad reprimido. De ahí que nada lo puede afectar más profundamente que cuando se lo describe tal como es. Llámalo canalla, ruin, mentiroso, criminal, asesino y homicida. Esto interiormente apenas lo tocará. Míralo tranquila y penetrantemente durante un rato y dile luego: “*¡Posiblemente usted es un judío!*” Y notarás con asombro cuán inseguro, cuán turbado

y consciente de su culpabilidad se vuelve en el mismo momento.

En esto también está la explicación de por qué judíos prominentes acuden siempre al juez en lo criminal cuando se lo designa como judíos. Jamás a un alemán se le ocurriría entablar una querrela porque se le ha llamado alemán porque siente en la pertenencia a su pueblo siempre solo un honor y nunca una vergüenza. El judío querrela cuando se lo llaman judío porque en el último rincón de su corazón está convencido de que ello es algo despreciable y que no puede haber peor ofensa que ser designado así.

Nosotros nunca nos hemos ocupado mucho en contrarrestar la calumnia judía. Sabíamos que éramos calumniados. Nos hemos adaptado a tiempo a ello y no vimos nuestro cometido en la refutación de cada una de las mentiras, sino más bien en poner en evidencia la falsedad absoluta de la prensa judía. Y esto también lo hemos conseguido, con el correr de los años, en plenitud. Si se deja hacer tranquilamente a la mentira, entonces pronto se anulará en su propia exageración. El judío inventa en su desesperación calumnias e infamias tan horripilantes, que aún el más crédulo filisteo cultural ya no cae en esa trampa.

“*¡Mienten! ¡Mienten!*” Con ese grito de batalla hemos hecho frente al cañoneo de inmundicia judío. Aquí y allá sacábamos de todo el farrago de calumnias, mentiras evidentes en las cuales podíamos probar concretamente la vileza de la *Journaille*. Y de ese modo decíamos: “*¡No les crean nada! ¡Mienten porque tienen que mentir, y tienen que mentir porque no tienen otra cosa que alegar!*”

Resulta sencillamente grotesco y produce nauseas cuando una hoja de mamarrachadas judía aduce que su misión moral es fisgonear en la vida privada de los nacionalsocialistas, para descubrir allí algún punto oscuro. Una raza que durante más de dos mil años, y sobre todo con respecto a pueblo alemán, ha cargado sobre sí una verdadera carga de Atlas de culpa y crimen, no posee de hecho ninguna clase de mandato para abogar por la depuración de la vida pública.

Por ahora tampoco está en debate si aquí o allá un dirigente nacionalsocialista cometió tal o cual falta. Está sobre el tapete exclusivamente quién llevo al pueblo alemán al infortunio sin nombre, quién disfrazó este infortunio con frases y promesas hipócritas y al final observó con los brazos cruzados como toda una nación amenazaba hundirse en el caos. Una vez que esta cuestión esté resuelta y los culpables hayan tenido que rendir cuentas, entonces se podrá investigar cuáles son nuestras faltas.

No puede pasarse aquí por alto, calladamente, la cobarde falta de carácter con que la prensa burguesa se inclina sin protesta, hasta el día de hoy, ante el proceder periodístico desvergonzado de escribas a sueldo del judaísmo. La prensa burguesa casi siempre está pronta cuando se trata de jugarle una mala pasada a un político nacional, o de condenar los así llamados *excesos de la prensa nacionalsocialista*. Frente a la *Journaille* hebrea, por el contrario, es de una tolerancia incomprensible, sencillamente irresponsable. Se teme la mordacidad y desconsideración publicitaria de la misma. Evidentemente no se tiene deseos de introducirse en la zona de peligro. Con relación al judío se está embargado por un sentimiento de inferioridad insuperable y no se ahorra medios para vivir con él en buena paz.

Si alguna vez la prensa burguesa se anima a proferir una suave palabra recriminatoria contra calumniadores judíos, esto ya significa mucho. Generalmente permanece en total tranquilidad y guarda un distinguido silencio amparado por el proverbio: “*Quien toca todo, ¡se ensucia!*”

Que la prensa judía nos atacaba y calumniaba, eso ni siquiera era lo peor, pues sabíamos que todas estas mentiras tarde o temprano terminarían por extenuarse. Nunca

una idea justa pudo ser aniquilada por las mentiras de sus enemigos. Peor nos hacían los golpes de las autoridades, que tras el decreto de prohibición se dedicaron a ensañarse con el movimiento. La organización estaba hecha pedazos, el mantenimiento ordenado de la masa de afiliados se tornó imposible. Con ello quedó cerrada para el partido la fuente financiera más importante. Obviamente, no es verdad que el movimiento nacionalsocialista vive de los subsidios de los grandes capitalistas. Nosotros, de cualquier manera, nunca vimos nada de las sumas gigantescas que el Papa, Mussolini, Francia, o Thyssen, o Jacob Goldschmidt supuestamente habían transferido al partido. El partido vivió y vive exclusivamente de los aportes de los afiliados y de los excedentes de sus asambleas. Si se taponan estas fuentes de dinero, entonces con ello le ha sido quitada al partido toda posibilidad de vida.

Así también pasó con nosotros después del decreto de prohibición. En el instante en que mermó la entrada regular de las contribuciones de los afiliados y ya no quedaron excedentes de las reuniones (la mayoría de las reuniones fueron prohibidas y también las permitidas no arrojaban saldos favorables), el partido se vio en la peor crisis financiera. Hubo que reducir su aparato administrativo a lo imprescindible. Los sueldos fueron rebajados a un mínimo, y aún en este volumen solo podían ser pagados por fracciones y en pequeñas sumas. Todo el cuerpo de empleados del partido se adaptó, con un admirable espíritu de sacrificio, a esta necesidad; ni un solo hombre fue despedido, pero todos renunciaron entonces al 20 y 30 y hasta el 50 % de su magro sueldo, para mantener así con vida al partido. De tanto en tanto la presidencia de policía me concedía la merced de poder aparecer como orador en una reunión pública. Con ello se prestaba entonces la posibilidad de desahogar el corazón oprimido. Pero esto sucedida tan raras veces que el valor político de tal generosidad generalmente era equivalente a cero.

Después de haberse resuelto finalmente la presidencia de policía, por presión del público, a levantar la prohibición para la Marca de Brandeburgo, para la cual de cualquier modo ni era competente, pudimos convocar fuera de Berlín, generalmente en Potsdam, por lo menos a los funcionarios del partido y conversar con ellos acerca de los problemas importantes, ya sea respecto a la situación nacional como al estado en que se encontraba nuestra organización.

En Berlín esto era completamente imposible. No solo se prohibían las reuniones del partido, sino también las de todas sus sub-organizaciones. Más aún, no se tuvo empacho en prohibir un acto conmemorativo de Schlageter ⁽⁴⁰⁾ convocado por la DFO, ⁽⁴¹⁾ allegada a la organización femenina del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores, con el pretexto de que *podiera amenazar el orden y la seguridad públicos*.

La consecuencia forzosa de tal situación fueron las violentas reacciones de nuestros camaradas. Más de un judío del oeste de Berlín recibió sus bofetadas por ello. No era en verdad personalmente culpable de lo que se le hacía al partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores pero es que la masa, en resumidas cuentas, no conoce estos delicados distingos. Se la toma con el que es asible, y si bien el señor Cohn o el señor Krotoschiner del Kurfürstendamm no ejercían ninguna influencia sobre la presidencia de policía, pertenecían de cualquier modo a la raza, de cualquier modo eran partido, de cualquier modo el hombre del pueblo veía en ellos a los culpables.

Muchos hombres de la SA llegaron a parar entonces a las cárceles porque estaban bajo la sospecha de haber participado en estas jornadas de airada protesta, en horas de la noche en el Kurfürstendamm. Los tribunales procedían contra ellos con penas

draconianas. Una bofetada costaba, en la mayoría de los casos, de seis a ocho meses. Pero así no pudo ser erradicado el mal.

Mientras el partido estaba prohibido y se quitaba a sus conductores la posibilidad de actuar sobre las masas, tales situaciones eran inevitables.

La presidencia de policía procedió otra vez en contra nuestra mediante un nuevo método, y éste era en realidad más peligroso que todos los aplicados hasta el presente. En grandes operativos eran detenidos, por cualquier motivo, a veces cien y más partidarios y, sin indicaciones de causa, remitidos a la sección política de la presidencia de policía. En la mayoría de los casos no había para ello asidero legal alguno. Eran hacinados en locales de alojamiento y retenidos hasta el mediodía siguiente a las doce horas. Entonces se los dejaba ir, sin hacerles nada en absoluto.

Esto también les parecía completamente superfluo a los señores de la Plaza Alexander, pues no se tenía la intención de castigar a los partidarios y hombres de la SA, sino simplemente crearles dificultades en su empleo y servicio. Tal detenido había perdido por su detención medio día de jornal; en el mejor de los casos, podía estar a las dos de la tarde en su lugar de trabajo. Sus superiores, marxistas o demócratas, bien pronto descubrían el motivo de su retraso y entonces se lo echaba sin compasión a la calle. ¡Y esto era, al final de cuentas, el objeto de tal práctica!

El partido socialdemócrata combatió antes de la guerra, con afán supuestamente moralizador, *el sistema del casco de punta*. El *casco de punta* cayó como primera víctima de la subversión de 1918. Ellos lo suplantaron, a su vez, por la cachiporra de goma. La cachiporra de goma parece ser en verdad la insignia del partido socialdemócrata; bajo el régimen de la cachiporra de goma, con el correr de los años se creó en Alemania una opinión amedrentada y un amordazamiento de la conciencia que escapa a toda descripción. Justamente nosotros la hemos experimentado en cuerpo propio en abundante medida.

Pudimos, al respecto, aprender a distinguir la teoría de la práctica y por cierto a veces llegamos a otras conclusiones de las que se leen en la constitución de Weimar. Precisamente en aquellas semanas, en Múnich, un miembro del partido llamado Hrschmann, un simple obrero, en plena paz y sin que hubiese ni siquiera torcido un pelo a alguien, fue derribado a golpes en la calle por camorristas del *Reichsbanner* y golpeado durante largo tiempo con garrotes, piedras y cachiporras, hasta que exhaló su pobre y perseguida vida en algún baldío. Entonces pudo comprobarse cómo reacciona una presidencia de policía burguesa a un acto de brutalidad tan infame. No se procedió en absoluto contra el *Reichsbanner*. La prensa roja pudo volcar impune sobre nuestro camarada asesinado veneno y pestes, y una asamblea de protesta nacionalsocialista convocada contra el terrorismo asesino fue prohibida por la policía.

El mundo demo-liberal se desplomó bajo los golpes de maza del terror marxista, y tampoco mereció otro fin. Pero nosotros estábamos dispuestos a quebrar el terror marxista. Nadie nos podía tomar a mal si hacíamos la comparación entre contrastes tan provocadores y sacábamos de ella consecuencias que debían amargarnos e indignarnos aún más.

También en estas difíciles semanas el hombre de la SA era el portador de nuestra lucha. Por primera vez se lo obligaba a quitarse su querido uniforme pardo; sus orgullosas banderas estaban enrolladas; los distintivos del partido ya no eran permitidos ser llevados. En su reemplazo prendíamos en la punta del cuello derecho del saco nuestra runa de la victoria.⁽⁴²⁾ Por este signo se reconocían los inquebrantables. Como

pasaba desapercibido para el ojo de la ley, fue pronto llevado por miles y miles y apareció más y más en la imagen callejera de la capital del *Reich*. El que llevaba la runa de la victoria expresaba con ello su voluntad de resistencia. Declaraba ante el gran público que, a pesar de todo, estaba dispuesto a seguir combatiendo. Desafiaba a todo un mundo hostil y manifestaba su convicción de que la contienda entre el nacionalsocialismo y la sub-humanidad judía, al final sería ganada en victorioso combate por nosotros.

Cuanto más nos vimos así arrinconados por la prensa hostil y las chicanas de la presidencia de policía, tanto más vehemente se hizo en nosotros el deseo de defendernos periódicamente, aunque fuera en forma insuficiente, ante la *Journaille*. Nos hace falta un periódico. No pudiendo hablar, queríamos poder escribir. Nuestra pluma debía ser puesta al servicio de la organización; la comunicación interrumpida entre conducción y adictos debía ser restablecida. Era necesario fortalecer en los partidarios, por lo menos semana tras semana, la fe en el movimiento y afirmarlos en seguir perseverando en el cambio trazado.

Entonces surgió por primera vez, a raíz de nuestra situación de apremio, la idea de fundar un periódico propio. Sabíamos, por cierto, que por lo pronto apenas teníamos algo eficaz que oponer a la gran potencia de la prensa judía. A pesar de ello empezamos a trabajar en tal sentido, porque era necesario y porque teníamos fe en nuestra fuerza.

Comenzamos a realizar los primeros preparativos para la fundación de una hoja semanal. Este semanario debía ser, conforme a las situaciones de combate en Berlín, agresivo. Debía, con los medios publicitarios más ásperos, despejar la vía para el movimiento. Queríamos emular a la prensa judía en sarcasmo y burla cínica, solo con la diferencia que abogábamos por una causa limpia y grande.

Éramos una presa acuciada que, herida, es perseguida por el cazador a través del monte. Cuando al final no le queda ya otro recurso, decide enfrentar a su perseguidor; y no para defenderse, sino para proceder al ataque con dientes afilados y cornamenta baja, contra el inexorable perseguidor.

A ello estábamos ahora decididos. Se nos había llevado a la desesperación. Se nos había quitado todo medio de defensa. Así estuvimos obligados a echarnos en contra del perseguidor, tratando de ganar una posición firme en la retirada, y proceder luego a la ofensiva.

Con ello estaban dados, sin más, título y nombre de nuestra hoja combativa a fundar. Se llamaría *Der Angriff* y estaría dirigida *¡para los oprimidos! ¡contra los explotadores!*

Der Angriff

La publicación de un periódico propio había llegado a ser para el partido, prohibido en Berlín, una necesidad irrecusable. Como la presidencia de policía había yugulado toda actividad pública del movimiento mediante reuniones, carteles y manifestaciones, no nos quedó otro camino que ganar nuevo terreno a través de la propaganda masiva.

Ya en la época en que el partido aún era permitido, habíamos abrigado el pensamiento de fundar un órgano propio para el movimiento berlinés. Pero la realización de este plan siempre había fracasado ante los más diversos obstáculos. Por una parte nos faltaba dinero para montar una empresa periodística acorde con la actual importancia del movimiento. Además, una serie de dificultades de índole organizatoria y partidista obstruían nuestro proyecto y, por último, estábamos ocupados en demasía en la actividad

propagandística del partido (reuniones, manifestaciones, etc.), que nos faltaba el tiempo para llevar a cabo eficaz y exitosamente el proyecto.

Pero ahora estaba prohibido el partido. Las reuniones estaban vedadas y no se podía ni hablar de manifestaciones callejeras. Después de haber pasado la primera borrasca periodística, imperaba en la *Journaille* acerca de nosotros un silencio general. Se esperaba poder terminar con el movimiento, gravemente quebrantado.

Mediante nuestro diario confiábamos en superar la situación. Iba a ser un órgano para la opinión pública. Queríamos participar en las conversaciones, en las determinaciones; queríamos ser también una parte de la opinión pública; nuestro objetivo era anudar nuevamente el nexo entre conducción y partidarios, que había sido cortado rudamente y sin compasión por la draconiana prohibición de la presidencia de policía berlinesa.

Ya la elección del nombre del periódico tropezó al principio con grandes dificultades. Fueron inventados los títulos más salvajes y militantes. Aunque hacían mucho honor al espíritu combativo de sus padres espirituales, por el otro lado hacían extrañar toda formulación propagandística y programática. Yo veía a las claras que del nombre del periódico dependía de gran parte el éxito. El nombre debía ser eficaz agitatoriamente y encerrar en una sola palabra todo el programa del periódico.

Aún hoy está vivamente en mi recuerdo la tarde en que estábamos reunidos en un pequeño círculo, elucubrando y cavilando sobre el título del periódico. Repentinamente me pasó como una revelación por mi cerebro: ¡nuestro periódico puede llevar solo un título: *Der Angriff!* Este nombre era propagandísticamente eficaz y de hecho abarcaba todo lo que queríamos y a lo que apuntábamos.

No era objeto de este periódico defender el movimiento. No teníamos ya nada que pudiéramos defender, pues todo nos había sido tomado. El movimiento debía ser llevado de la defensiva a la ofensiva. Debía proceder combativa y agresivamente; en suma, debía atacar. De ahí que exclusivamente ese título - *Der Angriff* - tenía validez.

Queríamos continuar con los medios del periodismo, los métodos propagandísticos que nos estaban prohibidos a través de la palabra libremente hablada. No estaba en nuestra intención fundar una hoja informativa, que iba a suplantar para nuestros adeptos el periódico diario. Nuestro periódico nació de una doctrina y también había de ser escrito dentro de la doctrina y para la doctrina. Nuestro objetivo no era informar sino espolear, enfervorizar, acicatear. El órgano que fundábamos debía, por decirlo así, actuar como un látigo que despertase a los adormecidos de su sueño y los empujara adelante a actuar sin descanso. Tal como el nombre, también el lema del periódico era un programa.

Junto al título se leía, en letras grandes y desafiantes: “*¡Para los oprimidos! ¡Contra los explotadores!*” También en esto ya se expresaba toda la actitud combativa de nuestro nuevo órgano. En título y lema ya estaba esbozado el programa y la esfera de acción de este periódico.

Para nosotros solo se trataba ahora de llenar con activa vida política, título y lema.

La prensa nacionalsocialista tiene su propio estilo. Vale la pena perder, en este lugar, algunas palabras al respecto. La prensa es, según una expresión de Napoleón, la *séptima gran potencia*, y a partir de la época en que fuera pronunciada esta frase, más bien aumentó que disminuyó sus posibilidades de influencia. Cuán gigantesca es la plenitud de poder que encierra, se ha evidenciado sobre todo en la guerra. Mientras la

prensa alemana en los años 1914 a 1918 fue de una objetividad científica de tinte académico, la prensa aliada se desataba en una demagogia sin inhibiciones ni frenos. Envenenó con refinamiento sistemático toda la opinión mundial contra Alemania. No era objetiva sino, en el sentido más radical, tendenciosa. La prensa alemana se aplicaba a dar relatos objetivos de hechos e informar a su público de lectores acerca de los grandes acontecimientos de la contienda mundial de acuerdo con su mejor saber y conciencia. La prensa aliada, por el contrario, era escrita con una determinada intención. Tenía el objetivo de fortalecer la resistencia de los ejércitos combatientes y de sostener a los pueblos que nos eran adversarios, en la creencia en su causa justa y en la *victoria de la civilización sobre la subversión cultural que amenazaba desde Alemania*.

El gobierno alemán y el alto mando militar aún debían a veces prohibir que órganos derrotistas escritos en idioma alemán fueran enviados al frente. En Francia e Inglaterra algo similar hubiera sido imposible. Allí la prensa, no influenciada por tendencias partidarias, combatía con unidad fanática por la causa aliada. Fue una de las herramientas más importante para la victoria definitiva.

Los órganos de la Entente, por tanto, servían menos a fines informativos que propagandísticos. Les interesaba menos establecer la verdad objetiva que apoyar agresivamente los fines de la guerra. Esto lo entendía el pequeño hombre, esto era sobre todo un buen alimento para el soldado, que afuera en las trincheras arriesgaba la sangre y la vida por una causa que le era presentada como nacional.

La Guerra Mundial no estuvo terminada para Alemania el 9 de noviembre de 1918. Fue continuada, solo con nuevos medios y métodos y en otro nivel de combate. Solamente había sido pasada del terreno del enfrentamiento militar al terreno de un gigantesco combate político-económico. La meta, sin embargo, continuó siendo la misma: los Estados aliados enemigos buscaban el total aniquilamiento del pueblo alemán; y lo terrible en esta fatalidad era y es que en Alemania existen grandes partidos muy influyentes que favorecen a sabiendas a los aliados en este proceder diabólico.

En vista de este peligro amenazante no le corresponde al coetáneo tomar una postura científico-objetiva y desapasionada ante los acontecimientos de la política. Él mismo es co-arquitecto de las cosas que se desarrollan a su alrededor. Tranquilamente puede dejar para tiempos venideros que encuentren la verdad histórica. Su misión estriba en colaborar en la creación de las realidades históricas, y ello en un sentido tal que sean de utilidad y ventaja para su pueblo y su nación.

La prensa nacionalsocialista está determinada casi exclusivamente por esta tendencia. Es escrita con fines propagandísticos. Se dirige a las amplias masas populares y quiere ganarlas para los fines nacionalsocialistas. Su función es alta y decisiva. Extrae consecuencias políticas de las informaciones, no dejándolas libradas al gusto particular del lector, que, no olvidemos, ha sido envenenado desde su nacimiento por la prensa burguesa.

Vale decir que aquel ha de ser educado e influenciado según los objetivos y el pensamiento nacionalsocialista.

Así el periódico nacionalsocialista es solo una parte de la propaganda nacionalsocialista. Tiene una finalidad netamente política y por eso no debe ser confundido con un órgano burgués de *información* y menos aún de *publicación*. El lector de la prensa nacionalsocialista ha de ser robustecido en su posición por la lectura de su periódico. Debe proceder en forma definida, categórica, oportuna y consecuente. Todo el pensar y sentir del lector debe ser arrastrado en una determinada dirección. Así como el orador solo tiene la misión de ganar mediante su alocución al

oyente para la causa nacionalsocialista, así el periodista solo debe conocer la misión de alcanzar la misma finalidad y la misma meta mediante la pluma.

Esto era algo único en todo el periodismo alemán, y por eso al principio fue frecuentemente malentendido, combatido o hasta puesto en ridículo. Los órganos periodísticos nacionalsocialistas por su naturaleza no tenían la ambición de competir con las grandes gacetas judías o burguesas en cuanto a precisión de las crónicas y amplitud de la materia a tratar. Una ideología siempre es unilateral. Quien puede contemplar una cosa desde dos lados ya pierde con ello su seguridad y estricto rigor. La *testarudez obstinada* de nuestra actividad pública, que frecuentemente se nos reprocha, es al fin de cuentas el secreto de nuestra victoria. El pueblo quiere decisiones claras y categóricas. El pequeño hombre no odia nada tanto como la duplicidad y la posición de *así como también*. Las masas razonan en forma sencilla y primitiva. Se complacen en generalizar hechos complicados y sacar de la generalización conclusiones claras y categóricas.

Estas son por lo general sencillas y simples, pero por regla dan, sin embargo, sobre la cabeza del clavo.

La agitación política que parte de estos conocimientos siempre tocará el alma popular en el lugar apropiado. Si no es capaz de desenredar el entrevero de los hechos, sino que lleva al pueblo la complejidad de las cosas tal como se presenta, entonces siempre errará el blanco de la comprensión del pequeño hombre.

También la prensa judía, por cierto, no es carente de esta tendencia. Al presente puede, por supuesto, prescindir de una tendencia concreta y visible, pues la tendencia que le es inherente se ha hecho efectiva públicamente y por lo tanto no requiere ya la defensa agitatoria.

Las hojas judías *distinguidas* son *objetivas* y se aplican en apariencia a un desapasionamiento sobrio mientras el poder del judaísmo está asegurado. Pero ¡cuán poco esta *objetividad* sobria y desapasionada corresponde al verdadero carácter de la *Journaille* judía se puede comprobar siempre de nuevo cuando su poder llega a estar amenazado! Entonces los escribas mercenarios en las salas de redacción judías pierden toda reflexión tranquila, y los periodistas serios se transforman de golpe en los canallas más mendaces de una prensa judía calumniadora.

Al comienzo de nuestra labor publicitaria, por supuesto, ni podíamos ni queríamos entrar en competencia con los grandes órganos judíos con respecto a la información. Para eso la *Journaille* tenía una ventaja demasiado grande. Tampoco teníamos, como dijimos, la ambición de informar sin tendencia, queríamos luchar agitatoriamente. En el nacionalsocialismo todo es ideológico. Todo está orientado a una meta determinada, dirigido a una finalidad concreta. Todo es puesto al servicio de esta meta y finalidad. Lo que no puede serle útil se descarta implacablemente y sin muchos escrúpulos. El movimiento nacionalsocialista ha sido hecho por grandes oradores, no por grandes escritores. Tiene de común este carácter con todos los movimientos revolucionarios decisivos de la Historia Mundial. Desde el comienzo debió cuidar de que también su prensa fuera subordinada a sus grandes tendencias agitatorias. La prensa debía ser escrita principalmente por agitadores de la pluma, así como la propaganda pública del partido mismo era ejercida por agitadores de palabra.

Esto, sin embargo, era más fácil de decir que de hacer en nuestra situación de entonces. Ciertamente disponíamos de un representativo cuerpo de agitadores partidarios bien formados y exitosos. Nuestros oradores prominentes habían surgido del movimiento mismo. Habían aprendido la oratoria en el movimiento y para el

movimiento. El moderno arte de influir sobre las masas a través del cartel y del volante era dominado soberanamente por los propagandistas del partido. Ahora se trataba, empero, de trasladar este arte al terreno del periodismo.

El movimiento tenía en esto solo un maestro de enseñanza: el marxismo. El marxismo había educado a su prensa antes de la guerra en el sentido recién esbozado. La prensa marxista nunca tuvo carácter informativo, sino siempre solo tendencioso. Los editoriales marxistas son discursos escritos. Toda la presentación de la prensa roja está dirigida conscientemente a influenciar a las masas. En esto reside uno de los grandes secretos del auge marxista. Los dirigentes de la socialdemocracia, que en cuarenta años de lucha llevaron a su partido al poder y al prestigio eran, en lo principal, agitadores y también continuaron siéndolo cuando tomaron la pluma. Nunca hicieron simple la labor de escritor. Estaban poseídos de la ambición de actuar desde la masa para la masa.



EFICAZ PROPAGANDA MURAL PARA LA APARICIÓN DE *DER ANGRIFF*

¿Der Angriff?

Der Angriff sale el 4 de julio.

Der Angriff es la hoja alemana de los lunes en Berlín.

¡Para los oprimidos! ¡Contra los explotadores!

Editor: Dr. Joseph Goebbels

Mensualmente por correo.

Se encarga en cualquier oficina postal.

Der Angriff representa un programa.

Todo hombre alemán, toda mujer alemana lee y está abonado a Der Angriff.

Números de prueba gratis de editorial Berlín w 35, Lützowstr. 44

Ya en esa época no nos eran ajenos tales conocimientos. No emprendimos desprevenidos nuestra difícil tarea. La novedad de nuestra labor residía simplemente en trasladar los principios teóricos a la práctica.

Y aún esto podía hacerse, por de pronto, solo en modesta medida. Pues antes de poder abordar nuestra tarea agitatoria propiamente dicha debimos quitar del camino un sinnúmero de dificultades materiales, que por ahora absorbían todo nuestro tiempo y fuerza.

No es difícil fundar un periódico cuando se está en posesión o disfrute de medios financieros ilimitados. Se contrata a los mejores escritores y expertos de editoriales, y entonces el asunto apenas puede fracasar. Ya es más difícil aventurarse a una empresa periodística sin dinero y apoyado solo en una organización; pues entonces lo que falta en medios financieros debe ser suplido y compensado por la energía y solidaridad interna de la organización misma. Pero lo más difícil es fundar un periódico sin dinero y sin organización, pues entonces importa exclusivamente la eficacia del órgano, y decisiva para el éxito es la inteligencia de los que lo escriben. Nosotros no disponíamos de medios financieros para nuestro nuevo órgano a fundar. ¿A quién se le ocurriría la descabellada idea de dar dinero a este ridículo partido enano que, para más, estaba prohibido y no gozaba de ninguna clase de simpatías ni entre las autoridades ni en la opinión pública?

Todo dinero que se nos prestara sería acreditado en la chimenea. Tampoco estábamos respaldados por una organización enérgicamente disciplinada, imbuida de un espíritu solidario. Ésta, precisamente cuando estábamos a punto de crearla, había sido destrozada por una prohibición estricta. Por lo tanto, debimos decidimos a la tentativa desesperada de sacar, por así decirlo, de bajo tierra nuestro periódico, sin dinero y sin un conjunto firme de partidarios. Reconozco que entonces no teníamos plena conciencia de las dificultades. Nuestro plan era más bien el engendro de una temeridad osada; acometimos su realización considerando tan solo que de cualquier modo no teníamos nada que perder.

Pero ya el nombre fue un tiro al blanco. La propaganda movilizada para el diario contribuyó, por lo demás, para configurar promisoriamente, por lo menos, los comienzos de la joven empresa. Durante la última semana de junio aparecieron en las carteleras de Berlín letreros misteriosos que fueron rompecabezas para más de uno. Habíamos mantenido lo más secreto nuestro plan, y efectivamente logramos sustraerlo completamente a los ojos del público. Un gran asombro cundió por Berlín cuando un mañana en las columnas de Litfaß pudo leerse sobre carteles rojo sangre con brevedad lacónica: "*Der Angriff*." Aumentó la perplejidad cuando unos días después apareció un segundo cartel, en el cual, aunque la misteriosa indicación del primero estaba ampliada, el no iniciado no tenía la posibilidad de procurarse plena claridad. Este cartel rezaba: "*Der Angriff sale el 4 de julio*."

Un azar feliz quiso que el mismo día fuera colocado por parte de la *ayuda roja* un cartel en el cual se leía en letras rojas amenazadoras que en caso de accidentes y heridas debía acudir inmediatamente a los puestos sanitarios de la misma.

Con ello quedaba descubierto para el público el secreto que se escondía detrás de estas misteriosas insinuaciones. Era evidente que con *el ataque* se entendía una asonada comunista. Esta asonada debía comenzar el 4 de julio en Berlín y, como lo demostraba el anuncio de la *ayuda roja*, el partido comunista se encargaba desde ya del cuidado y atención adecuada de los probables heridos graves. Esta versión corrió como reguero de pólvora por la capital del *Reich*. Fue recogida por la prensa, que comenzó una gran

adivinanza del enigma. La prensa provincial tartamudeó asustada su turbación; en el parlamento fue dirigido un pedido de informes al gobierno nacional por parte de los partidos del centro respecto a si estaba pronto y en condiciones de esclarecer acerca de las noticias alarmantes que habían trascendido al público sobre disturbios o tentativas de subversión inminentes del partido comunista. En suma, en todas partes imperaba gran confusión hasta que al cabo de dos días apareció nuestro tercer y último cartel, comunicando que *el ataque* era el *periódico de los lunes en Berlín*, que aparecía una vez por semana, cuanto costaba enviado por correo y que se escribía *para los oprimidos y contra los explotadores*.

Con esta propaganda cartelera eficaz y calculada para impresionar logramos que el nombre del periódico fuera conocido aún antes de que apareciera. Pero fue más difícil conseguir los modestos medios financieros que, no hay vuelta que darle, se requieren para la fundación de un periódico. Al partido nadie le prestaba ni un cobre. Finalmente tuve que decidirme a tomar en préstamo la suma de 2.000 marcos a mi nombre, por la que yo mismo salía como garante. Esta suma iba a ser destinada a asegurar los primeros comienzos de la joven empresa. Al presente parece risible mencionar sumas tan nimias. Entonces significaban para nosotros toda una fortuna; durante días tuve que correr de un lado a otro para conseguirla con buenas palabras y apelaciones de amigos del partido.

El primer plantel de abonados fue aportado por el resto que aún quedaba de los partidarios. Los afiliados mismos se dedicaron con incansable ahínco a la tarea de promoción publicitaria del periódico. Cada afiliado estaba convencido de que se trataba aquí de la misión temporaria más importante y de que el logro de esta obra dependía el ser o no ser de nuestro movimiento en la capital del *Reich*.

La venta callejera fue organizada por hombres de la SA desempleados, la impresión y la editorial del periódico, encomendada a una firma amiga, y entonces comenzamos con la tarea.

La mayor dificultad consistió en encontrar un equipo de colaboradores adecuados. El movimiento apenas tenía un pasado publicitario. Poseía buenos organizadores y los mejores oradores; pero escritores, o aún periodistas formados, faltaban en todas partes. En la última desesperación no quedaba más salida que dar sencillamente la orden correspondiente a los partidarios. Estos por cierto aportaban buena voluntad y quizás también en casos favorables una modesta capacidad redactora. Pero de experiencia periodística no había ni vestigio. En verdad, cuando por primera vez consideré una fundación periodística, puse los ojos en un jefe de redacción fijo. También había logrado ganarlo para la joven empresa, pero justamente en el momento en que el plan tomó forma concreta fue detenido por un viejo pleito legal de prensa y enviado por dos meses a Moabit con alojamiento gratuito.

Con ello nos vimos en gran apuro. Nadie de nosotros entendía tanto del oficio de prensa como para poder hacer una compaginación. Toda la presentación de un diario, los trabajos preliminares técnicos para cada número, hasta la corrección de pruebas, eran para nosotros un libro con siete sellos. Acometimos esta empresa sin los más mínimos conocimientos previos. Debe señalarse como expresa suerte que el experimento al final saliera bien sin que nos pusiéramos demasiado en ridículo.

Más sabíamos, sin embargo, en cuanto al estilo y la postura del órgano recién fundado. Eso lo entendíamos y respecto de ello apenas hubo una discusión entre nosotros. Que el periódico debía llevar una imagen totalmente nueva, y que esta imagen debía corresponder al semblante de la joven Alemania que despertaba, eso estaba

asentado desde el principio. El periódico debía mostrar en todo su carácter combativo y agresivo, y también su presentación, su estilo, su método, debían ser adaptados a la esencia y al espíritu del movimiento.

El periódico se escribía para el pueblo. Por eso también debía usar el lenguaje que usa el pueblo. No estaba en nuestra intención crear un órgano para el *público culto*. *Der Angriff* había de ser leído por las masas; y las masas, por cierto, solo leen lo que comprenden.

Los sabihondos frecuentemente nos han tildado de carentes de espíritu y de cultura. Fruncían la nariz por la falta de intelecto que, se decía, destacaba a nuestras exteriorizaciones publicitarias y señalaban frente a ello con cuanto alarde de espiritualidad y civilización estaban escritos los órganos burgueses, sobre todo los judíos. Poco dolor de cabeza nos causaban estos reproches. No era nuestro objetivo remedar una manía de civilización falsa y mendaz.

Queríamos ganar masas, queríamos hablar al corazón del pequeño hombre. Queríamos ponernos en su lugar, en su pensamiento y en su sentimiento, y ganarlo para nuestra idea política. Tal como lo mostró el éxito más tarde, esto también lo conseguimos en amplia medida.

Cuando en julio de 1927 comenzamos con 2.000 o 3.000 de tirada, había en Berlín grandes órganos judíos cuya tirada llegaba a más de 100.000 ejemplares. Estos no nos consideraban dignos ni siquiera de reparar en nosotros. Estos órganos pertenecen ahora, cuando nuestro periódico dispone de una tirada imponente, ya al pasado. Estaban escrito con tanto ingenio que al lector le daba náuseas su lectura. Sus escritas se reflejaban vanidosos y autocomplacientes en la complicación refulgente de su intelectualismo. Se refinaban en un estilo pseudo-civilizado tan ajeno a la realidad que al final su lenguaje ya no era comprendido por las masas.

Nunca incurrimos en este error. Éramos sencillos porque el pueblo es sencillo. Pensamos primitivamente porque el pueblo piensa primitivamente. Éramos agresivos porque el pueblo es radical. Escribíamos conscientemente como el pueblo siente, no para alagar al pueblo o para hablar a su agrado, sino para atraerlo poco a poco, usando su propia jerga, hacia nuestro lado y convencerlo después sistemáticamente de la exactitud de nuestra política y de la nocividad de la de nuestros adversarios.

Tres características esenciales distinguían nuestro nuevo órgano de todos los periódicos existentes hasta ahora en Berlín. Inventamos una nueva clase de editorial político, de panorama semanal político y de la caricatura política.

El editorial político era en nosotros un cartel escrito, o dicho mejor aún, una arenga callejera llevada al papel. Era corto, expresivo, pensado propagandísticamente y agitatoriamente eficaz. Conscientemente admitía como sabido aquello de lo que en realidad quería convencer al lector, y sacaba de allí sus conclusiones. Se dirigía al gran público y estaba escrito en un estilo tal que el lector no podía pasarlo por alto. El editorial de un periódico burgués o judío por lo general ni siquiera es leído por el público. El pequeño hombre cree que eso solo está para la inteligencia selecta. El editorial era en nosotros, por el contrario, el duramen de todo el periódico. Estaba escrito en el idioma del pueblo y ya en las frases iniciales era de una acritud agitatoria que ninguno que empezaba con la lectura lo ponía de lado sin haberlo leído.

El lector debía llevar la impresión de que el autor del editorial era en realidad un orador que estaba parado a su lado y que quería convertirlo a su opinión, con sencillos y concluyentes argumentos. Lo decisivo era que este editorial suministraba, en efecto, el

esqueleto de todo el periódico, alrededor del cual se agrupaban orgánicamente todas las piezas restantes. Con ello todo el número tenía una determinada tendencia, y el lector era confirmado y endurecido en esta tendencia en cada página.

El periódico proporcionaba en un corto resumen el conocimiento de los acontecimientos políticos que se habían desarrollado en el curso de la semana. También ellos eran encuadrados y subordinados a la gran línea unitaria de todo el número. El periódico relataba el acontecer de los hechos con brevedad lapidaria y sacaba de ellos, con lógica inexorable, las consecuencias políticas.

Esto resultaba algo monótono con el tiempo, pero en su efecto no erraba su eficacia. Es que veíamos nuestra tarea agitatoria menos en tornasolar en multiplicidad las cosas que en exponer algunos pensamientos políticos rectores muy grandes, en formular algunas demandas políticas de magnitud y, eso sí, martillarlos e imponerlos al lector con tenaz consecuencia en cien y más variaciones.

A ello se agregaba un estilo enteramente nuevo de caricatura política. Bajo el peso de la ley apenas era posible expresar con palabras lo que queríamos y exigíamos. La palabra da un conjunto de hechos firmemente delimitado y por eso siempre es jurídicamente asible. Distinto es la caricatura política. Está expuesta a variadas interpretaciones. Uno puede esconderse detrás de ella a gusto. Lo que cada cual extrae de ella es asunto suyo. Además el público está más fehacientemente inclinado a perdonar a un artista dibujante que a uno escribiente, ser condescendiente con él. El arte del lápiz de dibujo le parece al público lector más difícil y por eso más digno de admiración que el arte de la pluma. Por eso se le manifiesta simpatías más cálidas. La caricatura busca por su naturaleza efectos grotescos, irónicos y a veces también cínicos. Excitan más la facultad de la risa que del raciocinio.

Y el que tiene de su lado a los que ríen, como es sabido, siempre tiene razón.

Esto lo usamos en nuestro proyecto. Donde se nos negaba atacar con la pluma, allí nos servimos del lápiz. Los prototipos de la democracia, que con respecto a la palabra son de una sensibilidad *mimósica*, eran ahora presentados al público amigo en caricaturas. Un destino favorable nos dio un dibujante político que poseía en grado extraordinario la capacidad para ello. Unía el don de la representación artística con el de la formulación eficaz de frases políticas en una unidad tan feliz que de ella nacían representaciones caricaturescas de comicidad irresistible. En cada número arremetíamos así a los adversarios declarados de nuestro movimiento en Berlín, sobre todo al vicepresidente de policía, el Dr. Weiß. Esto se producía siempre con un descaro tan fresco e insolente que era prácticamente imposible para el atacado proceder contra ello con la severidad de la ley; se hubiera expuesto indefectiblemente al peligro de que se rieran de él como aguafiestas y necio. El público lector se acostumbró muy rápidamente a esta forma del ataque caricaturesco y en seguida se creó expectativa para ver lo que *Der Angriff* tendría que ventilar en su nuevo número con los poderosos residentes de la Plaza Alexander.

Editorial y diario político, caricatura y accesorios periodísticos, formaban en conjunto una unidad agitatoria de efecto irresistible; y con ello el periódico había alcanzado su verdadero objetivo.

Suplía, en la medida que ello es posible, la palabra hablada. Volvió a establecer el contacto entre dirección y partidarios de una manera ideal; volvió a abrazar a todo el partido con un lazo único de camaradería y restituyó a cada uno de los afiliados la convicción de que su causa no estaba perdida, sino que solamente era llevada adelante con otros medios.

Para que alcanzáramos esta meta, por de pronto, faltaba mucho tiempo. Nos encontrábamos recién en los comienzos, y éstos nos ofrecían dificultades técnicas en cantidad que absorbían toda nuestra fuerza y preocupación. Como el colaborador elegido para jefe de redacción por ahora todavía estaba en Moabit, destacué rápidamente a nuestro administrador a la redacción. Se hizo cargo de la jefatura de redacción provisoria de la joven empresa; y aunque no tenía ni la menor idea de la tarea que lo esperaba, aportó sin embargo a su nuevo cargo un sentido común sano y una cierta suma de facultades naturales. Tuvo primeramente que hacerse a su cometido, y esto era tanto más difícil cuanto que los resultados de su trabajo se mostraban directamente a un público más numeroso y el periódico no solo era leído por el amigo con benevolencia, sino también por el enemigo que destilaba odio y arrogante presunción. La compaginación del primer número fue un asunto aparte.

Nadie de entre nosotros entendía algo de ello y cada cual se remitía al otro. El tiempo apremiaba y estábamos ante una tarea insoluble.

Un lunes por la mañana cuando volvía de un corto viaje de los Sudetes, encontré en Hirschberg, en el quiosco de la estación, el primer número de *Der Angriff*, que recién acababa de aparecer por primera vez. Vergüenza, desconsuelo y desesperación me sobrecogieron cuando comparé este sucedáneo con aquello que en realidad había querido. Un pobre diario local, ¡un queso impreso!

Así me pareció este primer número. Mucha buena voluntad, pero solo poco saber. Esta fue la conclusión de una rápida lectura.

Y como yo, así pensaban la mayoría de los adictos y lectores. Se había esperado mucho y solo poco se había logrado. Casi todos estábamos a punto de echarnos con la carga y abandonar definitivamente nuestro asunto. Pero al fin fuimos levantados, como siempre, por la terquedad. No quisimos dejarle al adversario el triunfo de vernos caer y capitular bajo sus golpes.

Apenas me di cuenta de que el movimiento mismo comenzaba a ofrecer resistencia, que los propios partidarios, malhumorados y desanimados, desesperaban del éxito de la obra, cuando me decidí a aportar la última fuerza a nuestra causa común. En una asamblea convocada *ad hoc* en Potsdam me puse delante de la masa de partidarios y expuse, extensos y fundamentales argumentos, metas y objetivos de la empresa. Traté de poner en claro a los camaradas que era indigno de un nacionalsocialista retroceder por fracasos momentáneos y abandonar un asunto que había probado ser necesario, solo porque estaba acompañado de dificultades. No dejé de señalar que, si desesperábamos, fracasaba de hecho el movimiento nacionalsocialista en Berlín, y el terreno hasta ahora conquistado estaba perdido definitivamente; que sobre nuestros hombros descansaba una tremenda responsabilidad y que cada uno debía pensarlo muy bien si quería echar de sí cobardemente esta responsabilidad. Esto no dejó de producir su efecto.

Con renovado ánimo todo el conjunto de partidarios volvió al trabajo. Es verdad que habíamos comenzado con nuestro nuevo plan periodístico en una época extraordinariamente desfavorable; en pleno verano, el 4 de julio, salió el primer número. La organización estaba paralizada, los medios financieros faltaban, un equipo fijo de colaboradores aún no estaba formado, la competencia periodística dejaba en todas partes mucho que desear. Pero finalmente también aquí, como siempre en situaciones sin salida, la voluntad y una tenaz decisión fueron nuestras señales de camino.

¡Queríamos! Esto debía ser suficiente. La tarea que habíamos acometido era

necesaria. Esto debía bastar. Los obstáculos siempre pueden ser quebrados cuando se tiene la voluntad para ello. Un movimiento como el nuestro, empero, jamás debe desconcertarse por obstáculos. Los comienzos de la joven empresa estuvieron amenazados en seguida por el derrumbe y la bancarrota. Pero nos lanzamos valientemente al encuentro de esta amenaza. Trabajo, dedicación, voluntad, constancia y talento también nos han llevado a superar estas dificultades. *Der Angriff* fue bien pronto, en verdad, un ataque. En incansable tarea lo hemos afilado y agudizado; y del pobre diarucho que el 4 de julio de 1927 vio por primera vez la luz del mundo, se hizo en corto plazo un periódico combativo imponente y arrebatador. Nos acercábamos a la meta. Atacábamos. ¡Y ahora, por cierto, el joven órgano en su nueva forma daría más preocupación a aquellos contra quienes se escribía, que a aquellos que lo escribían!

Desesperación y decadencia

Entretanto había llegado el verano. La época de los *pepinos agrios* se instauró con fuerza. La vida política de la capital del *Reich* poco a poco se diluyó y perdió toda importancia. El parlamento había ido de vacaciones, no eran de esperar por ahora acciones o grandes sorpresas políticas. El movimiento nacionalsocialista de la capital del *Reich* aparentemente se había derrumbado y ni en la prensa ni en cualquier otra parte de la vida pública se hacía cuestión de él.

Esto fue aprovechado por los elementos derrotistas que habían sido enviados al movimiento para descomponerlo y ablandarlo desde adentro. Nuestro periódico recién fundado aún estaba en sus comienzos y en esta forma no correspondía de ninguna manera a los justificados deseos y exigencias de los camaradas. La actividad oficial del partido se había atrofiado a un mínimo bajo la prohibición. Solo pudimos continuar llevando nuestro fichero de afiliados ocultamente y en forma muy incompleta, por lo que también la entrada de las cuotas de afiliación languidecía notablemente.

El partido iba arrastrando una existencia miserable. Carecía de los medios financieros que inevitablemente son necesarios para la labor política; no tenía dadores de dinero privados, ni hoy ni entonces, y de nuestra propia fortuna mucho menos podíamos aportar algo, ya que todos en conjunto éramos pobres y sin recursos, y las pocas sumas que a uno u otro le habían quedado a disposición ya habían sido gastadas totalmente en la primera época siguiente a la prohibición.

Entre los partidarios se hacía manifiesto un creciente descontento, que era atizado y excitado sistemáticamente por elementos provocadores. Mediante hábiles noticias alarmantes que aparecían siempre de nuevo, o mediante un trabajo corrosivo secreto, el movimiento, en parte consciente, en parte inconscientemente, era mantenido en un permanente estado de intranquilidad y nerviosidad.

Contra ello poco nos podíamos defender públicamente, pues naturalmente teníamos interés en que la vida interna del partido, que persistía aún después de la prohibición, fuese sustraída en la medida de lo posible de los ojos de la policía, ya que debíamos temer que allí donde se hiciera manifiesta en alguna forma, las autoridades procederían con rigurosas medidas coercitivas contra nosotros y el partido.

La solidaridad organizativa del movimiento descansaba, una vez más, casi exclusivamente en cada una de las unidades de la SA. El movimiento político no estaba tan firmemente articulado y unido en sí como para poder ser destinado a una tarea política prohibida. La SA, sin embargo, por lo menos en sus grupos viejos, se había

mantenido completamente intacta. Se fundaron asociaciones bajo nombres fingidos, a veces con los títulos más extraños, donde se seguía cultivando la idea nacionalsocialista y se continuaba la tarea en la medida que ello era posible bajo la presión de la prohibición.

Nacieron asociaciones de ahorros (*Zum Goldenen Sechser*⁽⁴³⁾), clubes de bolos (*Gut Holz*⁽⁴⁴⁾), asociaciones de natación (*Gut Nass*⁽⁴⁵⁾), y otras empresas similarmente fantásticas, que, en realidad, solo representaban continuaciones del movimiento nacionalsocialista injustamente prohibido por la presidencia de policía.

Por cierto que para este trabajo solo se podía recurrir a partidarios escogidos y absolutamente leales. El peligro del fisgoneo y de provocaciones organizadas estaba demasiado próximo. En cuanto nuestra labor sobrepasaba un círculo de personas determinado, estrechamente limitado, llegaba indefectiblemente a oídos de las autoridades y era respondido entonces con medidas coercitivas y chicanas. Esto significaba para todos los pesimistas y derrotistas, el tiempo de auge. Se sentían convocados a criticar y desacreditar la medida que la dirección partidaria tomaba bajo la presión de la prohibición, en lugar de llevarlas a la realización con disciplina y responsabilidad. Se sentían seguros sabiendo que el partido no tenía ninguna posibilidad de proceder contra ellos o de defenderse contra su obra corrosiva. Y, en efecto, hubimos de observar con rabia contenida este proceder desvergonzado (puesto en escena en solo pequeña parte por partidarios rebeldes y, en su mayor parte en cambio, por elementos infames a su sueldo) y postergar nuestro desquite para días mejores.

Bajo tales circunstancias nuestra iniciativa, ya esencialmente paralizada por los métodos persecutorios oficiales, descendió al mínimo. Apenas se había tomado una resolución cuando ya era deshecha y triturada por boca de malintencionados y, por lo general, el resultado no era más que una discusión estéril e infructuosa. Pero si no se hacía nada, estos sujetos declaraban maliciosamente que el partido estaba inmovilizado en su actividad y que de un movimiento nacionalsocialista en la capital del *Reich* no podía ya ni siquiera hablarse.

Der Angriff nos causaba graves preocupaciones. Tan rápidamente como superamos las primeras dificultades técnicas nos vimos enfrentados a arduos problemas financieros. Habíamos fundado el periódico sin el menor apoyo monetario. Solo el valor y la desesperación fueron sus padrinos. La joven empresa estaba así amenazada, desde sus mismos comienzos, por las más graves conmociones. Nuestras ambiciosas expectativas solo se habían realizado en pequeña medida. Después de un centelleo corto, abrupto, la simpatía pública por nuestra labor publicitaria se había apagado en todas partes, y como no era posible hacer actuar nuestro órgano más allá del círculo de nuestros propios partidarios, también los adherentes firmes pronto perdieron su interés en nuestra empresa. Se consideraba empresa vana. Se decía que la fundación no había sido preparada suficientemente, que se hubiera debido esperar con ello hasta el otoño y no exponerse en verano al peligro de ver extinguirse el periódico en la inmovilización política de *la época de los pepinos agrios*.

El contingente de abonados permanentes era lastimoso y totalmente insuficiente; en la venta callejera había escasa salida de nuestro periódico, que aparecía semanalmente los sábados. Las sumas requeridas no entraban, y hubimos de pedir prestado a nuestro impresor y tomar créditos, y eso a su vez trajo como consecuencia que el periódico perdiera categoría en su presentación exterior. El papel era malo, la impresión deficiente. *Der Angriff* daba la impresión de un diarucho que aparecía en alguna parte en oscuro anonimato y carente de toda ambición de formar alguna vez en la fila de los

grandes órganos de prensa de la capital del *Reich*.

Ya al cabo de un mes *Der Angriff*, visto objetivamente, estaba frente a la bancarrota. Únicamente el hecho que siempre de nuevo nos fue posible procurarnos a último momento, aquí y allá, pequeñas sumas de dinero, nos salvó de la quiebra franca.

Todo nuestro tiempo y trabajo estaba colmado por preocupaciones financieras. ¡Dinero y dinero y siempre de nuevo dinero! No podíamos pagar al tipógrafo. Solo en pequeñas sumas se abonaban los sueldos. Debíamos el alquiler y la cuenta de teléfono. El movimiento parecía sofocarse en la calamidad monetaria.

¡Si por lo menos nos hubiera quedado la posibilidad de realizar asambleas públicas y actuar a través de grandes oradores sobre la masa! Quizás de esta manera hubiéramos superado la amenazante crisis financiera. Pues nuestras reuniones siempre arrojaban importantes excedentes, que hasta el día de hoy eran gastados por el movimiento. Pero las reuniones eran casi siempre prohibidas, pues, donde en apariencia eran permitidas, las autoridades solo nos hacían realizar los costosos preparativos, para salir a pesar de todo, a último momento, con una repentina prohibición. Con ello no solo nos hacían perder el excedente esperado, sino también la suma de dinero que habíamos debido invertir en la preparación de la asamblea.

A veces y con frecuencia ha sido planteada públicamente la pregunta acerca de dónde el movimiento nacionalsocialista sacaba las enormes sumas de dinero que se requieren para sostener su gran aparato partidario y para la financiación de sus gigantescas campañas propagandísticas. Se han hecho conjeturas sobre las más diversas fuentes monetarias secretas. Una vez era Mussolini, otra vez el Papa, una tercera vez Francia, una cuarta vez la gran industria y una quinta vez algún conocido banquero judío quien financiaba el movimiento nacionalsocialista. Las más idiotas e insensatas elucubraciones se esgrimían para comprometer al movimiento. Los peores enemigos del partido eran mencionados como sus más generosos dadores de dinero, y un público ciegamente creyente se ha dejado engañar durante años por estos cuentos de nodriza.

Y sin embargo no hay nada más sencillo que la solución de este, solo en apariencia, tan misterioso enigma. El movimiento nacionalsocialista jamás ha recibido dinero de hombres u organizaciones que estaban fuera de sus filas o aún combatían al movimiento públicamente y eran combatidos por él. Ni tampoco tenía necesidad de ello. El movimiento nacionalsocialista es tan grande e internamente sano que puede financiarse por sus propios medios. Un partido, ayer de algunos centenares de miles, hoy cuenta con cerca de 1 millón de afiliados, y tiene en los aportes partidarios una base financiera sólida. Con ello puede mantener todo su aparato organizativo, pues está montado con economía. Y esto se sobreentiende entre nosotros. Las campañas propagandísticas que llevamos a cabo en ocasión de elecciones o grandes acciones políticas, se financian por sí mismas. Esto solo es tan incomprensible para el público porque otros partidos, con los que se nos compara, no están de ninguna manera en condiciones de cobrar entrada para la asistencia a sus reuniones. Están más que contentos de llenar sus salas a duras penas con libre acceso y hasta con entrega de cerveza gratuita. Esto proviene, por un lado, de que estos partidos tienen solo oradores deficientes, y por otro lado, de que las opiniones políticas que se defienden en sus reuniones son carentes de todo interés y poco atractivas para las grandes masas populares. Distinto sucede con el movimiento nacionalsocialista. Dispone de un cuerpo de oradores que, en verdad, debe ser calificado como el mejor y más contundente en la Alemania del presente. Estos oradores no fueron preparados por nosotros sistemáticamente para darles la formación de grandes retóricos. Surgieron del movimiento mismo. El entusiasmo interior les dio

fuerza y capacidad para actuar con arrastre sobre las masas.

El pueblo tiene una intuición respecto de si un orador político cree él mismo lo que dice. Nuestro movimiento subió de la nada, y los hombres que desde temprano se pusieron a su disposición están imbuidos de la validez y necesidad de la idea que sostienen con ciego convencimiento ante el público. Creen lo que dicen; y esta fe la traspasan con la fuerza de la palabra sobre sus oyentes.

El orador político por lo demás nunca ha sido familiar en Alemania. En tanto que las democracias occidentales, ya desde temprano, formaron y refinaron el arte del discurso político para la masa, en Alemania misma, hasta fines de la guerra, el orador político estuvo limitado casi exclusivamente en su operatividad al parlamento. La política nunca ha sido, entre nosotros, un asunto del pueblo, siempre solo incumbencia de una capa gobernante minoritaria e ilegítima.

Esto cambiará con el advenimiento del movimiento nacionalsocialista. No fue el marxismo el que politizó, en el propio sentido de la palabra, a las grandes masas. Aunque el pueblo adquirió su mayoría de edad supuestamente mediante la constitución de Weimar, se omitió sin embargo todo para dar a esta mayoría del pueblo también la necesaria posibilidad de operatividad política. El hecho que después de la guerra se omitiese crear siquiera locales de reunión donde las masas populares pudiesen ser convocadas para el esclarecimiento político, ya constituía la prueba de que los padres de la democracia no tomaban en serio la intención de educar al pueblo políticamente y, por el contrario, solo veían en la masa ganado electoral, útil para echar en las elecciones la boleta correspondiente en la urna, pero para lo demás miseria plebe que, en lo posible, debía ser mantenida alejada del verdadero accionar político. El movimiento nacionalsocialista produjo aquí, en muchos aspectos, un cambio significativo. Se dirigió en su propaganda a las masas mismas, y también consiguió, en lucha de años, poner nuevamente en movimiento la vida política totalmente rígida en Alemania. Inventó para la agitación política un lenguaje enteramente nuevo y supo popularizar la política de posguerra alemana en una medida tal, que también el pequeño hombre del pueblo podía comprenderla e interesarse por ella.

Nuestra agitación ha sido tachada muchas veces, como decíamos, de primitiva y falta de ingenio.

Pero en esta crítica acerba se partía de premisas totalmente falsas. Ciertamente la propaganda nacionalsocialista es primitiva; pero es que el pueblo también piensa primitivamente. Simplifica los problemas, los despoja deliberadamente de sus accesorios desconcertantes para adecuarlos al horizonte del pueblo. Cuando las masas se hubieron dado cuenta de que las urgentes cuestiones de actualidad eran tratadas en reuniones nacionalsocialistas en un estilo y un lenguaje que todo el mundo podía comprender, entonces también comenzó inconteniblemente la corriente de cientos de miles a nuestras reuniones. Aquí el pequeño hombre encontró esclarecimiento, estímulo, esperanza y fe. Aquí venció sobre el extravío y el caos de la época de posguerra, encontrando un sostén firme, al que podía asirse en la desesperación. Por eso estaba dispuesto a sacrificar su último centavo de hambre por ese movimiento. Solo partiendo del despertar de las masas (de ello debía convencerse con nosotros), la nación podía ser llevada al despertar.

Esta es la explicación del hecho que nuestras reuniones muy pronto demostraron un creciente incremento y que el partido, por consiguiente, no solo no necesitaba hacer gastos para ellas sino que contaba, a través de ellas, con la posibilidad de financiación más segura y duradera.

Las autoridades nos hirieron en el punto más vulnerable cuando prohibieron a los más conocidos oradores nacionalsocialistas, a su cabeza al conductor del movimiento mismo, a veces durante meses y años, toda actividad oratoria. Conocían la inmensa influencia de estos agitadores sobre las masas, no dejaban de ver con claridad que el gran entusiasmo oratorio que sostiene a estos hombres mismos también es transmitido a las masas, adquiriendo así el movimiento un impulso que no pueden suplir ninguna prensa ni ninguna organización de otra manera. Por eso también la presidencia de policía de Berlín se empeñó en primer término después de la promulgación de la prohibición, en hacer completamente imposible toda actividad agitatoria del movimiento. Y este fue el golpe más duro que podía alcanzarnos. Con ello no solo perdimos el contacto espiritual con las masas; también fue taponada nuestra fuente financiera más importante.

Por cierto probamos siempre de nuevo de exponer nuestra agitación pública de tal o cual manera subrepticia. Esto se lograba excepcionalmente, pues por lo general las autoridades descubrían nuestras tretas y nuevamente llovían las prohibiciones. La constitución juega solo un rol subordinado en la práctica policial democrática moderna. Las democracias por lo general suelen no andar con demasiados miramientos respecto de sus propias leyes escritas. El derecho de la libre expresión de opiniones siempre solo está garantizado cuando la opinión que se sustenta públicamente concuerda con la opinión del poderosísimo gobierno y de la coalición partidaria que lo respalda. Pero si alguna vez un sujeto miserable se atreve a sustentar una opinión distinta de la cultivada y reconocida como justa por las instituciones oficiales, entonces generalmente se hace caso omiso de la libertad de opinión y su lugar es ocupado por la coerción de las ideas y el amordazamiento de la palabra libre. Ciertamente el perseguido puede apelar a la constitución. Pero solo una risa sardónica será la respuesta. La constitución existe en sus derechos solo para los que la han inventado y en sus obligaciones solo para aquellos contra los cuales fue inventada.

Nuestras reuniones fueron prohibidas con las más diversas motivaciones. Hasta se prohibió a delegados del parlamento hablar ante sus lectores. No se tenía vergüenza de referirse, al respecto, a un antiguo derecho común de la época de Federico II el Grande, convocando así como cómplice a aquella Prusia que supuestamente había sido derribada definitivamente y para siempre por la revuelta del 9 de noviembre de 1918. Por lo pronto, nos faltaban posibilidades para sustituir estas salidas agitatorias por la prensa. El tipo de agitación utilizado por *Der Angriff* era demasiado nuevo como para que fuera entendido sin más por las masas. Además estaba aún en los comienzos. La estructura de esta joven empresa periodística aún estaba poco afirmada, y pretender una influencia vasta, por ahora, era completamente imposible.

Der Angriff era criticado, entonces, en mayor medida en el propio partido. Se lo encontraba demasiado áspero, demasiado radical, demasiado temerario. Su manera de proceder agresivamente era demasiado ruidosa e increpante. Hasta el momento no había conseguido conquistarse el corazón de sus lectores, y por ahora solo hablaba a los vientos.

Esto, por cierto, era un inconveniente que nos producía solo pocas preocupaciones. Ello se podía remediar con dedicación y capacidad. El problema más grande estaba motivado por otra razón que a veces llevó al partido a peligros muy serios y que comenzó a surgir esta vez, como en todas las crisis: el movimiento nacionalsocialista no tiene en Alemania, en realidad, ningún predecesor. Se conecta, es verdad, en sus demandas y contenidos doctrinarios, a tal o cual movimiento político o

cultural del pasado. Su socialismo tiene relación con el de Stöcker. En sus tendencias antisemitas se basa en los trabajos preliminares de Dühring, Lagarde y Theodor Fritsch. Sus tesis raciales y culturales están influenciadas esencial y decisivamente por los conceptos fundamentales de Houston Stewart Chamberlain.

Pero el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores no ha tomado los resultados de estos trabajos ciegamente y sin crítica ni los ha cocinado en un guisado indefinible. Han sido transformados y encuadrados en una nueva concepción, y lo esencial en este proceso de refundición es que la programática nacionalsocialista ha revertido todo este vasto ideario en una síntesis superior e integral. El genuino nacionalsocialista jamás suele hacer que ya colaborara en tal o cual movimiento de la época de preguerra que tiene un remoto parecido con nuestro actual partido. El nacionalsocialista es un tipo político absolutamente moderno; y también se siente como tal. Su estilo está determinado en lo primordial por las grandes explosiones revolucionarias de la época de guerra y preguerra.

Por cierto vagan aún en las filas del partido algunos tipos *deutschvölkisch*,⁽⁴⁶⁾ que creen ser los verdaderos padres nutricios de todo el ideario nacionalsocialista. Algún campo especial de nuestro gran mundo de pensamientos es su *hobby*, y creen que el partido está solo para aplicar toda su fuerza y tarea agitadora para éste su *hobby*.

Mientras el partido es reclamado por grandes objetivos políticos, estas aspiraciones son completamente inofensivas para su desarrollo. Recién se hacen peligrosas cuando el partido soporta crisis por prohibiciones y dificultades internas. Entonces se abre para estos especialistas interesados *exclusivamente* en el problema antisemita o racial, un libre campo de actividad.

Tratan adrede de incautarse de la labor partidaria para su especialidad, a veces extraordinariamente divertida. Exigen de los dirigentes del partido que concentren toda la fuerza de la organización en sus *hobbies*, y si éstos declinan hacerlo, así como antes eran nuestros adeptos más entusiastas, generalmente se transforman en nuestros adversarios más furiosos y se desatan en ataques ciegos e incontrolados contra el partido y su actuación pública.

Ni bien había caído sobre nosotros la prohibición policial y quedado paralizada la actividad oficial del movimiento, estos apóstoles peregrinos aparecieron por bandadas. El uno abogaba por la reforma de la lengua alemana, el otro pensaba haber encontrado en la bioquímica u homeopatía la piedra de la sabiduría, un tercero veía en el conde antisemita Pückler, el salvador del siglo XX. Un cuarto había inventado una nueva teoría monetaria que cambiaría la faz del mundo, un quinto había descubierto la relación entre nacionalsocialismo y desintegración del átomo. Todos estos objetivos especiales eran luego puestos en alguna forma en relación con el partido y sus aspiraciones. Los especialistas confundían sus grotescos *hobbies* con nacionalsocialismo y exigían que el partido aceptara sus demandas, casi siempre atrevidas y arrogantes, si no quería de otra manera perder y desperdiciar toda su misión histórica.

Contra esto solo vale una aurea desconsideración. Nunca hemos permitido que tales extravagancias ingenuas prendieran en nuestro movimiento, y a más de un benefactor de la comunidad nacional que se asomaba, generalmente en sandalias y con mochila y camisa de cazador, le hemos señalado la puerta con ironía y risa.

La presidencia de policía aparentemente no tenía deseos de hacer decidir la cuestión de la prohibición ante un juzgado ordinario. Con todo, en Moabit fui interrogado frecuentemente en el asunto del cura borracho Sucke; pero para un proceso no alcanzaba

ni el material ni, aparentemente, el coraje de las autoridades responsables.

A pesar de ello siguió prohibido el partido. Toda nuestra gritería de protesta era inútil. La prensa *nacional* también continuó ahora sustrayéndose a nuestros justificados reclamos de amparo y ayuda. Posiblemente en secreto estaba contenta de que se hallaba trabado en su actividad un molesto competidor en la capital del *Reich*, quedando de esta manera mantenida también en adelante la tradicionalmente acreditada tranquilidad y orden burgueses. Nuestra administración en la calle Lützow era entonces algo así como una *central de conjurados*. Una labor metódica se hizo aquí más y más imposible. Casi no pasaba semana que no se practicara un allanamiento. Abajo en la calle pululaban los fisgones y provocadores. Nuestras actas y ficheros estaban guardados en alguna parte en domicilios particulares. En la puerta habíamos pegado grandes carteles en los que se podía leer que aquí se encontraba la oficina de diputados nacionalsocialista; esto, sin embargo, jamás era impedimento para la policía de registrar estos locales a voluntad y para estorbar y detener nuestra labor en todo sentido.

Acometíamos contra una pared de papilla. El adversario ni siquiera se presentaba ya al combate.

Donde tratábamos de atacarlo, evitaba el encuentro. Se había retirado a la seguridad de la táctica de silenciamiento, y ni la más refinada agitación lograba hacerlo salir de su emboscada. No se hablaba ya de nosotros. El nacionalsocialismo era tabú en Berlín. Deliberadamente la prensa evitaba mencionar siquiera nuestros nombres. También de los diarios judíos desaparecieron, como por orden secreta, los artículos difamatorios contra nosotros. Se había avanzado demasiado y se trataba ahora, mediante un silencio solícito, de hacer olvidar la gritería excesivamente fuerte de los pasados meses.

Esto era para nosotros más difícil de soportar que el ataque abierto y brutal. Porque de esta manera estábamos condenados total y completamente a la ineficacia. El enemigo se mantenía oculto en la cobarde emboscada y procuraba, mediante el silencio depreciativo, aniquilarnos en toda la línea.

El nacionalsocialismo debía ser solo un episodio en la capital del *Reich*. Se quería ponerlo poco a poco sobre hielo mediante la táctica del silencio, para poder volver a comienzos de otoño sobre él al ataque.

En Moabit se presentaban diariamente ante los jueces hombres de la SA nacionalsocialista. El uno había llevado una camisa parda prohibida; el segundo amenazado la tranquilidad y seguridad públicas por exhibir un emblema partidario; el tercero propinado una cachetada a un judío descarado y arrogante del Kurfürstendamm. Tratando de no llamar la atención, esto era sancionado con las penas draconianas más severas. Seis meses era el mínimo a que nuestros hombres de la SA eran condenados por bagatelas irrisorias. La prensa ni registraba ya esto. Poco a poco esto había llegado a ser natural. Que las gacetas judías trabajaban conforme a un plan de campaña determinado y diseñado tiempo atrás, era para nosotros explicable. El objetivo de este plan de campaña era: congelación del nacionalsocialismo, entierro mudo, obligación de callar para sus dirigentes y oradores. La prensa burguesa prestaba servicios auxiliares en este vergonzoso oficio. Estaba entonces en sus manos socorrer y liberar al movimiento nacionalsocialista en Berlín. Con ello no necesitaba hacernos un favor, sino solo dar la palabra a la causa justa. Tenía el deber de exigir por lo menos, estando prohibido el movimiento nacionalsocialista, que también se prohibiera el partido comunista. Pues el partido comunista tenía (suponiendo que lo que se nos imputaba correspondía realmente a los hechos) una cuenta de homicidios

incomparablemente mayor que nosotros. Pero tampoco los órganos burgueses osaban tratar duramente al partido comunista porque los comunistas eran los hijos políticos de la socialdemocracia, porque se sabía que si se lo atacaba todo Judá respondía el uno del otro y se estaba ante un frente único desde Ullstein y Mosse hasta la Casa de Karl Liebknecht.

En ese entonces, en nuestra desesperación y ante la decadencia aparentemente inevitable de nuestra organización berlinesa, hemos aprendido de una vez por todas a no cifrar la menor esperanza en la burguesía política. La burguesía política es cobarde. Le falta el coraje de las decisiones, carácter y valor civil. En la prensa burguesa es la moda aullar con los lobos, y ninguno posee la osadía de aullar alguna vez contra los lobos. Perseguir al nacionalsocialismo era sencillamente fácil. La *Journaille* judía lo había clasificado como de segunda clase. Para círculos intelectuales pasaba por falta de espíritu y cultura, vulgar y cargoso, y ninguna persona decente quería tener algo que ver con él. Esta era la ley no escrita para la opinión pública. El filisteo instruido, temeroso de poder ser considerado retrasado y pasado de moda, se unía al coro de los perseguidores. El movimiento estaba cercado desde todos los lados. Cansados, enfermos e insensibles observábamos el curso fatal de las cosas. El partido se nos había escurrido de entre las manos; el intento de levantarlo una vez más, mediante un órgano de combate temerario y agresivo, fracasado en toda la línea. Parecía ser cosa decidida que en la capital del *Reich* no habríamos de levantarnos.

Con frecuencia perdíamos entonces durante horas la fe en nuestro futuro. Y a pesar de ello seguimos trabajando. No por entusiasmo, sino por odio desesperado. No queríamos dar a nuestros adversarios el triunfo de vernos de rodillas. En medio de una decadencia que parecía incontenible, hallábamos siempre de nuevo el valor de perseverar y seguir luchando.

En una que otra oportunidad el destino se nos mostraba benevolente. Un día terminó el tiempo de arresto de nuestro redactor jefe. Desarrapado e imperturbable volvió a Moabit y de inmediato se puso, silenciosa y resueltamente a trabajar. *Der Angriff* tenía así un centro periodístico. El trabajo fue comenzado de nuevo y con renovadas fuerzas.

A través de las oscuras nubes que pesaban amenazantes y fatales sobre nosotros pasó por primera vez un fugaz resplandor. Ya volvíamos a esperar de nuevo, ya forjábamos nuevos planos. Las preocupaciones quedaron detrás de nosotros y llenos de coraje avanzamos. No queríamos capitular. Teníamos la firme convicción: ¡alguna vez el destino no negará a aquel que permanece erguido en medio de la tormenta, ante el apremio y el peligro, su bendición y su favor!

Núremberg, 1927

Los congresos partidarios siempre han jugado un rol fundamental en la historia del movimiento nacionalsocialista. Eran por así decirlo, estaciones en el gran desarrollo agitatorio del partido. Allí se rendía cuenta del trabajo cumplido y se sentaba en direcciones políticas directrices, la línea táctica de la lucha futura.

El congreso partidario de 1923 influyó esencialmente las decisiones críticas del movimiento en ese año de rebato y pugna.⁽⁴⁷⁾ En noviembre de 1923, el partido se aprontó a dar los últimos golpes, y cuando éstos hubieron fracasado, todo el movimiento cayó bajo una prohibición oficial en toda Alemania. Los dirigentes del partido marcharon a la fortaleza o a la cárcel, el aparato de la organización fue deshecho, la libertad de prensa suspendida, y los adictos del partido se desparramaron a todos los

vientos.

Cuando Adolf Hitler fue devuelto a la libertad en diciembre del año 1924, inmediatamente comenzó los preparativos para la nueva fundación del partido, y en febrero de 1925 el viejo movimiento nació de nuevo. Adolf Hitler pronosticó entonces con don profético que posiblemente serían necesario cinco años para organizar nuevamente el movimiento de modo que pudiera interferir decisivamente en el desarrollo político. Estos cinco años estuvieron colmados de trabajo sin descanso, de ímpetu combativo y propaganda revolucionaria masiva. En verdad, el movimiento hubo de realizar otra vez un laborioso ascenso a partir de su nueva fundación, y esto pareció tanto más difícil cuanto que alguna vez había tenido gran importancia política y fue luego repentinamente arrojado a la nada. La organización recién estaba (de nuevo) en sus primeros comienzos. En la mayoría de las provincias trabajaba aún bajo presión de las autoridades, en parte hasta bajo prohibiciones aún no levantadas. Las masas de partidarios aún no habían vuelto a agruparse en un bloque firme; la dirección partidaria se vio por consiguiente forzada a prescindir de un congreso partidario, intensificando en cambio la labor agitatoria del partido con todas las fuerzas.

En el año 1926, el movimiento había superado victoriosamente las primeras dificultades iniciales, instalando nuevamente en todas las comarcas y ciudades mayores, sus puntos de apoyo firmes. En el verano de 1926 convocó de nuevo a su primer gran congreso partidario luego del derrumbe de 1923. Tuvo lugar en Weimar y significó para nuestras condiciones de fuerza de ese entonces, ya un éxito inesperado. El trabajo se retomó inmediatamente después con todo vigor. El partido comenzaba a romper poco a poco las trabas del anonimato e irrumpió ahora como factor político decisivo en la vida pública.

En el año 1927 se pudo proceder a organizar el congreso partidario de modo más amplio. Como lugar de sesión se escogió Núremberg, dirigiéndose a todo el movimiento la convocatoria de dar un testimonio elocuente de unidad y disciplina, de la fuerza y vigor inquebrantables del partido resurgido.

Los congresos partidarios del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores se diferencian esencialmente de los congresos partidarios de otros partidos. Estos son concebidos, conforme al carácter parlamentario-democrático de sus organizadores, simplemente como una oportunidad de discusión barata. Se reúnen allí los representantes del partido de todas las regiones del país para deliberaciones generalmente muy platónicas. La política del partido se somete a una investigación crítica, y la cristalización de estos debates encuentra luego por lo general su expresión acorde al momento en ejercicios estilísticos pomposos: las llamadas resoluciones. Estas generalmente carecen de todo valor histórico. Están calculadas para el público. Con frecuencia solo se busca remendar artificialmente los antagonismos latentes que han surgido en el partido, y nadie siente esto más dolorosa y penosamente que los que a lo largo de todo un año han trabajado fiel e imperturbablemente para el partido en el país.

Por lo general los delegados partidarios abandonan sus congresos partidarios solo con el corazón apesadumbrado. Allí recién han tomado plena conciencia de las grietas en el organismo partidario. Se han calentado las cabezas en discusiones estériles, dando al público el espectáculo lamentable de hermanos de convicción vacilantes y en litigio.

El resultado de las tareas de los congresos partidarios es generalmente, desde el punto de vista político, equivalente a cero. La ulterior política del partido apenas es influenciada por los congresos partidarios. Los grandes bonetes partidarios no hacen más que conseguirse, mediante manifestaciones de confianza artificial, un aval para el

año venidero, y continúan luego la vieja política con los viejos medios en las viejas formas. Las resoluciones tomadas solo deben ser en su forma vigorosas y con alardes de fuerza, para echar arena en los ojos del conjunto de partidarios descontentos y mantenerlos también en lo sucesivo firmes en el palenque del partido.

Nuestros congresos partidarios están colmados de un espíritu bien distinto. A ellos concurren no solo los delegados y lo que actúan en cargos principales del partido. Son revistas generales sobre toda la organización. Todo afiliado, y principalmente todo hombre de la SA, considera un honor especial estar presente personalmente en los congresos partidarios y colaborar con la masa de los afiliados que han concurrido. El congreso partidario no ofrece la oportunidad para discusiones estériles. Por el contrario, debe dar al público una imagen de la unidad, cohesión y fuerza combativa inquebrantable del partido y hacer manifiesta ante los ojos de todos la unión interna entre conducción y partidarios. En los congresos partidarios el afiliado ha de recoger nuevo valor y nueva fuerza. El compás uniforme del paso de marcha de los batallones de la SA, al igual que la formulación enérgica y falta de compromisos de las decisiones tomadas, han de elevarlo y fortalecerlo. Del congreso partidario ha de retornar a su vieja tarea como nacido de nuevo.

El congreso partidario de Weimar del año 1926 había dado a los dirigentes, miembros y hombres de la SA allí reunidos aquella enorme reserva de energía con que pudieron porfiar hasta vencer en las severas luchas políticas hasta agosto de 1927. Un reflejo de este enorme despliegue de fuerza fue incorporado al trabajo de todo un año. Ahora el congreso partidario de Núremberg debía dar la prueba en el año 1927 de que el partido, lejos de haberse retirado de sus posiciones de poder, por el contrario, había coronado su trabajo con la victoria y el éxito en todo el territorio del *Reich*, y que ahora, superando todos los inconvenientes en su organización, podía mostrar a Alemania entera la imagen indestructible de nueva fuerza y vigor políticos.

Sobre todo, aquellas partes del país donde el movimiento había sido combatido y aterrorizado durante años tenían un derecho natural a que el congreso partidario manifestara la unidad y la cohesión global, y no tal vez que se desintegrara en discordia interna sobre el programa y la táctica.

El cuerpo de partidarios de Berlín esperaba del congreso partidario de Núremberg algo más que una mera reunión de afiliados. Había debido superar en el año transcurrido los más duros combates. Había salido de estos combates fortalecido y madurado, y ahora se le presentaba la oportunidad, fuera de la presión de las autoridades y sin trabas políticas, de exponer la unidad no quebrantada de la organización berlinesa ante el movimiento de todo el *Reich*.

Los preparativos para este congreso insumieron meses. Cuanto más fuerte se hacía la presión desde afuera, tanto más alto crecía la alegría y expectativa con que se esperaba este encuentro masivo. El partidario berlinés y el hombre de la SA quería extraer de allí nueva vitalidad para el ulterior combate. Quería embriagarse en los desfiles masivos, donde la organización de todo el *Reich*, del este, y del oeste, el sur y el norte, se daba cita.

Ya semanas antes del congreso de Núremberg, unos 50 hombres de la SA sin trabajo, emprendieron una marcha a pie desde Berlín a Núremberg. Fuera de los límites de la capital volvieron a vestirse el viejo y querido uniforme, y marcharon al mismo paso los muchos cientos de kilómetros hacia la meta de sus deseos.

Al pequeño burgués le podrá parecer incomprensible que fuera posible, a pesar de la prohibición del partido, formar tres trenes especiales de Berlín a Núremberg y ocultar

a los ojos de las autoridades hasta último momento este éxodo masivo. Y sin embargo fue posible.

El sábado anterior al congreso partidario, que en cierto modo representaba el preludeo del gran encuentro nacionalsocialista, ya estaba visto que este encuentro sería un éxito enorme para todo el movimiento. Más de cuarenta trenes especiales de todas las regiones del *Reich* llegaron en la mañana a la estación principal de Núremberg. A ello se agregaba una infinidad de participantes que afluían a pie y en bicicleta, en grupos de marcha y sobre camiones a la vieja ciudad del *Reich*.

“*¡El movimiento nacionalsocialista está muerto!*” Así habían proclamado jubilosos sus enemigos durante dos años; y ahora resultaba todo lo contrario. El movimiento no solo no se había derrumbado bajo los golpes de maza de persecuciones oficiales, sino que los había superado victoriosamente y se erguía hoy más inquebrantable que nunca.

Ya el nombre de Núremberg estaba rodeado para la mayoría de los partidarios de un hechizo sin igual. Significaba para ellos lo alemán por antonomasia. Bajo los muros de esta ciudad fueron realizadas hazañas culturales de rango histórico universal. Cuando se hablaba de Núremberg, entonces se quería decir la mejor tradición alemana que, preñada de futuro, señala hacia adelante.

En esta ciudad ya una vez los hombres alemanes habían desfilado en tiempos difíciles, por docenas de miles, saludados jubilosamente por patriotas alemanes, que creían que el nuevo *Reich* había resurgido. Lo que se manifestó entonces con tanta potencia y arrastre en la época más crítica de la política de posguerra se hundió, porque aún no estaba ensamblado y plasmado hasta lo último, porque una gran herencia fue administrada, en aciagos meses consecutivos al derrumbe del partido, por hombres que no se mostraron a la altura de esta misión.

Ahora la Alemania nacional miraba una vez más hacia Núremberg, donde las camisas pardas nacionalsocialistas desfilaban por docenas de miles para protestar contra la política tributaria y por un nuevo Estado. Fe y esperanza de muchos centenares de miles acompañaba la marcha triunfal de estos jóvenes activistas, que en dos años de lucha encarnizada habían demostrado que la idea nacionalsocialista y su organización política no podían ser conmovidas con ningún medio, ni aún con el terror.

El 9 de noviembre de 1923, la primera obra se había derrumbado. Había cumplido su misión histórica y, por de pronto, hubo de hacer lugar al caos. Tras tiempos del más profundo derrumbe, comenzó en febrero de 1925 la reconstrucción del movimiento, y ahora se mostraría, por primera vez en una convocatoria masiva, que la situación del partido de 1923 ya estaba ampliamente superada y que el movimiento marchaba nuevamente a la cabeza de la Alemania nacional-revolucionaria.

La nación miraba llena de fe y confianza este desfile masivo nacionalsocialista. Cada hombre de la SA sentía que, con sus camaradas en marcha, formaba (una vez más) la punta de bronce de la lanza de combate, y que esto se lo debía solamente a su valentía, a su arrojo y a su perseverancia tenaz. Con orgullo y elevación interior llegaba al congreso. Había asido la bandera que caía y la había llevado adelante en la noche y la oscuridad. El estandarte estaba firme. En todas, en todas partes, en cada ciudad, en cada pueblo, se conocía la bandera luminosa del levantamiento popular nacionalsocialista, y en donde no se quería a aprender a amar al movimiento, al menos se había aprendido a odiarlo y temerlo.

De las fábricas venían, de minas y oficinas, del arado y de la rastra, y en medio de ellos estaba el conductor del movimiento. A él se debía que la política del partido no se había desviado ni un centímetro del curso recto. Era el garante de que también en

el futuro continuaría siendo así.

Hoy uno no era escribiente y el otro proletario, éste no era peón de campo y aquel pequeño empleado. Hoy eran todos los últimos alemanes que no querían desesperar del futuro de la nación. Ellos eran los portadores del futuro, los garantes de que Alemania no estaba destinada a la desaparición, sino a la libertad. Ellos habían llegado a ser el símbolo de un nuevo credo para centenares de miles y de millones. Si ellos no eran, eso lo sabían todos, entonces Alemania debía desaparecer. Y así levantaron en alto los estandartes y los corazones, así hicieron resonar atronadoramente el ritmo de sus pasos en masa, contra los muros de la antigua ciudad del *Reich*.

¡La joven Alemania se alzaba y reclamaba sus derechos! Las banderas se agitaban sobre la ciudad; incontables habían sangrado bajo estas banderas, incontables habían sido arrojados por ellas a las cárceles, y más de uno había caído bajo ellas.

Esto no lo olvidarían; esto no lo olvidarían sobre todo hoy, cuando las banderas eran llevadas bajo un sol resplandeciente y aclamadas jubilosamente por decenas de miles por las calles de la ciudad.

Der Angriff apareció en ocasión del congreso partidario de Núremberg por primera vez en un número especial. En la primera página, una representación gráfica arrebatadora: un poderoso puño engrillado rompe las cadenas esclavizadoras y alza impetuosamente una bandera flameante. Debajo, con lacónica brevedad, solo las palabras: “*¡A pesar de la prohibición no estamos muertos!*”

Esto era lo que todo partidario y hombre de la SA berlinés sentía oscura y sordamente: el partido había superado victoriosamente todas las crisis y los golpes aniquiladores. Había desafiado en porfía temeraria y valerosa una prohibición insensata, puramente material, y desfilaba ahora para mostrar al público que, si bien se lo pudo prohibir, no se lo pudo destruir.

Las deliberaciones especiales comenzaron ya el viernes por la tarde. Los participantes del congreso sesionaban en grupos especiales, que como tales ya representaban aleccionadores intentos reformativos de futuros consejos profesionales.⁽⁴⁸⁾ Las deliberaciones, tal como esto se sobreentendía en el partido, estaban caracterizadas por la seriedad moral y un profundo sentido de responsabilidad. Los puntos que estaban en debate fueron resueltos (y esto no es una contradicción en sí) casi sin debates, ya que prácticamente sobre todos los problemas había unanimidad entre los delegados. No se hablaba, se hacía y se tomaban decisiones firmes.

Resumiendo las opiniones, los encargados de las ponencias de cada grupo formulaban sus propuestas, que eran trasladadas al congreso que se inauguraría al día siguiente. No se hacían votaciones. Hubieran sido bastante inútiles, ya que siempre habrían presentado el mismo cuadro de unanimidad y unidad.

Afuera ya redoblaban los tambores. Los primeros trenes especiales de camisas pardas entraban.

El sábado apareció envuelto en neblina y castigado por una persistente garúa. Ya temprano por la mañana, al pisar la ciudad, Núremberg ofrecía un cuadro totalmente nuevo. Llegaba un tren especial tras otro. Camisas pardas y más camisas pardas desfilaban, en largas columnas, a través de la ciudad hacia sus alojamientos. Tambores batientes en las calles, que ya estaban engalanadas de banderas.

Hacia el mediodía fue inaugurado el congreso. La hermosa sala de la asociación cultural estaba totalmente colmada por jubilosos y ardientes visitantes. Una puerta de dos hojas se abrió de golpe y, bajo el júbilo infinito de los presentes, Adolf Hitler, con el grupo más restringido de dirigentes, entró en la sala.

En ponencias sintéticas e integrales, la política del movimiento se asienta en forma inequívoca y sin compromisos. El congreso se prolonga hasta las siete de la tarde, y luego Núremberg se vio dominada completamente por el movimiento nacionalsocialista que desfilaba en masa. Cerca de las diez de la noche, ante el Patio Alemán ⁽⁴⁹⁾ las interminables filas de la gente de la SA desfilan ante el *Führer*. Cada cual toma conciencia de que con este partido está erigido un bloque de granito en medio del mar embravecido del derrumbe alemán.

Y luego amanece el magno día. Aún cubre la niebla la ciudad cuando a la mañana, a las ocho, la SA nacionalsocialista se congrega para la gran convocatoria masiva de Luitpoldhain. Columna tras columna, las divisiones pardas se constituyen con disciplina ejemplar, hasta que después de una hora las amplias terrazas están colmadas de huestes apretadas.

Cuando Hitler aparece bajo el júbilo interminable de sus fieles, el sol irrumpe de entre las nubes oscuras. En un acto emocionante tiene lugar la entrega de los nuevos estandartes.

Los antiguos colores cayeron, la bandera del antiguo *Reich* fue pisoteada en el lodo. Nosotros damos a nuestra fe el nuevo símbolo.

¡Marcha de partida! En gran extensión, las calles están apiñadas de miles y miles. ¡Flores, flores, flores! Cada hombre de la SA está adornado como un guerrero victorioso, que vuelve de la batalla a la patria.

En el mercado principal se realiza el desfile ante una muchedumbre inabarcable. ¡Sin fin, sin fin, por horas! Escuadras pardas siempre nuevas suben marchando y saludan a su *Führer*.

El resplandor del sol se extiende sobre todo, y siempre de nuevo y de nuevo, flores.

¡La joven Alemania marcha!

La aguerrida SA berlinesa, al frente. Júbilo y flores se derraman sobre ella. Aquí por primera vez, es para ella el latido del corazón del pueblo alemán. Entremezclados, marchan a pie proletarios alemanes de Berlín, que en el *Reich* de una prometida belleza y dignidad no encontraron ni trabajo ni pan, y que en un día de júbilo emprendieron la caminata a Núremberg, la mochila repleta de volantes, diarios y libros. Cada día, bajo la lluvia o un sol de fuego, marcharon 25 kilómetros, y cuando de noche llegaban al hospedaje no conocían descanso ni tregua hasta altas horas de la noche, para hacer propaganda por su idea política.

En las grandes ciudades se les escupía y golpeaba. ¡No importa! Batiéndose se abrieron camino y llegaron antes de tiempo a Núremberg.

Ahora marchan con sus camaradas. De la organización prohibida en Berlín se reunieron 700 hombres de la SA que, a pie, en bicicletas, sobre camiones y en trenes especiales, buscaron el camino a Núremberg. Durante meses se habían sacado el pan de la boca y renunciaron a la cerveza y al tabaco. Más de uno, en verdad, pasando hambre reunió el dinero para el viaje. Perdieron dos días de jornal, y el precio para el tren especial solamente, era de 25 marcos. Más de uno de esos 700 ganaba en la semana 20 marcos.

Pero aún éste pudo juntar su dinero para el viaje, y el sábado por la mañana también él había descendido con el corazón palpitante al lado de sus camaradas de los vagones que rodaban desde Berlín a Núremberg y por la noche desfiló con los cientos de miles ante el *Führer*, agitó en alto su antorcha ardiente y saludó. Sus ojos repentinamente comienzan a brillar. No sabe si puede creer que todo esto es real. En casa solo se le ha escupido y echados improprios, derribado a golpes y arrojado a la cárcel. Y ahora las

calles están bordeadas por miles y miles de personas, que lo saludan y gritan “*Heil!*”⁽⁵⁰⁾

Sobre la vieja ciudad del *Reich* se aboveda un cielo profundo, azul; el aire está claro como el vidrio, y el sol ríe como si jamás hubiera visto un día igual. Y ahora resuenan estridentes los clarines. Columnas en marcha. ¡Sin fin, sin fin! Se está tentado de pensar que esto ha de seguir siempre así.

Y junto a la calle esperan negros muros humanos. Ninguno grita “¡*Qué asco!*” ¡Qué esperanza! Todos ellos hacen señales con las manos, y ríen y gritan jubilosos, como si las decenas de miles de camaradas volvieran de una batalla victoriosa; y arrojan flores y siempre de nuevo flores.

Los 700 marchan a la cabeza. Porque durante un año sostuvieron el combate más difícil, por eso ahora de los colma de flores. Las ponen en el cinturón. Cada vez le arrojan más flores. Las gorras pronto son ramilletes floridos, y las muchachas ríen y agitan sus manos. ¡En casa se les escupe!



“*Hermano, ¿a quién persigues?*”

Y ahora desfilan delante del *Führer*. Miles, decenas de miles gritan “*Heil!*” Apenas lo oyen. Arrancan las flores de los cinturones y las arrojan a la muchedumbre jubilosa.

Desfile. Las piernas vuelan, mientras la música hace sonar con brío la marcha de desfile de los *Lange Kerls*.⁽⁵¹⁾

Y luego viene la noche, cansada y pesada. Comienza a llover. En una manifestación final arrebatadora del congreso de delegados, se evidencia una vez más la fuerza revolucionaria concentrada en el movimiento. Las calles afuera están colmadas de hombres y mujeres jubilosos y entusiasmados. Es como si el nuevo *Reich* ya hubiera nacido.

Sonido de tambores y pífanos. Un entusiasmo como solo es capaz de producirlo el corazón incorrupto de una juventud alemana llena de anhelos. En siete asambleas en masa hablan por la noche los grandes oradores del partido, ante decenas de miles de personas.

Cae la noche. Un día magno, bendito, llega a su fin. Habría de ser para todos los que participaron en él, una fuente de fortaleza durante todo un año. De trabajo, preocupación

y lucha.

¡Y ahora ajustad mejor el casco!

La SA berlinesa abandonó en sus trenes especiales, a altas horas de la noche, la vieja ciudad del *Reich*. Delante de Berlín, empero, la esperaba una sorpresa con la que nadie había soñado. Los trenes son detenidos repentinamente en Teltow, toda la estación está ocupada por policías de seguridad y agentes de la policía secreta. Para mayor preocupación se hace registro de armas, y luego se realiza efectivamente el más insensato de todos los experimentos, pues a 700 nacionalsocialistas que solamente habían viajado en completa paz a un congreso partidario en Núremberg se los arresta en el lugar, remitiéndolos en camiones aprontados a la presidencia de policía berlinesa.

Esto fue una jugada genial de la Plaza Alexander. Era entonces la primera vez que se realizaba una detención masiva en este estilo, y por cierto provocó gran sensación en vastos círculos del interior y del exterior. Bajo la escolta de carabinas y cachiporras, 700 personas son detenidas masivamente sin culpa y entregadas a la policía.

Pero esto no era lo peor. Más provocador e indignante era el modo y forma en que se realizó esta detención. Se sabía que el *Führer* del partido había entregado en forma solemne a la SA berlinesa, en Núremberg, dos nuevos estandartes. Se suponía seguramente que estos dos estandartes, junto con todas las otras banderas coronadas de gloria y victoria de la SA, serían llevadas en el grupo, y no se tuvo empacho en hacer que la policía se incautase de estos símbolos de combate del movimiento.

Un hombre joven de la SA supo a último momento que hacer, desesperado. Corta la tela de su bandera y la esconde debajo de su camisa parda.

“¿Qué es lo que tiene ahí debajo de su camisa? ¡Ábrala!” El chico palidece. Una mano sucia abre de un tirón la tela de la camisa; y ahora el niño empieza a arder. Grita y araña, y escupe y echa pestes. Con ocho hombres se logra dominarlo. La tela de su amada bandera se le arranca en jirones del pecho.

¿Es esto un hecho heroico, y hace honor a la policía de un Estado de orden?



“A quien Dios da un cargo...”
(proverbio popular)

Al chico se le llenan los ojos de lágrimas. Súbitamente se yergue alto y derecho entre sus camaradas y comienza a cantar. Su camarada de al lado agrega su voz, y luego más y más, hasta que cantan todos. Esto ya no es un transporte de prisioneros que allí, en treinta, cuarenta camiones, es llevado a través de las calles de Berlín que en ese momento despierta de su sueño: ¡es una columna de jóvenes héroes!

“*¡Deutschland, Deutschland über alles...!*” ⁽⁵²⁾ así suena vibrante, en coro de masa, durante todo el trayecto desde los camiones. Sorprendido, se frota los ojos el pequeño burgués. Se había pensado, pues, que el movimiento nacionalsocialista estaba muerto. Se creía, pues, que la prohibición, las vejaciones y la prisión le habían dado el resto. Ahora se alza nuevamente vigoroso y pujante, y ninguna chicana pudo frenar su ascensión.

Las 700 personas están de pie hacinadas en un gran *hall* como prisioneros. Son llamados individualmente para comparecer ante el funcionario interrogador. Se paran altaneros y descarados ante él, y responden a todo pregunta, firme e imperturbablemente, con regularidad estereotipada: “*Rehusó la información.*” Todo ello sobre el fondo del canto de los camaradas: “*¡Aún no está perdida la libertad!*”

Con estos hombres de la SA se podía marchar contra el diablo. Habían envuelto sus corazones con las banderas prohibidas. Allí descansaban bien guardadas, y no estaba lejano el día en que se levantarían nuevamente en luminosa pureza. Los 700 reclutados forzosos, naturalmente, hubieron de ser dejados en libertad muy pronto sin dificultades. No eran culpables de ningún hecho delictivo. Pero, por supuesto, no se trataba de esto.

La policía solo quiso mostrar otra vez a sus adversarios supuestamente vencidos el poder oficial. Quiso demostrar que tenía el poder. A la mañana siguiente, cuando los 700 volvieron al trabajo, más de uno encontró su lugar ya ocupado por otro.

El proletario volvió a su máquina y vio que ya había sido relegado por un colega. ¡Es que se echa con tanta facilidad a la calle en esta democracia de la libertad y de la fraternidad! El empleado llegó a su casa y encontró sobre su mesa el anuncio de un sumario. ¡Es que se le había garantizado oficialmente la libertad de opinión, cuando la reacción fue derribada y se fundó el Estado más libre del mundo!

La acción de la policía política berlinesa en Teltow, que consistió en una detención aparentemente insensata de los nacionalsocialistas que regresaban del congreso partidario de Núremberg, resultó, según nos enteramos más tarde, no sin éxito en el sentido de sus autores. De acuerdo con las investigaciones del partido, de los detenidos, que por los interrogatorios policiales perdieron un día de trabajo, en total 74 trabajadores fueron despedidos, perdiendo el puesto y el pan.

Entre los castigadores disciplinariamente se encontraba una serie de empleados superiores, medios e inferiores, y el grueso estaba representado por trabajadores manuales de los más diversos oficios.

Con este resultado podía uno dejarse ver. Se podía tener el sentimiento de satisfacción de que a personas contra las que no se podía proceder con los artículos de las leyes, al menos se las habían perjudicado materialmente en su profesión. Y esto era, al fin de cuentas, si bien una venganza barata, no por eso menos eficaz.

Der Angriff dio el contragolpe a su manera. Trajo en el próximo número una caricatura, en la cual el vicepresidente de policía berlinés, el Dr. Bernhard Weiß, podía verse en una situación inimitablemente grotesca. Estaba parado ahí, unos grandes anteojos de carey negros sobre el ancho dorso de la nariz, las manos cruzadas atrás, mirando sorprendido a un hombre de la SA que con la gorra parda adornada de flores en

la nuca, se le enfrenta con una ancha sonrisa burlona y le presenta un *embudo de Núremberg*. El título rezaba: “*A quien Dios da un cargo...*” Y debajo se podía leer: “*Le hemos traído algo hermoso de Núremberg al querido Bernardo.*”

*Presidencia de policía.
Sección IV*

Al ayudante en lo criminal, el señor Kurt Krischer:

“De su participación con el así llamado traje hitleriano, en la excursión a Núremberg de la prohibida organización berlinesa del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores y además de que se le han encontrado diversos ejemplares de la revista Der Angriff y de las solicitudes de admisión del partido, deduzco que usted continúa trabajando para la organización prohibida. Esta actividad es incompatible con su posición de servidor del Estado. Por ello me veo obligado a denunciar sin aviso la relación de servicio, determinando que al 31 del corriente mes queda despedido.”

*Berlín, 30 de agosto de 1927.
Firmado: Zörgiebel.*

Este era el sentido, y éste era el método. Las preocupaciones y penurias sobrevinieron nuevamente en el movimiento. Muchos de sus miembros pagaron su participación en el viaje a Núremberg con hambre, miseria y desempleo. Pero esto también tenía su lado favorable. En las filas de los partidarios la furia e indignación creció hasta el paroxismo. Pero esta vez no se desahogó en acciones terroristas insensatas. Por el contrario, fue canalizada en trabajo y en éxito. El gran ímpetu que había sacudido la manifestación masiva nacionalsocialista de Núremberg fue incorporado a la preocupación gris del día común. ¿Qué nos importaba ahora las prohibiciones de hablar, las dificultades financieras y la disolución del partido? La organización berlinesa había mostrado al movimiento del *Reich* que perseveraba en la lucha. Pero todo el movimiento también había mostrado a la sección berlinesa que en el *Reich* se estaba firme en la trinchera y que no luchábamos en una posición perdida, sino que, por el contrario, nuestra lucha tenía sus repercusiones para todo el movimiento nacionalsocialista. Todo el partido estaba detrás de la organización berlinesa y seguía con corazón ardiente la ulterior continuación del combate.

El congreso partidario comenzaba a mostrar sus efectos en nuestra tarea cotidiana. La *época de los pepinos agrios* estaba superada; el verano con todas sus preocupaciones y apremios quedaba atrás. La paralización de la vida política terminaba. Con nuevas fuerzas se iba hacia nuevas metas. Y por encima de todo, ¡brillaban los días de Núremberg como un candil asegurando victoria!

Superación de la crisis

Presidencia de policía.

Sección I A

Al señor diputado del Reich, Dietrich-Franken:

“Con respecto a la queja formulada ayer personalmente comunico que no tengo inconvenientes contra la restitución de los distintivos confiscados, que pertenecen a la sección económica de la oficina de los diputados.

También estoy dispuesto a entregar las banderas confiscadas, siempre y cuando pueda suministrarse la prueba inobjetable de que éstas pertenecen a agrupaciones locales exteriores del partido nacionalsocialista.”

*El presidente de policía.
En representación: Wündisch.*

Presidencia de policía.

Sección I A

Al señor Heinz Haake, con respecto al oficio del 25 de agosto de 1927, referente a la prohibición de hablar para el Dr. Goebbels:

“Con la disolución del partido nacionalsocialista en el gran Berlín toda actividad de la asociación disuelta dentro de este distrito es improcedente. Exceptuadas de ello están solamente los actos a los que todo el mundo tiene acceso y en los que se presentan exclusivamente diputados del partido nacionalsocialista como oradores, para hacer propaganda por la idea de los adeptos del partido representados por ellos, con miras a elecciones futuras. Una actuación del anterior dirigente del partido nacionalsocialista en Berlín, el Dr. Goebbels, como orador en asambleas electorales del partido nacionalsocialista, en Berlín, por lo tanto, está fuera de discusión, ya que debería verse en ello una continuación de la actividad del partido nacionalsocialista en el gran Berlín, prohibido. Si a pesar de ello el Dr. Goebbels se presentara como orador en reuniones del partido nacionalsocialista, disolveré éstas de inmediato.”

*El presidente de policía.
Legalizado: Krause, asistente de secretaría.*

Respuesta de Der Angriff:

“Yo, Krause, por lo tanto daré un golpe en la cara a la constitución, negaré al Dr. Goebbels la libre expresión de pensamiento garantizada a todo alemán, y si a pesar tuviera la osadía de abrir la boca, disolveré la reunión.

Malvado Krause, escuchamos temblando tus terribles amenazas. No dejaremos, por lo tanto, de preguntar tímidamente antes de cualquier reunión: ¿Está Krause en casa?⁽⁵³⁾ Pero por ahora tomamos a mano el libro diario para anotar tu nombre.”



UNA CARICATURA DE *DER ANGRIF*

Sobre un cajón está sentado acurrucado y azorado un pequeño judío, en el que el lector reconoce fácilmente al vicepresidente de policía de Berlín, el Dr. Weiß.

Con todas sus fuerzas mantiene cerrada la tapa del cajón.

Sobre el cajón está escrito: N.S.D.A.P. ⁽⁵⁴⁾ Berlín.

Al lado, otro dibujo: del cajón salta un hombre de la SA con amplia sonrisa.

Simultáneamente el judío sale volando por los aires.

Leyenda al pie: Cuando piensas que lo tienes, salta del cajón.

Un hombre de la SA se ve en amarga situación de apremio por la detención en Teltow. Perteneció a los que, por la fuerza, debieron presentarse a la policía. Pero su empleador no le quiere creer que una detención improcedente fue la causa de su ausencia al trabajo. Dicho hombre de la SA escribe al presidente de policía y le solicita un comprobante de los motivos que condujeron al arresto en Teltow, para poder exhibirlo a su empleador. La respuesta fue la siguiente:

*Presidencia de policía.
Sección I A*

Al señor J.S.:

“A la solicitud del 24 de agosto de 1927 de otorgar un comprobante policial por cuáles motivos usted fue detenido el lunes 22 de agosto de 1927 en la estación Teltow, no puedo hacer lugar.”

Firmado: Wündisch.

De un informe de *Der Angriff*, del lunes 26 de septiembre de 1927:

“Desatinadamente se efectúan detenciones. El que deja caer, aunque sea una palabra de indignación sobre las brutalidades de la policía de seguridad, es arrestado. Un burgués inofensivo que atina a pasar, recibe una culata de carabina en los riñones, y al volverse estupefacto, un bruto verde ⁽⁵⁵⁾ le grita a la cara: ¡Siga caminando, o le rompo la cabeza!

Cuando el diputado del parlamento, Dietrich, se traslada al distrito de vigilancia para ocuparse de los detenidos, allí es agredido físicamente. Un lisiado grave de la guerra que lo acompaña es derribado a golpes cuando osa interceder a favor de una mujer a quien se le había arrancado la blusa del cuerpo y que el teniente de policía Laubr insultaba en la forma más soez.”

Del mismo número:

“Cruenta batalla en Schöneberg. Consecutivamente a la asamblea electoral del diputado provincial Haake se produjeron sangrientos enfrentamientos con comunistas. Como uno de los comunistas, que no podía exhibir ninguna libreta partidaria, no fue autorizado a hablar conforme a la disposición de la jefatura de policía, los numerosos comunistas presentes, finalizada la asamblea y cuando la mayoría de los participantes ya habían abandonado la sala, cayeron sobre el resto, entre ellos el Dr. Goebbels y el diputado Haake, con vasos de cervezas y patas de sillas. En el curso de la batalla que se desarrolló, los comunistas fueron echados con las cabezas sangrantes de la sala y huyeron por los techos y sótanos. Más tarde, algunos nacionalsocialistas de regreso a sus casas fueron asaltados aisladamente. La responsabilidad recae sobre la jefatura de policía a causa de la prohibición y las consecutivas chicanas.”

Del mismo número:

“Un atentado canallesco. Cuando el chofer del Dr. Goebbels, Albert Tonak, regresaba el viernes después de una reunión, fue atacado delante de su casa por asesinos rojos. Ahora guarda cama gravemente herido con dos heridas de arma blanca en el brazo y una puñalada en el abdomen.”

Y esta fue otra de las respuestas de la policía respecto al asunto del trabajador despedido:

Consejo de empleados de la jefatura de policía.

Al señor ayudante en lo criminal, Kurt Krischer:

“El consejo de empleados tomó posición en la sesión del 6 del corriente mes con respecto a su notificación de despido y llegó unánimemente a la conclusión de que los motivos de despido residen en su propia persona. No está en condiciones de hacer lugar a su protesta o de representarlo en una eventual demanda.”

*Berlín, 10 de septiembre de 1927.
Por poder: K. Meyer, Secretaría*

Deutsche Volksgenossen

Heraus zur großen öffentlichen Wählerversammlung
am Freitag, den 23. September 1927, abends 8 Uhr,
in der Schloßbrauerei Schöneberg, Hauptstraße 122/123.
Es spricht der nationalsozialistische Landtagsabgeordnete
Heinz Haake über das Thema:

Deutschenverfolgung in Berlin!

Freie Ausprache! / Einbildung 1^h Uhr / Unkostenbeitrag 50 Pfg. / Ortsbeitrag 10 Pfg.
Leid und abonaos des „Völkischen Beobachters“ / Herausgeber Adolf Hitler

CARTEL PARA UNA CRUENTA ASAMBLEA EN SCHÖNEBERG

Conciudadanos alemanes.

*Acudid al gran mitin electoral público el viernes 23 de septiembre de 1927,
a las 20:00 hs., en la cervecería del Castillo de Schöneberg, calle Haupt 122-123.*

Habla el diputado provincial nacionalsocialista Heinz Haake sobre el tema:

¡Persecución de alemanes en Berlín!

Discusión libre.

Apertura: 19:30 hs.

Contribución para gastos: 30 peniques.

Leed y abonaos al Völkische Beobachter, editado por Adolf Hitler.

El lunes 2 de octubre de 1927 el Mariscal General von Hindenburg cumplía sus ochenta años de vida.

Los jueces secretos ⁽⁵⁶⁾ nacionales que habían protegido el honor y la seguridad del ejército alemán en época sumamente difícil, empleando toda su fuerza y exponiendo hasta su vida, continuaban en la cárcel correccional.

Die Rote Fahne, de fines de septiembre, titulaba en sus páginas: “*El súper-bandido vuelve a emerger.*”

La respuesta de *Def Angriff* no tardó en aparecer:

“Por de pronto el Dr. Goebbels, el súper-bandido, no necesita emerger porque no ha estado sumergido. Pero se atrevió, a pesar de la prohibición de hablar que pesa sobre él, a abrir reiteradamente la boca para exhortar a la tranquilidad y apaciguar el tumulto incipiente.

Sin su actuación apaciguadora, por cierto, daba la conducta provocadora de la guardia radical bolchevique, ya mucho antes se hubiera producido el escándalo y la reunión no hubiera podido ser llevada a término...

No fue justamente un hecho heroico de la horda comunista como se quedó luego en la sala hasta que solo quedaba en ella un pequeño resto de votantes nacionalsocialistas con el Dr. Goebbels y el diputado Haake, para luego caer sobre este grupito. No fue heroico por la circunstancia de que estos cobardes saben muy bien que ahora, durante la prohibición, no podemos organizar nuestra guardia de sala y de dirigentes como de costumbre.

A pesar de ello, este asalto alevoso con vasos de cerveza, patas de sillas y tazas de café les sentó muy mal; pues los nacionalsocialistas con sus dirigentes a la cabeza se defendieron y a corto plazo toda la canalla criminal había sido barrida de la sala. El gritón número uno, empero, que ya durante la reunión trato de provocar un escándalo mediante continuas interrupciones desafiantes, un tipo criminal con cuello de Schiller, huyó en el momento de iniciarse la lucha al... baño de señoras.

La verdadera culpa de todo el incidente le corresponde sin duda a la jefatura de policía con su prohibición tan infundada como anticonstitucional de la organización berlínesa. Si la prensa judía, desde el Berliner Tageblatt hasta Die Rote Fahne, manifestó su enojo porque solo admitimos en el debate a quienes podían exhibir una libreta partidaria de un partido opositor, y si a ello se debió principalmente la perturbación de la tranquilidad en la reunión, los señores, tal como ya lo puntualizó el presidente de la asamblea, deben dirigirse al organismo responsable, la jefatura de policía, que bajo amenaza de una multa de 1.000 marcos en caso de negativa, había recomendado este proceder.”



DIBUJO CARICATURESCO DE DER ANGRIFF

*“¿El hombre ha ido a parar bajo un auto?”
“¡No, ha caído debajo de la policía berlinesa!”*

Dos enfermeros transportan e introducen en camilla a un herido grave a un puesto de guardia policial. Tres sargentos de la policía de seguridad, de aspecto rudo y brutal, miran cínicamente interesados, con los brazos cruzados. El herido grave yace sin vida ni movimiento sobre su camilla. Desde la pared sonrío irónicamente, desde su foto, el vicepresidente de policía berlinés. Leyenda: “¿El hombre ha ido a parar bajo un auto?” “¡No, ha caído debajo de la policía berlinesa!”

Al señor Dr. Joseph Goebbels:

“De acuerdo a su actuación en las últimas asambleas electorales públicas del partido nacionalsocialista del 5 de mayo de 1927, usted actúa públicamente como orador para el grupo disuelto del partido nacionalsocialista en Berlín.

De acuerdo con una comunicación que he recibido, el miembro del parlamento regional, el señor Heinz Haake, organiza, como convocante y director responsable, el 30 de septiembre de 1927 a las 20:00 hs., en los Salones de Fiesta de Schwarz, en Berlín-Lichtenberg, una gran asamblea electoral pública. He comunicado al señor Haake que solamente consideraré esta reunión como una asamblea electoral si del partido nacionalsocialista únicamente se presentan diputados como oradores, para tratar de ganar adeptos para la idea del partido representado por ellos con miras a las próximas elecciones, y si en la discusión solamente se otorga la palabra a participantes de la asamblea que en forma fehaciente no pertenecen al partido nacionalsocialista. Hago notar expresamente que usted no está incluido entre las personas a quienes les está permitido hablar en esta gran asamblea electoral pública del 30 de septiembre de 1927. También ha de abstenerse de hablar antes y después del comienzo de la reunión y de la discusión y de dar voces desde su asiento. En caso de contravención, y en cumplimiento del decreto de disolución del 5 de mayo de 1927, en base al artículo 10.217 del derecho común general de 1796, y conforme al artículo 132 del derecho administrativo del 30 de julio de 1883, se le amenaza por la presente con una multa por valor de 1.000 marcos, o en su defecto con seis semanas de cárcel.”

Berlín, 29 de septiembre de 1927

En representación: Wündisch

Avalado por: Laetermann, secretario

A un pequeño pedido de informes del diputado provincial Haake con respecto a la prohibición de hablar contra el Dr. Goebbels en Berlín, el ministerio del Interior prusiano dio por respuesta que: *“Al Dr. Goebbels no le está prohibido hablar en público en Berlín. Pero también se cuidará en lo sucesivo de que el Dr. Goebbels no abuse de las asambleas electorales de los diputados nacionalsocialistas, eludiendo la prohibición del partido nacionalsocialista berlinés.”*

Al Berliner Lokal-Anzeiger: ⁽⁵⁷⁾

“Desde hace mucho tiempo soy lector del Berliner Lokal-Anzeiger y por eso solicito información en algunas cuestiones. El motivo por el cual soy su lector es que tengo la necesidad de leer un gran diario nacional, que aboga incondicionalmente por la bandera negro-blanco-rojo. Tanto más estoy sorprendido de que de un tiempo a esta parte usted trae informes distorsionados sobre el partido nacionalsocialista.

Esto lo comprendo tanto menos cuanto que el partido nacionalsocialista también es un movimiento negro-blanco-rojo, cuyo objetivo principal es el combate total contra el marxismo, al que también usted enfrenta enérgicamente en su diario.

En el congreso partidario del Reich del partido nacionalsocialista en Núremberg, hemos vivido la experiencia de que precisamente aquellos círculos que son lectores de

su periódico nos aclamaron y colmaron de flores. ¿Por qué no escribe usted nada en absoluto en su hoja de la potente manifestación de la Alemania nacional contra el marxismo? Usted menciona 12.000 participantes. Si hubiera estado presente sabría que fueron, por lo menos, cinco veces más. Le doy el consejo de examinar el informe oficial de los ferrocarriles del Reich. Entonces rectificará su opinión.”

Berlín, 25 de agosto de 1927.

Muy señor mío:

“Tras la respuesta muy detallada que hemos recibido en el ínterin de nuestra corresponsal en Núremberg, debemos comunicarle que no existe motivo de rectificación, salvo en puntos secundarios.”

Le saludamos con la mayor consideración.

9 de septiembre de 1927

Dr. Breslauer, redacción del Berliner Lokal-Anzeiger.

El Dr. Breslauer, redactor-jefe del Berliner Lokal-Anzeiger, nacional-burgués, es un así llamado *judío alemán*.

Estas son algunas vistas relámpago, documentadas, de la conquista de Berlín. No son asuntos que causen conmoción universal, tampoco son asuntos para llevar a debate. Verdaderamente se trata solo de pequeñeces, de bagatelas que, consideradas aparte y sacadas del contexto, no significan nada en absoluto. Pero encajadas en la época y en el sistema donde eran posibles, no dejan de proporcionar un cuadro drástico y fiel de lo que el movimiento nacionalsocialista hubo de sufrir y soportar en Berlín durante la prohibición.

Las chicanas contra nosotros habían sido refinadas en tal forma que al final fracasaron completamente en su efecto y ya ni siquiera provocaban odio e indignación, sino meramente burla y risa. En su exageración fueron llevadas *ad absurdum*, y al fin todo golpe que debía alcanzarnos, era solo un golpe en el aire.

¿Se que sirve al fin de cuentas, prohibir a un hombre que hable en público, cuando un número creciente de adeptos se ve reforzado por ello en la sospecha de que este hombre no puede hablar en la capital del *Reich* porque dice la verdad? ¿De que sirve, si frente a ello se encuentran cien y más posibilidades de eludir esta prohibición! Por ejemplo, se funda una *escuela de política*, que no tiene nada que ver con el partido. En ella el orador a quien se le prohíbe hablar se presenta como profesor, y pronto goza de una afluencia masiva mayor a la de cualquier reunión política pública en Berlín. El legislador se ve, de esta manera, poco a poco en el olor de la ridiculez. El pueblo le pierde el respeto. Para una persecución sangrienta y desconsiderada le falta grandeza y brutalidad. A una política de pinchazos de aguja, empero, el perseguido ya solo reacciona con sonriente desprecio; y, en fin, para toda medida hay también una contra-medida.

La prohibición ya no pesaba tanto cuando nos hubimos acostumbrado a ella. El partido respondió con sonrisa helada y burla fría. Si se nos vedaba concentrar los partidos en Berlín, pues nos reunimos en Potsdam. Es cierto que venían algunas decenas

menos, pero los que venían estaban leal y firmemente junto a la bandera y exteriorizaban ya, por su presencia, que permanecían fieles a la gran causa y también perseveraban entre los peligros. En Potsdam exhibían orgullosos y llenos de arrojo su viejo uniforme, desfilaban en camisa parda y gorro hitleriano, el cinturón ceñido y el emblema partidario sujeto al pecho.

En el linde con Berlín debían luego entrar con ropas civiles, más o menos disfrazados, y siempre había un loco alboroto y regocijo cuando se introducían furtivamente en la capital del *Reich* como en terreno enemigo. El engañado era siempre el legislador, que si bien podía ocasionar dificultades al movimiento y a sus adherentes, procedía en forma tan tímida y temerosa que a los afectados les causaban más gozo que dolor.

El partido comunista pensó entonces que había llegado el momento de ahogar en sangriento terrorismo los últimos restos del nacionalsocialismo.

Asaltaba a nuestros adictos y oradores en las salas de reunión del norte y este de Berlín y trataba de derribarlos a golpes. Pero esto solo era, para todos los hombres de la SA y partidarios, una razón más de presentarse en masa en la próxima reunión, para imposibilitar, de una vez por todas, tales descarados intentos de provocación. La presidencia de policía vedaba al conductor del movimiento prohibido interceder aunque fuera con alguna exclamación en el transcurso de una reunión. Pero esto daba testimonio de un temor tan pequeño e infantil, que los partidarios solo sentían desprecio por ello.

Cuando se nos prohibía hablar y hacer propaganda en Berlín, nos íbamos a la campaña. Alrededor de la capital, en los suburbios y aldeas, reuníamos a nuestros partidarios, fundábamos en todas partes puntos de apoyo firmes y ceñíamos la capital del *Reich* con un anillo de células nacionalsocialistas. Desde aquí, más adelante, cuando el movimiento fuera nuevamente permitido, podía ser llevada la avanzada dentro de la capital del *Reich*. Así conquistamos en Teltow y Falkensee nuestras posiciones firmes; ocupamos en discusiones refrescantes y a veces también sangrientas con el partido comunista alemán, zona neutra tras zona neutra; nos anidamos en la Marca e intensificamos aquí la propaganda de tal manera que sus reacciones y repercusiones también penetraban hasta Berlín.

Y aún en Berlín mismo tuvimos, aquí y allá, la posibilidad de actuar propagandística y oratoriamente. Como un reguero de pólvora cundía a veces, entre los partidarios: “*Esta noche todos a la asamblea masiva de tal o cual partido. Hablamos en la discusión.*” Entonces uno de nosotros pedía la palabra en la discusión, y por mayoría en la asamblea imponíamos una duración de los discursos de una o dos horas y teníamos así con todo la oportunidad de decir lo que queríamos decir.

Con ello la prohibición había fracasado en su eficacia. También *Der Angriff* había adquirido, entretanto, un nuevo aspecto. Toda la fuerza combativa revolucionaria del partido había sido acrecentada por el ímpetu masivo de las jornadas de Núremberg.

La crisis de los meses veraniegos fue superada poco a poco, las esperanzas de nuestros adversarios no se cumplieron. Contra cada una de sus minas colocábamos nuestras contra-minas, y con ello toda la campaña de persecución organizada contra nosotros estaba condenada a la infructuosidad total.

Únicamente la preocupación por el buen dinero era nuestra constante compañía. *Der Angriff* tambaleaba de una crisis financiera a la otra. Debíamos administrar con parsimonia, y solo en días de júbilo podíamos pagar, en pequeñas cuotas, parte de las grandes cuentas de imprenta. Pero por el otro lado estaba, sin embargo, como equivalente, un éxito propagandístico creciente. Cada vez más el público nos tenía en

cuenta. Ya no se nos podía pasar por alto. El movimiento había logrado fundir el helado boicoteo en el que se nos había querido meter, y volvía a fluir inconteniblemente en el gran público.

Éramos nuevamente objeto de discusión. La opinión pública, en cuanto había conservado un último resto de juicio decente, se vio forzada a tomar partido por nosotros, y fuerte y más fuerte se hizo la protesta contra los métodos persecutorios mezquinos y retorcidos que la presidencia de policía berlinesa empleaba contra nosotros. El despliegue de los medios ya no estaba en ninguna relación con el asunto que se combatía desde la Plaza Alexander. Se tiraba con cañones a gorriones.

El pueblo tiene un pronunciado sentimiento de justicia. Si nos hubiéramos desplomado bajo la prohibición, ni un gallo hubiera cantado por nosotros.

Pero como por propia fuerza y usando las últimas reservas superamos la prohibición y su objetivo, reconquistamos las simpatías de las grandes masas. También el comunista tenía para nosotros, en el último rincón de su corazón, un gramo de comprensión y respeto. Debía admitir ante sí mismo que en verdad el movimiento era más fuerte de lo que su prensa difamatoria quería reconocer.

Apenas volvió a estar firmemente ensamblado e inmovible ante el público, también gozó de nuevo del viejo respeto y esa medida de afecto, que el hombre del pueblo siempre está inclinado a brindar solamente a aquel que por propia fuerza es capaz de imponerse contra persecuciones y apremios.

El intento de hacernos sucumbir por el silencio y la restricción oficial, había fracasado. A través de una campaña periodística desenfrenada e indigna se nos había hecho conocidos. Los representantes destacados del partido tenían un nombre, y el partido mismo poseía jerarquía y prestigio. Habíamos sacado violentamente a nuestros enemigos del anonimato; pero lo mismo también habían hecho nuestros enemigos con nosotros.

Los frentes estaban señalados, la lucha fue continuada en otras formas.

Nadie podía ya afirmar que el nacionalsocialismo había desaparecido de la vida política de la capital del *Reich*. Había ganado, también durante la prohibición, una nueva vida. ¡La crisis fue superada victoriosamente y ahora el partido tomaba impulso para asestar nuevos golpes aniquiladores!

Bolschewismus oder Nationalsozialismus?

So lautet die Frage des jungen Deutschland. Willst Du einen deutschen Sozialismus oder international-jüdischen Kommunismus? Soll Trotzki-Braunstein, Sinowjew-Apfelbaum, Radek-Sobelson oder Adolf Hitler der Befreier der Arbeiter sein? Die Antwort auf diese Frage hängt auch von Dir ab

Komm in unsere öffentliche Versammlung am Freitag, den 14. Oktober, abends 8 Uhr, im großen Saal des „Deutsches Wirtshaus“ in Teltow, Berliner Str. 16. Es spricht

Der Nationalsozialist

Dr. Goebbels

über das Thema:

Lenin oder Hitler?

Eintrittsgeld 7^o Uhr / Unbefristetes 20 Mk. / Ehrenkarte 10 Mk.

N.S.D.A.P. Ortsgruppe Teltow

Freie Aussprache

¿Bolchevismo o nacionalsocialismo?

Esta es la disyuntiva de la joven Alemania.

¿Quieres tú un socialismo alemán o el comunismo judío internacional?

¿Ha de ser Trotzki-Braunstein, Sinowjew-Apfelbaum, Radek-Sobelson o Adolf Hitler el libertador de los trabajadores?

La respuesta a esta pregunta depende de ti.

Ven a nuestra asamblea pública.

El viernes 14 de octubre a las 20:00 hs., en el gran salón del Deutsches Wirtshaus, en Teltow, calle Berlinese 16.

Habla el nacionalsocialista Dr. Goebbels sobre el tema: ¿Lenin o Hitler?

Apertura: 19:30 hs.

Contribución para gastos: 20 peniques.

Desempleados: 10 peniques.

N.S.D.A.P., agrupación regional Teltow.

Libre discusión.

¡A pesar de la prohibición no estamos muertos!

La grave crisis de organización en la que cayó el movimiento en Berlín, a causa de la prohibición policial decretada contra nosotros el 15 de mayo de 1927, estaba ahora superada espiritualmente. Las conmociones, que habían llevado a un gran apuro a la organización partidaria, estaban allanadas; el contacto entre conducción y partidarios había sido restablecido por un periódico semanal, radical y agresivo, y las posibilidades propagandísticas, que durante los primeros meses estivales nos habían faltado por completo, creadas nuevamente. Es verdad que teníamos preocupaciones por demás, sobre todo de índole financiera. Pero de tanto en tanto también se mostraba una franja de luz entre los oscuros nubarrones que pendían sobre nosotros. Y no pedíamos, en último término, sino aquí y allá una pequeña esperanza a la cual poder asirnos.

Mal nos había tratado el destino, y a veces y frecuentemente teníamos razón sobrada para desesperar y abandonar silenciosamente lucha y meta. El nuevo curso del movimiento en la capital del *Reich* había sido interrumpido en medio de sus comienzos auspiciosos por medidas de las autoridades, y parecía del todo imposible continuarlo, aunque fuera en forma disfrazada u oculta.

Entonces *Der Angriff* fue el recurso salvador. Con él, el partido fue consolidado nuevamente. En sus columnas teníamos la posibilidad de seguir propagando también en los sucesivos, en la capital del *Reich*, las ideas nacionalsocialistas.

La joven empresa fue sacada por nosotros, por así decirlo, de bajo tierra. Se evidenció en esa oportunidad una vez más, con toda claridad, que donde el coraje y la auto-confianza, y también una buena porción de temeridad, actúan de padrinos, las empresas aún más desesperadas pueden ser realizadas. Solo hace falta que sus portadores tengan fe en su propia causa y no se dejen apartar por graves reveses iniciales, del curso reconocido como justo.

Una gran contemporáneo dijo una vez de sí mismo: “*Tres cosas son las que me han llevado a la cumbre de la vida: un poco de inteligencia, mucho coraje y un desprecio soberano del dinero.*”

Conforme a estas palabras habíamos procedido. Un poco de inteligencia no se podía negar a la conducción del movimiento nacionalsocialista en Berlín. La SA había demostrado poseer mucho coraje en las graves luchas que noche tras noche se libraban durante meses por las barriadas proletarias. Y un desprecio soberano del dinero nos parecía adecuado ya por el hecho de que el dinero faltaba por completo y en todas partes y que a su carencia solo nos podíamos sobreponer justamente con ese soberano desprecio.

Der Angriff tuvo que pasar, ya en los primeros meses consecutivos a su fundación, por una grave crisis de personal. Colaboradores que al principio abogaban con gran entusiasmo por nuestro proyecto periodístico, indignamente abandonaron nuestra causa cuando pareció tornarse peligrosa e inútil, ocasionando de esta manera a nuestra joven empresa dificultades graves y casi insuperables. Por momentos carecíamos completamente de colaboradores capaces y solo pudimos salir del apuro comprometiéndose cada uno de los dirigentes políticos a escribir él mismo una parte del diario. Con ello, la mayor parte de nuestro tiempo estuvo ocupado durante semanas por la labor periodística. Bajo los más diversos seudónimos publicamos nuestros artículos combativos. A pesar de ello, con colaboradores eternamente iguales, el periódico tenía un aspecto múltiple y los lectores apenas se dieron cuenta con cuanta pena y preocupación era compilado cada ejemplar.



“¡Buenos días! ¿Todo bien? ¡Los que han sido dados por muertos están más vivos que nunca!”

Pero tuvimos también, en cambio, la alegre satisfacción de que *Der Angriff* gozaba de una importancia y estima en creciente aumento en el periodismo capitalino. Había hecho una carrera distinta a la de las grandes empresas periodísticas capitalistas. No teníamos dadores de dinero que nos pusieran a disposición las sumas requeridas para la fundación de un órgano de la empresa. Entonces es fácil contratar personal de redacción y editorial, y así difícilmente puede fracasar una empresa. Pero lo fatal al respecto es que todo periódico que está financiado por grandes dadores de dinero, con ello también está forzado a representar sin protesta la opinión política de los que lo respaldan. De esta manera no aparece una voz nueva en el concierto de la opinión pública. Solamente un financista se compra un diario propio para poder influenciar a la opinión pública en su dirección.

Lo contrario sucedía con nosotros. Lo que decíamos también era nuestra opinión, y como no dependíamos de ningún dador de dinero, podíamos expresar esta opinión sin encubrimientos. Ya entonces éramos en todo Berlín quizá la única hoja escrita por convicción y cuya postura política no estaba influenciada por ninguna fuente de dinero secreta. Esto lo siente en la forma más clara y patente el lector mismo. Aunque los órganos judíos aparecían en tiradas millonarias y tenían por lectores el grueso del público, ellos mismos por lo general no tenían una relación interna con sus propios abonados. Tal diario no es requerido. El lector solo lo siente como un mal necesario. Lo necesita para su orientación diaria. Pero en lo más profundo de su corazón está, sin embargo, convencido de que, aunque no lo pueda comprobar en detalle, al fin de cuentas lo engaña y lo defrauda.

La fe ciega en las palabras impresas, que en Alemania tuvo consecuencias tan frecuentes y fatales para la vida pública, está lentamente en vías de desaparecer. El público lector pide hoy en día más que nunca de su diario, moral y sinceridad de opinión.

Las masas se han vuelto, desde 1918, en medida creciente, avisada y clarividente. En

la revuelta bursátil que finalizó la guerra, la *Journalle* internacional como abremarcha del capitalismo bursátil lanzó su último gran golpe. Desde entonces, primero en forma imperceptible pero luego en caída vertiginosa, tanto una como el otro van cuesta abajo.

La doctrina demo-liberal está hoy ampliamente superada. Solo se mantiene con tratas parlamentarias.

Para las masas esto significa por de pronto una desilusión enorme. Nosotros hemos previsto esta desilusión y tempranamente le hemos construido un muro de contención. Con métodos modernos y en un estilo absolutamente nuevo y entusiastamente, hemos tratado de influenciar desde temprano la opinión pública. Ciertamente, los comienzos fueron primitivos e inexpertos. Pero muéstrenos un maestro que ha caído del cielo. También nosotros tuvimos que pagar nuestro aprendizaje, pero a cambio aprendimos algo; y cuando en la actualidad la prensa nacionalsocialista solo puede ser contenida con prohibiciones oficiales, ello constituye la prueba clásica de que nuestro periodismo está a la altura de las exigencias de la época, y que a la opinión que en él se defiende no se pueden oponer argumentos intelectuales, sino solo de fuerza bruta.

En aquella época teníamos solo representaciones pequeñas y numéricamente sin importancia en el parlamento y en el parlamento provincial. A pesar de ello, el movimiento prohibido poseía detrás de ellos una posibilidad de refugio. La secretaría del *Gau* había sido transformada en una oficina de los diputados. En los locales donde antes había trabajado el plantel de empleados del partido, residían ahora representantes inmunes del pueblo. No fue fácil adecuar todas las cosas a este nuevo sistema.

Pero en el curso de los meses también aprendimos esto. Paulatinamente toda la organización partidaria fue ajustada a la, por así decirlo, situación ilegal. Inventamos un trámite nuevo, casi incontrolable, para nuestra oficina; las actuaciones más importantes fueron ubicadas dispersas en toda la ciudad, en el domicilio de partidarios leales, llevándose solo para la vieja guardia un fichero.

Ésta, empero, estaba a disposición para todos los casos de emergencia. Estaba por encima de toda duda de claudicación. Sobre ella se podía construir casas.

Bien pronto vimos a las claras que la prohibición no sería levantada en un tiempo previsible. Por consiguiente, nos dimos a la tarea de reorganizar todo el partido con miras a la situación creada por la prohibición. De las antiguas secciones se hicieron agrupaciones legalmente justificadas o exteriormente inofensivas. Cayeron una y otra vez bajo reiteradas prohibiciones oficiales. Pero de un club de bochas salía algunos días después una nueva asociación de skat, ⁽⁵⁹⁾ y de la sección de natación una organización de ahorro o un club de fútbol. Detrás estaba siempre el nacionalsocialismo. Las unidades básicas del partido estaban completamente intactas a pesar de la prohibición. La presidencia de policía sentía su proceder injusto y por eso se cuidaba bien de aplicarnos penas graves, para las que por cierto tampoco había ningún asidero legal. De los escombros de la organización destruida florecía poco a poco una nueva vida.

La SA en ningún momento había vacilado. Aunque numéricamente pequeña, era firmemente disciplinada y reunida en cuadros seguros. Los pocos elementos aún no templados, que durante los primeros meses de combate se habían unido a nosotros, fueron eliminados poco a poco. El núcleo de toda la formación se mantuvo incólume. Entonces se conocía personalmente a casi cada uno de los partidarios y hombres de la SA. Los rostros decididos a la lucha, que semana tras semana y a veces noche tras noche se tenían ante los ojos en los grandes actos propagandísticos del

partido, se grababan indelebles en la memoria. Todo el partido era una especie de familia grande, y en él también imperaba el mismo sentimiento de solidaridad. La guardia partidaria vivía entonces su gran época, y a ella se debe que el nacionalsocialismo no sucumbiera en Berlín.

Se tomaban recaudos para que la nerviosidad, que siempre de nuevo era introducida en el partido por gente de afuera, no pudiera amenazar la vida interna de la organización. Todo intento de provocación generalmente era pronto detectado y se ahogaba entonces sin consideraciones en su germen. El núcleo del partido debía ser conservado intacto. Resultaba entonces fácil volver a estructurar de nuevo toda la organización, cuando fuera levantada la prohibición en el futuro.

Nuestra atención principal tenía que estar dirigida a dar al partido prohibido, deberes y objetivos; ocuparlo y evitar así que, dentro de los grupos individuales, por falta de tarea diaria, se diera oportunidad a que por medio de intrigas y crisis producidas artificialmente, fuera amenazado el curso normal de nuestra actividad.

El círculo que, con puntos de apoyo firmemente organizado, habíamos colocado alrededor de Berlín, visiblemente se fue cerrado en una firme cadena. Habíamos fundido los alrededores más próximos de la capital del *Reich* en un gran frente ofensivo; con ellos nos era posible en cualquier momento, cuando el terreno en Berlín se hiciera demasiado caliente, retirarnos a la provincia.

Todo gran ideario, cuando se presenta con la voluntad temeraria de aportar los fundamentos espirituales, culturales y también materiales de la existencia de una comunidad, tendrá que pasar en su evolución cuatro etapas.

Dependerá del modo y manera en que sea capaz de vencer las fuerzas que se le oponen en estas cuatro etapas, si realmente ha sido elegido por el destino. Son muchas las ideas que aparecen en la historia de la humanidad. Muchos hombres se colocan en la luz de candilejas del gran público con la pretensión de significar algo para el pueblo y poder decirle algo. Muchos vinieron y muchos se extinguieron. La posteridad, empero, no toma nota de ellos. Solo algunos están destinados para dar a los pueblos nuevos ideales políticos, y el destino es entonces magnánimo y ya desde temprano obliga a estos pocos a poner bajo prueba ante el público que no solo son elegidos sino que están a la altura de su responsabilidad.

Todo gran movimiento comienza en el anonimato. En su principio está la idea, que brota de la mente de un solo individuo. No es así que el individuo es el genial creador de esa idea. El movimiento solo es agraciado por el destino de expresar lo que el pueblo siente sordamente y presiente anhelosamente. Da expresión de un instinto incomprendido de las grandes masas. Uno mismo ha podido sentir esto en el advenimiento de nuestra joven idea. Generalmente sucede que el hombre del pueblo dice: *“Esto siempre lo he creído, pensado y entendido. Esto es, pues, lo que busco, lo que siento y presiento.”*

El hombre predestinado es, como decimos, quien da expresión al anhelo y presentimiento de las anchas masas. Luego empieza a hacerse organización la idea. Pues el individuo que da a la idea la palabra salvadora forzosamente tendrá la aspiración de ganar a otros para su idea, tomar los recaudos para no hallarse solo, traer detrás de sí un grupo, un partido, una organización. Grupo, partido y organización llegan a ser, así, servidores de la idea.

Naturalmente, el mundo que lo acompaña y rodea, por de pronto, no podrá comprenderlo, pues se adelanta vertiginosamente con su idea al tiempo por algunos años o decenas de años. Lo que hoy anuncia como novedad, por cierto recién dentro de

veinte años o más tarde será cosa común. Señala el sendero a un pueblo, es él quien quiere conducir a los contemporáneos de tristes tierras bajas a nuevas alturas. Es explicable que el presente no lo quiera comprender y en último término tampoco lo pueda comprender. El primer grupo del portador de una nueva idea permanece, en tanto, en el anonimato.

Y esto está bien así, pues la pequeña plantita de roble que por vez primera asoma, tímida y vergonzantemente, su coronita de la tierra mullida, podría ser quebrada y aplastada por un solo paso irreflexivo. Aún no posee la fuerza como para oponer resistencia. La fuerza todavía se halla en las raíces y por ahora solo reside en las posibilidades que posee la plantita y no en lo que la plantita representa momentáneamente. Por supuesto es más pequeña, más modesta, más desgarrada que el arbusto de maleza. Pero esto no constituye prueba de que dentro de diez años será todavía así. Al cabo de diez años, cuando este arbusto de maleza largamente se ha transformado en humus, un potente tronco de roble con amplio ramaje, echará sombra sobre todo a su alrededor. El destino lo dispuso sabiamente que en entorno, mientras tanto, no toma nota de esa plantita de roble. Pues con ello le da la posibilidad de llegar a ser lo que su sino le señala. La naturaleza siempre cuida de que los seres vivos, hombres y organizaciones, sean sometidos solamente a aquellas pruebas que pueden superar.

Para los portadores de una joven idea es, sin duda, una situación casi insoportable que el mundo que los rodea no toma en absoluto nota de ellos. El que lleva en sí un espíritu combativo ansía verse frente al acero de su enemigo, para poder reñir y pelear con él. Pero que el otro ni lo vea, no tome siquiera nota de él, este ofensivo de ser dejado de lado, esto es lo más insoportable que puede suceder a su carácter heroico.

Los primeros propugnadores de una joven idea son naturalmente en las fases iniciales del movimiento, exactamente los mismos que serán más adelante, cuando han conquistado el poder.

Pues no son ellos lo que cambian, sino que ellos cambian a su entorno. Hitler no ha cambiado, sino la Alemania en que vive ha cambiado.

Ahora bien, el destino pone a prueba, en esta primera fase de la evolución, si aquel hombre que se presenta con la temeraria ambición de hacer Historia, es tan fuerte como para soportar calladamente durante un cierto periodo, el anonimato. Si lo supera sin sufrir daño en su alma, entonces el destino lo hallará maduro para la segunda prueba. Pues al cabo de cierto tiempo el movimiento ganará la fuerza interior necesaria para fundir el bloque de hielo del boicot espiritual que lo estrecha.

Encuentra entonces medios y vías para hacerse conocido por el medio; no importa que despierte amor u odio. Si no me aman, entonces han de temerme, pero al menos me han de conocer. Y entonces bien pronto sobreviene el momento en que el público se ve constreñido a tomar nota de la idea y la organización. Entonces no resulta ya posible permanecer en silencio. Cuando aquello ya ha llegado a ser conversación pública, está en todas las bocas; cuando los gorriones lo silban desde los techos, entonces las cobardes gacetas tampoco pueden continuar en su distinguida reserva. Entonces tienen que tomar posición, en un sentido o en otro.

Lo hacen primero en la forma que les es común, pues tienen la convicción de que las prácticas usuales en su plano político pueden ser aplicadas también sin reservas y sin modificaciones con respecto al nuevo movimiento. Por cierto que son en eso víctimas de un error fundamental, ya que el joven movimiento permanece en un plano político muy distinto, dado que proviene de móviles espirituales del todo diferentes, lleva un

estilo totalmente diferente y representa un tipo totalmente nuevo. Es absolutamente inimaginable poderse valer contra él de medios que en todos sus unidos adversarios son eficaces y están de moda. El enemigo debe experimentar entonces, para susto suyo, que todo lo que pensaba infligir al movimiento en su perjuicio y para su fatalidad, no hace sino robustecer y afirmar el movimiento. Sí, es propiamente así que la fuerza que se opone al movimiento vuelve a brotar en el movimiento mismo. Primero se pensó poder hacerlo objeto de burla. Se lo colocaba en el mismo nivel que cualesquier intento infantil e ingenuo dentro del terreno religioso y cultural. Nosotros, los viejos nacionalsocialistas, recordábamos exactamente la época cuando estábamos colocados en la misma línea del ejército de salvación; cuando el juicio general sobre nosotros era: *“Son de carácter decente, no se les puede probar nada en base al código penal. Son locos inofensivos, lo mejor es dejarlos librados a sí mismos y a su propio corto entendimiento.”*

Esta es la segunda fase de evolución: ya no se increpa, se ríe. Y es bueno que se ría. Si el enemigo luchara ahora, entonces quizás tendría la posibilidad de ahogar el movimiento. Pero mientras ría y así permanece inactivo, aquel se agranda y agranda, gana en vigor, dimensión y pasión. Cierto, los defensores de la idea recién se sienten fortalecidos por la risa del adversario. Se agrega la ambición.

Cada cual solo estará animado por el ardiente deseo: *“¡Los curaremos de la risa!”* La arrogancia burlona del adversario no hace sino acicatear el fervor del adepto del joven movimiento. No hará abandono de su idea porque se ríen de él, sino que se encargará de que a los adversarios se les pase la risa.

Esta es la segunda etapa. Y cuando termina la risa, entonces, por fin, se comienza a combatir el movimiento, y ello primeramente con mentiras y calumnias. Es que no queda otro remedio; pues no puede obtenerse argumentos mejores a la programática del nuevo ideario. ¿Qué ideas podría, por ejemplo, oponer un partido burgués al movimiento nacionalsocialista? ¿Cómo podría el partido socialista alemán salir airoso si cruzáramos ideológicamente los aceros?

Y esto lo saben muy bien. Cuando nos medimos en el estrado en una discusión política objetiva, entonces nosotros somos la juventud y ellos la vejez. Por eso tratan en lo posible de evitar la lucha ideológica, y la conducen en base a la calumnia y el terrorismo. Y así se vuelca ahora sobre el movimiento y sus dirigentes un mar de lodo e inmundicias. Nada es demasiado vil contra él y sus militantes. El adversario encuentra cada día un nuevo cuento horripilante. Se succiona, por así decirlo, las mentiras de sus patas sucias. Por supuesto, esto al principio hará efecto en una masa estúpida y falta de discernimiento. Pero solamente mientras la parte opuesta está en condiciones de impedir que la masa entre en contacto personal directo con el movimiento y sus conductores. Si esto ya no es posible, entonces el enemigo está perdido; en el momento en que las masas, ya tantas veces engañadas y mentidas, tienen oportunidad de conocer por propia observación al movimiento y a sus dirigentes, reconocen la diferencia entre lo que hasta ese momento se les había dicho y lo que el movimiento significa en realidad. Ahora la masa se siente ofendida. Pues nada soporta el pueblo de peor forma que cuando descubre que se lo ha engañado. Al principio se concurre con reservas e inhibiciones internas a nuestras reuniones, pero después hay que convencerse por sí mismo de que el contraste entre la mistificación y la realidad es tan llamativo que la mentira recae anonadante sobre el mentiroso con ello, en la tercera fase evolutiva, bien pronto la calumnia se transforma en persecución. Se coloca al movimiento bajo el terrorismo de las autoridades y de la calle. Se prueba de conseguir con la fuerza bruta lo que no se

pudo lograr con calumnias. Pero constituye la tragedia del sistema que siempre aplica demasiado tarde sus métodos. Si hubiera procedido antes así, quizá hubiera logrado éxito con ello.

Pero los hombres que en el anonimato y la calumnia se han encontrado reunidos bajo las banderas del movimiento no son cobardes; de lo contrario no hubiera podido soportar lo que hasta ahora debieron sufrir. Solo hombres enteros tienen la fuerza interior de arrojarlos contra el mundo enemigo y decirle a la cara: “¡Reíd nomás!” Solo hombres podrán soportar esto. “¡Calumniad nomás!” Un cobarde claudicará. Estará junto a la gran masa, escupirá, escarnecerá, sonreirá burlescamente y dejará tomarse por tonto. Entretanto, sin embargo, un cuerpo de combatientes disciplinados se ha colocado debajo de los estandartes de la idea. Estos no solo saben usar su intelecto, sino (cuando se amenaza su vida y la del movimiento) también el puño. Si se los pone bajo terror sangriento, si se los corre por las oficinas públicas y por los juzgados, si se les echa encima columnas de asesinos rojos, podría pensarse que hombres que resistieron obstinadamente al desprecio y a la calumnia, que se mantuvieron firmes frente a la mentira y al ridículo, ahora claudicarán frente al terror. Todo lo contrario: en el empleo de estos medios por parte del adversario, el portador de una idea nueva reconoce mejor aún que se encuentra en el camino justo. Si no se emplearan estos medios contra él, podría quizá correr aquí y allá peligro de entrarle la sospecha de que anduvo extraviado. El terror es así, una prueba para él de que el enemigo lo ha reconocido, que lo odia, y ello solamente porque lo ha reconocido y porque le teme. Ensangrentando un movimiento se aglutina más estrechamente. El conductor y sus hombres se identifican aún más. De ellos se hace, de repente, un cuerpo comunitario inseparable, una falange de espíritu revolucionario contra la que, en definitiva, ya nada se puede hacer.

Así fue en todos los levantamientos revolucionarios del pasado, y así también es en el movimiento revolucionario al cual servimos. Está. No puede ser negado simplemente. Tiene su propia fuerza e idea, tiene sus seguidores unidos y disciplinados. Seguirá su camino imperturbablemente, sobre todo si ha reconocido su meta con claridad diáfana y jamás la pierde de vista, por más rodeos hacia allá que haga o tenga que hacer. Y al final el adversario verá que sus medios no tuvieron éxito.

Entretanto, también ha cambiado el modo de pensar del pueblo. El movimiento no ha pasado, en los años de su encarnizada lucha, sin dejar huellas en el alma popular. Ha continuado actuando, ha movilizó y activado a las masas, puesto en movimiento al pueblo. El pueblo alemán del presente ya no puede ser comparado con la masa de 1918. Las autoridades del sistema, dueño del poder, han caído. Y en la misma medida en que bajaron, las autoridades que presentaron la oposición, ascendieron. ¿Qué puede significar el que nosotros, los nacionalsocialistas, se nos haga comparecer ante los juzgados, en la actualidad? Esto tendría éxito si el pueblo siguiera levantando sus ojos hacia esos juzgados con la misma confianza ingenua como, por ejemplo, aquel molinero de Sanssouci hacia el Tribunal Supremo de Prusia en Berlín. Si el pequeño hombre aún podría decirse que los tribunales son amparos de la justicia, y entonces se hiciera condenar a severas penas por esos tribunales a los hombres de la oposición, entonces esos castigos serían, para el sentir popular, algo infamante y difamatorio. Pero cuando un tribunal que prácticamente absuelve a un Bermat, condena a fuertes penas carcelarias a un nacionalsocialista, entonces el pueblo eso no lo comprende.

Entonces el pequeño hombre se dice: “Ay, eso tiene que ser así. O bien se mete preso a los chanchulleros, o a los hombres decentes. Pues de la misma manera que el

chanchullero amenaza a un hombre decente, el hombre decente amenaza a un chanchullero.”

Las autoridades del sistema han caído. Eso no lo quiere admitir el sistema, en verdad, pero día tras día lo debe comprobar cada vez más. Llega el momento en que la fuerza de la gravedad cae de lado de la oposición, pues junto a la oposición está el pueblo, y el gobierno se ve aislado del pueblo. Con ello la lucha ya ha sido decidida espiritualmente, y muy pronto también será decidida en el terreno del poder político.

Ahora ya no vale ninguna difamación; pues así como se difama al movimiento se difama las mejores partes del pueblo. Si se injuria a sus dirigentes, entonces se levantarán millones y declararán: *“Estos hombres son nuestros hombres. Y quien los ofende, ese nos ofende a nosotros. El honor de esos hombres es nuestro honor.”*

El pueblo siente entonces: *“Cuando a un nacionalsocialista se lo pone detrás de rejas, cuando a un nacionalsocialista se lo lleva preso de su domicilio a altas horas de la noche, le acaece lo mismo que le pasa a cualquiera del pueblo que ya no puede pagar sus impuestos.”*

La lucha final ha comenzado. El movimiento ya no puede ser silenciado, ya no puede ser aniquilado con mentiras y tampoco puede ser ya muerto a golpes. Donde se lo golpea, el pueblo grita: *“¡He sido herido!”*, y donde se difamaba a un hombre del movimiento, las masas gritan: *“¡Ese somos nosotros!”* Si uno de los partidarios es abatido a tiros en la calle oscura, entonces las masas se levantan y declaran amenazantes: *“El rostro del muerto lo llevan hoy cien mil hombres y son los jueces.”*

Entonces queda un último medio, y ese consiste en que el enemigo se rinda incondicionalmente ante la hegemonía espiritual de la oposición, y ya no sabe qué hacer sino adueñarse de su idea (por cierto, no para llevar a la realización esa idea, sino para deformarla a su favor) En toda cabeza están metidas siempre solo las ideas que le son adecuadas.

Si alguien sirvió durante una generación al pacifismo, entonces no puede ser imbuido repentinamente por un espíritu guerrero. Quien luchó durante veinte años por la democracia no se vuelve aristócrata de la noche a la mañana. El que durante decenios socavó y minó el Estado no puede transformarse de golpe en el sostén responsable del Estado. Puede fingirlo. Puede ataviarse con una máscara falsa. De repente, entonces, el socialdemócrata que durante doce años tuvo cuidado de que el pueblo alemán fuera narcotizado, se para gesticulando violentamente ante las anchas masas, y grita: *“¡Alemania, despierta!”* De repente, esos viejos rejuntados de la clase y los intereses, se vuelven a acordar del pueblo. Se llaman entonces *partido del pueblo*. Esa es nuestra tragedia alemana: tenemos tres partidos del pueblo, ¡pero ya no tenemos pueblo! Todos ellos colocan delante de sus nombres la palabra *pueblo*. Cuando su viejo nombre está lesionado y comprometido, se deshacen por completo de él y se echan uno nuevo. Durante decenios combatieron bajo el pabellón de la democracia, y si la democracia ya no tiene fuerza de atracción, entonces se llaman repentinamente *partido del Estado*.

Siguen siendo los mismos; solamente quisieran continuar su vieja política con nuevos eslóganes. Son las mismas cabezas perezosas, y en ellas está metido el mismo ideario perimido. Pero en el pueblo esto ya no es capaz de tener efecto. Los viejos nombres están comprometidos, y donde se echan un nuevo nombre, allí el pueblo los compara con esas clases de personas que, cuando el aire se pone pesado alrededor de ellos, también cambian preferentemente de nombre. Eso lo hacen los estafadores y los judíos. Si alguno está con el nombre de Meier en el álbum de criminales, entonces se

llama con nuevo nombre, Müller. Y si alguien viene como Mandelbaum de Galitzia, entonces se llama, en Alemania, Elbau.

Durante doce años han pisado con los pies la nación; han pisoteado el honor del pueblo, han escupido y escarnecido y enlodado a la patria; y ahora repentinamente se acuerdan nuevamente del pueblo sufriente, atormentado por el dolor; ahora súbitamente son patriotas enérgicos y van al ataque violento contra la traición a la patria y el pacifismo. Están por el acorazado, por la militarización del pueblo, y declaran con profunda voz de convicción que así como se iba hasta ahora ya no se puede seguir. Hay que dar a la nación lo que es de la nación. Navegan bajo pabellón falso y pueden ser comparados a aquellos piratas que llevan contrabando consigo. No tienen la menor intención de salvar al pueblo; solo quieren hacer servir el alzamiento del pueblo a su propio interés partidario.

Pero pronto se darán cuenta de que también esto es vano. Y ahora pierden la calma. Abandonan la seguridad de sí mismos. Y cuando el hombre, sobre todo el judío, ha perdido la calma y la seguridad de sí mismo, comienza a hacer tonterías. Se le ve cuan mal le va, y aunque muestre aparente superioridad, ¡cuán amargas lágrimas derrama! Quisiera jugar el rol de Goliat ante el público. Hace de cuenta que le va bien. El uno le dice al otro: “*No vayas a tener miedo, no te pongas nervioso, nada de psicosis de Hitler, todo es la mitad de grave.*” Gritan: “*No tenemos miedo*”, pero a ellos les pasa lo mismo que a aquel muchacho que tiene que atravesar de noche un bosque oscuro y dice en voz alta: “*¡No soy miedoso!*”, tratando así de tapar con gritos su propio miedo.

También el movimiento nacionalsocialista ha debido pasar por estas diferentes fases en su desenvolvimiento, y ello el movimiento como totalidad, así como también el movimiento en cada una de sus sub-organizaciones. Absolutamente en todas partes se ha tratado de aniquilarlo con el silenciamiento, con la mentira, a golpes. Y ya no existe en Alemania ninguna otra posibilidad de acabar con el nacionalsocialismo que adueñarse de sus pensamientos y demandas y con ellos librar combate contra él.

El movimiento nacionalsocialista en Berlín se hallaba en el otoño de 1927 en el punto de transición entre la segunda y tercera fase de evolución. Se trataba todavía, por cierto, de matarlo a través de la prensa, con mentiras; pero eso era demasiado visiblemente un intento inútil en un objeto inútil. Entonces se procedió a matarlo a golpes; pero en una lucha defensiva de tres meses el movimiento también había derribado el amenazante peligro de esta tentativa, y ahora ya no podía pararse la marcha triunfal de este partido. El nacionalsocialismo se había abierto paso luchando. Podía pasar a ampliar sus posiciones y, tras haber roto el estrecho marco partidario, ganar nuevo terreno.

Der Angriff había llegado a ser ahora el órgano popular de nuestras convicciones políticas.

Despreocupadamente y sin trabas podíamos sostener allí nuestra opinión. Aquí se hablaba un lenguaje drástico y categórico. Pero el pueblo tenía para ello un oído abierto. Así suele hablar el pequeño hombre en la calle, en los lugares de trabajo, en el ómnibus y en el subterráneo; las demandas que aquí se formulaban estaban sacudidas por el grito de indignación del pueblo, y el pueblo recogía ese grito.

“*Nuestro diario*”, así llamaban los partidarios a *Der Angriff*. Cada cual se sentía copropietario de este órgano. Cada cual estaba convencido de que sin su colaboración no podría existir. Si alguna vez *Der Angriff* diera superávit, está determinado que éste será empleado íntegramente para la tarea política del movimiento. *Der Angriff* era el único órgano en Berlín que no servía al capitalismo. Ninguno de entre nosotros sacaba

ventaja de ello, solo el movimiento mismo.

Esto permaneció hasta el día de hoy. Siempre nos hemos resistido con manos y pies a dejar hacer de este órgano una empresa capitalista privada. Todo el que colabora en él recibe por su trabajo tanto como es posible en la medida de nuestra capacidad financiera y como es adecuado en consideración a su rendimiento. La hoja misma, empero, pertenece al partido y con ello a cada uno de los partidarios.

El que aboga por esta publicación, sirve con ello al partido, no solo en el aspecto propagandístico, sino también financiero. Todo repunte, todo aumento en el número de abonados o en la venta callejera en seguida se vuelca en un mejor rendimiento. Así la hoja creció más y más en importancia, y si en ese entonces no se podía hablar de excedentes, en tres meses, sin embargo, habíamos conseguido que el diario se mantuviera por sí mismo, y en cuanto a su supervivencia solo debíamos preocuparnos cómo podríamos dominar con el tiempo el peso de deudas que para su fundación habíamos cargado sobre nosotros, sea como partido, sea como particulares.

Así, era necesario a veces realizar arriesgadas operaciones financieras. Nosotros, que de cuestiones financieras no entendíamos tanto, nos volvimos expertos en créditos y préstamos. Aquí abríamos violentamente un agujero para tapanlo allá. Con todas las argucias tratamos de mantener el equilibrio financiero; y siempre debíamos procurar que la situación financiera de la hoja, a veces crítica, no trascendiera nada al público.

En la actualidad podemos confesar tranquilamente que a veces habíamos llegado al límite de todas las posibilidades; pero en toda situación fue posible encontrar finalmente siempre de nuevo una, aunque desesperada salida, y conservábamos buen ánimo y seguíamos haciendo nuestro trabajo en la esperanza de que alguna vez el destino se nos mostrara favorable.

No debe pensarse que en la preocupación por las pequeñas penurias diarias que eternamente se repetían, nos transformáramos en misántropos malhumorados o tristes pesimistas. ¡Todo lo contrario!

Éramos todos demasiado jóvenes como para perder, aunque fuera por un instante, el ánimo. Es más, nos habíamos acostumbrado paulatinamente tanto al callejón sin salida de nuestra situación que la tomábamos por estado normal, casi podría decirse, ideal.

Con humor sano pudimos sobreponernos a todas las situaciones críticas. En esa época reíamos más de lo que nos afligíamos. Examinando hoy retrospectivamente todo el desenvolvimiento del movimiento nacionalsocialista, comenzando por la pequeña secta insignificante hasta el gran partido de masa imponente, se llegará siempre a la misma conclusión: es hermoso y lleno de felicidad estar ante o en la realización de las propias metas. Pero es más hermoso y es mayor la felicidad, comenzar con la lucha por las altas metas y sacar, a pesar de todo, de la desesperación de un estado insoportable, la fuerza y la fe de comenzar con la tarea, aunque ello pueda parecer absurdo, demente y sin esperanza.

Éramos todo lo contrario de revoltosos, tenebrosos y salvajes. Así, por cierto, solía representarnos la prensa. El conjunto de dirigentes nacionalsocialistas está integrado principalmente por hombres jóvenes alemanes, que por la situación histórica entraron en la política. Es la juventud alemana, que al percatarse de que la vejez se ha mostrado incapaz de dominar los graves males de la época, se volcó a la política, dándole entonces ese impulso sublime y arrollador que hasta hoy la distingue de la de todos los otros países.

Con una despreocupación atrevida nos hemos adueñado de las cosas públicas. Con

temperamento juvenil comenzamos nuestra tarea, y solamente a este temperamento juvenil se debe que no haya sido inútil.

La juventud se alzó contra la senectud de un estado político que se había vuelto insoportable para ella. Relajó el entumecimiento de la vida política y rompió las vallas que estrechaban la movilidad activa de la política de posguerra alemana. La juventud despertó los espíritus, enardeció los corazones y sacudió el sopor de las conciencias. Si hoy en Alemania hay aún una esperanza de un futuro distinto ¡a quien podría ello agradecerse sino a nosotros y a nuestro movimiento!

Hay días en la vida de cada hombre en que se podría creer que toda la suerte o toda la desgracia se dio cita en una hora determinada. Puede conjeturarse, entonces, que por un exceso de dicha el hombre ha de ser premiado por desdichas pasadas, o por un exceso de desdicha, ser castigado por la dicha pasada. El destino ha reservado para ese instante todas las sorpresas agradables o desagradables y ahora las vierte en exceso sobre el afectado o bendecido por ellas.

Un día así fue para el movimiento berlinés y para mí personalmente el 29 de octubre de 1927. En ese día justamente cumplía mis treinta años. Ya en la madrugada llegaron las sorpresas felices en profusión y abundancia. El segundo correo al mediodía trajo una carta de la presidencia de policía, en la cual se ponía en mi conocimiento que la prohibición de hablar, que durante cuatro meses me tuvo prisionero, había sido levantada con la disposición que nuevamente podría hablar en reuniones públicas si la presidencia, habiéndosele dado parte, otorgaba la autorización para realizar la reunión.

Esto era un imprevisto azar feliz. Ahora, la afluencia masiva a un alud de reuniones próximas sería incontenible. El partido tenía una nueva posibilidad de financiación, y de esta manera podíamos vencer poco a poco las apremiantes preocupaciones pecuniarias.



“¡Nadie puede con nosotros!”

A partir de este dichoso acontecimiento del 29 de octubre de 1927, la cadena de eventos felices ya no se rompió más. Llovieron flores, felicitaciones y telegramas por parte de los fieles partidarios, y en ellos irrumpía espontáneamente y sin artificio el vínculo de solidaridad que, en una lucha de casi un año, se había ido plasmando entre el movimiento nacionalsocialista en Berlín y su conducción.

La tarde de este día memorable la pasé con mis viejos camaradas de lucha, fui invitado allí con aire de misterio, a un paseo a pie, desde el cual, sin que ello me pareciera sospechoso, llegamos hasta un establecimiento ubicado en un suburbio de Berlín.

Completamente desprevenido ingresé con mis acompañantes en la sala, y ¡quién puede imaginarse mi sorpresa cuando encontré reunidos detrás de las puertas cerradas a casi la totalidad de los partidarios de Berlín! Se había improvisado una fiesta de cumpleaños para mí, y los camaradas no quisieron verse privados de preparar sus propias sorpresas como contribución a la misma.

De manera rotunda invadió allí el humor popular berlinés. Me fue entregado solemnemente un bozal, una máscara de Isidoro patentada oficialmente, con marca registrada: *“Absolutamente fiel a la constitución, ¡protege contra golpes de cachiporra!”*

Llovieron enhorabuenas de secciones de la SA y de las políticas, escritas en dialecto puro y con un humor y una gracia natural como solo se los halla en Berlín.

Un funcionario político me entrega un enorme paquete; y a los sorprendidos ojos se muestra un cuadro sorprendente, completamente inesperado. Contiene 2.500 nuevos abonados para *Der Angriff*, que todos los partidarios conjuntamente recogieron en el curso de dos meses sin mi conocimiento en incansable acción proselitista para mi cumpleaños.

Un hombre de la SA que se hace anunciar me entrega un sobre cerrado. Este contiene los pagarés hechos trizas sobre 2.000 marcos, que al fundarse *Der Angriff* había tomado sobre mi persona.

Palabras lacónicas adjuntas daban cuenta de que la deuda quedaba así cancelada.

De un solo golpe quedaron superadas ahora todas las preocupaciones financieras. *Der Angriff* quedó con ello libre de deudas, y el movimiento político tenía una última reserva para afrontar complicaciones y crisis futuras. *Der Angriff* había aumentado su cartera de abonados; su persistencia quedaba completamente garantizada. La prohibición de hablar decretada contra mí quedó levantada por la presidencia de policía y de esta manera estaban dadas todas las premisas para retomar el trabajo en gran escala y conducir para el invierno venidero al partido a nuevos éxitos y victorias.

Con ello, de un modo imprevisto todas las preocupaciones y apremios que habíamos cargado sobre nosotros por el movimiento, fueron recompensadas. Nuestra buena estrella volvía a levantarse. Las crisis que internamente habíamos superado desde hace tiempo, también fueron liquidadas ahora. El firme contacto dentro del partido estaba restablecido, la organización afianzada; podíamos acometer nuevas acciones políticas sin estar trabados en la libertad de movimiento por paralizantes apuros financieros. La conducción política tomaba nuevamente la iniciativa, y su tiempo y su fuerza no estaban cargados en demasía por mezquinas preocupaciones pecuniarias. Yo mismo era un hombre libre y podía dedicarme de nuevo, con toda publicidad, a mi función de agitación política.

Un grupo de la SA representó esa noche una pieza de aficionados, que en su sencillez

conmovedora y naturalidad artística enterneció casi hasta las lágrimas a los espectadores. Aquí se puso sobre las tablas el sendero espiritual de un obrero alemán del comunismo al nacionalsocialismo en cuadros plásticos. La obra había sido compuesta por un hombre de la SA desconocido y la representación efectuada por actores aficionados anónimos.

“El teatro nacional debe nacer de la nación misma, del pueblo, a través de la pieza teatral popular. El teatro nacional ha de devenir en hogar de obras dramáticas portadoras de un espíritu heroico, de una gran idea, obras dramáticas que expresen el ideario nacionalsocialista. Del pueblo mismo debe surgir y surgir el teatro nacional y pertenecer a éste, no a la masa.”

Estas palabras pertenecen al prólogo que uno de los actores aficionados pronunció antes del comienzo de la pieza. Todo el acto finalizó con una manifestación de confianza abrumadora y unánime. Al final, toda la sala fue oscurecida repentinamente.

Un hombre de la SA se presentó ante el escenario en uniforme portando una bandera partidaria con crespón y en versos estremecedores, arrebatadores, hizo el juramento por todos nosotros que no íbamos a desfallecer en la lucha, que estábamos decididos a continuarla con nuevos medios y nuevos métodos hasta la victoria.

“Nosotros los berlineses necesitamos a uno que anime, con brío y gracia. Somos tremendamente vivos, y los apocados que no participan, esos son unos tontos que han venido de afuera... Porque sabemos que usted sabe y es capaz, y cuando viene uno de esos hermanos y le escupe cosas locas y vilezas, deje nomás; por eso lo queremos... De modo que, estimadísimo doctor, apreciado connacional, como queda dicho, le congratulamos y le deseamos lo mejor para el batalleo, que para nosotros no puede ser demasiado loco; y sobre todo con vos, que todo lo comparte.” ⁽⁶⁰⁾

Así rezaba en un mensaje de felicitación archi-cómico, con agudezas humorísticas, de un hombre de la SA desconocido. Con ello se expresaba el agradecimiento de los partidarios por todo un año de trabajo, preocupaciones y lucha. Habíamos superado muchas dificultades. Ahora en verdad podíamos tener el sentimiento de satisfacción de que la lucha y las preocupaciones no habían sido vanas.

“¡Autorizado por la presidencia de policía! El martes 8 de noviembre de 1927, a las 20:00 hs., habla en el Orpheum, Neukölln, Hasenheide 32-38, el Dr. Goebbels sobre el tema: Danza macabra del pueblo alemán. ¡Acudid en masa!”

Este cartel se colocó en las semanas siguientes en todas las columnas de Litfaß de la capital del Reich. El público se enteró con asombro de que el movimiento nacionalsocialista sojuzgado y amordazado había resucitado.

“¡Vivos a pesar de la prohibición!” Esta consigna encontró una espléndida confirmación en esa tarde del martes, decisiva para nosotros, cuando ya alrededor de las siete de la tarde, ante el Orpheum, en la Hasenheide, en pleno sector proletario, en la víspera de la revuelta bursátil de 1918 y el mismo día en que en el año 1923 Adolf Hitler proclamó la revolución nacional, las masas se aglomeraron, y al poco tiempo de abrirse las cajas, el gran Salón del Orpheum hubo de ser clausurado por la policía por hallarse colmado.

Todos habían acudido, los combatientes de vanguardia, los defensores del movimiento nacionalsocialista en Berlín, los hombres de la SA y SS, funcionarios políticos, los adictos de cerca y lejos. La vieja guardia partidaria se reencontró para celebrar solamente la resurrección del movimiento nacionalsocialista. La prohibición de la presidencia de policía, en verdad, aún no había caducado; aún tuvimos que esperar casi seis meses que la Justicia se trocara en justicia. Pero se había vuelto ineficaz. Las

artimañas legales y las medidas represivas evidentemente habían demostrado ser inútiles. El movimiento había quebrado con tenaz perseverancia las ataduras con que se lo había querido sujetar.

Acudiendo del torno y de la máquina, de los banquillos de oficina y de la mesa de la fábrica, de las alegres casas del oeste y de los oscuros patios de los registros de desempleados, estaban ahora allí los hombres de la vieja guardia partidaria. Con el corazón cálido y ardiente, hicieron solemnemente la promesa de seguir brindándose a la causa de que todos servíamos desinteresadamente y con toda nuestra fuerza, y que ningún poder del mundo nos podría forzar a desistir de nuestra creencia política.

Por sobre el terror y la persecución, el apremio y la cárcel, triunfaba el derecho y la verdad y se volvía a alzar resplandeciente y luminosa la bandera de nuestra fe. Se nos puede torcer, pero jamás quebrar. ¡Nos herirán de muerte, pero jamás capitularemos!

Nosotros, los nacionalsocialistas, sabemos de qué se trata. Estamos imbuidos de la convicción de que, si nosotros desesperamos. Alemania se hundirá en el caos. Por eso estamos erguidos y firmes, luchamos por nuestra causa, aunque parezca en vano, y con ello cumplimos la exigencia que Richard Wagner alguna vez atribuyó al ser alemán: *“Hacer una cosa por el valor de hacerla.”*

Vom Polizei-Präsidium genehmigt!

Am Freitag, den 23. November 1927, abends 8 Uhr
in den Haverlandschen Actenhallen, Neue Friedrichstr., Ecke Roch

Dr. Goebbels

am 23. Nov.

Vor einer neuen Monarchie

Wir bitten die Volksgenossen und Volksgenossinnen sich einzufinden.

Erscheint in Massen!

Es ist ein Zusammenbruch und das Ende in Reichheit und Wohlstand.
Das gilt nicht nur, bei uns in Deutschland, sondern überall.

Drei Reden! Eintritt 30 Pf., ermäßigt 10 Pf., Kinder 5 Pf.

¡Autorizado por la presidencia de policía!

El viernes 23 de noviembre de 1927, a las 20:00 hs. habla en los Salones de Actos de Haverland, calle Neue Friedrich, esquina Roch, el Dr. Goebbels sobre el tema: Ante una nueva monarquía.

Todos los conciudadanos y conciudadanas están invitados. ¡Haceos presentes en masa!

Del derrumbe y la miseria hay que hallar caminos a la libertad y al pan.

Esto interesa a todo el que aún cree en el futuro de Alemania. ¡Libre discusión!

Entrada: 30 peniques.

Desempleados: 10 peniques.

Apertura de caja: 19:00 hs.

El 29 de octubre de 1927 también el pesimista y el escéptico debieron darse cuenta cabal de que se había iniciado una nueva fase en la evolución del movimiento nacionalsocialista en Berlín. Aquel hombre de la SA, que con una bandera encrespada se presentó fuerte y altivo ante la conmovida comunidad militante y en estrofas que sacudían y arrebatában desahogaba su cólera y su rabia, había expresado lo que en esta gran hora llenaba hasta rebasar el corazón calurosamente palpitante de la vieja guardia partidaria:

*“¡Unidos! Reunidos junto al estandarte,
un muro de héroes teutónicos.
¡La cabeza erguida, mantener la altivez!
¡Trompetista! ¡Toca a despertar!
¡Escuchad las señales, alemanes del Reich!
¡El partido prohibido en Berlín!
¿Queréis, enemigos, la lucha? ¡Os la damos!
Y quebramos el terror, el rojo.
Sacudiremos el fundamento del poder,
hasta que los tronos judíos tambaleen.
Y luego, a nuestra manera,
¡les daremos las gracias!”*

¡Alemania, despierta! *Heil Hitler!*



“¡Berlín, despierta definitivamente!”

Notas de la traducción

- (1) Del alemán: Estandarte del *Reich*. Organización de carácter bolchevique.
- (2) Del alemán: Liga de Combatientes del Frente Rojo. Organización paramilitar bajo el mando del partido comunista alemán.
- (3) En alemán: *nationalsozialistische briefe*.
- (4) Del alemán: Comarca Ruhr.
- (5) Distrito de Berlín, antiguamente fortaleza.
- (6) *Gesinnung* es una palabra intraducible que propiamente designa la esfera muy íntima del ser, donde están fusionados sentimientos, pensamientos y voluntad, especie de tierra madre donde se generan los actos, el proceder de la persona. Si no va acompañado de objetivo peyorativo, se toma siempre en sentido positivo. En política, es la consustanciación con los principios, la fidelidad a la causa.
- (7) Del alemán: región, comarca.
- (8) Del alemán: Estandarte del Frente.
- (9) Referencia a las denominadas *indemnizaciones de guerra* (impuestas por las plutocracias vencedoras en Versalles), que constituían un descarado latrocinio al pueblo alemán.
- (10) Época del emperador Guillermo II.
- (11) Denominación de un gusto y estilo literario y artístico, especialmente ornamental, que se desarrolló en el Imperio austríaco y el resto de Europa central entre 1820 y 1850.
- (12) Significa preparar algo enérgicamente.
- (13) Sociedad guerrera, organización de soldados y veteranos de guerra.
- (14) General prusiano (1760-1831) Defendió en 1807 con éxito Kolberg. Colaborador de Gerhard von Scharnhorst, quien fuera entre 1813 y 1815, jefe del Estado Mayor de Blücher.
- (15) Del alemán: *Adelante*. Periódico del partido socialdemócrata alemán fundado en 1876.
- (16) Del alemán: *La Bandera Roja*. Periódico del partido comunista alemán fundado en 1918.
- (17) Actor alemán, nacido en 1867. Actuó especialmente en escenarios berlineses, en 1933 en Suiza y luego, hasta 1946, en los Estados Unidos.

- (18) Del alemán: *El Observador Popular*. Periódico del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores desde 1920 hasta 1945.
- (19) *Schutzstaffel* = escuadrones de defensa.
- (20) Del alemán: Orden de la Alemania Joven. Organización paramilitar alemana fundada en 1920 y posteriormente prohibida en 1933 por el gobierno nacionalsocialista.
- (21) Del alemán: *Diario de la Mañana de Berlín*.
- (22) Del alemán: *El Mundo de la Tarde*.
- (23) *Saalschutz Abteilung* = destacamento de defensa de los salones de reunión.
- (24) Del alemán: *Diario Berlinés*.
- (25) *Sportabteilung* = sección de deportes.
- (26) El 30 de junio de 1934, Adolf Hitler desbarató la conspiración nacionalsocialista del jefe de la SA, Ernst Röhm, a quien ajustició junto con sus cómplices.
- (27) En alemán: *Freikorps*.
- (28) En alemán: *Märkertag*.
- (29) Término alemán para designar a la prensa amarilla.
- (30) Del francés: *La Internacional*. Es la canción más famosa del movimiento obrero. Se la considera el himno oficial de los trabajadores del mundo entero y de la mayoría de los partidos socialistas y comunistas, así como de organizaciones anarquistas. La letra original, en francés, fue escrita por Eugène Pottier en 1871.
- (31) Perteneciente a la *Checa* (del ruso: *Chrezvycháinaya Komíssiya*, abreviado y comúnmente conocida como *Cheká*, que significa Comisión Extraordinaria), que fuera la primera organización de inteligencia política y militar soviética fundada en 1917, cuyo propósito era suprimir y liquidar, con amplísimos poderes y casi sin límite legal alguno, todo acto contrarrevolucionario o desviacionista. Por extensión, se denominaron *Checas* a las diversas policías políticas secretas que surgieron posteriormente en otros países.
- (32) Periódico berlinés de ideología burguesa-liberal, desaparecido en 1934.
- (33) Alusión a la avenida *Unter den Linden* (Bajo los Tilos)
- (34) En alemán: *Freiwilligenverbände*.
- (35) En alemán: *Achtgroschen-Jungens*.

- (36) Del alemán: *Diario alemán*.
- (37) Del alemán: *Diario Berlínés del Mediodía*.
- (38) Del alemán: *El Nationalsocialista*. Periódico de tirada local.
- (39) Del alemán: *El Ataque*. Periódico berlinés del partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores publicado desde 1927 hasta 1945.
- (40) Albert Leo Schlageter (1894-1923) fue miembro de los *Freikorps* alemanes (fuerzas voluntarias paramilitares) y se le considera un mártir de la causa nacionalsocialista, adquiriendo el mote de *el primer soldado del III Reich*. Nació en una familia de estricta fe católica. Durante la Primera Guerra Mundial fue obrero militar voluntario y por su participación en diversas batallas (Ypres, Somme, Verdun) fue ascendido a teniente segundo. Al finalizar la guerra se unió a los *Freikorps* y en 1923 formó una patrulla de combate con el objeto de cometer actos de sabotaje en la cuenca del Ruhr (ocupada por Francia como represalia por el impago de indemnizaciones de guerra), logrando descarrilar varios trenes con suministros. El 7 de abril de ese año es detenido, probablemente como resultado de una traición entre sus propios hombres, y el 26 de mayo es condenado a muerte y ejecutado.
- (41) *Deutschen Frauenorden* = Orden Femenina Alemana.
- (42) Se refiere a la runa *Sig*, sigla de las escuadras de defensa nacionalsocialistas.
- (43) Del alemán: *Al centavo de oro*.
- (44) Del alemán: *Buena leña*.
- (45) Del alemán: *Buen baño*.
- (46) Del alemán: alemán-popular-nacional.
- (47) En alemán: *Sturm-und-Drang-Jahre*.
- (48) En alemán: *Ständeparlamente*.
- (49) En alemán: *Deutscher Hof*.
- (50) Del alemán: “¡Salve!”
- (51) Del alemán: Hombres Altos. En alusión al VI Regimiento de Infantería prusiano (1675-1806), donde los granaderos debían tener una altura de al menos 1,88 metros.
- (52) Del alemán: “¡Alemania, Alemania sobre todo...!” Primer verso de *Das Deutschlandlied* (La canción de Alemania), escrita en 1841.
- (53) En alemán: *Ist Krause im hause?*

⁽⁵⁴⁾ Siglas en alemán para el partido nacionalsocialista alemán de los trabajadores (*Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei*)

⁽⁵⁵⁾ En referencia a la policía.

⁽⁵⁶⁾ En alemán: *Femerichter*.

⁽⁵⁷⁾ Del alemán: *Avisador Local Berlínés*.

⁽⁵⁸⁾ Del alemán: Restaurante Alemán.

⁽⁵⁹⁾ Juego de naipes de origen alemán de treinta y dos cartas y tres jugadores.

⁽⁶⁰⁾ En el original, aparece en dialecto berlinés.

“Pero la calle, no hay nada que hacer, es la característica de la política moderna. El que puede conquistar la calle, también puede conquistar a las masas, y el que conquista a las masas, conquista con ello al Estado. A la larga, al hombre del pueblo solo le infunde respeto el despliegue de fuerza y disciplina. Una idea justa, defendida con medios adecuados e impuesta con la necesaria energía, a la larga siempre ganará a las grandes masas.”

(Joseph Goebbels)

